Eduardo Pérez Ortiz

18 MESES DE CAUTIVERIO

De Annual a Monte-Arruit 1921



Eduardo Pérez Ortiz sobrevive de milagro a la matanza desatada tras la capitulación de Monte-Arruit. Su relato, además de ser uno de los escasos testimonios directos del Desastre de Annual, es un apasionante y honesto homenaje a los miles de héroes anónimos que allí perdieron la vida.

«Parece resultar muy cara la carne de gallina». Con este demoledor comentario recibió Alfonso XIII la noticia de la liberación de los soldados a cambio de un rescate de cuatro millones de pesetas. Pero ¿qué sucedió realmente? ¿Se merecían aquellos hombres este despreciable comentario o deberían haber sido recibidos como héroes? Testigo de excepción del Desastre de Annual, el teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, sobrevive milagrosamente a la matanza desatada tras la capitulación de Monte Arruit el verano de 1921. Protegido inicialmente por una cabila rifeña, acaba siendo entregado a Abd el Krim, sufriendo año y medio de atroz cautiverio junto con un grupo de rehenes españoles. Este apasionante relato escrito en primera persona por quien fuera, más tarde, alcalde de Ceuta, está a caballo entre el libro de aventuras y el testimonio histórico de primer orden, por lo que ha gozado de justa fama entre los interesados por nuestro pasado más reciente.

Eduardo Pérez Ortiz

18 meses de cautiverio

De Annual a Monte Arruit 1921

ePub r1.0
Titivillus 11.06.2021

Título original: *18 meses de cautiverio*
Eduardo Pérez Ortiz, 1923
Introducción: J. M. Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INTRODUCCIÓN

DE UN VIAJE RIFEÑO

No sé muy bien porqué el texto que tiene en sus manos me creó la necesidad de viajar al escenario real del Desastre de Annual. Aun a sabiendas de que el paisaje no iba a mostrarme rastros importantes de aquel traumático hecho de la historia española, algo me empujó a conocer los campos de batalla y esperar que algo, aunque tan sólo fuera la atmósfera, me revelara un vestigio de aquella guerra.

El paisaje aparece inocente, más bien ignorante de que un día estuvo cubierto de cadáveres. No obstante, estimado lector, puede que le ayude conocer someramente alguno de los lugares que visité en el verano del 2006 empujado por una curiosidad histórica de la que ya conocemos alguna «víctima». Son muchas las personas que practicamos ya un nuevo turismo, uno que podríamos llamar, *turismo de escenario histórico*.

Ya veremos que cuando Pérez Ortiz en su prólogo busque argumentos respecto a lo previsible del Desastre, nos dice que para comprender las razones no basta más que comprobarlo sobre el terreno, pues ese no habrá variado.

Tiene razón hasta el punto que para hacerse una idea completa de como sucedió aquella tragedia debe conocerse in situ el escenario. Lo que viene a continuación es un recorrido a día de hoy por la zona del Desastre, y que puede hacerse en un solo día con la intención de conocer en el Rif aquellos lugares donde sucedieron los hechos. Los vestigios que se mantienen no son muchos, así que vamos a por ellos antes de que el tiempo los diluya.

La salida ideal sería desde Melilla, la antigua Rusadir fenicia y pasar a Marruecos por la promiscua frontera de Beni-Enzar. Quien la conoce lo sabe. La intención será atravesar Nador rodeando el Gurugú y tomar la nueva carretera N16 que bordea la costa y llega hasta Alhucemas, actualmente importante enclave turístico. Muy cerca de su bahía se produjo el cautiverio de aquellos militares españoles, pues los Beni Urriaguel mantenían su

poblado a unos pocos kilómetros antes de llegar a la bahía, sin que quede en aquel lugar más secuela que el saber donde estaba enclavado.

Antes de llegar a la bahía de Alhucemas, podemos salirnos de la carretera y por el serpenteante camino que atraviesa el río Amekrán divisaremos unas lomas de tonos rojizos sobre las que estuvo enclavada la posición de Sidi-Dris. Con unas espectaculares vistas sobre el mar, aún quedan restos de la fortificación donde unas decenas de españoles sufrieron asedio y muerte sin que los intentos desesperados de rescate desde el mar tuvieran éxito. Aquí en Sidi-Dris, entre los restos de sus muros baleados y el empedrado que se conserva en algunos de sus pabellones, se pueden encontrar cientos de vainas de cartuchos, trozos de botellas y demás enseres y hasta restos óseos que salpican toda la posición. Son los restos del Desastre, de los que allí fueron enterrados durante el asedio y que se nos siguen apareciendo por toda la posición en forma de esquirlas blancas. Su último testimonio en esta solitaria atalaya donde se dejaron la vida.

Abandonamos la costa adentrándonos entre los arenales que rodean Monte Abarrán, esa primera ficha de dominó que cayó aquel verano de 1921, la primera victoria rifeña sobre las tropas españolas de la que nadie quiso sacar conclusiones. Al borde de la carretera de camino a Annual, podemos detenernos a la sombra de los eucaliptos que rodean el monumento que en caracteres árabes conmemora la victoria rifeña sobre los españoles, en el que se exageran las cifras, y unas pintadas rodean el azulejo con el símbolo rifeño independentista *amazigh*.

En unos pocos minutos, el paisaje se abre en un valle rodeado de montañas y se llega a Annual, cuyo nombre irá siempre unido al de la tragedia y que ahora se nos aparece con un prado ancho y bastante verde salpicado de casas de labor, lo que contrasta con el secarral que esperábamos encontrar pues eso fue lo que encontró el general Silvestre cuando decidió fatalmente plantarse allí con sus tropas.

A partir de ese momento el camino a recorrer será el mismo que aquellas tropas tomaron en su desesperado repliegue hacia Melilla tras los ataques rifeños, y pronto notamos que la carretera que sale de Annual va ganando altura para cruzar el paso del monte Izzumar. Cruzar este desfiladero da idea de lo que debió suponer para la abundante fuerza española pasar por aquí en desesperada huida. Evocaremos aquí el dramático testimonio que nos da Pérez Ortiz cuando contempla la lucha instintiva del hombre por salvar la vida. La actual carretera reproduce de manera casi exacta el antiguo camino de paso, por lo que ni siquiera se hace necesaria una composición de lugar.

Desde lo alto del Izzumar, aún podemos detenernos para intentar localizar en dirección Oeste otra de las posiciones que fueron aniquiladas en los primeros días del Desastre, Igueriben, que mantuvo en este caso una resistencia heroica y ya legendaria. Salvo que se tenga un conocimiento previo de la zona, avisamos que resulta muy difícil distinguir donde se encontró enclavada Igueriben y la Loma de los Arboles.

El siguiente lugar a detenerse será Ben-Tieb, en la actualidad típico pueblo rifeño de casas de tres alturas surgido a ambos lados de la carretera que lo atraviesa y con una docena de calles perpendiculares a cada lado. A la posición aquí enclavada se vinieron a refugiar las tropas que sobrevivieron a Annual y al paso del Izzumar, con cuyas fuerzas se formó la llamada columna Navarro, Aquí empezaron a valorarse las pérdidas y surgieron las dudas iniciales sobre si se mantenía la resistencia o se continuaba la retirada.

Las mismas vacilaciones se plantearon en la siguiente posición donde las fuerzas se replegaron a Dar Drius, y en este caso sí es fácilmente identificable el lugar donde estaba establecido el poblado español, pues se encontraba en una explanada a las afueras de la actual población y que es donde ésta celebra su mercado semanal.

Al poco de abandonar Dar Drius en dirección a Melilla cruzaremos el río Kert, y unos kilómetros después, pasando casi desapercibido, pues se mantiene seco la mayor parte del año, el río Igan, donde recordaremos que la columna Navarro, en su repliegue hacia Monte Arruit sufrió numerosas bajas, y estas hubieran sido mayores si en la retirada no hubiera sido cubierta por el regimiento de caballería de Alcántara. En esta llanura abandonada hasta por los árboles, tuvieron lugar las míticas «cargas al paso» de Alcántara, hasta la extenuación de caballos y caballeros y cuyo comportamiento salvó el repliegue de la columna a costa de la práctica desaparición del regimiento bajo las balas rifeñas.

Antes de llegar a la populosa población de Monte Arruit, pasaremos aún por El Batel, donde terminaba la línea de ferrocarril que empezaba en Melilla. Ni rastro queda ya de todo aquello. Tampoco recuerda mucho el Monte Arruit actual, localidad que tiene hasta aeropuerto, a aquella posición militar situada —curiosamente— en un llano. La población que vemos ahora se ha extendido sobre las ruinas del antiguo campamento, la mayor parte del cual está hoy ocupado por un populoso mercado al aire libre. Bordeando este, aún se mantienen en pie, del antiguo campamento, unos muros con arcos de herradura que han sido aprovechados como paredes de carga para hacer unas

pequeñas viviendas. Algo más alejado se conserva parte de la antigua aguada junto a un manantial y los restos de un depósito de mampostería.

El resto del camino hasta llegar de nuevo a Nador trascurre solitario. A ambos lados se construyen mansiones los nuevos enriquecidos con el comercio propio de la zona. Desde la carretera entre Nador y Melilla ya se ve la Mar Chica… y se intuye España.

UN MILITAR DE ENTRESIGLOS

Aquel octubre de 1954 en que moría en Melilla D. Eduardo Pérez Ortiz, pocos reconocerían en él, además de su familia, al sacrificado militar que asistió al Desastre de 192.1 y al cautivo de los independentistas rifeños.

Pero su participación en política, sus responsabilidades municipales —entre las que llegaría a ostentar la alcaldía de Ceuta— y su abandono de toda actividad pública después de la Guerra Civil, no habían conseguido hacer olvidar a aquel anciano al borde de los 90 años.

Burgalés de Miranda de Ebro (1865), su carrera militar recuerda tantas otras biografías de entresiglos: desde su ingreso como trompeta en 1884 hasta su jubilación en 1919 como coronel. Participa en las campañas de Cuba y Puerto Rico, y tras la pérdida de las colonias en 1898 vuelve a la península donde se le destina al frente norteafricano, tomando partido en la llamada Guerra del Kert de 1911. Era la primera toma de contacto del militar con aquel terreno que tanto vendría a significar en su vida.

Habría que decir ahora que en todos los destinos fue labrando su fama de hombre pundonoroso y honrado, insobornable y sincero. Y que, junto a esta faceta de militar de primera línea, desarrolla cierta actividad en las letras, pues, además de dos obras de temática militar, publica artículos en diarios madrileños y melillenses, a veces bajo el seudónimo al que lo obligaba su condición militar.

Teniendo en cuenta esta manera de ser, no es difícil imaginar que todas aquellas mentiras oídas y todas las verdades silenciadas tras el Desastre de Annual, lo empujaron a dar su versión de lo que de primerísima mano conocía. Este libro es el producto de ese compromiso con su conciencia.

Cuando abandona la vida militar por jubilación en 1919, y ya viviendo en Ceuta, su interés por mejorar las condiciones de vida en la ciudad le llevan a integrarse en la Conjunción Republicano-Socialista y es candidato municipal en las elecciones de 1931.

Siendo el segundo en número de votos, es nombrado alcalde durante unos meses, pues dimite el *zi* de enero de 192,2 en medio de tensiones e intereses

partidistas que no debieron ser más que fuente de sinsabores para un hombre de la generosidad de Pérez Ortiz.

Pero tampoco sería este el peor de los sufrimientos para nuestro hombre, pues durante la Guerra Civil, y ya de vuelta en Melilla, su querido hijo Eduardo, aquel del que leeremos que fue a recogerlo a Axdir tras su cautiverio, es detenido y fusilado en el campo de concentración de Tetuán en abril de 1937. Y también por aquellos años debe asistir a la depuración política de su yerno, Miguel Vila Calzada, al que estaba muy unido, como veremos.

Recordaremos aquí que después de las penalidades sufridas en el cautiverio de Axdir, recibe Pérez Ortiz la Medalla de Sufrimientos por la Patria. Probablemente nadie le dijo que debía seguir ganándosela después de prendida en el pecho.

LA CRÓNICA DE UN DESASTRE

A día de hoy se puede decir que esta narración resulta muy necesaria si queremos conocer de primera mano las circunstancias del Desastre militar de aquel verano de 1911 en el Rif, y es imprescindible si lo que queremos es conocer el cautiverio de aquel grupo de españoles a los que Abd-el-Krim trató como botín de guerra y objeto de chantaje. Pero el motivo último para sacar el relato a la luz veremos que lo cuenta Pérez Ortiz en su prefacio. Y se revela como una auténtica declaración de intenciones.

Constituyen ambas circunstancias (Desastre y cautiverio) dos ámbitos muy distintos, pues si al primero lo determina la actividad física sin tregua y hasta el agotamiento, la segunda parte de la narración nos destaca el acabamiento moral de aquellos hombres que se sienten abandonados de todos y a los que las pocas noticias que le llegan de la Patria por la que han luchado son en muchos casos desalentadoras.

A ambos periodos dedica el autor casi idéntico espacio en su libro, y siempre describe con sencillez la realidad de los acontecimientos. El ritmo de la narración cambia bastante de uno a otro, como veremos, y es en la segunda parte cuando las valoraciones personales de la situación se hacen frecuentes. A pesar del sacrificio tísico permanente y del maltrato psíquico al que están sometidos, Pérez Ortiz no pierde en ningún momento el sentido de la realidad de los hechos. No se deja llevar por primeras impresiones ni cae en exageraciones: desgraciadamente no son necesarias. Por el contrario, podemos tener a veces la impresión de que procura minimizar el grado de la tragedia, lo que vendría a ser una forma de protección del ánimo propio.

Si ya hemos destacado la sinceridad de que se hace gala durante todo el relato, habría que decir también en honor a la verdad que hay varias ocasiones —muy pocas— en las que sí hay que leer entre líneas. Intuiremos así que las relaciones entre el teniente coronel Pérez Ortiz y el general Navarro no siempre fueron buenas, y en ocasiones muy malas. Pero hasta en esto cuesta sacarle un reproche a nuestro hombre, fiel al militar al que debe obediencia.

Por otra parte, y aunque a priori pueda parecer lo contrario, no todo es tragedia en este libro. Aun en medio del sufrimiento, hay ocasiones en las que el autor sabe utilizar la fina ironía y hasta el humor. Muy esclarecedores son los comentarios que hace Pérez Ortiz de aquel remedo de Estado que fue la República del Rif. Debe tenerse en cuenta que cuando se escribieron estas páginas no estaba en boga lo que ha venido a llamarse «corrección política», afortunadamente para nosotros, deberíamos decir. De esa forma, no creo que se nos pueda tachar de exagerados si decimos que la realidad que nuestro militar nos describe no participa de ese mito del buen moro o moro amigo, tan del gusto de cierta literatura que entonces y ahora se ocupan de la presencia de España en el Rif. Pero no adelantemos acontecimientos.

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

Como no podía ser de otro modo, en todos los sentidos se ha procurado respetar la única edición existente del libro.

Hay que tener en cuenta que si Eduardo Pérez Ortiz es liberado en enero de 1923, esta obra se da a la imprenta sólo unos meses después. Y hay dos motivos para que esto ocurra tan rápidamente. Por una parte, el autor había estado tomando notas de su odisea durante todo el cautiverio, lo que supondría un trabajo adelantado, y aún más cuando las notas de los últimos días antes de la liberación se limita a transcribirlas literalmente. Por otra parte, cabe suponer que en su interés de editar estas páginas se viera apoyado por su yerno Miguel Vila Calzada, propietario de la editorial melillense Artes Gráficas Postal Express, que es la que se encarga de la impresión.

Nos parecía tan importante la reedición de esta obra como la concibió su autor que hemos querido mantenerla tal y como vio la luz en Melilla, su única edición. Quiere esto decir que no sólo ha sido fiel este libro a la letra de la edición original, sino que no hemos querido añadir notas aclaratorias, que, por otra parte, tan innecesarias las hace el propio autor.

Hemos procurado incluso mantener la puntuación originaria, aun a riesgo de plagar los párrafos de comas, como era usual en la época, y se respetan igualmente los entrecomillados y las cursivas, así como los nombres propios

que usa el autor referidos a personas o topónimos del Rif, incluso cuando no coincidan con los que más tarde han venido siendo de uso mayoritario. Mantendremos así, por ejemplo, Avdir por Axdir cuando nos referimos al poblado donde sufren cautiverio.

Se puede decir por tanto que sólo se ha modificado lo que hemos considerado que ya en la primera edición del texto se pudo tratar de errores tipográficos, pero que la inexistencia de una reedición impidió su corrección.

AGRADECIMIENTOS

Desde Melilla, Juan Diez Sánchez, de la Asociación de Estudios Melillenses, nos alentó desde el principio en la idea de esta reedición y ayudó especialmente a conocer más datos de la biografía de nuestro autor. Él mismo los tiene parcialmente publicados en el suplemento dominical de El Telegrama de Melilla, de los domingos 22 y 29 de enero de 2006.

Desde Ceuta, Francisco Sánchez Montoya, autor del libro Ceuta y el Norte de África: república, guerra y represión, al que agradecemos los datos facilitados respecto a la biografía de Pérez Ortiz en su etapa ceutí.

En Madrid, visitamos en varias ocasiones el Instituto de Historia y Cultura Militar y contamos con la ayuda de María Pilar Cabezón, responsable del departamento de Reprografía. Allí visionamos cientos de fotos con el fin de que alguna de ellas ilustrara este volumen.

Agradecimiento también a los editores de Interfolio por esta prometedora colección de tan amplio espectro y en la que, de manera excelente en el presente texto, encaja su *slogan* principal: «Los testimonios de quienes han estado allí». En el caso de esta publicación, además, demuestran que, por encima de cualquier otro interés, valoran la necesidad de que un libro como este, clásico ya entre las publicaciones relacionadas con el Desastre, pueble de nuevo los estantes de las librerías.

Por último, me permitiré comentar la circunstancia personal que acaba en este libro. La primera vez que entre a fondo en la terrible historia del Ejército español aquel verano de 1921, la oí a pleno pulmón en el patio del Regimiento de Caballería Alcántara 10 en Melilla. Allí, tres o cuatro cientos de uniformados escuchábamos en formación el relato vibrante del coronel D. Alfredo García-Prieto Hueto, que nos relataba los hechos.

Era un 25 de julio, día de Santiago Apóstol, y a muchos nos impresionó la historia de aquellos españoles que, llegados de todos los puntos del país, se dejaron la vida en las llanuras rifeñas. A la memoria de todos ellos va dedicada la reedición de este libro.

Jesús M. Sánchez
Madrid, 2010

EL MUNDO EN 1921

Enero.— El Gobierno de España establece el seguro obrero obligatorio para todos los trabajadores.

—Las mujeres obtienen, en Suecia, el derecho a votar.

Febrero.— En Madrid se produce la reapertura de las Cortes españolas tras el cambio de Gobierno.

—Charles Chaplin estrena su película El chico.

—En Irlanda estalla la guerra contra el ejército británico.

Junio.— El día 25, en el aeródromo de Getafe (Madrid), emprende el vuelo por primera vez el autogiro La Cierva.

—Con motivo del séptimo centenario de la catedral de Burgos son trasladados los restos del Cid, doña Jimena y San Fernando.

—Ortega y Gasset publica España invertebrada.

—Fracasa el primer intento de ascenso al monte Everest que acaba en tragedia.

Agosto.— En La Haya (Países Bajos) se celebra el Congreso Internacional sobre los Derechos del Hombre.

—Nace Fernando Fernán Gómez, escritor, actor y cineasta español.

—Vicente Blasco Ibáñez publica su obra Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Octubre.— Se inicia en Estados Unidos el segundo proceso del caso de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

—Frederick Bantingy Charles Best consiguen insulina para el tratamiento de la diabetes.

Noviembre.— El príncipe Hirohito se hace cargo de la regencia del Japón.

—En España, la fusión de los grupos escindidos del PSOE, Partido Comunista Español y Partido Comunista Obrero Español da lugar a la creación del Partido Comunista de España.

Diciembre.— Albert Einstein recibe el premio Nobel de física.

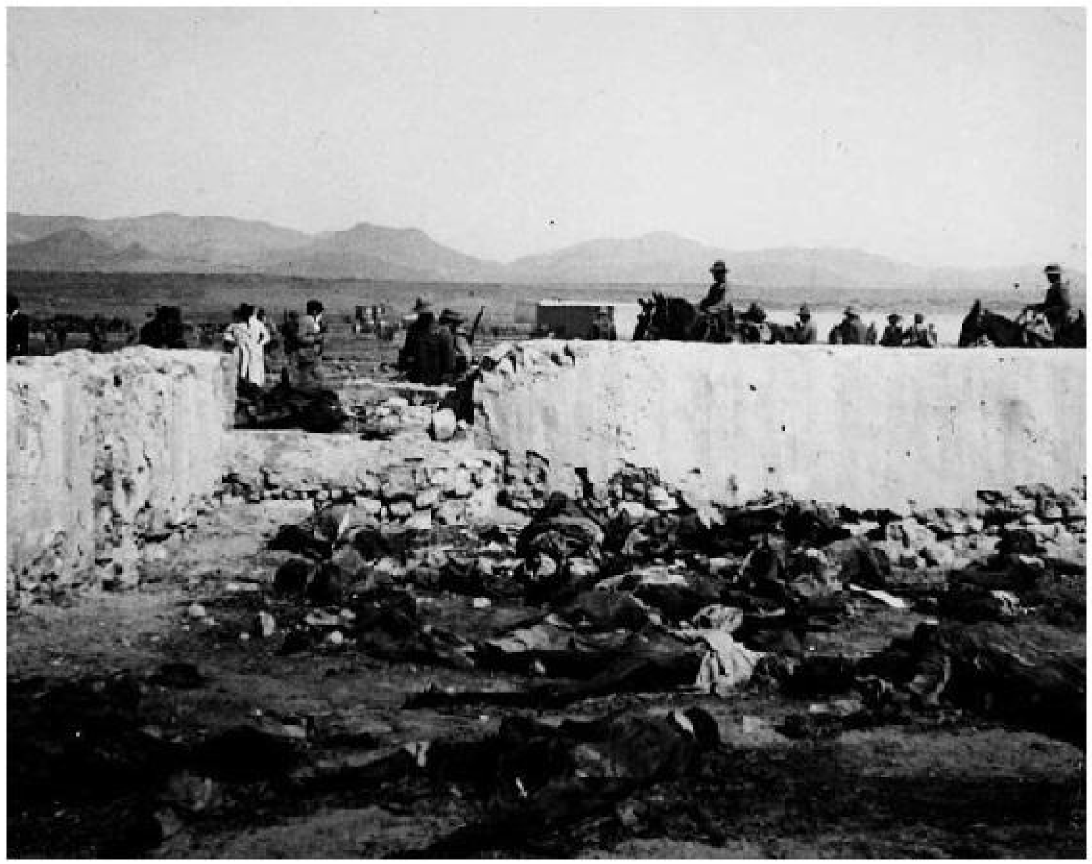
—Irlanda se independiza de Inglaterra.

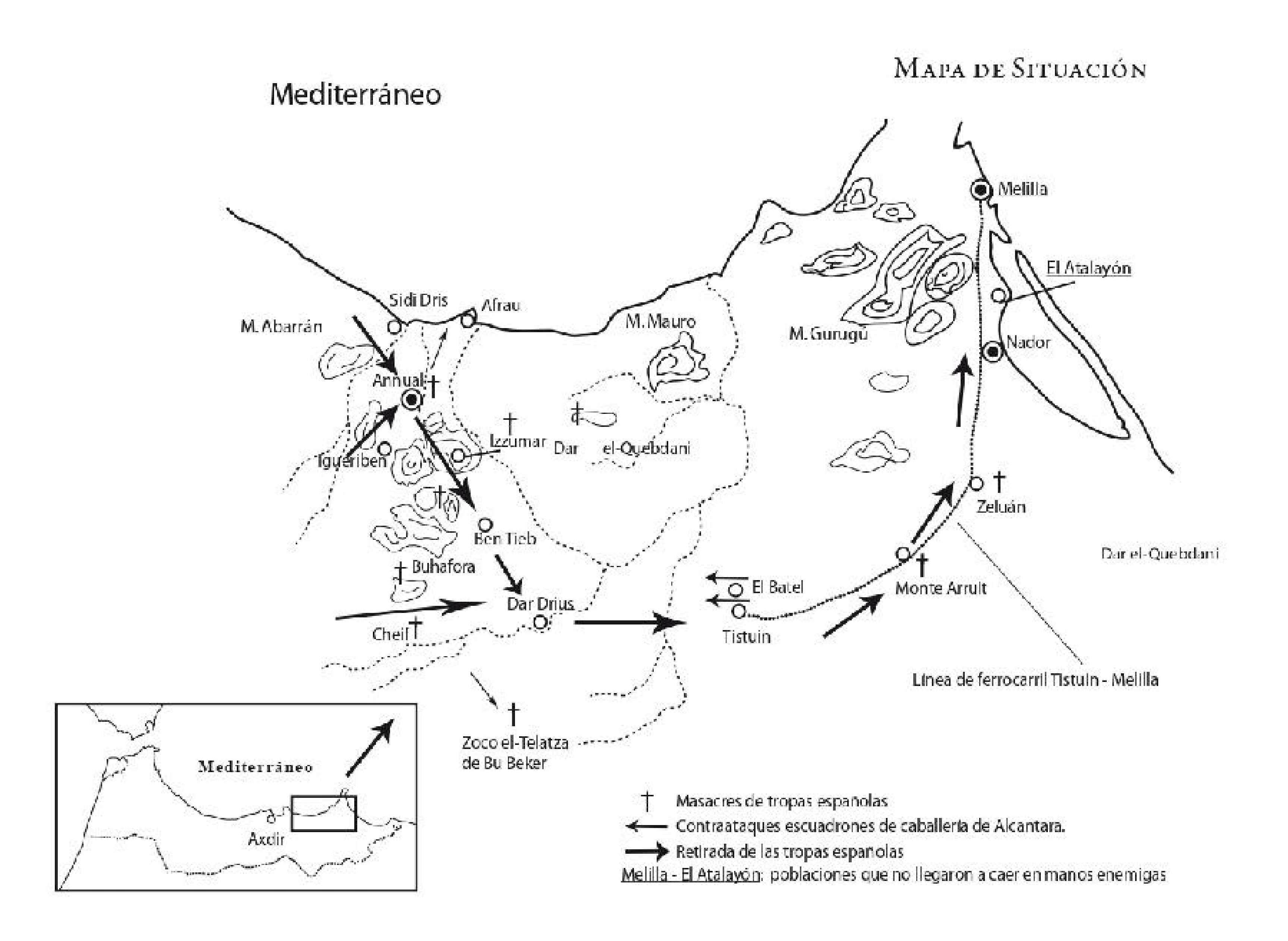
Fotografías inéditas

tomadas por las tropas españolas tras la reconquista de las posiciones rifeñas a finales de 1921








Mapa de Situación
Mediterráneo
Melilla
El Atalayón
Nador
M. Gurugú
M. Mauro
Sidi Dris
Afrau
M. Abarrán
Annual
Igueriben
Izzumar
Dar el-Quebdani
Ben Tieb
Buhafora
Dar Drius
Cheif
El Batel
Tistuin
Monte Arruit
Zeluán
Dar el-Quebdani
Línea de ferrocarril Tistuin - Melilla
Zoco el-Telatza de Bu Beker
Mediterráneo
Axdir
Masacres de tropas españolas
Contraataques escuadrones de caballería de Alcantara.
Retirada de las tropas españolas
Melilla - El Atalayón: poblaciones que no llegaron a caer en manos enemigas



De izquierda a derecha, los militares, Coronel Araujo, General Navarro, Tte. Coronel Manuel López Gómez, Tte. Coronel Eduardo Pérez Ortiz, Comandante de Caballería José Gómez Zaragoza, embarcados de vuelta a Melilla tras poner fin a su cautiverio

PREFACIO DEL AUTOR

Escribí esta crónica para darla a la publicidad. La idea de hacerlo así me nació durante mi largo cautiverio, dolido del abandono y desatenciones de unos, de la falta de caridad, de la odiosa calumnia, de las sangrientas burlas de otros.

He padecido sed de justicia y he sufrido resignado la ofensa y la ingratitud, esperando mejores tiempos, confiado a la Providencia.

No puedo tolerar el engaño ni los inmerecidos privilegios. En esto soy rebelde y lo seré siempre.

La mentira, la más infame violación del orden moral, no puede prevalecer jamás ni argumentarse como necesidad de patriotismo.

El callar es también un delito en los códigos cuando por hacerlo se otorga veracidad a lo que es falso y se pretende presentar como cierto. No; que no se escriba así la historia, que no se diga esto irónicamente.

Confieso que esta crónica encierra toda mi venganza; no consentir que a nadie se engañe. Es mi objeto en ella corregir versiones más o menos tendenciosas; que se sepa de una vez lo ocurrido, por ser su conocimiento muy conveniente al juicio que de los sucesos se viene haciendo; que se desvanezcan las invenciones fantásticas para que nadie presente la pasada situación de modo distinto a la realidad; que las cosas queden en su lugar.

Sucedió todo como lo digo y no fue de otra manera.

El testigo que se atreviera a decir lo contrario de lo que yo expongo, faltaría a la verdad, y habría entonces de sospecharse que lo haría con su cuenta y razón.

Refiero únicamente lo que he visto y, en algunas ocasiones, lo que se me ha dicho y luego he comprobado escrupulosamente, y si reflejo opiniones no las comento, como ha de verse durante la lectura de mi hilvanada crónica.

Yo no puedo ni sabría en conciencia culpar a nadie, porque ignoro para ello muchas cosas, acaso secretas.

Sé únicamente que yo no soy responsable del desastre, pues, para evitarlo, he hecho esfuerzos casi sobrehumanos; no podía exigírseme tanto. Sospecho

también que de él tampoco son reos algunos de los que se vienen condenando, aunque lo sean de otro delito conexo.

Para que yo señalase a los responsables del vergonzoso derrumbamiento necesitaría se me contestase a muchas preguntas.

¿Por qué se ocuparon Annual, Sidi-Dris, Igueriben y Abarrán estando vendidas con un largo desfiladero a retaguardia, desfiladero que era la única vía de comunicación? ¿Se había pensado en la difícil situación de estas y otras posiciones? ¿Hubo imprudencia en la acción política por no apoyarla debidamente la militar, o en ésta por desacierto en la anterior? ¿Se tenía noticia, y quién la tenía, si así era, del probable levantamiento del territorio? Caso de resistirse aisladas todas las posiciones, ¿se las hubiera podido siquiera abastecer o, simplemente, mantener en comunicación con la plaza? ¿Cuál hubiera sido la línea de resistencia en caso de retirada? ¿Melilla? ¿Qué organización era la nuestra que en diez y nueve días —del 21 de Julio al 9 de Agosto— y sin poder estorbar al enemigo el desembarco, no pudo saltar a la Restinga una columna y recorrer 25 kilómetros de terreno llano para auxiliar a los sitiadores de Monte-Arruit? ¿Es verdad que se contaba con hombres y no con soldados? ¿Tan mala era la instrucción y tan escaso e incompleto el material que estos miles de hombres no estaban en condiciones de arrollar en un llano al inferior número de enemigos y con menos elementos? ¿No había en España más que dos aeroplanos? ¿Por qué en lugar del ridículo envío de paquetes no arrojaron bombas en Monte-Arruit? ¿Se sabía en Melilla cuando se recomendó la capitulación de esta posición el resultado de lo pactado en Zeluán? ¿Quién consintió las imprudencias, si es que las hubo, y quién el abandono de toda previsión? Cuando estas preguntas y muchas más se hayan contestado podrá juzgarse en justicia.

Mientras tanto, como vía de información para la mayoría de los casos, tienen los jueces un testigo que no miente: el terreno.

Véase el camino de Bentieb a Annual, la situación de Abarrán, la zona que desde la Restinga a Monte-Arruit había de atravesarse; no ha variado. Allí está el mudo testigo de desaciertos y de cobardías o impotencias.

No es paradoja. Su silencio vence toda elocuencia y argumentación en contrario.

I
LOS CONVOYES A IGUERIBEN

Hallábame el 18 de julio en el campamento de Dar-Drius, cuando recibí un telefonema en el que se me ordenaba desde Comandancia que al día siguiente, 19, saliera al mando de una columna, compuesta de cinco compañías de fusiles del Regimiento de San Fernando; otra y una sección de ametralladoras del mismo cuerpo; parte del tren regimental del expresado y una batería de montaña, en dirección a Izumar, donde debía encontrarme a las catorce y esperar órdenes.

Como aquel mismo día había la columna regresado de las inmediaciones de la posición A, a la que se acercó como fuerza de observación con motivo de haberse intentado hacer un convoy a Igueriben, presumí desde luego que mi operación terminaría regresando por la tarde a nuestro habitual campamento, y, en consecuencia, salimos de este a las 8’30 y a la ligera, puesto que el itinerario suponía en total un recorrido de 28 kilómetros, marcha que, aun sin otra operación, resultaba penosa por efectuarse en pleno estío y siempre escalando alturas.

Hasta Bentieb, el camino abierto trabajosamente para terminar en Annual y dar difícilmente paso a los autocamiones es llano, pero a partir de esta primera posición que, sin casi detenernos cruzamos, va constantemente ascendiendo y, como no ha saltado la más pequeña brisa, empieza la tropa a beber de sus dobles cantimploras con la prudencia que le da el saber no ha de encontrar agua hasta el final de la jornada y que la ración no ha de ser mucha.

A las cuatro horas de marcha encontramos al parque móvil que vuelve de llevar a Annual municiones de artillería. Un carro se halla atascado en el desfiladero y aprovecho el obligado alto para que la columna se concentre y descanse breves momentos.

He oído el cañón hacia Izumar, y como veo fuerza de Regulares con misión de proteger al parque, apenas puede pasar mi artillería, emprendemos

de nuevo la marcha.

El calor es asfixiante, pero la gente de a pie, muy entrenada y hecha a estas fatigas, sigue animosamente la marcha y a las 12,30 llegamos sin novedad alguna al pico en que se halla enclavada la posición Izumar. De ello doy cuenta al coronel Manella, jefe entonces de la circunscripción.

Desde Izumar, pequeña posición situada a cuatro kilómetros del campamento de Annual, dominando esta y sus contornos con elevada cota —acaso más de 250 metros de diferencia— puedo, con ayuda de mis prismáticos, darme cuenta de que otra columna, ya desplegada, avanza hacia Igueriben, si bien me parece recibir la impresión de que encuentra en ello serias dificultades. Así debe de ser por cuanto al poco tiempo se me ordena dejar en Izumar una compañía como refuerzo —queda entonces esta posición con dos compañías y dos piezas— y bajar a Annual desenfilado de las vistas del enemigo, aprovechando un atajo pedregoso malísimo para las cargas y el ganado.

Finalmente, a las 14, ya concentrada mi columna en una hondonada, a las inmediaciones del río me pongo a las órdenes del coronel Manella.

Este brillante jefe se encuentra en aquel momento junto a una batería emplazada en una pequeña meseta. El fuego del cañón y el movimiento de avance se hallan suspendidos y estudia las probabilidades de reanudarlos con éxito; mas la resistencia que el enemigo opone debe de ser tenaz y se precisan más fuerzas para vencerla. Me mira y parece dudar un momento; después me interroga: «Francamente, ¿está su columna en disposición de combatir inmediatamente?». «Mi coronel —le respondo— convendría darle antes agua y algún descanso; pero si esto no puede ser, hará un esfuerzo. Le sobra entusiasmo y todos cumplirán». «Entonces mándeme aquí dos compañías, y usted, con el resto de la fuerza, ocupe aquella loma y emplace en ella la batería. Va usted a reforzar el flanco izquierdo». Y rápidamente me explica el objetivo de la operación y la situación de nuestras tropas.

El comandante González Munné marcha con las compañías solicitadas, y yo avanzo con la columna para tomar posiciones.

Al ocupar la loma encuentra la artillería excelente emplazamiento y la necesaria protección. Algo avanzadas, a su izquierda, hallamos cuatro ametralladoras de Ceriñola, que ya lleva allí algún tiempo haciendo fuego. Al frente, como a 2000 metros, se mueven fuerzas de Regulares.

Señalado el objetivo —unas alturas al norte de Igueriben— empieza nuestra artillería a disparar y bien pronto lo hace con eficacia; mas apenas ha hecho veinte disparos, cuando observo que nuestro flanco izquierdo,

constituido por fuerzas del regimiento de África, inicia una rápida retirada por escalones descendiendo de unas elevadas crestas de las que nos separa el río Annual, que allí corre por hondo y largo barranco. Ignoro quién ha dado la orden para esta retirada, y me admiro de ella por cuanto mi tropa no ha disparado todavía un tiro, ni siquiera ha desplegado en guerrilla, pero presumo que se hace como consecuencia de retroceder los Regulares.

En aquel momento el comandante de la compañía de ametralladoras de Ceriñola me advierte haber consumido las municiones y al mismo tiempo se me ordena retire urgentemente la batería, pues los Regulares se vienen encima. Entonces la sustituyo con las máquinas de la columna, estimando que las seis de que dispongo me bastan para batir el frente del barranco de la izquierda y que las dos compañías de infantería harán mejor papel en más cortas distancias. La batería y las ametralladoras de Ceriñola son enviadas al campamento.

Una compañía de fusiles queda establecida en unos muros a 250 metros a retaguardia de la línea de fuego y tiene la misión de vigilar el barranco desde un recodo del río y sostenerse allí mientras yo no ordene otra cosa. La otra compañía con la que me encuentro protegerá, situada a cubierto y ya desplegada, el repliegue de las ametralladoras que hace rato han abierto un fuego moderado.

Mientras tanto, los Regulares, que ya están a nuestra altura por la derecha, siguen su movimiento de retroceso y nos descubren este flanco por el que avanza el enemigo. El capitán Gil Cabrera, que manda la línea de máquinas, me advierte de la situación y, a pie, como me encuentro, retrocedo hasta los Regulares a quienes sus oficiales quieren contener sin conseguirlo.

Increpo duramente a esta fuerza y le ordeno no solamente detenerse sino avanzar de nuevo lo que al fin se consigue hasta unos cincuenta metros y empleando el palo sus oficiales. Al mismo tiempo marcha a la guerrilla la compañía que estaba previamente desplegada y protege la ordenada retirada de las ametralladores a cuyo jefe mando rebase el río y siga hacia el campamento. La proximidad de este —unos dos kilómetros— sus avanzadas y lo quebrado del terreno me dan la impresión de que me bastan las dos compañías de fusiles para retirarme metódicamente y así lo verificamos, después de haberse replegado todas las fuerzas, sin que la astucia de los moros lograse aislarnos.

La serenidad de estas compañías y su disciplina en el fuego, que una de ellas especialmente tomó casi a broma, nos evitó acaso sufrir unas bajas, pues que sólo tuvimos un oficial contuso y dos muertos y ocho heridos de tropa.

Por conducto del capitán de E. M. Sabater, que presenció el fuego de una de esas compañías y que haciéndolo por descargas las intercalaba con vivas al Regimiento, supo sin duda el coronel Manella varios detalles referentes a tal comportamiento, por el cual fui efusivamente felicitado y se concedió a las compañías en aquella noche preferente lugar de descanso en el campamento principal y el ser relevadas de todo servicio. Bien lo merecían además por su fatigosa jornada.

Los jefes y oficiales, así como la tropa, cenamos una friolera, y rendidos de cansancio, dormimos como bienaventurados, unos en tiendas, a la intemperie los más.

Al siguiente día no se intentó llevar el convoy a Igueriben, pero en un telefonema en el que se les felicitaba por su heroico comportamiento y abnegación se les prometía el inmediato socorro y relevo el 21; cosas que eran de perentoria y absoluta necesidad, pues la posición extenuada, sedienta varios días, falta de municiones y siempre al pie del parapeto, acorralado y con numerosas bajas en muertos, heridos y enfermos, estaba en peligro de ser fácilmente sacrificada.

Mi columna fue distribuida el día 20 empleándose sus unidades en diferentes cometidos, correspondiéndome con dos compañías cubrir lo que hasta entonces era gala de la posición; unas lomas coronadas por una kábila de la harca amiga. Mientras tanto, se me dijo que se habían ocupado algunos puntos del otro lado del río y que se buscaron emplazamientos para las baterías que habían de jugar en la próxima operación.

Y estas tareas preliminares debieron de terminarse pronto porque antes de las dos de la tarde estábamos de regreso en el campamento. Ya en este, supe que el general Navarro se hallaba en la posición y que muchas mías de Policía y harcas amigas llegarían para tornar parte en la operación proyectada.

Aprovecho la tarde para observar el emplazamiento de las posiciones de Annual, pues son tres las que defienden el campamento, no obstante lo cual está vendido quien entre ellas pretenda ampararse de los pacos.

Situado a la derecha y a unos 200 metros del río de que ha tomado su nombre, tiene asegurada la aguada a cambio de algunas bajas, que dependerán seguramente en importancia de la osadía de los moros y del número de estos que traten de oponerse al servicio, pues las avenidas al río son apropiadas para su defensa desde la orilla enemiga cubierta por accidentes del terreno; orilla en la que durante la noche no quedaba avanzadilla alguna.

Sobre este inconveniente que pudo costar algún serio descalabro en el servicio de aguada, tenían las posiciones la de estar dominadas por el opuesto

frente al río y la de quedar aisladas durante la noche, ya que ante un ataque formal era imposible de todo punto permanecer entre ellas, circunstancia que todos pudimos observar durante cualquier hora en aquellos días de concentración de fuerzas. Ni avanzadillas ni lunetas pudieron entonces evitar que algunos desocupados pacos nos hiciesen bajas en cuanto caía la tarde.

Desconozco la consideración que motivó la elección de tal campamento; acaso razones logísticas; tácticas no tiene ninguna. Podría decirse que es bueno para tiempo de paz y pésimo para la defensa. Además, teniendo a su retaguardia un estrecho desfiladero de 15 o 20 kilómetros sin que este quede asegurado sino por escasas posiciones intermedias puestas a última hora —después del descalabro de Abarrán cuando se vio el peligro de la aventura— y que sólo nos sirvieron para distraer fuerzas, Annual, aislado frecuentemente en cuanto llovía era una verdadera ratonera en la que podía encerrarnos la primera harca que allí se formase. Tenía idea de todos estos inconvenientes que la mayoría conocíamos, pero no creí nunca que fuesen tan abultados y manifiestos. Mi asombro fue enorme, especialmente al recorrer el día anterior por primera vez el desfiladero.

Y no se vea aquí asomo siquiera de censura para nadie. No se me oculta que pudo haber especiales y para mí desconocidas causas que se exigiesen la inmediata ocupación de Annual. Cuento lo que he visto según mi propósito y con mi mayor sinceridad; y en esto no debe haber duda; allí queda el terreno que no habrá cambiado.

Cae la tarde y empieza a montarse el complicado servicio de seguridad que el campamento requiere. Menos mal que el tiempo no molesta entonces, pues varias unidades quedan al raso.

Dos pacos hacen bien pronto acto de presencia, y hay necesidad de levantar más los parapetos y colocar no pocos traveses. Al ganado llegan siempre proyectiles que lo inquietan y le producen bajas. Un centinela que se ha confiado demasiado se desploma a mi lado para no levantarse más, y otra bala hiere mortalmente a un soldado de la 4.ª batería de montaña.

A primera hora de la noche recibo instrucciones para la operación del día siguiente. Con las cuatro compañías de San Fernando he de ponerme a las órdenes del coronel Morales, jefe de E. M. y de la Policía indígena, quien, al frente de una columna compuesta de una harca amiga, varias mías de policía y mis cuatro compañías, ha de constituir el ala derecha del frente de ataque. No llevaremos artillería ni ametralladoras; estas se trasladaron a la posición que ocupaban las fuerzas de África y no dispuse de ellas en lo sucesivo. La batería, con otras, quedaría en posición en el mismo campamento.

El coronel, hombre correctísimo, siempre me informa amable de cuantos extremos debo conocer. Yo me felicito de ir a sus órdenes; sereno, inteligente y valeroso, me ha inspirado siempre la mayor confianza. Nos despedimos y regreso a mi tienda para comunicar algunas órdenes a la fuerza.

Allí habla como misteriosamente con dos o tres capitanes de su cuerpo el teniente coronel Marina, del regimiento Ceriñola. El semblante de todos ellos revela gran preocupación; el asunto es serio para ellos: dos compañías al mando del referido jefe han de ir a Igueriben con el convoy a relevar al resto de las otras dos que guarnecen la posición y al comandante Benítez, su actual jefe.

En la tienda inmediata agoniza el comandante Romero, herido en el pecho el día anterior.

Creo que me conviene descansar y, desentendiéndome de todo lo que me rodea y pues que San Fernando no tiene servicio, me tiendo vestido en un catre que la suerte me ha deparado y procuro dormir algunas horas.

Al amanecer del 21 me coge ya en pie buscando una taza de café.

Al campamento van llegando barcas amigas y las últimas mías de Policía toman las posiciones, y, con sus vestimentas polícromas rompen, alegrando el conjunto, la monotonía de los emplazamientos terrosos que los rodean. El ir y venir de muchos, sus jergas a distancia, sus corrillos para el consabido *tai*, animan extraordinariamente el cuadro.

No sé cuántos son, pero me parecen muchos; todos vienen para forzar el paso a Igueriben y romper su cerco, cosa que, desde luego, doy por hecha, aunque ignore el plan completo de la operación. Con los grupos llegaron Ben-Chelal, Burrahai y otros jefes moros.

Pasado el tiempo necesario para los preparativos inmediatos, comienzan a formar las fuerzas en orden de marcha, y las harcas y mías la rompen en distintas direcciones según el puesto que se les tiene asignado.

Es cosa fantástica verlas desfilar con profusión de banderolas y colorines; con sus caballitos medio encabritados constantemente; con su habitual desorden y sus gritos.

Detrás de unas mías de Policía, marcha al fin el coronel Morales y yo lo sigo con mis compañías de infantería.

La columna rebasa el río, sube un altozano, recorre como un kilómetro por terreno fuertemente ondulado y llega a un barranco. En este, vigilando sus avenidas en todos sentidos, se me ordena concentrar mi fuerza, y la indígena prosigue, ya desplegada, su marcha al frente, siguiendo oblicuamente sus

unidades para alcanzar la cima de una serie de colinas que tenemos a la derecha.

Pronto se rompe el fuego y silba sobre nosotros, muy alto, algún que otro proyectil dirigido a la Policía.

Cuando esta gana la cumbre de las colinas empieza su avance a lo largo de las mismas, y el coronel dispone entonces que una compañía ocupe el lugar que los indígenas han abandonado. La disposición es de elemental prudencia con la clase de enemigo que combatimos y aun así no basta; tengo que destacar un oficial con veinte hombres y este a su vez, un sargento con cuatro tiradores para contener a los molestos pacos que, casi por retaguardia, nos hostilizan.

Comienzan a llegar los primeros heridos al puesto de curación que a espaldas de nosotros y en barranco transversal he establecido. Unos llegan por sus pies, otros en camillas, pero todos escoltados con exceso, particularmente al principio.

Como a la media hora de haber empezado el fuego, observamos que el convoy desfila tranquilamente por nuestra izquierda encajonado entre nosotros y la columna del otro lado. A su vanguardia me dicen que lleva suficientes fuerzas para forzar el paso y protegerlo.

El cañón hace ya rato que truena y el fuego de fusilería es considerable. Llega hacia nosotros un numeroso grupo de heridos. Lo forma el teniente Puzón, de la Policía, y doce o catorce indígenas. El oficial, al querer arrojar una bomba de mano, lo ha hecho con tan poca fortuna, que se ha herido y ha puesto también fuera de combate a once de sus policías. Por suerte, parece que ninguno lo ha sido gravemente.

El coronel, quien constantemente observa con los gemelos el alcance de los indígenas, no muy resuelto por cierto, parece impacientarse. Al poco tiempo monta a caballo y seguido de su escolta se dirige hacia el centro del frente de combate. ¿Quiere enterarse de la situación del convoy? Nada me ha dicho. No acaba de salir de la barrancada, cuando el grupo que forma recibe algunos disparos y tengo que enviar fuerzas a un montículo de retaguardia por si los que le hostilizan son *moros amigos* que se divisan en él como simples espectadores de la acción; que todo podría ser entre aquella gente y en aquella ocasión.

Otros disparos suenan hacia el lugar del barranco, el más retirado, en el que se encuentran nuestras cargas de municiones y las de los indígenas. En previsión de algo desagradable, desconfiado, envío una sección que debe cubrir su retaguardia a lo largo del barranco.

Pasa el tiempo sin que mi fuerza tenga necesidad de apoyar el avance de las tropas indígenas. Estas parecen distar aún en nuestra columna más de un kilómetro de las faldas de Igueriben. La harca amiga parece muy poco más adelantada, y mientras tanto continúa nutrido fuego de fusilería y cañón. La posición hace ya mucho que ha consumido su última granada.

Alguien me advierte desalentado que el convoy regresa. Efectivamente: seguido de sus dos compañías de relevo, deshace apresuradamente el camino no hará una hora recorrido.

Simultáneamente con esta decepción, todos sufrimos la impresión de algo enormemente emocionante. Mientras la artillería acelera su fuego con repetidas descargas de batería, vemos varias siluetas que, saltando los parapetos y alambradas de Igueriben, se mueven como alocadas y, la que no se desploma, baja veloz la pendiente en dirección a nosotros. Bien pronto son seguidas estas de otras y otras que huyen de la desgraciada y sufrida posición. Se ha dado cuenta la guarnición de que se inicia la retirada de las columnas —yo lo ignoraba aún— y antes que sucumbir de inanición y sed, bien probada su heroica resistencia, prefiere hacerlo de una vez buscando alguna probabilidad de salvación.

Comienza entonces a arder una de las tiendas. Mi gente está entristecida y silenciosa. Las llamas, al retorcerse, dibujando espirales sobre el sombrío fondo del celaje, parece que queman algo de mi ser; indudablemente mi entusiasmo, pues la vergüenza me sube al rostro y me mortifica; está incólume, afortunadamente.

Pero aún no ha terminado la tragedia. Apenas ha comenzado el incendio, cuando varias baterías rompen sobre la posición misma un rápido y eficacísimo cañoneo de destrucción que debió aniquilar a los reacios en huir, a los heridos y a los enfermos.

Helado de espanto, no sé si blasfemé por la herejía o recé por aquellos infelices. Y meditaba, oprimido al corazón, sobre la causa de tan horrenda inhumanidad, cuando me apercibí de que hacía rato habíase iniciado la retirada y de que tres fugitivos de la posición se arrojaban extenuados en brazos de mis soldados. La fuerza indígena se dirigía hacia nosotros en desbandada, sin dejar un solo escalón de apoyo. Según me dijo el coronel, cuando al rebasarnos interrogue la causa, la harca amiga había arrastrado a la Policía y no había ya medio de contenerla.

Como tenía adelantada una de mis compañías, envié a esta la orden de replegarse, y a otras dos al mando del comandante Munné, la de establecerse en puntos de retaguardia previamente elegidos para proteger nuestra retirada.

Con dichas unidades envié el tren de municiones y mi caballo, quedándome con las restantes en el barranco que desde un principio ocupábamos.

No tuvimos allí necesidad de tener a raya al enemigo; o este no nos vio o no había aún llegado a las lomas abandonadas por la Policía; mas en cuanto calculando que la compañía más próxima estaba ya en posición, dispuse el repliegue y empezamos a recibir, luego por retaguardia y flanco izquierdo.

Para buscar amparo de nuestro primer escalón ordeno acelerar la marcha, pero no hallo donde esperaba fuerza alguna que la defienda y, en la confianza de tal apoyo, me había yo quedado retrasado y no tuve medio de contener a mi gente que proseguía, ya en desorden, la retirada. He corrido un gran trecho; mis voces no son oídas y voy rendido; sigo al paso largo con dos soldados y un policía que se me reúnen. Al saltar una zanja cae uno de los soldados y a mí me ocurre lo propio; el otro acude solícito a levantarme creyéndome herido, pues mi gorra está llena de sangre. He tropezado con el caído, muerto de un tiro en la cabeza, y ello ha engañado al soldado, pues yo estoy ileso.

Al fin, recibiendo cada vez más fuego de nuestra izquierda, alcanzamos la primera posición de apoyo. Una de mis compañías se ha hecho fuerte en unos muros frente a una casa, y con fuego por descargas contiene al enemigo. Allí está el comandante, a quien pregunto por las demás unidades. Me dice que están repasando el río, y le ordeno siga la retirada cuando estén ya al otro lado.

No puedo dar un paso y pido un caballo. El capitán Creus me lo cede y, lentamente, pues el lugar está desenfilado, me dirijo al río. En sus márgenes hay fuerzas de Policía, unas haciendo fuego agua abajo, otras cruzando su ancho lecho de escaso caudal. Algunos mulos espantados han tirado su carga de municiones y mando recogerlas.

Cuando las últimas fuerzas subimos al campamento, algunas de África apostadas en una luneta, hacen nutridísimo fuego por encima de nosotros. En otra trinchera, algo más abajo, está una de mis compañías; esta ha traído los tres fugitivos recogidos a quienes se está auxiliando; uno de ellos ha perdido el habla; a otro le es imposible beber agua porque sus secas fauces, contraídas, no la toleran. Se la echamos por la cabeza a ruegos del desgraciado.

Ha terminado la triste jornada, principio del futuro desastre. El general Silvestre había llegado al tiempo de iniciarse, y aquel mismo ordenó al general Navarro que regresase a la plaza. Creo que también los jefes de las harcas amigas se ausentaron seguidamente con ellas.

Tengo que lamentar catorce bajas del Regimiento: dos muertos y doce heridos, graves la mayoría.

II
JUNTA HISTÓRICA

La noche nos encuentra a todos sumidos en amargas reflexiones. Como Abarrán, considero ha caído Igueriben; no habrá que pensar en inmediatos avances. Los Regulares están diezmados; he oído desconfianzas de la Policía y no creo que las tropas peninsulares sean suficientes para vengar el descalabro. Por fuerza, y no obstante la arrogancia de nuestro general, habrá que suspender por mucho tiempo las operaciones.

Así discurría cuando fui llamado por este, quien ordena vayamos a su tienda los mas caracterizados jefes de los distintos cuerpos.

Vamos entrando. Somos muchos para tan reducido espacio ocupado por camas y equipajes y, en silencio, después del reglamentario saludo, presintiendo algo insólito por el semblante nublado y característica energía del general, buscamos un puesto. Bien creo que, irritado, ordenará alguna cruenta operación.

Mi estupor llega al límite bien pronto; me he equivocado completamente.

«Señores», nos dice, con muy parecidas si no iguales palabras, «el enemigo vendrá muy pronto sobre el campamento; es numeroso, está bien dirigido y, como todos hemos visto, emplea eficaces procedimientos de asedio. Además, sospecho que le secundarán los Tensaman y Beni-Ulises. No tenemos municiones más que para un combate serio, y antes que tener aquí otra repetición de lo de Igueriben, creo que mañana mismo debemos abrirnos paso hasta Bentieb. La operación, aunque nos cueste un 50 % en bajas, será preferible a quedarse aquí, de donde no saldremos ninguno. Este es mi parecer y quiero saber si a alguno de ustedes se le ocurre otra solución. Por de pronto inutilizaríamos la artillería, dejando todo lo demás del campamento tal como está; es botín que puede entretenerles». Sucede a estas palabras un corto silencio. Alguien pregunta después si no podríamos sostenernos mientras llegan refuerzos. ¿Cuáles? Entonces el general nos hace saber que los acaba

de pedir, no entiendo si al Alto Comisario o al Gobierno; pero no estima que sean eficaces ni que lleguen a tiempo; mañana mismo, dice, tendrá acaso el enemigo trincheras hacia Izumar.

Lo que parece preocuparle más es la evacuación de ciertas posiciones, cuya guarnición quiere salvar, y busca concentrarlas sobre la columna de Annual o sobre Sidi-Dris, y esto ha de ser rapidísimo.

No falta quien indica si sería conveniente pactar con Abd-el-Krim —no recuerdo quién lo propone— mas el General, entonces, hace un gesto de desdén y dice que dicho jefe *no pinta nada* en aquella ocasión y que, si esto pretendiese serían los suyos capaces de matarlo.

Llega en esto un sargento de la radio con un radiograma que ha sorprendido. Esto es para el Alto Comisario, al que, desde Madrid le autorizan u ordenan embarque inmediatamente para Melilla un grupo de Regulares y el Tercio extranjero; advirtiéndole que dos divisiones —las que entonces sabemos ha solicitado para cubrir la línea de los Beni-Said, Bentieb, Buhafora, Isen-Lasen, se concentran en el litoral próximo para ser enviadas inmediatamente.

Esta noticia, circulada a los 45 minutos de haberse solicitado el refuerzo conforta nuestros ánimos un tanto, mas échanse cuentas de tiempo y números y resulta que ella no varía al fin la situación.

Entonces el general la resuelve de plano diciendo en uno de sus altaneros arranques: «Yo asumo la responsabilidad de la operación y la de ordenar la evacuación de esas posiciones. De ello voy a dar cuenta al Gobierno, y de todo respondo yo con mi persona y empleo, y acuérdense de esto el día de mañana». Ante esta orden del mando, nada nos queda que añadir. Ya presiento el malísimo efecto que ella ha de causar a mis compañeros y subordinados, cuando nos advierte que debemos quedar juramentados para que nadie se entere de la retirada a Bentieb. Al salir del campamento se presentará cualquiera otra operación.

III
EL DESFILADERO

Al amanecer del día 22 somos muy pocos los que estamos en el secreto de la inmediata retirada. Por mi parte he limitado mis informaciones sobre nuestra llamada, diciendo que se trataba de una complicada operación sobre las lomas al pie de Izumar y a la derecha del camino a Bentieb.

Nada indica en el campamento general que trate de moverse fuerza alguna. No obstante lo avanzado de la hora, ni siquiera se ha hecho la descubierta para el servicio de aguada, y, sin embargo, esta es precisa, al menos para llenar las cantimploras. ¿Se habrá desistido de la evacuación? Otra llamada a la tienda del general. Allí se está disponiendo apresuradamente lo que cada unidad debe hacer y se nos da por el capitán Sabater el orden de marcha.

Ante todo saldrá el convoy de heridos, todos montados; esto no ha de llamar la atención; le escoltarán algunas fuerzas. Mientras tanto habrá que hacer la aguada, pero de una sola vez, con cubas y cantimploras en los palos de las camillas.

El tiempo perdido apremia y ha de terminarse el servicio antes de que las diferentes unidades vayan poniéndose en marcha. Si retrasan, que salgan a su encuentro.

Nuestros equipajes, toda la impedimenta, quedarán abandonados; los víveres, los enseres para la confección de las comidas, lo mismo. Sólo hemos de llevar las cajas de munición que buenamente se pueda, pues hay bastante ganado inutilizado.

Parece que el enemigo barrunta nuestro propósito, porque, no bien comienzan a salir los heridos por la puerta principal de la posición, cuando desde los barrancos de enfrente la enfilan eficazmente. Hay entonces necesidad de cubrirla con un través, pues en ella se aglomera la gente.

No me cabe duda de que muchos saben ya a qué atenerse sobre el desorden que comienza a reinar. Las acémilas que pasan para recoger enfermos y heridos, se cruzan y estorban con las que van a salir, con las de artillería que esperan, con los caballos de silla, con las parejas de soldados que entran y salen llevando cubas y cantimploras, con nosotros mismos, jefes y ayudantes que nos esforzamos en poner orden.

Desfilan, al fin, los heridos y su escolta. Detrás va la artillería de montaña, algunas ametralladoras —las mías no sé dónde han de ir por no tener órdenes directas del mando— entre ambas fuerzas, unidades de infantería; después no recuerdo si alguna batería más o parque de municiones, pero sí que detrás debía yo ir con dos compañías. Las otras dos habían sido enviadas con antelación al campamento llamado de los Regulares, con orden de mantenerse en él hasta que ellos se replegasen, entonces debían bajar al camino y unirse a la columna.

Tan pronto como la vanguardia de esta columna, rebasa el citado campamento, empieza a recibir fuego, al que se contesta sin detenerse.

Desde mi puesto, antes de emprender la marcha con mi fuerza, veo que otras a pie y muchas montadas salen de las otras posiciones y, a los flancos o intercaladas, se suman a la columna.

Cuando llega mi turno, busco al capitán Sabater para que me dé la salida, y como me dice entonces que está fuera a comunicar órdenes, pido permiso al general mismo, a quien, cejijunto, pero muy sereno, impasible, veo de pie, próximo a su tienda, al lado de la puerta principal del campamento.

Cuando, concedida la autorización, voy en busca de mis compañías, apenas si queda fuerza ya en la posición y, al recogerlas, formadas junto al parapeto opuesto, puedo darme cuenta de que así puede ser, pues observo que varios soldados de la Policía, que supongo pertenecen a una avanzadilla, vienen apresuradamente hacia él como para entrar en el campamento.

Aún está el general inmediato a la salida al abandonar yo la posición; de esta descendemos en columna de a cuatro y a paso largo para buscar el contacto con la unidad que nos precede, muy adelantada ya.

Al pasar una pequeña planicie crece el fuego que ha empezado a hacérsenos y mando paso ligero para cruzar este corto recorrido. Salvado, se hace alto, monto a caballo y ordeno que las compañías, sin rebasar mi altura, sigan la desfilada en cuatro filas. Esta disposición permitirá que las filas de los flancos contesten al fuego si hubiera necesidad y hará menos vulnerable la formación.

Todo va bien mientras marchamos al amparo de las últimas posiciones del campamento. Silban los proyectiles, pero todavía no he tenido una sola baja.

Encuentro varios soldados que, subiendo del río, todos con cantimploras, asombrados unos, desconcertados los más, no saben si dirigirse a las posiciones de Annual o incorporarse a la larga columna que hacia el desfiladero serpentea por todas partes hostilizada. El servicio de aguada se ha ordenado tarde y no pocos de estos infelices que no han sido agredidos haciéndola, lo han sido en el camino de ella.

Al pasar frente al campamento de Regulares me encuentro al comandante Munné, que tiene el mando de las dos compañías de San Fernando allí enviadas una hora antes. Me pide nuevas instrucciones y le recuerdo que debe sostenerse mientras no se replieguen o se vayan de aquel punto los Regulares, en cuyo momento habrá de seguir con la columna en el puesto que le resulte. Como novedad le advierto que abandonamos Annual y nos retiramos a Bentieb.

Más adelante el fuego que recibimos aumenta.

Por diversas avenidas se ven llegar de la derecha grupos que afluyen al camino y allí, sin orden, se mezclan entre mis hombres. Y como ignoramos si se nos flanquea, si tal o cual fuerza a la izquierda, hacia el camino viejo, es Policía, tenemos que dudar y continuamos vivamente nuestra marcha, la que aún siguen las compañías en orden. Por retaguardia llegan apresuradamente más fuerzas.

Al estrechar el terreno, cuando empieza el desfiladero ofreciendo al paso un angosto camino en la falda de una montaña y al borde de una profunda barrancada, la acumulación de fuerzas es tal que estas se atascan, se atropellan por pasar. Mulos, unos montados, otros con carga, en su precipitada carrera, rompen y separan las filas y formaciones obligando a los que van a pie a salirse del camino, arrojándose al barranco por donde, buscando la desenfilada, van ya muchos soldados.

Me veo entonces sin uno solo de los míos en medio de aquel torrente de fugitivos alocados, hombres y bestias. Continuamente recibo golpes de las cargas que pasan; uno de estos está a punto de precipitarme en el abismo por el que, cada vez más hondo, van mis soldados. Quiero retroceder pensando que acaso podría ir con ellos, más deseo un imposible; se me arrastra hacia adelante, y ello ha sido una fortuna, porque veo a poco que el talud del camino no es tan pendiente y me arriesgo a seguirlo con peligro de estrellarme. Un paso en falso y rodaría de acantilado en acantilado, pero mi caballo es fuerte y pisa muy bien.

Al salir así de aquella humana avalancha, siento caer algo pesado pocos pasos detrás; un mulo cargado y montado ha rodado al abismo y hombre, animal y cajas bajan volteando sin que nadie se preocupe siquiera de volver la cabeza. Sin duda, ha querido seguir mi ruta y la mucha carga y lo pedregoso del terreno le han perdido.

Sin perder de vista a mi gente, sigo por la rampa hasta que esta ensancha junto a Izumar, donde espero que la fuerza se detenga al amparo de la posición. Confío en que allí nos organizaremos todos para continuar después una retirada en forma.

Vana esperanza; la guarnición ya ha salido, está la posición abandonada, y los fugitivos continúan su desesperada carrera, quien por nuevos barrancos, la mayoría por el camino que de nuevo se torna angosto.

Quiero contener al torrente, mas reconozco pronto que para ello se necesitan esfuerzos sobrehumanos. Con los soldados que me siguen, otra vez tengo que salirme al talud, y por él marcho avergonzado de la escena, pensando quién pueda hacer tanto fuego como el que se oye, pues aún sigo ignorando si es el enemigo o el mismo flanqueo el que dispara. Me acuerdo de los rumores propalados sobre defección de Policía y Regulares y no olvido que los Beni-Uliches nos han empezado a traicionar.

De pronto una escena terrible y dolorosa calma mi indignación y me paraliza un momento la circulación de la sangre. Alguien, en su cobardía, ha pasado como una centella, más veloz que los demás y, atrepellando con su bruto cargado de municiones a un grupo de heridos rezagados, ha despedido unas artolas barranco abajo. Cogidos los míseros por dos o tres soldados que, trabajosamente, van a media ladera, los examinan un momento para abandonarlos acto seguido. Hombre y cabalgadura han muerto; eso me dicen cuando llego a su altura.

Para evitar horrores semejantes, acelero mi marcha y, por el primer portillo que encuentro, subo de nuevo al camino detrás del pequeño grupo de heridos, convoy de pobres espantados a quienes van rebasando los fugitivos. Sigue a los primeros, montado en un caballo, un oficial que por el modo de sus estrellas debe ser de caballería o ingenieros. Le siguen dos o tres soldados sobre fatigadas acémilas a las que desesperadamente espolean pretendiendo pasar adelante. Les grito, les recomiendo calma y, no siendo esto bastante para retenerlos en su puesto, saco mi revólver y, diciendo al oficial que haga lo mismo, me hago obedecer.

Desde este momento me creo en el deber de llenar esta nueva misión. Conteniendo detrás a los heridos rezagados la desordenada marcha de los que

vienen por el camino, consigo que la tropa se serene un tanto, y sea menor el daño entre agotados y débiles que, rendidos, suben a las grupas o se cogen a las colas de las cabalgaduras.

No hace mucho he visto a mi ordenanza herido en un brazo y a la grupa de un caballo. El mío hace rato lleva conmigo a un gastador que sufre un ataque nervioso. Llorando, me cuenta que, al pasar junto a unas chumberas, él y otros dos soldados se vieron envueltos por varios moros que les quitaron los fusiles y trataron de apresarles. Él pudo escaparse cuando empezaron a golpearles y en lucha arrebató a uno de los indígenas otro fusil, el que trae. Son tantas sus lamentaciones y suspiros que le amenazo con dejarle en tierra si no calla. Proseguimos a paso largo la marcha. El camino, el fondo del barranco, los ribazos, están sembrados de cajas de municiones, bastes, ruedas y piezas de montaña, ametralladoras, fusiles partidos, cubas, mantas, equipos, recuadros, camillas. Un carro o dos, rotos y sin ruedas, casi destruyen el camino; después hallamos un autocamión parado y con averías. El cuadro es tristemente grandioso, dantesco, horrible, y me recuerda los grabados de la gran derrota napoleónica.

Cuando nos vemos precisados a seguir una trinchera del camino, el rojo polvo que los caballos levantan nos ciega y amenaza asfixiarnos. Los que van a pie, sudorosos y jadeantes, pueden caer sin ser vistos; imposible parece que resistan tanta fatiga. El que caiga estará perdido porque no habrá quien le auxilie, y acaso esta consideración les hace sacar nuevas fuerzas de su flaqueza. Antes de llegar al puente tendido sobre una torrentera que corta el camino, acaso sorteando las abrasadoras trincheras o por atajos de alguien conocidos han cortado muchos, pues veo considerablemente disminuida la densidad de la columna, hasta tal extremo, que al seguir yo con el resto la antigua pista, puede decirse que no queda fuerza delante de la mía que, ya en cabeza, se retira tranquilamente.

Parece que ni siquiera se hace el fuego contra nosotros y, al rebasar el barranco, como a 500 metros del puente, dejo seguir a los heridos y me detengo algunos minutos para ver si puedo recoger algún soldado más de mi regimiento. Mas es inútil mi afán; me siguen escasamente cincuenta o sesenta; en cambio, observo muy adelantadas, a más de dos y tres kilómetros, alargadas y numerosas columnitas, filas y grupos que, al abrir el terreno, han seguido distintas direcciones en busca de Bentieb. En la cima de algunas colinas veo formaciones de caballería.

Desesperanzado de reunir más fuerza, prosigo la marcha a Bentieb guiado por alguien que conoce el camino más corto, y, aun cuando vuelvo a

detenerme a unos cuatro kilómetros de esta posición y envío parejas que salen a las veredas para recoger mi tropa, apenas si regresan con algunos soldados más procedentes de las compañías que ocuparon el campamento de Regulares.

Con tan reducido contingente llego al fin a Bentieb, donde mi tropa busca afanosamente un sorbo de agua. El capitán Lobo, de mi regimiento, jefe de esta posición, tiene dispuestos en fila varios lebrillos llenos del ansiado líquido y los soldados pueden mitigar la sed.

Reflejando en su semblante una sincera alegría, me dice el capitán que se felicita de volverme a ver, pues ya me daba por muerto —que horrores le contarían—, y que alguna gente de San Fernando, oficiales y tropa, habían continuado al campamento de Drius, a donde debemos seguir según orden que tiene recibida. Me da un vaso de agua con unas gotas de cognac y salgo inmediatamente.

En la decena de kilómetros que separa Drius de Bentieb, casi no encuentro alma viviente; algún rezagado de uno y otro cuerpo cruza únicamente ya tranquilo, aquella solitaria llanura; no se oye un tiro y queda detrás una posición que suponen se ha de conservar y, actualmente bien guarnecida.

IV
DAR-DRIUS Y SU CAMPAMENTO

Cuando entro en Drius presenta el campamento el aspecto de un hervidero. Allí se mezclan tropas de toda clase que el teniente coronel Álvarez Corral procura ordenar y acomodar en barracones o en explanadas. Son, próximamente, las 4 de la tarde. Tres compañías de San Fernando y una batería guardaban este campamento, al que han ido llegando las fuerzas que de él salieron: las de Ceriñola, África, Parque Móvil, Ingenieros, Intendencia y personal de las baterías de Annual. Siete escuadrones de Alcántara que habían salido a proteger nuestra retirada también regresan.

Más tarde se incorpora la guarnición de Bentieb, que se ha retirado después de clavar su artillería. Me dice el capitán Lobo que ha recibido orden de hacerlo así y ha tenido bajas. ¿Qué nuevo plan tiene el mando? Se ve arder la posición abandonada.

Quiero descongestionar el campamento colocando algunas tuerzas en el poblado en construcción a él inmediato, y esta medida me sugiere la consideración de que acaso haya llegado otro jefe más caracterizado; pero ni el general Silvestre, ni el coronel de la Policía, ni el de Alcántara aparecen por parte alguna. Por el contrario, empieza a susurrarse la fatal especie de que todos han muerto, noticia desgraciadamente confirmada días después.

Con esta contingencia resulto con el mando directo de todas las fuerzas reunidas en Dar-Drius y su campamento, cosa que no ha de agobiarme. Ya sé los propósitos que tenía el comandante general y he de cumplirlos.

El campamento de Drius, hecho exclusivamente por mí y San Fernando, es la casa del Regimiento. Nos consideramos en él tan seguros y tranquilos como en Melilla. Con sus despejados alrededores, sobrada fuerza, abundantes municiones de boca y guerra; con su próxima y fácil aguada reforzando la avanzada Hamán, me estimo fuerte para resistir meses enteros. A depender de mí, allí nos hubiéramos quedado.

Pero, cayendo la tarde, acaso antes, llega en automóvil el general Navarro. Le acompañan el comandante y capitán de E. M. Simeoni y Sánchez Monje y se dirige directamente a Dar-Drius, situado a 300 metros, donde están algunas fuerzas de Policía, que manda el comandante Villar, y dos compañías de infantería.

Al presentarme al general le expongo mi sospecha de que creo ser el más caracterizado de las columnas que han llegado de Annual y por qué he seguido hasta Drius. Entonces me pide una relación numérica y por cuerpos del personal desaparecido, del que antes tenían las unidades y del que en aquel momento tienen. Se hace inmediatamente pero incompleto porque hay tropas, como después he sabido, que no tenían oficiales o estos no sabían que ellas estuviesen presentes.

He aquí el estado, tal como en aquella noche entregué al jefe de E. M. El papel fue salvado casualmente de la racia que los moros hicieron días después en mis bolsillos; no me quedó otra cosa:

UNIDADES	PROCEDENCIA	Presentes	Desaparecidos	Quedan	OBSERVACIONES
Regtº San Fernando					
Ametrallad. Del 1º Lobo	Bentieb y columna Drius	55	16	39	Falta un teniente
1ª del 1º de Valdivia	Izumar	79	2	77	
5ª del 5º de Babafer	Columna Drius	78	14	64	Falta un teniente
Ametralladoras del 2º G.	Cloumna Drius	53	7	46	
1ª del 2º Querejeta	Bentieb	88	25	63	Falta un teniente
2ª del 2º Vicente	Cloumna Drius	95	38	57	
3ª del 2º Creus	Cloumna Drius	43	9	34	
4ª del 3º Mira	Drius	63	"	63	
5ª del 3º Margallo	Cloumna Drius	49	24	25	De voluntarios
6ª del 3º Haro	Cloumna Drius	"	"	"	De Id. Falta cap. Y oficiales
Tren Regimental	Campamento y columna	74	4	70	
Plana Mayor	Columna Drius	6	3	3	Falta un comandante
Regtº Ceriñola					
1ª del 1º	Annual	96	27	69	
Ametralladoras del 2º	Id.	61	2	59	
1ª del 2º	Id.	103	68	35	
5ª del 2º	Id.	87	42	45	
Ametralladoras del 3º	Id.	58	42	16	
1ª del 3º	Id.	102	27	75	
3ª del 3º	Id.	98	38	60	
5ª del 3º	Id.	69	48	21	Faltan dos oficiales
6ª del 3º	Id.	84	74	10	Falta capitán dos tenientes
Suma y Sigue.......		**1441**	**510**	**931**	

UNIDADES	PROCEDENCIA	Presentes	Desaparecidos	Quedan	OBSERVACIONES
Suma anterior.......		**1441**	**510**	**931**	
Regt° África					
Ametralladoras del 1°	Annual	45	7	38	
Ametralladoras del 3°	Id.	35	1	34	
1ª	Id.	99	13	86	
2ª	Id.	93	6	87	
3ª	Id.	70	46	24	
4ª	Id.	85	40	45	
5ª	Id.	73	31	42	Falta un teniente
Plana Mayor	Id.				Falta comandante Piña
2ª batería montaña	Columna Drius	149	17	132	
4ª batería montaña	Drius	145	7	138	
Parque movil	Drius	67		67	
	TOTAL.......	**2302**	**678**	**1624**	

Queda aquí por hacer una importantísima observación sobre fuerza disponible y desaparecidos. Faltan datos de dos compañías de Ingenieros, las dos creo que eran las que en Annual había; una compañía de Infantería y Policía quedaba por dotar en Dar-Drius; hay en el campamento una batería ligera, personal de Intendencia y Sanidad. Además siete escuadrones de Alcántara —uno de ellos de ametralladoras— al mando del teniente coronel Primo de Rivera.

Las fuerzas de Ceriñola son mandadas por el teniente coronel Marina, y las de artillería por el comandante Marquen.

Se me dice que, además de nuestro comandante general, han muerto en la retirada el coronel Morales, de E. M. y el de Alcántara, Manella; teniente coronel Manera, de Caballería, ayudante del primero; comandante de Intendencia Hernández; de San Fernando, González Munné; capitán Haro; tenientes Benlloc, Gil Otero y De Juan; capitán De la Paz, del Parque móvil; Luque de Ceriñola y de Ingenieros, el capitán Ponce de León y el alférez Romero.

Entre los desaparecidos —muertos, probablemente, cosa que antes de escribir estas líneas no he podido comprobar, pues hoy 24 de noviembre, continúo prisionero— figuran los siguientes jefes y oficiales: teniente Alvargonzález y alférez Rubio, ambos de San Fernando; capitán Morales; tenientes Velasco, Arce, Vals y Hernando y alféreces Mondéjar, Martínez y

Cocido, de Ceriñola; y comandante Piña y teniente Fernández Capalleja, de África.

Considerando la situación y estado de las tropas, no debe nadie extrañar que, por aquella noche, yo no hiciese otra cosa que acomodarlas en el campamento y dejarlas descansar. El servicio se montó por las que no habían salido de operaciones, sin que escasamente hubiera que reforzarlo; tanta era mi confianza. Por lo demás, no hacía mucho tiempo la había visto bien manifestar toda la fuerza del regimiento allí presente.

Pernoctó el general en Dar-Drius, donde se hallaba alojada la Policía, y yo, aunque tarde, me retire a mi barracón esperando las órdenes que pudiera darnos al siguiente día.

Solo, en mi cuarto, pude entregarme a meditar sobre lo ocurrido y, por sucesión de ideas, recordé la carta que un ordenanza me había entregado al llegar yo aquella tarde, carta que en aquellos momentos de urgentes ocupaciones casi no tuve tiempo de leer. En ella, la amada compañera de mi vida, alarmadísima, inquieta por falta de noticias mías, me rogaba dos líneas que la tranquilizasen y me enviaba, pasado en un cordoncito de seda, un pequeño crucifijo de metal. Nada más me decía, pero la efigie, dada la situación, la manera de sentir de mi mujer y su carácter, suponía en ella enormes angustias y funestos presentimientos. Compadecido, inflamado de ternura, brotáronme las lágrimas y besé la carta y la cruz, colgándome esta al cuello, según su deseo.

Y hago esta pequeña digresión, saliéndome de lo que al conjunto de mis memorias afecta, porque deseo hacer patente en su curso un verdadero milagro: el de que su ardiente fe me salvó. Dios lo quiso así compadecido de sus sufrimientos. Poco después dormía yo tranquilamente. Aquella noche no se oyó un solo tiro.

Al amanecer ya estoy en pie, según mi costumbre. No espero siquiera acto de presencia del enemigo, pero me prometo ordenar los partes recibidos y mis notas, compulsar referencias e indagar mis cosas para dar los partes de las operaciones. Consideradas estas terminadas pienso que, acaso aquel mismo día pueda entregar en mano en Melilla a mi coronel, toda vez que mi relevo, el teniente coronel Álvarez Corral, está presente.

Empiezo mi trabajo de información. La tropa de las diversas armas y unidades circula por los alrededores del campamento satisfaciendo las primeras necesidades al levantarse; para sacudir las mantas, para hacer la limpieza, para dar pienso al ganado, para hacer la aguada, para un sinnúmero de menesteres. Los motores de dos o tres autocamiones ensordecen con sus

maniobras al acercarse al parque de municiones inmediato a mi despacho; no hay casi sitio para el paso. Los coches, ambulancias y otros autocamiones efectúan lo propio junto a la enfermería. Ya el general anda por el campamento y ha ordenado que los heridos que queden de Annual sean inmediatamente evacuados, y algunos coches se preparan para marchar. Salgo en busca de aquel cuando el oficial de guardia, a quien ordeno despeje un gran núcleo de soldados que curiosean y estorban la salida de los heridos, me hace presente que ya lo intentaba pero que tiene la guardia ocupada en impedir que la tropa se marche al río, porque le han dicho que muchos toman el camino de Batel. Entonces mando reforzar la guardia y vigilar las avenidas con soldados de mi regimiento, encomendando esta misión a dos sargentos de mi absoluta confianza y reconocida energía; y el mismo oficial de guardia va al río para encargar a la fuerza de protección de aguada que no deje llegar individuos sueltos.

No obstante estas medidas, han debido de burlar ya la vigilancia muchos individuos que han salido del campamento con diferentes pretextos no bien rayó el alba.

Encuentro al general que va inspeccionando los servicios y alojamiento de las unidades. Satisfaciendo a sus preguntas, me parece entender en el curso de la conversación que duda si ha de evacuar Drius. Me esfuerzo en convencerle de que podemos perfectamente cumplir los deseos del comandante general conservando el campamento allí, pues tenemos abundantes municiones, víveres y agua. Yo respondo del Regimiento. Debe entonces el general meditar sobre esto, porque calla. Mientras tanto, Primo de Rivera ha roto un retrato del Rey que adornaba el despacho del jefe de la circunscripción; no quiere que caiga en poder de los moros si llegásemos a irnos.

Una o dos horas más tarde, me manifiesta el general que nos quedamos en Drius y que hay que disponer el poblado en estado de defensa, ocupándolo Ceriñola.

Contentísimo de semejantes determinaciones, me apresuro a instalar estas fuerzas indicando sobre el terreno su distribución y obras de defensa que el poblado, situado a 100 metros entre Dar-Drius y el campamento, requieren, que son bien pocas.

Hallándome en esta operación, tengo noticias de que treinta o cuarenta hombres, muy pocos, de la columna del regimiento de Melilla acampados en Cheif, han llegado hace un momento. Esta columna, compuesta de cuatro compañías de fusiles y una de ametralladoras, tenía orden de retirarse sobre el Zoco-el-T’Lata y recoger a su salida al paso una porción de posiciones, ha

sido aniquilada sin conseguirlo, creo que al preparar su salida. Minutos después entra en el campamento otra compañía de San Fernando que ha evacuado casi sin bajas la posición de Kara-midar. Su salvación: acaso deba estar el enemigo obsesionado con Cheif.

Ya al darse cuenta de que había fuego hacia esta parte, habían salido fuerzas montadas y una batería; esta, con una compañía de San Fernando, tomó posición a unos 200 metros e hizo algunos disparos. Poco después, las fuerzas todas se replegaron sin otro incidente, que yo sepa.

Varios camiones con heridos habían salido del campamento y se tuvo noticias de que eran atacados. Entonces los escuadrones marcharon hacia Batel, hasta el barranco del Igan, con objeto de protegerlos.

Sin duda no era conocida esta agresión por la tropa, pues que contra toda vigilancia siguieron escapándose individuos y pequeños grupos en dirección a Batel, hasta el extremo de que, como única manera de evitar esta vergüenza, dispuse, sin contar con nadie, pues era urgente el remedio, que las compañías todas de San Fernando se estableciesen en las salidas y en los parapetos, con el cuchillo armado y dando frente al campamento, con orden terminante de impedir a toda costa que persona alguna saliese del recinto.

Pero apenas había yo en persona colocado la primera compañía de la salida al E. sin comprender la creciente agitación que dentro se notaba, cuando me dijeron que se estaba preparando la evacuación.

No puedo creerlo, mas a los pocos minutos se me comunica la determinación en forma oficial.

Busco al general, quien me repite la orden, pero me advierte de que aún tardará en salir; quiere que la evacuación se haga con calma, ordenada, tranquilamente; él dirá el orden de marcha: primero los enfermos y las municiones en los camiones que quedan.

Indudablemente no conoce el estado moral de las tropas, y cree fácil lo que pretende. Yo, que he presenciado la tragedia de Annual a Drius, tiemblo por la desbandada que presiento. Algo de esto quiero decirle; y no sé si me hago entender porque el general, cuyo carácter enérgico no admite observaciones de cierta índole, manda en seco no tolerar ascendientes ni réplicas, no me inspira confianza para decírselo claro y terminante. Además no me conoce y puede creer otra cosa. Tampoco podía evitar nada en aquellos momentos; era tarde.

Unidades o al menos grupos compactos de tropa, empezaban a retirarse con el pretexto de tomar la explanada hacia el río. Juro por mi honor que creo firmemente que si yo monto a caballo y desfilo entonces con mi fuerza,

sobreviene inmediata desbandada general. Este temor me obliga a solicitar del general Navarro cubrir la retaguardia con mis siete compañías de fusiles, cosa que desde luego me concede. Sin consecuencia, toco llamada para mi fuerza, y, mientras toda la del campamento sale atropelladamente, voy formándola entre las calles, y luego toda junta en la plaza de armas.

En vano el general pretende serenar a la gente. Camiones con enfermos o munición son asaltados por la tropa y hay que detenerlos empleando la violencia, el palo y aun el revólver. Una pobre mujer alocada, con el cabello suelto, probablemente una cantinera del poblado, va gritando detrás de un camión que acaba de arrancar; es el último. Hago que se detenga y la infeliz sube.

Ya puede decirse que todo lo que no está a mi mando ha salido. Entonces hago que San Fernando me dé frente y, en cortísima arenga, les pido que, por el honor del Regimiento, marchen siempre unidos; que nadie rebase mi altura; que el desorden sería la desbandada y esta la perdición y la vergüenza. «¿Me lo prometéis? ¿Confiáis en mí?», les pregunto. Responden todos que sí y por la energía de la afirmación creo en su promesa y no puedo menos de gritar: «¡Viva San Fernando! ¡Viva España! ¡Viva el Rey!», vivas que son contestados con entusiasmo. La anterior escena mueve al general a exclamar: «¡Muy bien esas tropas!», frase que agradecemos, prometiéndome confirmárselo en lo sucesivo.

Ya solo nosotros quedamos en el campamento. El general busca su caballo y no lo encuentra. Nos dice que irá a pie con la infantería, a nuestro lado. Claro está que esto no había de suceder disponiendo de otros, pero él insiste malhumorado, creyendo acaso que los ordenanzas le han abandonado con ellos. Al fin aparecen los caballos y sale con su estado mayor y su escolta para alcanzar la columna.

Como el campamento no tiene entonces otra fuerza, tengo necesidad de colocar una compañía en cada frente, junto a las puertas. Con las otras tres he llamado a la que guarnece Dar-Drius —formo cerca de la entrada principal.

Reúno a los comandantes de las unidades y les digo el orden de marcha y el dispositivo de ella. El teniente coronel Álvarez Corral mandará con tres compañías la extrema retaguardia. No me acordaba entonces de que en Dar-Drius había alguna fuerza de Policía al mando del comandante Villar.

Veo que embocando la entrada al puente de hierro sobre el Kert se aglomeran carros, caballos, grupos que no acaban de pasar y espero que lo verifiquen y la columna se distancie para emprender yo la marcha. Mientras tanto, algunos pacos empiezan a hostilizarnos con sus disparos. Ignoro quién

ha prendido fuego a un pequeño montón de paja, y, sin duda, el humo les ha atraído para ser los primeros en el saqueo, pero, apercibidos de que todavía quedan fuerzas formadas, se abstienen pacientemente, distrayéndose con su habitual ocupación.

V
RETIRADA A BATEL

Esperamos así mucho tiempo, acaso una hora, hasta que la columna toda ha rebasado el puente y se encuentra a más de un kilómetro de este. Entonces rompo la marcha llevando las compañías en línea de columnas de a cuatro, dos por cada lado del camino, pero en desfilada después cada sección, en forma que, sobre ser poco vulnerables, tengamos la ventaja de marchar en un gran cuadro que nos permita ir prevenidos para toda contingencia. A la cabeza de cada compañía y sección marchan sus comandantes, y yo voy al frente por la carretera. Nadie debe adelantarse a una pequeña bandera que, hecha con un pañuelo de percha, lleva a mi lado el cornetín. Va montado en un mulo y la enseña se divisa a distancia perfectamente.

Al repasar el Kert observo que alguna fuerza de Policía marcha por su orilla izquierda y río arriba.

Presumo que tiene propósito de flanquearnos; sin embargo, la miro con desconfianza porque en aquella dirección empiezan a sonar tiros. A lo lejos, ya cerca de Vestia, serpentea la columna entre nubes de polvo.

Entramos en una trinchera del camino donde este forma un recodo como a 200 metros del puente, y quedo mudo de estupor. Próximo a unas cajas rotas, llenas de efectos de alguna cantina, encontramos una pieza de artillería de la batería ligera y junto ella su carro. No acierto a salir de mi asombro ni de mi indignación. No hay delante obstáculo que impida su paso. ¿Qué ha pasado? ¡Lástima que no dispongamos de ganado! Preocúpame el efecto que su abandono hará entre la gente y digo un disparate que envuelve la idea de formarme yo otra columna independiente.

Más adelante, el pánico ha cundido en forma de que todo el camino está obstruido con carros, cajas y autocamiones, y, sin embargo ni un tiro molesta a nuestra marcha hasta bien pasada la posición de Vestia, al borde de la cual pasa la extrema sección derecha.

En medio de la carretera arde un autocamión cargado de municiones que van estallando y nos obliga a dar un corto rodeo por si entre la cartuchería hay alguna caja de granadas.

Viene a mi memoria al contemplar el cuadro *Reíais du combat*, libro escrito por el general Daudignac. ¡Con qué facilidad puede una tropa ser desbandada! Una nimiedad, una palabra, un grito basta para que pase en un instante del heroísmo al pánico; bien lo reconozco y tiemblo, porque para hacer lo inverso se necesitaría un esfuerzo que no está en mi mano. Miro entonces inquieto a mis soldados y les veo que siguen ordenadamente y tranquilos la marcha. «¡Muy bien!» —les grito— «muy bien, San Fernando». A las dos horas de marcha empezamos a contar cadáveres de hombres y caballos, todos entre efectos de carga y carros rotos o volados. El número de sacrificados inmediatos al camino es considerable y va en aumento hasta llegar a unos camiones —no recuerdo cuántos— inutilizados unos, otros quemados, a cuyo pie, y dentro también, hay numerosos cadáveres. Unos y otros deben de pertenecer a los fugitivos y a la mayoría de los heridos que aquel mismo día habían salido de Dar-Drius. De la columna pueden ser muy pocos, pues el fuego del enemigo se ha limitado hasta entonces a disparos sueltos más o menos frecuentes.

Los escuadrones que salieron del campamento se habían agrupado ya a la columna y esta se aproximaba al barranco o río Igan cuando empezó un fuego más nutrido, que comenzó a causarnos bajas. El cornetín, el de la bandera, es herido en un brazo. Poco después recojo entre unos espinos y pongo a la grupa de mi caballo a un soldado herido en una pierna.

Al pasar el barranco es intensísimo el fuego que recibe la columna; allí debió de sufrir casi todas sus bajas, pues, por ir concentrada sobre el camino, ofrecía blanco preferente al enemigo apostado en los repliegues próximos por la izquierda y por la derecha en el terraplén de la vía férrea en construcción.

Era necesario alejarle de estos próximos abrigos y dispuse al efecto reforzar nuestro frente por ambos lados de la carretera, llegando hasta la vía.

El efecto fue eficacísimo e inmediato: pronto disminuyó considerablemente el fuego y pasamos el Igan sin tener más que seis bajas mis cuatro compañías.

Recorriendo el frente he hallado un grupo de Policía montada. Lo formarían ocho o diez y han pasado al flanco derecho; venían en el izquierdo o a retaguardia, no lo sé, pero no me gusta tenerlos cerca. Les interrogo y no entiendo bien lo que me dicen. Como, realmente creo que me estorban, les

digo que allí no me hacen falta, que sigan la columna y se vayan a Batel, que ya se divisa. Se adelantan y no vuelvo a preocuparme de ellos.

Del fuego pasamos a un tiroteo lejano; ya estamos frente al Batel sobre cuya posición se concentra la columna. Yo también llego y formo mi fuerza entre aquella y el pequeño poblado que está abandonado. De la vía y lomas que dominan la posición se nos hacen bastantes disparos, a los que no contestamos. Esperamos órdenes que nos señalen el lugar que hemos de ocupar.

En esta ocasión y hallándome a la cabeza de mi fuerza formada en columna de a cuatro, alguien dice que debemos seguir a Tistutin, pero no quiero que se dividan las fuerzas. Busco entonces al general y sé por último a qué atenerme: nos quedamos.

Sin embargo, alguno ha creído lo contrario y el capitán que estaba en cabeza ha seguido el camino hacia Tistutin, y, con su compañía, otras cuatro de fusiles. Han visto que se llevaban mi caballo, y tras él van, creyéndome en marcha.

Cuando salgo de la posición y he hablado con el general, ordeno entrar en esta a las compañías y en aquel momento es cuando, contrariado, me entero de que sólo dispongo de tres compañías de fusiles, la fuerza de ametralladoras y el tren regimental. El teniente coronel Álvarez Corral ha quedado también en Batel, en cuya posición se nos asignan frentes.

VI
SIN AGUA NI MUNICIONES

Las fuerzas encontradas en Batel son únicamente una compañía de posición y unos 30 soldados del regimiento de África, todos al mando del teniente coronel Piqueras. Esta compañía subió en la misma tarde al fortín Usuga, que domina la posición, limitada actualmente a la que encerró antes parte del poblado.

Allí reunimos el conjunto de las siguientes unidades: tres compañías de San Fernando —1.ª y 2.ª del 1.º y 5.º del 3.º— dos de ametralladoras, tres escuadrones y uno de ametralladoras de Alcántara, y unos cien hombres de Policía.

Mucho antes de organizarse servicio alguno se impone la necesidad de dar agua a la tropa que, rendida de fatiga y cansancio, se tiende en cualquier parte. Los heridos, especialmente, la piden con angustia; están en el suelo, pocos en camilla, y un cabo practicante prepara unas habitaciones para alojarlos. En una de estas hay cinco cadáveres y otros cinco o seis encontramos junto a los parapetos fuera del campamento. Los heridos son dieciocho.

La cantina de la población, abandonada ya por su dueña, ha sido saqueada; las del poblado ya lo estaban no sé por quién.

Unos cuantos soldados, sedientos, han bebido lo que han encontrado en la posición y están completamente embriagados. Hay necesidad de sacarles de allí y de las casas y tiendas para que cada uno ocupe su puesto, lo que se consigue después de gran trabajo.

Empiézase a distribuir el agua que se ha sacado de un pozo inmediato a la posición. Primero los heridos, luego las distintas unidades. Los caballos no la beben aquel día porque no se ha podido sacar la que se necesita. La bomba del pozo no funciona bien o no se encuentra en él la suficiente. Como no la hay para los ranchos ni se hallan al pronto útiles de cocción, tiene la tropa que

comer en frío. El teléfono está destrozado, hay corriente en los hilos, pero los aparatos se han arrancado violentamente y abandonándose la estación, no comprendo cómo se ha podido hacer esto quedando allí la guarnición, ni lo pregunto tampoco.

Mientras el teniente Sánchez Ocaña, jefe del tren a quien nombro mi ayudante, distribuye las unidades en los puestos señalados, yo, preocupado con la falta de comunicación, revuelvo la estación buscando algún aparato Mangin o heliógrafo que haya quedado abandonado. Al fin hallo dos cajas y entresacando lo útil consíguese el heliógrafo. Con él intentaremos al día siguiente entendernos con Tistutin desde el fortín Usuga, que ha sido ocupado por setenta hombres del regimiento de África. Los pacos continúan molestándonos y hay que andar con cuidado al cruzar o seguir ciertas calles de la posición que, destartalada y grande para la fuerza en ella acampada, cuesta organizar un buen estado de defensa. Especialmente el garaje, lleno de colchonetas, maderas y gasolina y al alcance durante la noche de cualquier golpe de mano, era un peligro de bulto. El frente que ocupaba la Policía era muy débil no obstante haberse reforzado con una compañía de San Fernando. Para pasar del frente este al oeste, hay que dar un gran rodeo, casi salirse del campamento y, para evitarlo, se echa por tierra el muro de una casa-cantina.

Aquella noche no se descansó un momento de sacar agua de la noria y gracias a ese trabajo incesante se llenaron al amanecer dos petrolinas —unos 750 litros— con las cuales y algo más que han llevado las unidades puede confeccionarse al siguiente día un rancho caliente.

El agua ha de subirse también al fortín Usuga; en cuanto a provisiones, ya se llevaron para dos o tres días. La pequeña operación se verifica sin novedad durante la mañana al mismo tiempo que otro raro servicio. Se trata de recoger dentro de la posición una crecida cantidad de sacos de harina y cebada que, en medio de la explanada frente al poblado, ha descargado algunos camiones y está allí abandonada.

Algunos soldados, aprovechando la salida de la compañía y la retirada de los pacos apostados en las lomas, entran rápidamente los sacos, que son colocados como parapetos en las puertas o como traveses en otros lugares.

El depósito de víveres que allí tiene el regimiento de África no basta siquiera para un par de medias raciones y hay precisión de recurrir a las cantinas del poblado. Se espera que todavía se encuentren en ella algunos artículos que los moros no se hayan llevado y se envía gente con algunos oficiales para recoger lo aprovechable, pero esto es bien poco. Sin embargo,

no estamos más; tenemos harina abundante, cebada en gran cantidad y carne de caballo. Reduciendo la posición, podemos esperar acontecimientos.

No disponemos de muchas municiones, mas no es esto lo peor; economizándolas saldremos del paso. Lo comprometido de la situación puede ser la falta de agua y esta comienza a faltar. Del pozo llega poca y en cambio vienen noticias desoladoras; dicen que se está agotando; otros aseguran que está la bomba inutilizada. Como el problema tiene que resolverse en el acto y el general cree que el oficial que está comisionado para este servicio no pone en él todo el interés que el asunto requiere; como me temo que el desorden y el abuso sean las causas de la completa inutilización de la bomba, salgo al fortín en que se halla el pozo. Y personalmente, sin moverme de allí durante muchas horas de aquel día, me encargo de aquella importantísima operación.

Al cabo de algún tiempo, arreglada la noria y todo engrasado, la bomba funciona lo suficientemente bien para llenar tres petrolinas, después de beber todo el personal y sacar para el rancho. Los caballos empezaron también a beber y lo habían verificado todos en la mañana del día 25, pero no se dio a cada más de medio cubo.

Tenemos noticias por el pequeño raid de oficiales de las fuerzas que hay en Tistutin. Allí están con la compañía de África que guarnecía hasta entonces la posición soldados de diferentes unidades; unos cuatrocientos entre infantes y jinetes, y además la batería ligera con sus piezas. Ya han hecho fuego contra las proximidades del pozo número 2 que los moros no nos dejan disponer. Como el agua del inmediato podía faltarnos a juzgar por referencias de su caudal, intentamos implorar nuestro estado de relaciones con los benibugais que usufructuaban el referido pozo donde al cuidado de su motor había un cabo con cuatro soldados, y al efecto enviamos una carricuba y algunas acémilas con cubas al cuidado de gente sin armas, previniéndoles se retirasen perdiendo ganado y carro al menor asomo de hostilidad. Esa precaución era bien fundada, porque no bien se percataron los indígenas de su propósito trataron de envolverlos y tuvieron que retroceder perseguidos por el fuego enemigo.

Algunas fuerzas de caballerías —pocas— salieron con este motivo para proteger la retirada y los salvaron del apuro.

El agua empieza de nuevo a preocuparnos; su distribución produce frecuentes tumultos y asaltos de la tropa al pozo, a los conductores y aun a las mismas petrolinas; desórdenes que hay que contener con mano fuerte. La sed nos agobia en aquellos calurosos días y bebemos todos lo que hallamos a mano, hasta el agua de los botes de tomate y de pimientos.

Entre tanto, los pacos no pierden ocasión de hostilizarnos y constantemente nos producen bajas. El teniente Climen, de Alcántara, y el sargento moro Abd-el-Kader, de Policía, se encargan de tenerlos a raya y andan a caza del que pueden descubrir, cosa dificilísima porque entre las breñas se ocultan admirablemente y la pólvora sin humo no los delata. Se ve frecuentemente a estos hombres, fusil al brazo, ir de un lado a otro de la posición, acechando donde salen los tiros. En alguna ocasión hacen callar con sus disparos los de tal o cual lugar y nos dicen sonrientes que ya nos han quitado *uno*.

Falta nos hacía, porque solamente San Fernando ya ha tenido dos muertos y cuatro heridos.

Nos marean cuatro o cinco que tiran desde la loma que domina el campamento exterior y alguien ordena que algunos policías salgan a dispersarlos. El resultado no puede ser peor; varios de los que marchan no vuelven; también se hacen pacos. Está visto que no puede confiarse a la Policía servicio alguno fuera de la posición sin gran peligro de que deserten, lo que verifican en grupos durante la noche. Por tal causa y como medida de prudencia, hay que reforzar su frente con más fuerza de San Fernando.

El heliógrafo de Usuga, con quien ya estamos unidos por teléfono, no puede comunicar con Tistutin, porque los pacos, que ya van en aumento, no permiten el servicio, y esto priva al general de toda comunicación con dicho punto y Monte-Arruit y, por consiguiente, con la plaza.

Para orillar este inconveniente, se piensa en realizar la oferta de un muchacho moro de unos catorce años presente en la posición. No se quién es este niño ni de dónde ha salido. Encanijado y medio desnudo, muy avispado y discreto para su edad, hablando regularmente nuestro idioma, cree fácil empresa burlar la vigilancia del enemigo y llevar a Tistutin, entre los guiñapos de su ropaje, un pequeño papel para el jefe de esas fuerzas. Y así lo verifica y aun llega otro día de Monte-Arruit trayendo los datos que allí le dan. Sabemos que desde esta posición hay comunicación con Zeluán, que la vía férrea debe estar expedita y que el último tren que circuló fue el de la tarde del 23.

La vigilancia durante las noches es extremada en la posición y la fuerza toda descansa al raso, siempre soñando con el agua. Se ha repartido una poca durante la tarde del día 25. El 26, empiezan a morirse de sed algunos caballos. Los hombres apenas la prueban y están enervadísimos buscando substitutivos entre los restos de las cantinas.

Un grupo de soldados pasa inadvertidamente al inmediato poblado y busca cualquier líquido. Regresan algunos con vinagre, petróleo, agua sucia jabonosa, otro caldo negro, botes de tomate que abren ansiosamente y beben con fruición. Hay que contener aquella segunda racia y reducirles en orden y a sus puestos bajo un sol abrasador.

En la mañana del día 27, me entero de que un oficial de Ingenieros, el que vino de Tistutin con los médicos, está arreglando el pozo. Se ha descompuesto al fin, y no da ya una sola gota. Es de los llamados *abisinios* y se han sacado durante la noche sesenta metros de tubos para buscar la avería. Terminado el examen, se han vuelto a meter y después de cebarlo con vinagre (se había terminado el agua) resulta que no sube a la bomba. El oficial confiesa que no hay ya avería ni agua y se retira desalentado.

Quedo preocupadísimo y quiero yo mismo ver si en esto hemos de perder toda esperanza. Voy, pues, al fortín del pozo. El paso está enfilado por el enemigo, quien tirotea fuertemente a los que se acercan hasta el extremo de ser zona peligrosa los cincuenta o sesenta metros a recorrer, pero entonces enfilan también la punta. Paso sin novedad.

En el interior del fortín, lleno de soldados sedientos, reina el mayor desconsuelo; no sale ni gota. Mando desalojar el local y que sólo quede la guardia y cinco o seis hombres que en el pozo estaban ocupados, algunos de estos son herreros, ajustadores o mecánicos; algo así.

Mi propósito es volver a quitar los tubos y llegar hasta el fondo del pozo para ver si hay agua y sacarla por el método más sencillo. Me bastaría un recipiente estrecho y una larga cuerda; mas para ello se precisa trabajar nuevamente en aquel recinto que parece un horno encendido, y la gente está rendida por haber perdido la noche. Sin embargo hacen el último esfuerzo animados por mis esperanzas y empiézase de nuevo a sacar los tubos.

Hay que contestar al fuego de los pacos que *dibujan* materialmente al intrépido soldado que trepa por el pescante. El muchacho queda luego allí de blanco viviente, pero afortunadamente termina su peligroso trabajo sin ser herido.

Mientras tanto, he confeccionado mi pequeño aparato de extracción. Este consiste en un bote o lata que contuvo mortadela y mide próximamente 30 centímetros de altura por 10 de diámetro. En su boca lleva un asa de alambre y, unido a su base, pende de él un pesado trozo de hierro.

Pronto queda todo listo y se hace descender hacia el fondo del pozo. Tenemos suspendida la respiración, y en el silencio que guardamos se oye el

roce cada vez más sordo que el recipiente o contrapeso producen contra las paredes del angosto pozo.

Ya parece que no va a haber cuerda bastante, cuando un ruido característico que nunca engaña; el de un cuerpo que choca y se sumerge en una gran masa líquida, nos devuelve el aliento y nos llena de esperanza. «¡Hay agua, mucha agua!», gritamos todos. «¡Arriba!». Empezamos a sacarla. De la primera que se extrae, envío una botella al general, asegurándole que cada vez saldrá más y que respondo del suministro; que tendremos tanta o excederá al que veníamos sacando con la bomba. Pero, sin duda, no lo estima él así o debe precipitar la evacuación, pues no se ha sacado la cuarta lata todavía cuando recibo orden de abandonar los trabajos.

Regreso a la posición, donde ya se hacen preparativos para su evacuación inmediata de cuyo propósito me informa el general, como asimismo del orden de marcha a Tistutin. Allí tendremos agua y víveres al menos para un par de días, se dice.

Las municiones de fusil se han de transportar en mulos y hasta en dos carricubas; otras, las sueltas preparadas al pie de los parapetos, se distribuyen rápidamente entre la tropa. Las de artillería se reúnen sobre paja para prenderles fuego a la salida.

En primer lugar han de ir los heridos y enfermos, todos montados, llevando en vanguardia la fuerza de Ceriñola. Después, a excepción de una compañía de San Fernando que marchará a retaguardia, seguirá la columna entera en una sola línea que se extenderá desde la base de los montes de Usuga hasta la vía férrea, en la que suponemos ha de apostarse al enemigo para hostilizarnos. La guarnición del fuerte tiene la misión de proteger nuestro flanco izquierdo, corriéndose por las lomas. La operación ha de hacerse rápidamente, como verdadero salto que se proyecta.

La tarde está muy adelantada y no hemos comido. Antes de salir hacemos una pequeña racia en el depósito ya mal llamado de víveres. A falta de cosa mejor, muertos de sed, agujereamos botes de tomates y pimientos, y con su salsilla, nos refrescamos los fauces. Yo prefiero los pimientos, de los que torno dos o tres tiras que me saben muy mal; amargan.

VII
EL SALTO A TISTUTIN

Son las cuatro de la tarde del día 27, cuando empiezan a salir de Batel las primeras fuerzas. Ceriñola va desplegado delante de los heridos, y toma el antiguo camino de dos kilómetros que entre dos grandes grupos de chumberas conducen a Tistutin. Casi simultáneamente, pues han de dar un rodeo, despliegan entre estos y la vía dos compañías de San Fernando y la fuerza de Policía. El resto de la guarnición sigue poco después a la caballería, que va detrás de los heridos.

La compañía de retaguardia, 2.ª del 1.º de San Fernando, queda en la posición esperando la orden de salida, pero el doble aviso para que lo verifique debe llegar retrasado, ignoro por qué causa, y, cuando se pone en marcha, tiene que atender también a su flanco izquierdo, porque la guarnición del fortín Usuga ha salido ya de él y se corre hacia su objetivo. Despliega esta compañía una sección que, remontando la loma, sigue a las tuerzas de África y cumple a satisfacción su cometido. El fuego, que al comenzar el repliegue no pasa de un ligerísimo tiroteo, va en aumento en brevísimo tiempo y lo recibimos de ambos flancos los que cruzamos las chumberas. Se nos tira de la vía y de las lomas inmediatas a Tistutin y todavía aguantamos el que se nos hace desde estas últimas posiciones a nuestra llegada mientras se asigna puesto a las fuerzas.

Las que guarnecen hasta entonces a Tistutin están todas ellas, menos la Artillería, en la entrada o antigua posición. Multitud de sacos de cebada y harina forman enormes parapetos y traveses en las tiendas y almacenes de Intendencia. Es la posición dominada completamente desde cerros inmediatos y hay que hacer traveses de cuatro metros de altura, y aun así quedan muchos lugares al descubierto.

Las cantinas, todo el poblado, ha sido incendiado y de él sólo quedan ruinas y ceniza. No han podido enterrar muchos cadáveres de bajas o de ello

nadie se ha ocupado, y la pestilencia es terrible en contorno de la estación a lo largo de la vía, sobre la que hay varios vagones, todos allí aún y conteniendo efectos varios pertenecientes a distintos cuerpos y que no se engancharon al último tren, el que, abarrotado de gente, salió el día 23 por la tarde, poco antes de nuestra llegada a Batel.

Pasados unos minutos, muy pocos, ya reunida toda mi gente, recibo orden de acomodarla en la fábrica de yeso, donde entramos toda la fuerza recientemente incorporada y donde ya está instalada la batería ligera. El cuartel general y algunos de los oficiales heridos se alojan en la estación.

En este repliegue, que escasamente duró unos minutos, tuvo San Fernando dos oficiales gravemente heridos; el capitán Lobo que lo fue de bala en un tobillo, y el teniente Viñé, también de bala en un muslo. De tropa hubo dos muertos y cinco heridos.

A mi llegada he tenido una desagradable sorpresa. Me he enterado de que las compañías que suponía en Tistutin habían marchado a Monte-Arruit sin detenerse. ¿Quién ha podido dar esa orden? Nadie lo sabe entonces, pero días después supe la verdad: cuestión de *iniciativa* en sus comandantes. Y menos mal que fue esta acertada, pues desde tan radical decisión hasta la orden del Alto Comisario disponiendo siguiésemos su ejemplo, no medió mucho tiempo.

VIII
LA YESERÍA

Consiste esta construcción en un patio que podrá, tener 1250 metros cuadrados —50 × 25—, en uno de cuyos muros hay tres o cuatro locales de planta baja, ocupados entonces con víveres de un provisionista, efectos varios y soldados muertos y heridos. Aparte de estas habitaciones, hay en uno de los lados menores del rectángulo dos o tres pequeños cuartos, en uno de los cuales está instalada una bomba de sacar agua. Esta es allí abundante pero excesivamente salada.

La entrada al edificio está frente a la vía férrea donde hay una enorme puerta que separa dos cuerpos gemelos en forma que, abierta, deja entre ambos una solución de continuidad que resulta como un callejón que da al patio; pero esta puerta batida desde los riscos próximos, ha sido tapiada con sacos de cebada en casi toda su altura, y la entrada a aquel y a sus almacenes se ha abierto por el lado opuesto, haciéndose un postillón en el muro. Este tendrá unos cuatro metros de altura.

En el centro del patio blanquea un gran montón de yeso. Bajo él están los cadáveres de varios caballos mal enterrados que despiden insoportable hedor; otros quedan allí hinchándose al descubierto.

Toda la fuerza encerrada en este recinto puede considerarse metida en un pozo, pues las tapias son tan altas que sólo divisamos el cielo y las cumbres de los vecinos montes. En ellas, escasamente a 800 metros están situados los tiradores moros que barren con sus fuegos la mitad del patio y un trozo aún mayor de las proximidades de la puerta.

Este inconveniente nos obliga a aconchar la tropa en formación apretadísima contra los almacenes, y así, sentados casi encima unos de otros, hay que comer y dormir, siendo punto menos que imposible organizar los servicios ni entenderse con las unidades, pues, al cabo de muy poco tiempo,

especialmente durante la noche, la confusión se hace completa. Falta de espacio y, como tampoco hay luz, tiene que suceder así.

El ganado, trabado en el centro del patio, es otra causa de desorden, porque frecuentemente sufre bajas y su inquietud se traduce en coces y pisotones que no pocas veces alcanzan a los hombres inmediatos.

Como el portillo abierto en el muro queda al revés, expuesto a los fuegos del enemigo, hay que colocar interiormente un espadón detrás del cual se colocó en batería una pieza. Esta defensa y ocho o diez fusiles en cada ángulo del patio —habían hecho en estos especies de plataformas con sacos— era todo el fuego que podríamos oponer en caso de un ataque. Verdaderamente, quedábamos confiados a estas pequeñas guardias, mandadas por oficiales, es cierto, pero sin medio alguno de reforzarlas en lo más mínimo. Visito una de las enfermerías, local inmediato al que ocupa la fuerza de artillería ya instalada con prioridad. En ellas, todos juntos, hay dos o tres muertos y varios heridos; uno de estos, tocado hace un momento en la cabeza por una bala enemiga, está agonizando y se revuelca en el suelo en medio de un charco de sangre. Un médico y un practicante se hallan haciendo apresuradamente las curas; mientras, los demás heridos claman por beber.

Quiero organizar en lo que pueda aquel servicio, pero consigo poca cosa. El que comisiono para algún cometido y sale del local no aparece por parte alguna; las dificultades son insuperables; el cansancio es grande y no es menor el egoísmo; fuera no se puede transitar; no hay agua dulce en la yesería y hay que buscarla en la estación con el peligro de ser intensamente tiroteado; van por ella y no regresan; alguien tiene alguna, pero la oculta cuidadosamente. Al fin, el comandante Marquerit me ofrece dos o tres litros que se reparten entre los heridos. Otras ocupaciones llaman después mi atención: ha cerrado la noche y en aquel momento tengo la noticia de que la bomba que extrae el agua salada corre peligro de ser inutilizada en breve. No basta la guardia en ella establecida para contener la continua avalancha de tropa que se atasca materialmente dentro del cuarto en que aquella funciona. La sed devora a la gente hace muchas horas y, aunque salada, el agua, muy salada, la beben ansiosamente mezclada con vinagre, artículo que abunda en el depósito de la yesería.

Cuando, abriéndome paso ayudado de la guardia y varios oficiales, penetro en el local donde la bomba se halla, veo que mis temores no eran infundados. El agua ha inundado el piso hasta más de cuatro dedos de altura; sobre el fango chapotean cargados de cubas, garrafas y latas y en apretado haz cuantos soldados puede contener el cuarto, y el volante rueda furiosamente

sufriendo y rechinando todos los ajustes, golpeándose los hierros, como si intencionadamente se pretendiese allí romperlo todo. El encargado, arrastrado a un rincón, se esfuerza vanamente en restablecer el orden. Este sólo se consigue con razones contundentes y al fin la bomba se salva. Para asegurar su servicio, se hace su guardia de oficial.

Aquella noche se pudo dar a la tropa una comida caliente: un buen plato de arroz con tocino, chorizo, vino y un jarrillo de café. Andábamos bien de provisiones y las teníamos a mano. Los oficiales, que tampoco habíamos comido en todo el día, nos regalamos con patatas fritas, vino y café. Alguien me había prometido una botella de sidra, pero cuando recordé al rumboso la promesa, me dijo que se las habían bebido todas.

Dormimos como podemos: la mayor parte de la tropa en el patio; los jefes y oficiales que no están de servicio, dentro del almacén, sobre sacos, barricas o cajones. Yo me acomodo sobre un somier que no puedo siquiera colocar horizontalmente; sus mallas me desvelan no obstante hallarme rendido.

Todo el día siguiente se dedica a reorganización de las tuerzas, pues a ellas se han agregado varios individuos de cada cuerpo que quedaron en Tistutin. Esta operación —con la consiguiente distribución de clases por unidad, nivelación, listas y demás requisitos; revista de las fuerzas; extracción del suministro y servicios para la confección de comidas calientes de las que la tropa estaba bien necesitada y para la que se sigue turno por no haber útiles de cocina para toda ella— debía ser laboriosa y no sobra tiempo para otra ocupación ni tampoco se presta a ello el bullir dentro de aquel hervidero en el que, al menor descuido, nos producen bajas.

Tanta acumulación de hombres, ganado y material llega a hacerse intolerable y se dispone que toda la caballería, los restos de tres escuadrones, se trasladen a un patio inmediato llamado casa Ben-Clavé, donde no está Alcántara mejor, pues, también dominados, empieza a ser sacrificado ganado hasta perder 32 caballos y algunos hombres en las pocas horas que dura la ocupación.

Además, teniendo precisión de venir a la yesería en busca del suministro y el agua, es peligrosísimo el paso y hay necesidad de abrir un pequeño boquete en los muros colindantes de ambas construcciones y hacer entre ellos un camino cubierto para evitar las bajas en el personal, pues el enemigo nos hostiliza duramente.

Tal estado de cosas no podía continuar. Imposible vivir en aquel recinto, matadero y cementerio al mismo tiempo. Además, debíamos, según disposición del alto comisario, replegarnos a Monte-Arruit y esperar allí

órdenes, y en la tarde del 28 se nos reunió en la estación a los jefes y recibimos del general las instrucciones al efecto necesarias.

De una a dos de la madrugada del siguiente día 29, saldríamos sigilosamente para Monte-Arruit, formando toda la fuerza un rectángulo de unos cincuenta metros de frente, cuya formación se había de conservar durante la marcha a la que serviría de eje la carretera, procurando el mayor orden y silencio para no ser hostilizados a la salida.

El dispositivo seria el siguiente:

Vanguardia

Dos compañías de San Fernando, llevando inicialmente dos secciones desplegadas. A su derecha, una sección de ametralladoras de Ceriñola, Jefe, teniente coronel Pérez Ortiz.

Centro (en columna por la carretera)

A veinte pasos de la vanguardia: Policía indígena —unos veinte caballos — única fuerza que no había desertado. A continuación, Cuartel General, al que siguen las tres piezas de batería ligera.

Detrás: convoy de heridos, varios de estos en caballos de Alcántara; el resto, en camillas, conducidos por soldados de caballería.

Seguidamente: resto del tren regimental de San Fernando y algunos mulos de Ceriñola.

Al mando del convoy de heridos debe ir un jefe de Alcántara, el teniente coronel Primo de Rivera o el comandante Zaragoza.

Retaguardia

Desplegadas en parte: dos compañías de Ingenieros. Jefe, capitán Arenas.

Flanco derecho

En desfilada: dos compañías de San Fernando, una de ellas organizada con gente de ametralladoras y explosivos. Jefe, teniente coronel Álvarez Corral.

Flanco izquierdo

En desfilada: una compañía de África y otra de Ceriñola. Jefe, teniente coronel Piqueras.

La vanguardia, rehuyendo el destruido poblado debía desplegar y organizar a la salida de la fábrica de yeso y, seguida de la policía, artillería y el flanqueo, dirigirse al paso a nivel, donde esperaría al resto de la columna. Todo había de estar dispuesto para el momento en que se nos diese orden de salida.

Alguna otra cosa nos recomienda el general, todo conducente al mejor orden para la marcha. Nos despedimos hasta la noche.

Como aún no ha caído la tarde, somos tiroteados igual que a la ida, cuando de a uno salimos de la estación. Momentos después nos hallamos de nuevo en la famosa yesería y cada jefe toma sus disposiciones para la próxima retirada.

Con la conveniente anticipación se halla todo preparado. Aquellas fuerzas han de salir ordenadas, en silencio y a obscuras y por un estrecho portillo de un emplazamiento donde apenas caben en pie. Para evitar que dentro del patio se estorben y crucen, antes de salir hay que disponerlas de modo especial y explicar detalladamente a todos su misión. Yo he de ir a su cabeza, y mi ayudante, el teniente Sánchez Ocaña, oficial de toda mi confianza, activo, enérgico y despierto, será el encargado de darles la salida. Hay que ir tirando del hilo de una madeja sin que esta se enrede un solo momento; tal es su misión.

Todo dispuesto, las compañías descansan sin perder la formación y la batería queda enganchada. Yo me acomodo sobre un saco de garbanzos y, apoyada la espalda en un bocoy, espero el aviso.

IX
EL REPLIEGUE A MONTE ARRUIT

Poco antes de las dos de la madrugada llegó a yesería un oficial; trae la orden para emprender desde luego la salida.

No obstante las muchas medidas tomadas, surgen dificultades del momento originadas por el hacinamiento, pero son vencidas al cabo en poco tiempo, y confiado en que todos saben su puesto y, principalmente, en que el ayudante no permitirá salgan antes unidades que no hayan sido llamadas, me pongo a la cabeza de las compañías de vanguardia y, en desfilada, entre el resto de la fuerza que difícilmente nos abre paso, nos dirigimos al portillo.

Fuera del recinto, caminamos cautelosamente cruzando una explanada, al final de la cual hay un cerco de espinos que no distará cien metros. Me oriento en la oscuridad por una gran piedra blanca que en la tarde anterior he visto en uno de los ángulos del seto. Allí hay un claro por el cual debemos pasar; por sitio distinto tampoco podría hacerlo sin ruido la batería.

De un momento a otro espero tropezar con algún punto enemigo que nos reciba con una descarga. En tal caso debemos ocuparlo inmediatamente cerrando a la carrera sin disparar y esperar después que toda la fuerza vaya entrando en su puesto. Nunca creo haré en mi vida más esfuerzos para ver. Mis cansadas pupilas deben correr peligro de rasgarse.

Pero, afortunadamente, ningún indígena merodea por aquellos contornos sembrados de matas y pedruscos. Entonces, ya al otro lado del seto, va formando la guerrilla, que avanza unos cincuenta metros y se tiende en tierra. Las secciones de reserva, en columnas de a cuatro, también se pegan al suelo. No se oye el menor rumor, no hay nadie. Ha sido mucha la suerte.

En voz muy baja, voy preguntando por diferentes oficiales a los que encargo otro pequeño avance y que en él no pierdan ni el contacto ni el enlace. Deseo dejen espacio para que la batería forme detrás de nosotros. Momentos después la siento rodar en retaguardia, cesa ese ruido y empiezan a

llegar los flanqueos, quienes tratan de orientar para apoyarse en los extremos de mi línea.

Después de un corto silencio en el que tengo la sensación de que todos esperan, se me dice que la gente está lista y ordeno entonces la marcha hacia el paso a nivel. Durante ella me adelanto y rebaso la guerrilla para prevenir errores en la dirección.

Atravesamos por lugares en que hallamos dos bolas, tendejones y montones de paja almacenada. No los divisamos hasta que casi los tenemos encima; lo mismo hubiéramos tropezado con una emboscada, pero todo está abandonado y desierto. Ni un perro ladra.

De pronto veo blanquear una faja estrecha de terreno; es la carretera; a su lado hacemos alto. Nos hemos adelantado algo al lugar señalado para la concentración.

Mientras esperamos se siente trepidar ligeramente el suelo a nuestra derecha, el rodar de algo. Es la batería que, siguiendo a la Policía, se ha despistado como ella y, advertida, viene a su puesto. Pronto llega y, con ella, el resto de la columna. Hasta entonces todo ha ido como una seda, y el principal de la operación ha tenido éxito. El enemigo no se ha dado cuenta de la evacuación y, sin un tiro, sin el menor contratiempo, nos encontramos en pleno campo, organizados defensivamente y animados del mejor espíritu.

Emprendemos la marcha en perfecto orden. El general gradúa la velocidad, disponiendo que la guerrilla no se adelante más de treinta pasos del grupo de Policía que, por la carretera, lleva en cabeza.

Yo voy a pie, pegado a la guerrilla, cuidando de los contactos y enlaces, recorriéndola desde la carretera hasta el flanco derecho, vigilando la marcha de los sostenes que van muy próximos a ella. El capitán Hernando, que manda este medio frente, el más amenazado de sobrevenir ataque, y el teniente Sánchez Ocaña me auxilian eficazmente. Los tres andamos dos o tres veces más camino que los demás, y podemos hacer esto porque la columna prosigue su marcha sin apresuramientos, con frecuentes paradas que sirven para el relevo entre los camilleros y para rectificar intervalos y distancias.

Desde que salimos he observado en ocasiones un hedor que hace días viene siéndome muy conocido; frecuentemente, sobre todo junto a la carretera se columbra una masa informe; poco se ve, más no me cabe duda de que es un cadáver. Seguramente todos son de fugitivos de los primeros días del desastre que han sido asesinados en su huida hacia Melilla.

No estamos a cuatro kilómetros del punto de partida, cuando el incendio de Tistutin nos advierte que el enemigo se ha percatado de nuestro repliegue.

Después suenan a retaguardia algunas descargas hechas a largos intervalos. Sin embargo, de aquella parte ni de ninguna se oye silbar sobre la columna un solo proyectil. No sé a qué atribuir este fuego que me disgusta sobremanera.

Recorremos después varios kilómetros sin que nada turbe nuestra marcha, pues la tranquilidad es absoluta. Todo va bien, sin una sola baja que yo sepa. Al aproximarnos a las casas de «La Coloniadora», situadas a unos ocho kilómetros —mitad de nuestra proyectada jornada— redoblamos las precauciones por si las encontramos ocupadas. Se hace un reconocimiento a la ligera, durante el que se detiene la columna y la guerrilla sigue sin otro contratiempo.

Cuando rebasamos las casas comienza a alborear y ya podemos avanzar resueltamente. Monto a caballo porque voy cansado y quiero ir y venir como hasta entonces.

El día llega bien pronto y con él los primeros tiros de un fuego que había de ir creciendo en intensidad y eficacia hasta nuestra llegada a Monte-Arruit.

Por retaguardia y por el flanco derecho comienzan a causarnos bajas. El enemigo por este último lado no parece muy numeroso, pero, oculto en tapias y chumberas, tira bien y a mansalva porque no se le divisa. Este flanco y la vanguardia contestan mesuradamente al fuego sin interrumpir la marcha ni acelerarla. No ocurre lo propio en la retaguardia, pues hacia allí se siente que nuestro fuego es muy nutrido.

Mando sacar algunos heridos que he encontrado en mis recorridos hacia el flanco, en los mismos sostenes de la vanguardia. Un sargento de San Fernando me dice que tiene el cuello atravesado. Bien lo veo; el tiro ha sido de suerte porque el hombre habla y marcha animosamente por su pie. Le felicito por su entereza y vuelvo hacia la carretera de cuyo lado silban también los proyectiles. Desde la vía nos hostilizan ahora algunos tiradores enemigos. A nuestro frente y por la izquierda hay también fuego.

Detiénese la columna breves momentos, acaso como otras veces para el relevo de camilleros. He echado pie a tierra porque quiero meterme entre mi gente y preveo que mi intervención ha de ser así muy eficaz. La Policía montada esta allí parada, en la carretera, a veinte pasos de mí, formando un compacto grupo. De pronto, el capitán Hernando me llama la atención sobre un suceso extraño: todos los hombres están fumando o al menos tratan de encender los cigarros al mismo tiempo, valiéndose de encendedores mecánicos; y es singular ver cómo todos simultáneamente elevan los mecheros o los cigarros a la altura de la boca y hacen saltar las luces que aún brillan en el crepúsculo. Queda fuera de duda que aquello son señales, y el

hecho se hace llegar a noticia del general. No sé lo que este piensa ni lo que al efecto dispone ni me preocupo más del asunto. Para una traición son muy pocos.

Otra circunstancia despierta más mi interés. El fuego crece hacia la derecha en forma algo alarmante y muy especialmente a retaguardia, donde no puedo saber lo que ocurre. El flanco derecho tiene que detenerse para contestarlo y la vanguardia, a la que se ha dado orden de avanzar, ha de esperar que aquel cierre, pero no se ha podido evitar algún alargamiento que, lentamente, en pleno fuego, se puede al fin corregir.

Claro ya el día, divisándose a dos kilómetros la posición de Monte-Arruit, la situación que observo es la siguiente: la vanguardia no ofrece resistencia alguna el enemigo que, tras ligero tiroteo, se corre a los flancos ocultándose en tapias y chumberas por el lado derecho, y en la vía y una casa hacia el izquierdo. El fuego aumenta sensiblemente, sobre todo en la retaguardia, que tira enormemente. El rectángulo que forman las fuerzas se ha ensanchado necesariamente; el fuego siempre ha sido y será el mejor laminador de las formaciones. Con todo, las bajas son numerosas.

Desde la casa de la izquierda que aún queda delante de la guerrilla y muy cerca, nos causan algunos heridos. Es menester desalojar aquel nido inmediatamente y ordeno que lo haga una sección. El teniente Arroyo, que es quien la manda, llega a la casa y la rodea, pero no puede penetrarse en ella porque la puerta tiene cierre metálico; su dueño, un colono, tuvo esa idea, bien ajeno seguramente a lo que había de suceder. De nada sirven los desesperados esfuerzos del oficial disparando sobre la persiana, pues la quinta no tiene otra entrada que unas elevadas ventanas por las que han debido penetrar los indígenas. A lo lejos, por la izquierda, acuden moros a caballo. Entonces —no sé si alguien lo ordena o es iniciativa— sale de la carretera el grupo de policía y marcha por detrás de la vanguardia en aquella dirección, aprovechado un claro que se ha producido entre esta y el flanqueo. Simultáneamente, como de común acuerdo, el capitán Hernando y yo ordenamos entonces: «¡Fuego a la Policía!». No tenemos duda de que van a engrosar las filas, y así ha sido. Eran los últimos moros que nos quedaban. Continúa el fuego y el avance. La contingencia de la casa me ha entretenido algún tiempo cerca de la carretera. Donde me encuentro, no se pueden formar grupos; el enemigo, ignoro desde dónde, tira a placer eligiendo ya objetivos; en las paradas es necesario sentarse o tenderse, y aun así separados.

Por la carretera viene la gente en apretada columna; tiene prisa por llegar a la posición, de la que no distamos un kilómetro. Ignoro si viene empujada

por la retaguardia; no se lo que ocurre. Veo entonces que soldados y acémilas de todas las armas cierran sobre la vanguardia y aun la rebasan camino adelante. Apercibida esta, acelera su marcha y desde entonces no se hace una sola parada. El cuadro se ha desarticulado cerrando sobre la cabeza a modo de acordeón que se pliega y ya, francamente, se inicia la retirada tumultuosa hacia Monte Arruit.

Salgo a la carretera, por la que pasan numerosos soldados y bestias montadas. Son artilleros y soldados de caballería; la fuerza protegida hasta entonces, la que iba en el centro del cuadro. Mis voces para detener a estos, a las compañías de retaguardia, ya informes guerrillones con gente de todas partes, no son atendidas. Van más deprisa que yo; están a unos 400 metros de la posición y el afán de todos, su loca obsesión, es llegar a ella.

Estoy afónico y voy por el camino cogido al baste de un mulo. Busco mi caballo, pero mi ordenanza lo ha aprovechado o ha caído, porque no aparece. De hallarme montado, alcanzaría a la guerrilla y tengo la seguridad de que la pararía en seco. Intento aprovechar el mulo, pero no hay medio de conseguir nada. Busco un corneta y lo hallo jadeante sobre el camino; le mando toque *Alto y media vuelta*, pero sin resultado para mis propósitos, porque sigue la retirada.

Tengo que reconocer mi impotencia, pues cerca del poblado es ya una locura el intentar detener a aquella gente. Un mulo me tira y me desuella dos dedos de la mano al pisarme. Alcanzadas las primeras casas, salgo del camino y tomo la acera de la barriada. Oigo mucho fuego, pero por mi lado no pasa ni una bala; sin duda me desenfilan las casas. Nadie, sin embargo, ha seguido mi ejemplo y voy solo, rendido, caminando lentamente, muy triste.

Pronto me encuentro a la altura de la posición. Por uno de sus portillos entra apresuradamente una avalancha de hombres. Más cerca de mí, a 50 o 60 metros, llegan grupos de soldados que se arrojan al toso; a su lado saltan los impactos; reciben fuego del poblado, de alguna azotea. A mí no me tiran porque no deben de verme. Pero allí, junto a las casas, no he de quedarme; yo también me dirijo al foso y, salvando rápidamente la distancia, penetro en él y sigo al tropel que, bajo el fuego de los parapetos, que es vivísimo, se dirige a la entrada principal de la posición en la que al fin entramos.

Nuestro fuego cesa bien pronto, así como el del enemigo. La fuerza refugiada asalta los pequeños depósitos de agua; muchos, rendidos de fatiga, buscan descanso en los barracones, en cuyo interior y sus aceras se tienden mezclados soldados de todas las armas.

El general, por quien pregunto, ha entrado sano y salvo. Luego me dicen que ha estado a punto de ser víctima de un atentado; un moro de los más osados se le acercó en la carretera, e iba a dispararle a cuatro pasos cuando un soldado se percibió de ello y le voló el cráneo de un tiro.

El convoy de heridos ha sido salvado en parte, pero no así las piezas de artillería; las tres con sus carros y municiones, sin ser siquiera inutilizadas, han sido abandonados a menos de doscientos metros de la posición.

Aparte de esto, tenemos que lamentar sensibles y numerosas bajas en jefes, oficiales y tropa. San Fernando ha tenido 36 heridos de tropa recogidos en la posición, no pudiendo hoy señalar el número de los muertos y desaparecidos por habérseme robado los datos. Se me dice que han sido muertos el teniente coronel Álvarez Corral, los capitanes Margallo y Gil Cabrera y el alférez San Juan; los alféreces Diez y Verde entraron heridos. De otros cuerpos, sabemos que han muerto: el teniente coronel Piqueras y el capitán La Lama, de África, y el capitán Arenas y teniente Fernández, de Ingenieros. Está gravemente herido el teniente de Alcántara Arcos y leve el alférez Alba, más otros cuyo nombre y cuerpo no recuerdo.

La jornada que con tanta fortuna comenzó, ha tenido un triste desenlace. No sé si ello fue debido al excesivo gasto de municiones que hizo la retaguardia, al repliegue de algún flanco o a que al verse la tropa bajo los muros de Monte-Arruit se amparó en ellos con demasiada precipitación, pero lo que sí puedo asegurar es que la situación final hubiera cambiado muy favorablemente si un par de compañías de las cinco que había en la posición hubiesen salido a nuestro encuentro.

X
EL ASEDIO

El estado de cosas en el reducto de Monte-Arruit no podía continuar en semejante confusión. Era de absoluta necesidad organizar las unidades y servicios y distribuir las fuerzas, a cuyo efecto se dieron las órdenes oportunas y se asignaron sectores a cada cuerpo, operación que hubo de hacerse provisionalmente por acumulación de preferentes servicios, también ordenados de momento, y polla dificultad de reunir la gente, a quien es menester sacar de mala manera de los barracones o dispersar de entre los grupos que se agolpan junto a las petrolinas del agua.

La rabiosa sed es un mal con el que no se quiere contar. Es antes que nada indispensable apagarla, porque cada cual a ello sólo atiende y en otro asunto no hay cooperación posible. Y mientras tanto se mandan muchas cosas, que sólo se consiguen a medias con titánicos esfuerzos.

He visto al general, quien es el primero en pretender se haga pronto el orden en todo. Varias veces nos encontramos o me llama para ordenarme sobre tal o cual cometido, para que todo el mundo entre en actividad, para que le ayude, para que los demás me ayuden a mí; está nerviosísimo y habla a gritos. Pero ¿quién halla en aquella Babel auxiliar alguno, cuando han de buscarse entre oficiales y clases que, rendidos, se esconden verdaderamente? Mi trabajo resulta exclusivamente personal en ir y venir. Agotado realmente porque he recorrido los 15 kilómetros andando 30, y hace tiempo que voy de un lado a otro de la posición, sediento y afónico, noto de pronto fuertes calambres en las piernas. No puedo más y tengo que sentarme en un barracón donde hay varios oficiales y soldados tendidos en el suelo.

No acabo de hacerlo cuando de nuevo recibo aviso de que el general me busca. Mis piernas no me obedecen, el recado me carga y respondo que no puedo ir. Cuando él viene a verme está muy mal impresionado y noto su desagrado que, francamente, en aquella ocasión no me hace mella. No tiene

razón; ya reflexionará y yo reaccionaré, pienso. Además, me pregunto: ¿por qué siempre a mí?, ¿no tiene otro que le ayude? Imposibles no, y menos de mala manera. Freno mis nervios, mis arranques de rebelión, le miro fijamente y callo. Él también me clava sus ojos fulminantes y se va. Un sargento está a mi lado comiendo azúcar y me ofrece un trozo. Lo acepto para ver si mis secas fauces se excitan y humedecen, pero, de una pasajera sensación de bienestar, la sed se vuelve más imperiosa. No recuerdo quién me da por un sorbo de agua. Bebería y sentirme animado fue obra del momento. Me levanto y salgo a la explanada.

Hay que hacer la aguada. Esta está defendida por unos cuantos moros, más el servicio se hace sin bajas o con muy pocas. El pozo que hay en el poblado, detrás de las antiguas cantinas, no puede ya aprovecharse: un soldado sediento ha caído en él y no se le ha podido salvar. Los demás pozos particulares están inutilizados, pues hace cuatro o cinco días que los indígenas quemaron y raciaron el pueblo.

Terminado el suministro del agua, cada cuerpo extrae algún artículo de Intendencia, poca cosa, casi no hay nada, y se empieza la confección, en improvisados cacharros, de un mezquino rancho. Los heridos han sido instalados en un barracón que recibe el nombre de enfermería, pero en él están pésimamente; muy pocos en camilla, casi todos hacinados en el suelo. Algunos oficiales heridos fueron llevados a un local de Intendencia; tres o cuatro de estos hay también en la caseta del jefe de la circunscripción. Para ninguna disponemos de medicamentos ni material de curación; sólo aparatos de cirugía. Hay ya algunos muertos que es necesario enterrar en la posición. El suelo es pedregoso, de granito degenerado, y disponemos únicamente de dos picos y una pala. El capitán Aguirre es el encargado de este triste y macabro cometido, que no se suspendió un solo día durante el asedio. Tiene a sus órdenes una compañía de zapadores y sólo pueden trabajar dos o tres soldados, mas los que estaban en aquellos abrumadores días lo hacen hasta agotarse y son entonces relevados. A medida que el tiempo transcurre se perfeccionan algunos servicios, entre ellos la división en sectores y la distribución de la fuerza en los parapetos.

Conviene advertir a quien no conozca el reducto de Monte-Arruit que este puede considerarse dividido en tres partes: una es una explanada en cuyo centro, aproximadamente, hay una pequeña casa de planta baja con dos reducidas habitaciones, alojamiento habitual del jefe de la circunscripción. A esta explanada se llega por la entrada principal, arco monumental o de

fantasía, frente al poblado, flanqueado interiormente a derecha e izquierda por otras habitaciones que fueron comedor y pabellones de oficiales.

Al lado opuesto, casi enfrente, un portillo que se abría o cerraba deshaciendo o formando de nuevo el parapeto, es el paso de salida a la aguada. A la derecha, limitan esta explanada dos grandes barracones que forman tres calles, y más allá se encuentran las dependencias de Intendencia, con portillo al exterior y casi aislados del resto de la posición, si bien toda esta se halla en comunicación por su largo recinto defendido por parapetos de piedra y barro en parte, de mampostería en otras y en algunos lugares de piedra en seco únicamente. Cinco o seis tamborcillos y garitas vienen intercalados en el muro.

En la explanada, cubre Alcántara la puerta principal, defendida por ancho parapeto de sacos de cebada. A su derecha, frente a las cantinas del poblado, situadas a doce metros, está la fuerza de Artillería, que guarnece hasta el ángulo del parapeto, y en los otros dos frentes siguen las compañías de San Fernando, unas de las cuales, dos veces, sirvieron de reserva para acudir, en caso necesario, al más amenazado, que siempre mereció ser el de Artillería.

Desde el portillo de salida a la aguada, Ceriñola cubre el parapeto; después Ingenieros, detrás de las construcciones de Intendencia, y, finalmente África y algunos soldados del regimiento Melilla, se extienden hasta cerca de la puerta principal.

El comandante Zaragoza manda el frente que ocupan Ceriñola e Ingenieros, pues el teniente coronel Marina, atacado de una afección a la vista, está casi ciego. Dos comandantes, Berrocal y Villar, los de Atrica y Alcántara, y Marquerit, de Artillería. Yo mando el frente de San Fernando y tomo a mi cargo todo el de la explanada en que tengo mis tuerzas de reserva.

En su puesto, bajo un sol abrasador, recibe cada soldado la mezquina ración de agua que se está distribuyendo. Para evitar abusos, son los mismos oficiales los que presencian el reparto; pero esta exigua cantidad, lejos de calmar la sed, la produce mayor.

Ha sido menester hacer reserva de agua, siquiera para dos días y se han llenado cuatro petrolinas, dejando también repletas dos carricubas. Todo este tesoro queda vigilado por una guardia, que hubiera resultado completamente ineficaz a no estar el agua junto a la casita en que yo me instalo y en la que también se alojan algunos oficiales heridos.

No habían transcurrido tres horas desde nuestra llegada a la posición, cuando recibimos una desagradable impresión: truena el cañón y un proyectil pasa raudo de extremo a extremo del campamento. Los moros han emplazado

una pieza a unos dos mil metros y se sirven de ella antes de lo que podíamos esperar.

Alguien cuenta que las espoletas están todas en punto muerto y que no hay que temer; no sabrán graduarlas y cada disparo será únicamente un proyectil más, una bala grande. Pero bien pronto se repiten los cañonazos y estos comienzan a causarnos bajas. Hay granadas que, al tropezar con los muros, se rompen y desparraman la carga de balines; otras explotan en forma, no obstante lo que sobre las espoletas se ha dicho.

Es indudable que el enemigo tiene gente que sabe manejar las piezas. Sabemos luego que son dos o tres soldados los que tiran contra nosotros. Estos verdugos de los que fueron sus hermanos de armas, sus compatriotas, deben ser monstruos cobardes en demasía, cuando han llegado al colmo de los crímenes. ¡Desgraciados si salvan la vida a costa de aquella infamia! Oigo en aquellos momentos varias voces que parten de un grupo de soldados. No se quién de ellos propone el rescatar las piezas; cunde el entusiasmo y ya son sesenta o setenta los voluntarios. Se me dice que los cañones, que yo no puedo ver desde el sitio en que me encuentro, están emplazados a unos 600 metros, y, no creyendo imposible la hazaña, la patrocino pidiendo oficiales y voluntarios. Estos sobran bien pronto; son cuatro o cinco los que alcanzan al grupo de soldados que en desordenada forma han saltado el parapeto y, armados los fusiles, avanzan a lo largo del frente S. E.

Desentendiéndome entonces de otra ocupación perentoria, quiero ver cómo se organiza esta pequeña columna para intervenir en la empresa según aconsejen las circunstancias; mas apenas lo intento, me encuentro con el general, que ha sofocado la aventura y me pide explicaciones sobre ella.

Reconozco que no he debido autorizarla sin su consentimiento, pero he querido aprovechar el entusiasmo y ardor de la tropa creyendo lo que se me decía: que la batería estaba a 600 metros. Luego le hubiera dado cuenta y asumido toda la responsabilidad del hecho. Pero el general me advierte que las piezas están a dos kilómetros y se conforma o parece conformarse con mis excusas. Sin duda no le ha disgustado lo que para la moral de la tropa significa aquel intento descabellado. El cañón sigue aquel día disparándonos hasta 114 proyectiles que nos causan bastantes bajas de hombres y ganado. Hemos contado cuidadosamente los disparos porque creemos que, incluyendo las de los armones y carros, sólo disponen los moros de 288 granadas, de modo que habían gastado 114, les restan 174. Y seguimos contando en días sucesivos esperando se agoten las municiones, hasta que, al fin, nos

percatamos de nuestra sencillez; el enemigo sabía dónde buscarlas y las halló en abundancia.

Había que sacar los caballos y mulos muertos aquel día y esta operación, que no dejaba de ser laboriosa, tenía su exposición si se quería alejar los cadáveres a regular distancia del parapeto, más allá de los que se pudrían a 20 metros del frente que daba a la aguada, pues el enemigo, siempre atento a nuestras menores operaciones, no perdía ocasión de tirotearnos.

Por el frente que da al poblado se oyen pocos tiros, pero los que se nos disparan son certeros generalmente y mortales. Tiran los moros a 12 o 13 metros de distancia, apuntan cuidadosamente a través de estrechísimas aspilleras abiertas en las casuchas y es peligrosísimo asomarse al parapeto o moverse atisbando desde él.

Llegada la noche disfrutamos de algún respiro; es rarísimo oír un disparo y la gente no parece atormentada por la sed.

Hay que aprovechar la ocasión para reorganizar la unidades. Con la fuerza de San Fernando formo cinco compañías y otra desarmada. Mandan las cinco primeras los capitanes Sabater, Querejeta, López Vicente, Sánchez La Orden y Usera; la sin armas, en la que forman los enfermos y heridos leves, es mandada por el capitán Pérez Valdivia. Explosivos y ametralladoras, que ya estaban sin mulos y con las máquinas inútiles, fueron agregadas a estas compañías. Además contaban con el tren regimental, reducido a unos 25 o 30 hombres con 6 u 8 acémilas.

El capitán Hernando y el teniente Sánchez O caña quedan a mis órdenes como ayudantes y las compañías al completo de oficiales. ¿Durará mucho esta nueva organización? No obstante la calma que se nota fuera del campamento, la vigilancia tiene que ser extremada, dada la proximidad del enemigo. Se descansa muy poco; yo lo hago sentado en una butaca de mimbres que he hallado en la casa; duermo así muy poco y mal.

De vez en cuando, el general inspecciona los servicios recorriendo todo el recinto.

El enemigo también vigila de cerca; pero más allá, en la estación al otro lado del poblado, se divierte como lo que es, como lo harían los salvajes. Su gran algazara se siente perfectamente en el silencio de la noche. Imitando lo que tantas veces han visto, tocan estrepitosamente la campana, silban parodiando a la locomotora y, riendo y gritando corno chicos traviesos, nos invitan a tomar el tren para Melilla.

* * *

Al amanecer del siguiente día, caluroso en extremo, continúan los moros el interrumpido cañoneo, si bien con menos violencia que el anterior, pues sólo nos hacen 25 disparos. Tiran con calma, pero lo hacen con extremada eficacia. Entre las dolorosas bajas que sus granadas nos producen hay que lamentar la del teniente coronel Primo de Rivera, a quien un trozo de proyectil deja destrozado el brazo izquierdo. La herida es horrible y se impone la necesidad de amputar el miembro inmediatamente.

No hay cloroformo ni anestésico alguno y eso es un contratiempo casi insuperable; lo sabe el valeroso jefe y él mismo anima a los médicos para que le operen sin miedo ni reparo.

«Aguantaré», dice. «Que me den un trapo para morder».

Y, sin un grito, sin una queja, soporta estoicamente el largo martirio que supone aquella intervención, pues, ya adelantada, sólo se le oye decir: «Terminen pronto». Al fin concluyen los cirujanos y, agotado por los sufrimientos, se deja a aquel mártir en la cama que hasta entonces ocupó el general.

La desgracia nos ha conmovido a todos, y muy hondamente a sus amigos y compañeros. ¡Pobre Primo, siempre cariñoso, siempre animado y alegre! ¿Sobrevivirá? Creo que sí.

El enemigo ha aumentado considerablemente.

En el zoco, al otro lado de la estación, se ven grandes grupos, verdaderas masas de moros a las que estos acuden de todas partes.

Hay que hacer la aguada, y San Fernando es el cuerpo nombrado para este servicio. Una vez preparados los carricubas, sale una compañía y toma posiciones. Después cada unidad envía además soldados con toda clase de vasijas. Pero esto hay que organizado en forma que la gente no se apelotone ni en el río ni en el camino, pues aun tiran los moros desde el extremo del poblado y es peligrosa toda aglomeración.

El agua nos ha costado 16 bajas que hay que sumar a las producidas aquel día por el cañón y a las causadas por un descuido entre los que atisban desde los parapetos, a las que los pacos nos hacen al cruzar frente a la entrada principal del reducto. No sé cuántos son en total.

Pegadas casi a la casita que ocupo, se han dispuesto cuatro petrolinas que se llenan de agua no muy limpia por cierto. Una guardia de 8 soldados al mando de un sargento custodia, no sin trabajo, el precioso elemento. La marquesina que cubre la entrada preserva a los envases de los ardores del sol.

A las seis de la mañana ha pasado un avión sobre el campamento y nos ha arrojado seis sacos terreros que caen fuera del reducto.

Su aparición ha sido acogida con inmenso júbilo, pues el aparato nos da la sensación de una promesa, de que no estamos ya aislados, de que nuestra situación cambiará pronto. Todo el mundo tiene fijos sus ojos en el aeroplano y, mientras los indígenas le tirotean profusamente, nuestros pañuelos y gorros saludan a los intrépidos aviadores que luego desaparecen rumbo a la plaza. Allí se sabrá enseguida lo que ocurre.

Hemos recogido un saquete que contiene treinta panecillos y se dan estos a los heridos, un trozo a cada uno.

Protegido por un tambor de piedras, se ha instalado un heliógrafo en el centro de la explanada. Alineado con la alcazaba de Zeluán y más tarde con otro aparato del Atalayón, sostiene comunicación con el alto mando.

Los destellos del espejo, rozando la cresta del parapeto, del que ha habido que retirar algunas piedras para rebajarlo convenientemente, son referencias que el enemigo aprovecha, y no pocas veces choca un proyectil contra el improvisado abrigo.

A esta circunstancia, que hace algún tanto difícil el servicio, hay que agregar alguna que otra interrupción. Castigado el ganado por el fuego, inquieto, rompe frecuentemente sus trabas y, como no tiene otro lugar que no este ocupado, acude allí a la explanada y suele interponerse entre la alineación de luces, hecho que en varias ocasiones —siempre que lo ha presenciado— ha sacado de quicio al general, quien pretende se haga todo como si se tratase de unas escuelas prácticas, y el caso es entonces bien diferente.

El caballo o mulo que se suelta va generalmente sin ronzal; nadie sabe a qué cuerpo pertenece y cuando se trata de coger hay que ordenárselo al primer hombre que se encuentra o recurrir a la conocida frase de «a ver uno», y este uno o el que se envía especialmente, puede ocurrir que no entienda de ganado y no sepa, se atreva o pueda sujetarlo y menos conducirlo cogido de una oreja; frecuentemente pedirá una soga o lo espantará antes o después; necesitará entonces ayuda, y con esta y la impaciencia del que manda, la pasividad de muchos y la protesta del que se ve atropellado, resultará que no es el mulo la mejor pantalla. Y esto es lo que sucede allí. Cansado de poner otros remedios y de buscar en cada caso responsabilidades que a nada práctico conducen, dispongo que el personal de mi tren regimental sea el encargado de recoger y trabar con su ganado todo aquel que se desmande. La medida fue acertada.

A media mañana se reciben dos heliogramas; uno de Su Majestad y otro del alto comisario, felicitándonos calurosamente. No recuerdo el texto de los despachos, pero es en ambos altamente encomiástico, más, seguramente, de lo

que merecemos, y creo que sus conceptos responden mejor a lo que de nosotros se espera que a lo que hasta entonces hemos hecho. No defraudaremos tales esperanzas; resistiremos más de lo que se figuran. Me llama el general y acudo a la casa de Intendencia, donde tiene su alojamiento. Antes de llegar al comedor, en el pasillo, en uno de los cuartos a que este conduce, encuentro varios oficiales heridos; otros más graves padecen junto a la casa, en una tienda de campaña. Galantemente, me ofrece el barón una taza de café, acaso el último que se consume, y me invita a tomar asiento. Mientras tanto, hablamos.

El asunto que motiva nuestra entrevista es muy importante. No ha sido un secreto para la mayoría de los jefes y oficiales que soportaron las penalidades del asedio, pero razones de humanidad me vedan entrar en detalles mientras no me vea obligado a ello. Bastará saber que se me da una honrosa comisión que a los pocos momentos está cumplida y, al serlo, eleva la moral de determinadas tropas.

Antes de despedirme, he hablado breves momentos con el teniente coronel, a quien desde mi asiento veía tranquilo en el lecho. Parece resignado con su suerte, pero no con la forzada quietud en que se encuentra. Le consuelo como puedo y aun gastamos alguna broma, mientras interiormente lo compadezco de corazón.

Fuera, hacia la parte del poblado, intensifican los moros el fuego de fusilería, al que sólo con tiros sueltos se contesta. Es muy expuesto durante la tarde acercarse a una aspillera o pasar a la explanada desde los barracones.

A las once, próximamente, cesa el fuego y el enemigo se divierte haciendo el tren y gritándonos como en la noche anterior.

La mayoría de la tropa duerme al raso al pie de los parapetos; la reserva descansa próxima a las petrolinas y sin perder la formación. De dos en dos metros, alrededor del campamento hay un centinela que vigila.

* * *

Al día siguiente observamos con disgusto que durante la noche han construido los moros varios parapetos de piedra frente a la aguada y muy próximos a ella.

Cuando voy a dar cuenta de esta novedad ya ha empezado el cañoneo y una granada cae en la enfermería y mata a los heridos. Otra ha perforado un muro del comedor en la casa del general, quien se salva de milagro, pues los trozos del proyectil han destrozado el asiento que acababa de abandonar y algunas de sus prendas de vestir.

Se ordena protejan la aguada dos compañías de Ceriñola, de las que tomará el mando el comandante Zaragoza; pero estas son pronto detenidas en su avance y no pueden progresar, pues en menos de media hora tienen 56 bajas, entre ellas los oficiales. El comandante también es herido en un brazo junto al portillo de salida.

Refuérzanse las compañías con otra muy nutrida de zapadores, y al desplegar sufre treinta bajas. El enemigo pone aquel día todo su empeño en impedir el servicio de aguada; ha acumulado mucha fuerza y cruza los fuegos desde el extremo de las cantinas.

Hay que desistir de la operación y se ordena la retirada.

Resumen: un jefe, dos oficiales y 84 bajas tropas; y falta agua, pues tampoco se hace este servicio durante la tarde. De comida andamos medianamente. Intendencia puede facilitamos poca cosa: garbanzos, sal, pimentón, azúcar, aceite y vinagre, y dificulto que haya café para los heridos que deban tomarlo. El suministro se hace por cuerpos y la ración es reducidísima: no creo llegue a un octavo de la ordinaria; así se ha dispuesto. La menestra viene en un solo saco atado por tres o cuatro sitios, y la distribución de la del regimiento se hace a mi presencia con arreglo al estado de fuerza de cada unidad. Varias compañías o grupos han sido más afortunados que otros; han atrapado algunos de los cochinillos que, procedentes del poblado, merodeaban hambrientos alrededor del reducto. El que no come esta carne se consuela diciendo que tales animalitos se han atracado de nuestros muertos.

No sé lo que la gente come, pues todo es entonces circunstancial y depende de los recursos con que cada unidad cuenta, de la habilidad de los rancheros, del ingenio individual. Mis ayudantes me ofrecen garbanzos fritos a los que han puesto azúcar y tienen preparado un substitutivo de café, infusión de cebada tostada. Mal me sabe la bebida, pero no hay otra cosa que caliente el estómago.

La distribución del agua es aquel día laboriosísima y muy penosa. Bajo un sol abrasador, en orden, formando largas colas en las que hay que poner orden constantemente, los furrieles de cada unidad, que la piden para los oficiales; los que han de llevarla a los heridos; el cuartel general; los paisanos, que son familias de cantineros y gente del poblado allí refugiada; los telegrafistas; los de intendencia.

La ración —un cuarto de litro por plaza— se sirve con todo escrúpulo, ajustada a vales que con arreglo a la fuerza, firman los comandantes ele las compañías, pero las reclamaciones, más o menos justificadas, son frecuentes;

los embrollos surgen a cada paso; hay quien, aprovechando la confusión, presenta segundos vales pretextando suponía se daba para beber y para confeccionar la comida. Luego vienen los que dicen no la han bebido de sus unidades porque no figuraban en ella porque no estaban presentes y no parece o no saben quién la tomó por ellos, a otro se le ha caído. Hay quien tiene o pretexta fiebre y pide un poco por caridad; muchos heridos leves forman también; no quieren estos permanecer en la enfermería y no se ha contado con ellos. Niños pequeños se presentan con un cacharro, y, con su carita entristecida miran medrosos al que distribuye el agua, al oficial que vigila el reparto, y se sabe que alguien ha tomado su parte, pero… repiten: ¿quién es capaz de negársela? Cuando esta penosa labor que todos los días presencio termina, ocurre siempre lo mismo: nos han engañado; no puede haber tanta gente como raciones se nos han pedido.

El cañón continua causándonos bajas. Un certero proyectil se ha llevado un corro entero de caballos que aún permanecen unidos; unos, los menos heridos, quedan en pie; otros han rodado por tierra horriblemente destrozados y enseñando sus entrañas por enormes desgarraduras.

Frente al arco de la entrada principal han colocado los moros otra pieza que suponernos no tardarán en emplear.

Mi pequeña casa está muy honrada. Hay en una de sus habitaciones tres oficiales gravemente heridos: uno tiene cama, los otros dos descansan en camilla. En la pieza inmediata se encuentran también cuatro o cinco más heridos levemente en los brazos, en las manos, en la cara. El médico visita a uno de los graves. Me he desentendido de los últimos importunos para el agua, de las recomendaciones, de los compañeros que me la piden como favor especial; he ordenado a la guardia que despeje las inmediaciones de las petrolinas, y, en conversación con mis ayudantes Hernando y Sánchez Ocaña, mis *manos, de hierro* para imponer orden, me siento junto a la puerta en mi butaca de mimbres.

No dura mucho nuestro sosiego. Súbitamente, recibo sobre mi cabeza y espaldas una avalancha de piedras y trozos de ladrillo; ruedo por el suelo y me veo envuelto entre escombros y una espesa nube de polvo rojo y humo. Pronto me convenzo de que he librado bien, de que todo es cuestión de algunos cardenales y tal cual chichón, lo que no es mucho para lo que pudo ser: una granada de la segunda pieza, de la que tira al arco, ha perforado el muro de nuestra casa y, pasando una cuarta por encima de la cama en que descansa el teniente Andújar, acaba de llevarse por delante medio tabique, ha

hecho astillas una puerta y ha derribado parte del muro en que yo me apoyaba.

Afortunadamente ha sido más el destrozo que nada. El proyectil, que pudo allí hacer estragos, sólo ha tocado y no muy gravemente en la cabeza y en la mejilla al médico Peña, a quien veo muy apurado y con la cara ensangrentada. Con ambas manos se cubre la cuenca del ojo izquierdo, que cree ha perdido. Se las separo y le aseguro que en el ojo tiene únicamente polvo de ladrillo. Mi atención entonces está en los heridos graves que se alojaban en la casa. Esta ha sido abandonada, incluso por la guardia, y es menester sacarlos de allí inmediatamente, antes de que otro proyectil les alcance. El pánico a que esto suceda tiene atemorizada a la tropa más próxima y me veo en necesidad de obligar fusil en mano a que los soldados más indecisos lo ejecuten rápidamente.

Después, observando a distancia que otras varias granadas que se nos disparan no van contra la casa, más confiado, vuelvo a establecer donde antes la guardia del agua, cuyos envases han respetado cascotes y balines. Tengo cariño al alojamiento: es un lugar excelente para vigilar todos los frentes por las mismas tronillas, y manifiesto mi propósito de instalarme en él nuevamente. El capitán Hernando me hace entonces la observación de que el sitio será siempre peligroso y, con su natural gracejo y buen humor, trata de justificar su opinión, y, medio en serio medio en broma, discutimos.

«Por el cálculo de probabilidades», arguyo, «usted sabrá que sería casi un milagro, al menos un caso rarísimo, que otro nuevo proyectil entrase por el mismo agujero del anterior». «Sí, señor», me dice impasible. «Bueno», le replico, «pues allí está el lugar más seguro del campamento. No tenemos más que sentarnos enfrente». Queda mi interlocutor perplejo un momento; los circunstantes sonríen socarronamente, pero bien pronto tiene mi contrincante la mejor salida: «Oiga usted, mi teniente coronel», dice, «está muy bien eso de las probabilidades del agujero, pero si continúan tirando a la casa pueden dar un metro a la derecha o a la izquierda… y nos revientan». Carcajada general. No tengo otro remedio que buscar una solución que nos permita no desamparar las petrolinas y ya la he hallado: al igual que la tropa, a quien se ha autorizado para que con sus machetes abran zanjas que la defiendan del cañoneo, ha proyectado hacer otra inmediata a la casa en la que podremos abrigarnos cuando el corneta que avisa del fogonazo dé el punto consabido.

Como el sol cae de plano y el calor nos sofoca, no intento siquiera poner desde luego en práctica el proyecto. Aparte de toda otra razón, ya se sabe, no tenemos más que dos zapapicos, y estos no descansan sino en rarísimas

ocasiones. Durante la tarde aumenta el fuego de fusilería que desde el poblado se nos hace, al que, como de costumbre, sólo contestan, cuando la ocasión se presenta, los mejores tiradores y algunos oficiales.

Llegada la noche, se extreman las precauciones y dispongo reservas en el lugar conveniente.

Aprovecho la relativa calma que, pasadas las primeras horas, comienza a reinar en la explanada, pido un zapapico y la pala al capitán de Ingenieros y, con la promesa de toda el agua que quieran beber, me sobran voluntarios que en poco tiempo construyen una especie de pozo de tirador; lo que yo quería.

Dos o tres veces salgo al encuentro del general, que anda de un lado a otro del campamento. Yo también recorro con frecuencia la parte del recinto confiada a mi vigilancia. Mi puesto de descanso es siempre el mismo, sólo he cambiado de butaca; he tomado otra por la que antes ocupaba, que perdió las patas entre los cascotes.

* * *

No comienza el mes de agosto con variación alguna para los sitiados. Muy temprano, por no perder la costumbre, abren los moros el cañoneo.

Sólo tiran este día con el cañón emplazado en el zoco y hanse propuesto indudablemente deshacer el arco, con lo cual cogen a nuestra casa en el plano de tiro. Dos impactos más que ha recibido casi la tienen destruida, pero conserva aún la techumbre. Prevenidos por la dirección de los primeros disparos, se ha retirado la guardia del agua y no hemos tenido ninguna baja. También ha sido suerte que no hayan tocado los envases.

En uno de los barracones, en cambio, ha hecho explosión un proyectil y se habla de varios muertos y heridos.

Fuerzas de África y algunas del regimiento de Melilla consiguen hacer la aguada, si bien con bastantes bajas.

Entre tanto, nos visitan dos aeroplanos que, como tic ordinario, nos echan varios sacos terreros, algunos de los cuales recogemos. Tienen panecillos que, por su número, nada nos resuelven; otros vienen repletos de cartuchos que no aprovechamos porque al caer se deforman; pero hemos tenido la fortuna, de que cayese dentro del reducto un saquete consignado al teniente Gay, de artillería, saquete que, entre otras cosas, contiene una carta y un periódico de aquel mismo día: «El Telegrama del Rif», de primero de agosto.

Periódico y carta circulan enseguida con la rapidez de un reguero de pólvora, despertando delirante entusiasmo entre la oficialidad ¡Patria bendita por quien luchamos, siempre eres la misma! La carta es del padre del oficial,

teniente coronel de artillería que se halla en la plaza. Rebosa patriotismo y promesas de inmediato auxilio, exhortándonos a no desmayar en nuestra heroica defensa. El periódico nos entera de que hay ya en Melilla respetables refuerzos, que estos llegan sin interrupción, y que muy pronto alcanzarán la cifra de 50 000 hombres.

Por mandato del general, se lce el diario a la tropa, recorriendo este todo el recinto. Su lectura provoca en los grupos, en los parapetos, en todas partes, la mayor exaltación de los espíritus, inmensa alegría, arranques de arrogancia y estruendosos gritos de ¡Viva España!, vivas que son respondidos como desafío al estallido de las granadas enemigas. ¡Qué hermoso espectáculo! ¡Qué orgullo mandar tropas cuyo nivel moral ha llegado al supremo límite! La general satisfacción, ya muy grande, crece más aquel memorable día ante un suceso inesperado: los destellos de un heliógrafo brillando hacia la restinga son acogidos con inmenso júbilo. Se alinea el nuestro en aquella dirección y no tardamos en saber que se está haciendo un desembarco.

La nueva es recibida con burras; muchos gorros suben al aire lanzados por los soldados. No hay duda alguna; una fuerte columna debe de estar ya desembarcando en la restinga. Yo mismo propalo la especie; la operación me parece lógica, acertada y sencillísima, y no ha de ser molestada ni puede serlo. Todos cambiamos impresiones mientras los espejos pestañean enviándose los signos morse. Ya no nos importan los detalles que sucesivos despachos puedan concretar. Ya nos lo dirán. La cuestión principal es conocida. Para nosotros es indudable que desembarcarán los Regulares, las banderas del Tercio, la brigada de Húsares, la artillería ligera y algún batallón de los muchos que ya sabemos hay en la plaza. Cualquiera de estos últimos para mantener el enlace con el punto de partida.

Nos parece estar viendo en marcha la columna de socorro. Previo cañoneo por parte de la escuadra, que no será muy necesario, saldrán de la lengua de tierra en primer término los Regulares, luego la Caballería y con esta la artillería ligera; detrás vendrán los del Tercio y más a retaguardia, sirviéndoles de apoyo, cuatro cinco batallones peninsulares.

Su presencia, que desde luego será advertida por el enemigo, obligará a este a abandonar momentáneamente nuestro cerco y el de Zeluán, permitiendo nos proveamos de agua en abundancia; acaso ocupar eficazmente la aguada fortificándola o quizá defenderla desde el poblado, derribando algunas casuchas. Para tal empresa, nos bastará un solo día, unas horas de respiro.

Y todo esto, pensaba yo, podría hacerse sin que nuestro socorro hiciese otra cosa que rebasar el flanco de Mar Chica; sin que apenas desplegara la

columna. Después, en un rápido avance, saldría esta fuerza los veinte kilómetros de terreno levemente ondulado que de nosotros la separarían sin posición alguna que le cerrase el paso, teniendo por descontado que arrollaría fácilmente a los tres o cuatro mil moros que, todo lo más, se opondrían a la operación.

En caso menos afortunado, se podría llegar a Zeluán, reforzar la alcazaba con tropas frescas, ocupar las aguadas de esta posición y de su zona amenazando seriamente a nuestros sitiadores que, ciertamente, no ofrecerían gran resistencia al segundo salto.

Los víveres, las municiones nos llegarían después como una seda, protegidos por una no interrumpida serie de puntos de apoyo que serían los de etapa. ¡Quién sabe si los Ulad-Setud habrían pensado entonces de otro modo! Convencidos de que se avecina el fin de nuestra angustiosa situación, renace entre nosotros el buen humor, que hasta en los heridos se refleja. Me he enterado de que se está transmitiendo un despacho para Melilla en el que se relacionan los jefes y oficiales presentes en Monte Arruit en el día de la fecha. Dícese que tal relación obedece a efectos de la revista de comisario, pero yo creo que no tiene otro objeto que tranquilizar a las familias de los supervivientes. El heliograma, muy largo, pues son más de cien los nombres que hay que comunicar, es al fin recibido por Zeluán. Luego supimos que, a trozos, se dio al atalayón y llegó a la plaza. El resto del día transcurre sin incidente alguno que yo sepa diferente de los de días anteriores.

El reparto de agua, en el que se reproducen las escenas habituales: la ímproba tarea de alejar de aquel lugar la multitud de heridos que la buscan directamente o pretenden repetir; la distribución de los escasos víveres; el arrastre de los mulos y caballos muertos; la constante reorganización de las unidades; la vigilancia de los servicios de parapeto; la atención al campo enemigo; las consultas; lo que en el argot militar llamamos *discos*, son cosas y quehaceres que no se pueden desatender.

Cuando llega la noche, cesa el paqueo. La calma es excepcional, toda vez que lo corriente hasta entonces ha sido sostenerlo hasta las diez o las once. ¿Ocurrirá algo extraordinario? ¿Se estará haciendo el desembarco y levantarán los moros el cerco para tomar posiciones hasta el mar? ¡Vana ilusión fue la nuestra! Alguien sabe toda la verdad y esta es bien desconsoladora y amarga: no hay tal desembarco de columna, lo que se ha hecho ha sido simplemente ocupar la restinga y guarnecerla con tres compañías, una batería y algunas otras fuerzas auxiliares. La noticia es mi obsesión en todo el resto de la noche. No hay tal desembarco, me repito, pero

lo habrá pronto; acaso mañana mismo. Es el más corto y mejor camino. Lo único que explicaría la orden del repliegue a Monte-Arruit para esperar aquí instrucciones. No puede ser de otro modo, y hasta el amanecer me mortifica la misma idea, barajando el hecho con la lógica, mis dudas y mis esperanzas. Tienen que desembarcar, es lo indicado, me repito cien veces.

* * *

El 2 de agosto es bien característico, distinguiéndose de los demás en que entrado ya el día, no ha empezado aún el cañoneo. Allí en el zoco vemos la pieza punto menos que abandonada; ni la rodea gente alguna ni observamos con nuestros prismáticos preparativo de ninguna especie que advierta su próximo empleo. Sólo se nos hace algún disparo de fusil.

El día nos ofrece también otra novedad: los moros han ocupado una casa inmediata a la aguada.

Sobre las seis y treinta, el ruido de sus motores nos anuncia la cotidiana visita de los aeroplanos. Cuando estos se acercan son recibidos a tiros por los indígenas. Uno de ellos, principalmente, que vuela muy bajo, aguanta una verdadera granizada de balas. Al regresar, desciende tanto que tememos por la seguridad del aparato y nos da un mal rato cuando pasa sobre el poblado; en un momento maniobra en forma tal que parece haber sido tocado. Mas no ha debido sucederle nada importante, pues seguidamente se remonta y toma dirección de Melilla precedido del otro aeroplano.

Se han recogido tres o cuatro saquetes de panecillos, algunos de cartuchos, que no podemos aprovechar, y uno conteniendo hielo en trocitos pequeños, pues, al chocar contra el suelo casi se han convertido en nieve. Como es natural, se entrega todo él a los heridos.

Tengo entendido que por heliógrafo se han pedido elementos de curación; acaso se nos han arrojado ya en algunos de los sacos que cayeron fuera, la inmensa mayoría, mas es lo cierto que de ellos carecemos en absoluto; ni tintura de yodo, ni muestra de algodón, ni una gasa, ni un mísero trapo limpio.

Realmente no merece la pena que los aparatos corran el riesgo de ser derribados. Su peligrosa labor, limitada a *destrozar* cartuchos y echarnos unas migajas de pan podrá servir para algo allá en Melilla; aquí nos resulta estéril, triste y ridícula. Es para los indígenas una muestra palpable de nuestra impotencia y apurada situación. Ellos mismos nos dicen a voces: «*Pájaros de Gobierno* tiran pan al moro».

¿Por que, me pregunto, no arrojan bombas? Claramente han debido ver las concentraciones enemigas las mismas piezas. En el zoco, al otro lado del

poblado, hay grupos de centenares de moros, y el bombardeo de estos, del emplazamiento de los cañones y de los parapetos de la aguada ha de ser facilísimo para los aparatos. ¿Es que no hay bombas ni más aeroplanos en España? ¿Es disposición del mando no hostilizarles? No lo sé; únicamente comprendo que me da vergüenza la situación y de ello reniego.

Se nos empieza a suministrar carne de caballo. Dos han sido los sacrificados aquel día. He visto algunos soldados cargados con piernas, otros llevan grandes trozos ensangrentados, quien una asadura completa.

Como la leña no nos falta porque las granadas la arrancan de las puertas y ventanas, de las techumbres de los barracones, de los carros, pronto se siente el olor del asado. La carne se fríe o se asa, inmediatamente de sacrificarse el ganado: no hay medio de evitar que resulte durísima, pero esto no nos importa gran cosa.

Para hacer la aguada, es imprescindible desalojar al enemigo de la casa inmediata a ella, y una compañía de San Fernando, al mando del capitán Querejeta, recibe la orden de ejecutarlo, con fuerzas del mismo cuerpo, que desde el parapeto impiden con sus fuegos que los moros reciban refuerzos.

El objetivo se consigue con escasas bajas debido, probablemente, a la sorpresa y rapidez de la operación, pero, ya esta compañía posesionada de la casa, acude el enemigo en crecido número a las trincheras de la aguada y tenemos que desistir de este servicio, al menos por aquella mañana. La casa, sin embargo, queda ocupada.

El intentar arrojar al enemigo, cada día más numeroso, de los parapetos levantados junto a la aguada, no es empresa fácil. Por la especial posición de sus emplazamientos se encuentran aquellos eficacísimamente batidos desde el extremo del poblado y tendríamos, también, que ocupar unas trincheras que allí tienen construidas, enfiladas a su vez desde las primeras casucas y cantinas. Y, aparte de estos graves inconvenientes, tropezamos con el de la escasez de municiones.

Mientras se estudia el problema, hay que recurrir a las reservas del agua. Sin que la tropa beba algunos sorbos no se la puede tener bajo aquel sol que abrasa las piedras. Terminado el reparto, sólo nos queda escasamente mediada una de las petrolinas.

Algo insólito ocurre poco después, muy sorprendente, al menos para mí, que no estoy al corriente de otras gestiones que las encaminadas a la defensa; que no sé nada de las relaciones que el Cuartel General sostiene por heliógrafo.

Creo que los moros piden un armisticio. Se nos advierte que no tiremos a alguien que del poblado vendrá con bandera blanca. Oigo la palabra Zeluán; algo se dice de emisarios. Confieso que por falta de atención, acaso por ocuparme exclusivamente de *lo de dentro*, desconozco lo que fuera sucede. Así es que en todo lo aquí diferente a este asunto podría equivocarme si pretendiese puntualizar. Es, pues, preferible manifestar mi ignorancia.

Veo que el parapeto que guarnecen las fuerzas de artillería y el de sacos que frente a la entrada principal defienden las de Alcántara se cubren de soldados y oficiales que, asomándose a ellos resueltamente, hablan a voces, animadamente, con quien está fuera; que transmiten órdenes a lo largo de aquel frente; que recomiendan cuidado no sé a qué; que se oponen dando gritos a algo que fuera sucede. El mismo general con su estado mayor anda de un sitio para otro dando disposiciones. ¿Qué ocurrirá? La curiosidad es bien natural y me hago sitio en el parapeto de Artillería, cerca de la puerta. Entonces puedo observar perfectamente la escena: un moro que está parado a unos treinta metros de la entrada enarbola un palo, del que pende un trapo blanco. No parece estar muy seguro de que se le respete, a juzgar por sus ademanes. En cambio, otros cuatro o cinco indígenas, que deben ser jefecillos, procuran, casi al pie de nuestros muros, sin otra preocupación aparente, contener los grupos de harapientos moros que, saliendo como hormigas de las cantinas, pretenden acercársenos o correr hacia la entrada del reducto.

No obstante las razones contundentes que contra los *piernas* emplean, es fácil comprender que los propósitos de estos pequeños jefes no han de lograrse tan fácilmente. Ni a palos ni a pedrada limpia dan a sus argumentos la fuerza suficiente para hacerse obedecer y calmar el tumulto cada vez mayor entre aquella gente medio salvaje. Al otro lado de la entrada y en el mismo frente debe suceder algo semejante, porque sentimos igual griterío. En general, la situación entre los *parlamentarios a granel* no puede presentar mayor desorden, y, mientras tanto, el número de estos va aumentando seriamente y se acercan a la puerta a pesar de amenazárseles con disparar.

Un grupo de ellos rebasa el arco de entrada, desoyendo la orden de detenerse, otros grupos se preparan a seguir su ejemplo y avanzan resueltamente. Van solapadamente al asalto y nuestra vacilación puede sernos fatal. «¡Fuego!» ordena una voz. «¡Fuego!», se repite en todo el frente, y una carga seguida de algunos tiros sueltos basta para librarnos de aquella añagaza y limpiar de *parlamentarios* los contornos de la posición.

Varios cadáveres que dejan a nuestra vista servirán de escarmiento para no insistir en ese procedimiento. Más tarde supimos que en aquella intentona perdieron cincuenta hombres.

Pasado este gran incidente no vuelve a molestarnos por entonces el enemigo. No recuerdo haber oído un tiro más en toda la tarde.

Bien lejos de tal cosa está lo que luego sabemos.

El teniente Dalias, de Regulares, entra sobre las cinco en el reducto. Ha presenciado a distancia lo ocurrido y viene de Zeluán, autorizado por los jefes moros y comisionado por el capitán Carrasco, jefe de la posición, para explicar al general la situación de aquella fuerza y pedir instrucciones, pues este no quiere que el capitán obre independientemente abriendo negociaciones con el enemigo. Parece ser que por heliógrafo se le ha hecho entender se abstenga de toda resolución en este sentido sin previa consulta y autorización. Verificada la entrevista, cuyos resultados desconozco, este oficial, que milagrosamente ha conseguido llegar hasta nosotros salvando con grave exposición de su vida las excitadas y nada disciplinadas filas enemigas, vuelve a cruzarlas sin contratiempo y entre ellos desaparece.

Durante toda aquella noche no cesan los moros de dirigirnos toda clase de insultos. Les ha dolido el castigo de la tarde y nos amenazan del modo que ellos saben, con su jerga especial, anunciándonos y prometiéndose regocijados las mayores enormidades como represalia por sus bajas. Algunos advierten a la tropa que se la permite salir cuando quiera, que puede ir a Melilla; otros aconsejan a los soldados que maten a los oficiales y hagan causa común con los sitiadores. Ni siquiera se les contesta.

* * *

Todavía no alumbra el día las tristezas del reducto, los informes hacinamientos de rendidos cuerpos que, agotados, sucios y mal cubiertas sus carnes, más parecen montones de cadáveres que soldados dispuestos a resistir, cuando el cañón interrumpe bruscamente su descenso.

No ha terminado aún el doloroso calvario. Es menester que se hagan nuevos esfuerzos; mientras haya nervios, estos sacarán fuerzas de nuestra propia flaqueza, y el espíritu que a los nervios anima se mantiene todavía muy alto.

Instintivamente, todos volvemos la vista hacia el lugar de nuestra esperanza, hacia el mar, hacia Oriente, hacia el sitio de la luz, procurando descubrir en las llanuras de Ulad-Setud, por el Zoco-El-Arbaa, algún indicio de inmediato socorro.

Cualquier nube de polvo, insignificantes columnas de humo nos hacen saltar el corazón, pero presto llega el desengaño; ¡no hay nada! En vez del brillo de los sables de aquella suspirada brigada de húsares, otro mayor deslumbra nuestros ojos; el del naciente sol africano, nuestro mayor y más terrible enemigo de entonces, el que nos seca, el que nos aniquila, contra el que, sin agua, ni la naturaleza misma puede luchar.

No tardan en llegar los aeroplanos. Uno, dos ¡dos sólo!, los de todos los días. ¿Nos traerán esta vez algo nuevo, algo que conforte los espíritus? Ya están encima; sale de la morisma el graneado fuego de siempre y empiezan a descender los primeros sacos; viran los aparatos y caen más saquetes, la inmensa mayoría, casi todos, fuera del recinto. Hay voluntarios que saltan el parapeto en busca de los más cercanos que han quedado a la vista.

En conjunto podrán ser cinco o seis los sacos terreros recogidos; unas migajas de pan —los cartuchos sabemos que no sirven— y otro saquete con hielo es todo lo que nos llega.

Compadezco a los aviadores obligados a desempeñar tan inútil como desairada misión. Bien debe alcanzárseles que su labor es estéril, que lo que necesitamos no son muestras de pan y hielo, sino bombas; bombas que desmonten las piezas enemigas, que saquen a los moros de las trincheras, de la aguada, del mismo poblado, y más aparatos.

Allá van a Melilla como pareja de espantadas cigüeñas, y no seguramente del peligro corrido, que siempre fueron intrépidos, sino de nuestra apurada situación. Dirán allí reservadamente lo que han visto, pero por encima de todo sólo translucirá lo que convenga y deba saberse; muy bien hecho. Mas está mal que de su ingrata e inútil labor se saquen invenciones absurdas, falsas informaciones de prensa, con ánimo acaso de tranquilizar la opinión, pero, al fin, mentiras. ¿Quién dijo el primero que gracias al hielo que se nos llevaba teníamos resuelto el problema del agua? Lo he leído después de mi resurrección. Dios no quiera que el que inventó la especie apague su sed con tales recursos; y perdóneseme esta digresión no muy fuera de lugar ya que aquí llego a la ocasión de hacer la aguada.

Dos compañías de San Fernando han de prestar hoy este servicio, una de las cuales, la que manda capitán Sánchez La Orden, deberá relevar después a la otra del mismo cuerpo, que guarnece la casa.

Como por turno corresponde este relevo a las tuerzas de Ceriñola, hago respetuosamente esta indicación al general, quien me dice ha de hacerlo precisamente San Fernando, y que él lo ha ordenado así. Ante razón semejante no cabe réplica y me apresuro a disponer la salida.

Mientras el cañón enemigo prosigue su obra demoledora, sorteando las unidades sus disparos, entre un callejón que unos barracones forman con los parapetos, prensadas casi, las compañías esperan que todo esté preparado, que las carricubas se enganchen, que los encargados de llenarlas estén listos con sus baldes, con sus raras vasijas que no siempre se encuentran, que los enviados por cada cuerpo acudan y se alineen para salir, que se haga el orden frente al lugar de salida y que, echando abajo el parapeto, se abra el acostumbrado portillo, operación esta última que siempre es de algún cuidado, porque la presencian los moros apostados encima de la aguada y, tiroteando a los que la ejecutan, pueden fácilmente causarnos bajas.

Quitadas las piedras, salen las compañías desfiladas al propio tiempo que desde el frente más próximo se abre contra el enemigo de aquí al lado un fuego mesurado, el necesario para inquietarlo y que él no tire a placer durante la salida de nuestra fuerza. Hay que economizar munición y, cuando las compañías han hecho el despliegue, cesa el fuego en el parapeto para no reanudarlo hasta la retirada.

Tan pronto como es posible, en cuanto se han tomado posiciones convenientes, comienza el desfile de carricubas y grupos de soldados que van a por el agua. Se les llama por cuerpos, pero es un trabajo desesperado evitar que todos salgan a la vez, que los paisanos y hasta las tres o cuatro mujeres que hay en el reducto salten los parapetos y salten afanosamente para beber y llenar sus vasijas. La impaciencia es tal que toda energía es poca y no puedo prescindir en estos casos de intervenir muy personalmente blandiendo un palo, como lo hacen, sin amenazar en vano, mis auxiliares de siempre y otros oficiales.

No tardan mucho en subir, jadeantes y sofocados, los primeros que han salido. El agua que traen es mirada con ansia, envidiados sus portadores y mendigada frecuentemente. A menudo que unos llegan, otros salen en igual número, sobreviniendo las disputas, los apretones los remolinos de gente y los palos, remedio este poco humano, pero absolutamente indispensable para evitar mayores males. Es doloroso ser cruel por fuerza.

Comienzan a entrar los primeros heridos; uno de ellos, el teniente Ganga, que lo está en el pecho. El fuego de los moros es nutrido, especialmente al hacerse el relevo de la compañía que ocupaba la casa, en cuyas inmediaciones es el terreno despejado.

Cuando el relevo y la aguada terminan, se me da cuenta del número de bajas. No recuerdo hoy las que fueron, pero sí que tuvimos muchas y que no

recibí el parte de la compañía que quedó destacada. Sé también que hay heridos dos oficiales más de mi regimiento: Verde y Diez Abad.

Realmente cambiamos sangre por agua; pero tan enorme contribución es poca todavía. Un numeroso grupo de soldados de todas las armas, que, sin duda, han prestado oído durante la noche a las exhortaciones de los moros o que han atendido a promesas de los que defienden la aguada, aprovechando la ocasión de hallarse en esta ocultos en la barrancada, no han querido retirarse y sin armas, como han salido, se alejan del campamento después de detenerse breves momentos junto a los parapetos enemigos.

Ya están lejos los desgraciados, a mayor distancia de un kilómetro, cuando por su izquierda se ven galopear pequeños grupos de jinetes moros que, llegando pronto a ellos, los fusilan desde sus cabalgaduras persiguiendo a los fugitivos como cazadores de espantadas liebres que corriesen por la llanura.

Tan emocionante espectáculo, la cobardía de ambas partes, de los moros y de los desertores, es una saludable lección en aquellas circunstancias. No volvió a repetirse el vergonzoso caso.

Otra fortísima y desagradable impresión nos queda aún por recibir. Una espesa y negra columna de humo surge en dirección a Zeluán. No cabe duda que sale de la alcazaba y todos sabemos lo que el hecho significa; se han rendido o ha sido asaltada. ¿Que será de su guarnición? Estarnos entristecidos. Sea como quiera, es una derrota más que empeora nuestra situación, envalentonando a las kábilas.

Caídos Nador, Segangan y Zeluán sin ser socorridos, tienen de fijo descontado que Monte-Arruit correrá igual suerte; pero nosotros aún podemos resistir. ¿Qué nos importa el número de enemigos? Ya no tememos al asalto; el moro es prudente como los chacales y fía al tiempo y a nuestra falta de recursos lo que no se atreve a intentar resueltamente. Monte-Arruit batido en brecha, destrozado, con centenares de cadáveres y heridos, se sostendrá todavía todo lo que sea necesario para que España salve a su guarnición. El mismo aliado de los moros, el tiempo, es también el nuestro, y le daremos lugar para que las tropas hermanas puedan llegar desde las más apartadas guarniciones. ¡Animo, soldados, no desmayéis! Vuestras angustias, vuestros sufrimientos se verán largamente compensados muy pronto cuando, embriagados de alegría, caigáis entre los brazos de vuestros salvadores. ¿Dudáis de España? ¿Es que no la creéis suficientemente, sobradamente fuerte para llegar hasta vosotros? ¡Qué locura! Mirad los destellos del heliógrafo, algo se nos dice, y ¿qué otra cosa puede ser, sino que confiemos?

Otra vez observamos nubes de polvo, peor ahora, más próximas; se levantan de la carretera de Zeluán: no tardamos en distinguir su origen. Destacándose sobre la blanca y seca cinta avanza una larga columna, una masa observa que se acerca. Su marcha nada parece preocupar a nuestros sitiadores, quienes prosiguen su sistemático cañoneo. Todo nos lo explicamos en breve: son moros. Caída la alcazaba, acuden en busca de otro nuevo botín. El poblado recibe gran parte de este refuerzo y pronto se nos hostiliza desde él intensamente.

Por lo que pudiera ocurrir, estimo conveniente flanquear el frente que defiende la artillería y me propongo colocar al efecto en el terrado del antiguo comedor de oficiales ocho o diez tiradores agachados.

El capitán Triana, infatigable oficial de caballería, encargado de aquella parte del recinto, me presta su eficaz concurso. Ha de horadarse el techo de la habitación y salir un hombre al terrado sin que el enemigo se aperciba. Se irán subiendo grandes piedras y el que trabaje, tendido arriba, pegado al suelo materialmente, deberá arrastrarlas poco a poco, disimuladamente, cubriéndose con ellas, hasta colocarlas al borde que domina todo el largo de nuestro parapeto.

Mientras un soldado que ha salido voluntario lleva hábil y lentamente a cabo este arriesgado trabajo, por iniciativa del capitán nos dedicamos a completarlo abriendo abajo dos aspilleras en el muro de la habitación. Ha encontrado una barra de hierro y con ella y los machetes, todo queda listo en breve.

Desde entonces, el antiguo comedor y el cuarto inmediato por cuyas ventanas vienen entrando algunos proyectiles —el último nos ha causado un muerto— son lugares peligrosos, pero desde ellos se puede tener a raya cualquier osadía enemiga y escarmentar el menor descuido de sus tiradores.

También conviene flanquear el parapeto que mira al mar. Aunque elevado por esta parte y menos fácil que otro cualquiera de ser asaltado, pudiera suceder que, por esta misma condición, aprovechasen los moros su altura y, pegados al muro, nos hicieran alguna faena de las suyas.

Quiero ver si el tambor que remata uno de los extremos cumple con esta condición y observo que tiene dos aspilleras a su lado, pero están herméticamente tapadas. «Hay que abrirlas», digo al oficial que me acompaña, y pido un machete al soldado más próximo. «¡Cuidado!», me advierte el teniente al verme remover las piedras con un cuchillo. «Mire usted que están a treinta pasos y van a tirar». No le hago caso y voy quitando piedras. Al llegar a las últimas, me echo a lado y empujo hacia fuera con

calma. «¿Lo ve usted?». Antes de retirar el brazo, entre mi mano y la hoja del cuchillo una bala ha chocado dentro de la aspillera, salpicándonos de chinas y tierra. ¡Buen oído y buena vista! Recomiendo precauciones para descubrir la segunda abertura y me retiro a mi desmantelada casa junto al agua, donde tengo, puede decirse, mi posición estratégica y a un tiempo mi base de operaciones… y mis mayores disgustos. Se me presenta allí ahora un nuevo disco. El capitán destacado en la casa me participa que la compañía no tiene víveres, que no han bajado a comer. Me lo dice un muchacho que, burlando la vigilancia en un principio y aguantando algunos disparos después, ha conseguido llegar con el recado.

No faltan voluntarios que se prestan a llevar a la casa lo que sea preciso. Los que ya la han guarnecido saben que allí tienen agua y algunas verduras. La primera la sacan trabajosamente de una especie de noria que hay a unos cien metros, sin que, por estar desenfilada, se les moleste en la operación, y las verduras son las que hayan podido quedar en la raciada huerta del día anterior.

No es todo altruismo, por consiguiente. Ven que pueden ganarse algún balazo, pero tienen a cambio la certeza de esquivar los efectos del cañón. Acepto sus ofrecimientos para la hora del crepúsculo, pues sabemos que para entonces disminuyen considerablemente los pacos enemigos de la aguada y reina relativa calma por la hondonada. La compañía no morirá de hambre por retrasar algunas horas su comida.

Yo tengo más suerte. El «menú», ya dispuesto, de nuestra república es aquel día, seguramente, el mejor de todos: sopa de pan con tomate, carne con cebolla y tomate, garbanzos tostados con azúcar, y cigarrillos de tabaco legítimo. Un verdadero banquete.

Para no suscitar envidias y, de paso, no admitir agregados, me dicen que el acto tendrá lugar en el alojamiento del teniente Arroyo, un cuartucho bien escondido por donde nadie pasa y que ha servido en tiempos normales no quiero decir para qué.

Allí están los manjares sobre un cajón que tuvo municiones. El dueño de la casa es el que nos convida; agradecidos, forma en lo sucesivo en nuestra república.

Al empezar la comida viene la explicación de tanta abundancia. La sopa está hecha con las migas de pan que han quedado en uno de los sacos terreros recogidos. No puedo pasar de la primera cucharada; no es sólo de pan y tomate aquella sopa; tiene también estopa; podían habérmelo dicho. Reímos la gracia del cocinero; ha cocinado las migajas sin fijarse en que estaban

enredadas con los pelos del saco, muy abundantes por ser este nuevo. Pero el descuido no es óbice para que mis compañeros dejen la marmita completamente vacía.

Me desquito con el frito de caballo con tomate. Estos y las cebollas son de la huerta raciada. Pequeñísimas y verdes, amargan y saben a yerba.

Después del postre, tras los garbanzos, viene lo mejor: el té y los pitillos. Su antiguo propietario está ya en el Paraíso; era un moro que durante la noche última se acercó con otro a la casa ele la aguada, y los dos palmaron pasando a manos de la tropa lo que llevaban en la capucha de sus chilabas. No tenemos remordimiento alguno de conciencia.

Cierra la noche sin que nada cambie nuestra situación. ¿Será mejor la del nuevo día?



Mal empezarnos. Muy de mañana, un trozo de granada nos ha matado al jefe de Estado Mayor, comandante Simeoni. Ha muerto instantáneamente, como herido del rayo, pues el proyectil le ha llevado la mitad de la cabeza. También sabemos que el capitán Bandín, de artillería, está herido de bala en el pecho. Cuando hacia el mar hemos vuelto aquel día nuestros ojos, hemos visto que el cerco se aprieta también por allí; se nos va a hacer luego de cañón. Los moros han emplazado otra pieza en un altozano distante unos dos kilómetros y esperamos de un momento a otro sus disparos.

La tropa se da prisa en abrir zanjas por todas partes valiéndose de sus cuchillos como zapa y de sus manos como pala. La actividad en la explanada es extraordinaria. Contribuye al inusitado movimiento la orden de hacer temprano el servicio de aguada que, como siempre, soy el encargado de preparar. A Ceriñola es a quien por turno le corresponde efectuarlo. En cuanto al relevo de la compañía allí destacada, no debo preocuparme: el general, para evitar bajas, no quiere que se lleve a cabo. Su acuerdo me parece muy acertado; tenemos ya demasiadas.

Dispuestas las fuerzas, se echan rápidamente fuera y, con las acostumbradas dificultades, protegidos por el fuego de nuestras guerrillas, va después saliendo poco a poco aquel burdel que, arremolinado frente al portillo y provisto de abigarrados y rarísimos envases, espera impaciente el turno.

Aprovechando el servicio, he mandado dos hombres con víveres para los de la casa. La menestra del día anterior hubo de quedar abandonada hasta casi entrada la noche, a cuya hora pudo al fin recogerse por un soldado del destacamento que, atrasándose, se hizo con los sacos después de grandes

apuros. La pareja que hoy he comisionado para llevar la carne sabe hacer las cosas; ha dado un gran rodeo por detrás de las guerrillas y, tranquila después, reposadamente por ir desenfilada, la vemos saltar la tapia de la huerta y entrar a la casa.

No termina la aguada sin una nueva contrariedad, que bien puede llamarse desgracia en las presentes circunstancias. Una de las dos carricubas, ya llena, ha quedado abandonada en el barranco. El conductor, todo despavorido, me cuenta que, herida una de las mulas, no ha podido él evitar que el carro volcase; que los moros están en el mismo río y que se han echado encima de la gente.

Nada puedo hacer sino lamentar lo ocurrido. Desde el reducto no se divisa el fondo de la barrancada, y la protección viene en retirada trayendo sus heridos. Sangre por agua.

Hace rato que la nueva pieza emplazada ha comenzado el fuego; sus proyectiles, altos hasta entonces, pasan rebufando de punta a punta del recinto, pero no tarda uno de ellos en tocar la cresta del barracón que sirve de enfermería. No ha causado bajas ni ha hecho gran cosa en el tejado, pero en el local se acentúa extraordinariamente la inquietud y el que puede lo abandona buscando lugar menos expuesto.

También nos tira el cañón del zoco, y bien pronto ambas piezas rectifican con acierto la puntería.

Las granadas comienzan a hacer estragos. A las explosiones siguen casi siempre apagados de fuego; transportes de hombres ensangrentados; mulos o caballos espantados enseñando horribles heridas, galopan en todas direcciones, aumentando el desorden. Recibiendo fuego de frente y en enfilada, no hay abrigo seguro; la única defensa es el *cuerpo a tierra* cada vez que el convenido punto de corneta nos anuncia un nuevo disparo, que sea lo que Dios quiera.

Un pobre soldado se me acerca lleno de congoja, y, con lágrimas en los ojos, me muestra el brazo izquierdo, pidiéndome que se le mate. La herida que ha recibido es espantosa; desde el hombro hasta la mano está el miembro partido en tres o cuatro sitios; colgante, los huesos astillados y descubierto casi en su totalidad, parece despojo de una carnicería. ¡Desdichado! Le consuelo como puedo, asegurándole que aquello tiene cura y luego pasará a Inválidos; que no se apure, que no le faltará qué comer.

Ordeno luego que inmediatamente le lleven a la sala de operaciones, a la que, lamentándose desconsoladamente, marcha por su pie.

Tenazmente prosiguen los indígenas su obra. El sistema es excelente: sin una baja, sin exponer por su parte, nos van aniquilando sin piedad. Nutridísimos y apretados grupos al lado de las piezas contemplan la caída de las granadas; aquel espectáculo nunca soñado por nuestros enemigos; nuestra impotencia, en la que se ceba placenteramente, acaso más que por odio, por la salvaje promesa del robo y el incendio.

No me sería difícil vengar en el acto a nuestros muertos y heridos. La distancia a que las masas de moros se hallan es bien conocida: dos mil metros. Una serie de rápidas descargas de fusilería o cualquier otra clase de fuegos colectivos, sembraría bien pronto el espanto y la desbandada entre aquella confiada multitud; quién sabe si tendrían necesidad de suspender el fuego de cañón.

La tentación es grande, pero de ella me hacen desistir varias consideraciones. En primer lugar, nuestra penuria de cartuchos, que necesitamos preferentemente para proporcionarnos el agua y para tener a raya a la gente del poblado. Puede suceder, también, que el enemigo, bien ajeno a tal alcance de los fusiles, nos conteste desde el zoco, batiendo entonces de revés el opuesto parapeto. Además, es cosa segura que al día siguiente tendrán protegidas las piezas, pues ya saben hacerlo.

Como todo tiene término en este mundo, cesa al fin el cañoneo; no sé si será por cálculo o por falta de municiones.

Respiramos; aprovecharnos la calma que sucede para cuidarnos de reparar nuestras fuerzas comiendo alguna cosa, tomando el que puede un sorbo de café en moda, la infusión de cebada tostada.

Aquella tarde tiene la tropa carne abundante. Como es grande el número de caballos muertos por las granadas, se ven por todas partes grupos de soldados cebándose como buitres en los recientes cadáveres, a los que, con los machetes, con navajas, como pueden, descuartizan y descarnan hasta dejar sobre un charco de sangre y basura los abultados despojos del animal. Son las ventajas de nuestra desgracia.

El enemigo no vuelve a hostilizarnos en el resto del día ni durante la noche, en la que, sentado a ratos en mi conocida butaca de mimbres, medito siempre sobre lo mismo: ¡Cuánto tardan!

Más caluroso si cabe que los anteriores, ha entrado ya el día y, sin embargo, nadie se mueve en la explanada ni se siente animación alguna en todo el recinto. Ni la más leve brisa saca a la gente del enervamiento en que se encuentra. Tan rendida está que sólo el cañón o el agua la estimularía a cambiar de lugar.

Pero ni el cañón ha dejado aún oír sus estampidos, ni nada hace suponer que el enemigo lo emplee en breve. No nos explicarnos el hecho. ¿Será que no tienen municiones? No están los moros, como habitualmente, apelotonados en el zoco. La blanca faja de terreno aparece abandonada y sólo se ve en ella algo que hace brillar el ardiente sol: la nefasta pieza de artillería. Alrededor, a distancia, grupos de indígenas se cobijan junto a las tapias o buscan la sombra pegados a las chumberas.

En nuestra mente, en los labios, tenemos la interrogación de siempre: ¿qué pasará? La esperanza es lo último que se pierde.

Como las petrolinas están repletas y llena también la carricuba que nos queda, acuerda el mando suprimir aquel día el servicio de aguada y que las unidades se surtan del depósito.

No bien empieza a darse la orden, cuando ya vienen en tropel infinidad de soldados que alrededor de los envases se aglomeran, empujando disputan acaloradamente los puestos estrujándose y sudando bajo aquel sol que ya abrasa. A qué reproducir la dolorosa escena del reparto. Gritos, imprecaciones, amenazas, súplicas, lloros, desorden, motines, temores de asaltos a los golpes y palos de ciego para evitarlos… la desesperación.

Nunca podré olvidar aquellos padecimientos. Jamás se sufre tanto como siendo cruel por necesidad. ¿No es un infierno para un blando corazón rechazar brutalmente a los sedientos heridos cuya fiebre les enloquece? Cumplía con mi obligación: cuestión de vida o muerte lo del agua y, sin embargo, aún me duran los remordimientos. Mi cometido no me permitía tener piedad y esto fue para mí lo más horrible del asedio. *No pude tener piedad*.

Terminada la distribución sin que para nadie haya faltado el agua, serenados los espíritus, todavía queda ocasión de prodigarla a los más necesitados, y repiten los que la piden para la enfermería, los que están al sol abriendo fosas, los voluntarios que acarrean sacos de cebada para levantar un parapeto, todo el que hace un trabajo extraordinario. Y aun así quedan tres o cuatro centenares de litros. Verdad es que el agua no es muy limpia y huele bastante mal, pero puede hervirla el que sea delicado y tenga paciencia para esperar.

Con motivo del presente reparto, muchos heridos han acudido a la casa y sus alrededores. Su número es ya alarmante y su estado de lo más lastimoso y miserable. Sucios, derrotados, cubiertas de mala manera sus heridas con guiñapos ensangrentados, cojos unos, arrastrándose con improvisadas muletas, mancos otros, lisiados de toda especie formando apretados grupos a

lo largo de los muros, donde encuentran un poco de sombra, producen en el ánimo la más dolorosa y desagradable impresión.

No hay manera de evitar semejante espectáculo. Huyen de la enfermería, de aquel ambiente de gangrena, y no han de permanecer al sol. Lo menos que se les puede conceder es dejarles en paz. Así lo reconoce el general cuando por tercera o cuarta vez me llama la atención sobre «aquel desorden», sobre lo que nos parecería «La Corte de los Milagros» si el resto del cuadro, los muros derruidos, lo que vemos en la explanada, en el interior de los barracones, alrededor de los parapetos, no nos hiciese recordar los grabados que reproducen las escenas de Numancia y de Sagunto.

Es absolutamente necesario sanear el recinto, limpiándolo de los restos orgánicos que en muchas partes se pudren al sol. Hay que llevarlos fuera, a la mayor distancia posible, donde no trascienda su hedor, insoportable a las pocas horas.

Se atalajan dos mulos con tirantes, se buscan cuerdas y, abierto el conocido portillo, se arrastran hacia el montón de caballos que, a 40 metros, se hinchan y descomponen, los cadáveres de los animales que dentro han muerto de sed, los esqueletos, pieles y entrañas de los que nos hemos comido.

Los *monos sabios*, como se oye llamar por algunos burlones a los que realizan esta higiénica labor, aguantan al salir algún que otro disparo de los apostados en la aguada, pero el peligro a esa distancia es muy remoto debido a la depresión del terreno, que apenas permite a los moros dar cuenta de lo que hacernos.

En cambio, no ocurre lo propio a la izquierda del portillo, donde, elevándose el terreno, está este perfectamente batido, y tanto más cuanto más se acerca al tambor que remata este frente. Allí hay una faja cruzada por los fuegos de dos trincheras enemigas. Testigos de calidad son varios cadáveres de soldados que se aventuraron en ello. Algunos están a cortísima distancia de nuestro parapeto y conservan aún las extrañas posiciones en que les sorprendió la muerte. Tengo el propósito de recogerlos durante la noche y enterrarlos dentro cuando se pueda, pero no se da abasto para esto último con los que ya tenemos amontonados junto a la enfermería.

Otra labor queda por hacer todavía: enviar carne a la compañía destacada. Siguiendo el ejemplo del día anterior, en vista del buen resultado obtenido, trata de repetirse el procedímiento; pero no hay como entonces una guerrilla protectora y los muchachos, cuya marcha seguimos con la vista, deben pasar un mal rato, pues las balas saltan frecuentemente a su lado hasta que se alejan para dar el rodeo. Se conoce que luego van más tranquilos, porque

apercibidos los nuestros, se oye que lo protegen con algunos disparos de contención y distinguimos más tarde dos parejas que, corriéndose a lo largo de la tapia, los reciben a su entrada en la huerta. Ya tiene comida el destacamento.

Al retirarme a mi desmantelada casa, mi centro de observación y reunión habitual de algunos oficiales heridos y de mis ayudantes, encuentro al capellán de Alcántara, que hace un momento acaba de llegar. No trae el semblante risueño que estoy acostumbrado a ver.

Conozco al bueno de Campoy por haber este ejemplar sacerdote servido en el Regimiento de San Fernando y le pregunto cariñosamente si viene a darme algún «sablazo» de agua.

Sin preámbulos, aunque no sin alguna dificultad aborda el capellán la cuestión: las cosas, dice, están mal y pueden ponerse peor; quién sabe lo que la Divina Providencia tiene a cada uno reservado. No cesa de morir gente y cualquiera puede dejar este mundo sin estar preparado. Confesar a cada uno en aquella ocasión es cosa imposible, pero él sabe lo que en este caso aconseja la Iglesia: bastará que nos arrepintamos sinceramente de nuestros pecados y que le ayudemos a rezar algunas oraciones, para lo que solicita mi permiso.

Observo en los circunstantes, seis o siete oficiales, una extraña seriedad. No puedo negar lo que se me pide, y acto seguido, comienza el cura su rezo que acompañamos todos conforme a sus deseos.

Terminado, quedamos en una situación de espíritu que no es muy marcial. «Pater, no me asuste a los chicos», tengo que decir. «¿Sabe usted que nos da buenos ánimos? No sea usted pesimista, que no es la cosa para tanto». «No digo lo contrario», replica, «pero no está tampoco de más prevenirse». Y, sonriente, me da el capellán amablemente las gracias y se despide de nosotros, seguramente para proseguir en la enfermería, junto al dolor, su incansable y evangélica misión.

Tampoco durante la tarde se nos hace aquel día fuego de cañón. A no ser el paqueo y alguna que otra pedrada que se nos lanza desde las cantinas del poblado, creeríamos «estar amigos».

Es muy extraordinario lo que sucede. No parece sino que el enemigo tiene por descontado que no hemos de salir de Monte-Arruit y no se da prisa para nada.

No obstante la relativa tranquilidad y calma de aquel día, considero que vamos rápidamente empeorando de situación. Por si esto es poco, uno de los oficiales que, aprovechando su condición de herido, ronda libremente de un

lado a otro en busca de noticias, viene preocupadísimo y me dice malhumorado que sabe «de buena tinta» que no se nos auxilia.

No quiero discutir la cuestión ni oír hablar de ella. Se dirán muchas cosas, luego otras, pero, al cabo, vendrán en nuestro socorro. Es cuestión de dignidad. ¡Qué disparate!

Amanece el 16 de agosto y siguen mudas las piezas enemigas. No concibo qué es lo que puede ocurrir. No tenemos más que un poco de agua sucia y corrompida que empleamos para limpiar el barro de las petrolinas. Todavía hay quienes se la disputan después con intención de aprovecharla.

Tenemos que hacer la aguada; es indispensable también que se llenen todos los envases invirtiendo en ellas todo el tiempo que sea necesario. Por orden expresa del general, hará el servicio la fuerza de San Fernando no obstante no corresponderle en turno; y es inútil mi observación: se manda terminante así.

Estimo pesadez repetir la escena de siempre. Sólo diré que esperaba tuviésemos más bajas, que resulta herido el teniente García y que, al terminar, han quedado llenos los depósitos y la carricuba.

Creo que se ha subido más agua que nunca. Hasta en las bolsas de cuero la ha traído la caballería.

También se ha enviado a la casa carne en abundancia. Una nota bien triste del día es la muerte del teniente coronel Primo de Rivera. No sé si murió en la tarde anterior o en aquella madrugada; todos lo supieron antes que yo; dicen que sucumbió a causa de la gangrena y que ya está enterrado en el patio de Intendencia. ¡Pobre! Hallándose el general en mi alojamiento examinando los depósitos del agua, dando disposiciones sobre algo que no recuerdo, le traen un soldado que acaba de entrar en el reducto. Viene como parlamentario de un moro cuyo nombre no me suena gran cosa. Le escuchamos, más por curiosidad que por nada. Dice que le cogieron prisionero en unión de otros soldados y que le han obligado a venir para ver al general.

Tengo entendido que ha traído un papel, pero de ello no estoy cierto, aunque sí de que está muy intranquilo, de que se embrolla al querer justificar su permanencia entre los moros y de que a todos nos inspira escasa confianza.

Invitado por el general a que se quede en la posición, permanece un momento perplejo —acaso mientras busca el pretexto— y nos explica luego que, si lo hiciese así, matarían los moros a los otros soldados que estaban con él, pues ya se lo han advertido. Entonces da el general por terminada la conversación despidiéndole como se merece, despreciativamente, y como insistiese el soldado en lo que había de contestar al moro, añade aquel: «Dile

que *suai*, *suai*», que, traducido del árabe viene a significar «que espere sentado». Todos aplaudimos la respuesta.

Difícilmente han transcurrido veinte minutos de la salida de aquel raro parlamentario, cuando los moros reanudan de nuevo el hace tiempo interrumpido cañoneo.

Al cesar este, casi al obscurecer, nos sentamos los de mi república a comer; poco después llegan otros oficiales y, en aquella peña, mientras tomamos el pseudocafé, se comentan los sucesos del día y nuestra actual situación.

Se cuentan cosas desconsoladoras. Se dice que el Alto Comisario ha telegrafiado a nuestro general participándole que ha interesado los buenos oficios del moro Idris-ben-Said para que se entienda con Ben-Chelal y gestione nuestra capitulación en las mejores condiciones. Que antes nos había el mando preguntado hasta cuándo podríamos resistir dándosenos esperanzas de socorro. Que había pasado con mucho el plazo de nuestra resistencia y que, sin embargo, se nos aconsejaba capitular. Estoy consternado. ¿Es posible que para fin semejante se haya ordenado a la columna concentrarse y esperar en Monte-Arruit? ¿Para qué va a servirnos nuestra obstinada defensa? Y no hay duda de que se pretende entablar negociaciones: no hace aún muchas horas que el teniente Suárez Cantón, de la Policía, ha caído muerto al pie del parapeto de sacos, cuando sobre ellos, frente al arco de entrada, enarbola bandera de parlamento. Esto que también se me cuenta, confirma en parte lo que se me ha dicho; que estamos en el principio del fin. Mas entonces, si ya no hay esperanza, ¿a qué viene el letrero que aquella tarde he visto frente a la casa de Intendencia? Allí, en el suelo, trazado con polvo de cal y en gruesos, enormes caracteres, para que pueda distinguirse desde los aeroplanos, he leído la palabra «¡SOCORRO!». ¿Es que este se pide al Cielo? Ya cerrada la noche, sentimos muy cerca una fuerte detonación; se diría que una pieza de artillería había sido disparada en la misma explanada.

Prodúcese en esta, entre la tropa, enorme revuelo; algunos soldados van de un lado a otro recomendando se tenga cuidado. Inquiero la causa de todo.

Una granada de mano, lanzada por el enemigo, ha explotado junto a un soldado que se hallaba dormido y le ha matado sin que los compañeros inmediatos pudieran evitarlo. Otra granada cae momentos después haciéndose claro entre la gente mientras arde la corta mecha del artefacto. La explosión no ocasiona daño alguno.

Aquel «inocente» entretenimiento de nuestros cercanos vecinos nos mantiene inquietos el resto de la noche.

* * *

Cuando los dos aeroplanos vuelan al día siguiente sobre la posición, ya hace rato que los moros han abierto un vivo y eficaz cañoneo. Una de las piezas tira al reducto y la otra a la de la aguada, que ya ha sido tocada de refilón en una de sus esquinas.

El teniente Gilaberte, encargado de avisar a un corneta el momento en que se producía el disparo de los cañones, ha sido herido cuando, apoyado en el parapeto, atisbaba con los prismáticos. Una bala de fusil le ha destrozado los dedos de una mano.

Conjuntamente con el fuego de la artillería recibimos dentro del recinto granadas de mano, grandes piedras lanzadas con honda y algunos cartuchos de dinamita. Cualquiera diría que los moros preparaban el asalto.

Ya tenemos bastantes bajas, cuando, rápidamente, a raíz de una explosión que hacia los barracones sentimos, llega a nosotros una sensacional noticia. Una granada ha herido al general. Me da un vuelco el corazón.

No debo separarme del sector que se me ha confiado ni conviene que lo haga, y mando inquirir detalles. Pronto se me traen.

Cuando el general, acompañado de los dos oficiales de Estado Mayor, recorría el recinto animando a los soldados y serenando a la gente con su presencia, estalló cercana una certera bala de cañón, acaso la más aprovechada para el enemigo.

El general tiene un muslo atravesado por uno de los balines de la carga, pero no es este el único daño que la granada ha causado. Además de hacer unas treinta bajas entre muertos y heridos de la fuerza del Regimiento Melilla, el proyectil ha destrozado una pierna al capitán Sánchez Monje, una mano al intérprete Alcaide y ha herido, aunque levemente por fortuna, al capitán Sainz.

Se me dice que el general no tiene el propósito de entregar el mando.

Aun cuando el fuego no cesa un momento, es preciso distribuir agua en la tropa: hace un calor sofocante que la exige con urgencia y son ya muchos los que la reclaman para los heridos. Es el grito de angustia, el que más me alarma. ¡Agua! ¡Agua! No conviene; sin embargo, que la gente se apelotone junto a los depósitos, y el evitarlo es un problema que, pese a los más sobrehumanos esfuerzos, no tiene solución. Lo mejor será, para terminar pronto, darla de todos los envases.

Pronto se forman tres largas colas, y otros tantos oficiales la distribuyen. Unos recogen los vales, otros dan el agua sin ellos. Es inevitable el desorden en bien de la brevedad.

Cuando se oye un cañonazo o alguien avisa del peligro, todos hacen *cuerpo a tierra* o se agazapan entre las petrolinas. Pasado el proyectil, se prosigue nerviosamente la labor.

A raíz de uno de estos casos, vemos a un soldado tendido debajo de la carricuba; está boca arriba y sobre el suelo enfangado. Permanece inmóvil, con los ojos cerrados y abierta la boca; parece muerto. Verdad es que no andamos muy descaminados los que hemos pensado así, porque le falta poco: está medio muerto de sed. Espera las gotas de agua que lentamente se escapan del envase y que él recoge en la lengua con avidez. Se le da un jarrillo lleno para que salga de ahí, para que se vaya. Al beberlo con fruición, le brillan extraordinariamente los ojos; no sé si es de alegría o de fiebre. Satisfecha a medias por la tropa la insoportable sed, no tarda en procurarse la carne, viéndose en breve soldados que van de un lado a otro con grandes trozos de caballo que su impaciencia no ha esperado a desollar. Dos artilleros conducen con dificultad uno de estos enormes trozos. Es este tan pesado que lo llevan arrastrando y al principio me parece un muerto o un herido grave.

Una granada ha estallado frente a la carricuba y uno de sus cascos la ha alcanzado, haciéndole perder el agua por momentos.

Como si acudiesen a un incendio, llegan allí en tropel muchos soldados que pretenden aprovecharla, pero que, estrujándose unos a otros, más bien que otra cosa lo que hacen es mojarse y disputar acaloradamente. Hay que echarlos de mala manera para tapar momentáneamente la avería y cambiar el envase.

Ya está avanzada la tarde cuando cesa el cañoneo, pero no dejan aún de hostilizamos con las granadas de mano y con piedras.

Aprovecho esta relativa tranquilidad para ver al general. Le encuentro en una pequeña habitación inmediata al botiquín y tendido a medias en una cama a cuya cabecera hay un boquete por donde hace pocos días pasó un proyectil de cañón.

No da importancia a su herida. Lo que más le molesta, dice, es la forzada inmovilidad que le han recomendado; con ella no pueden sus nervios. Bien lo veo por los ensayos que con dos bastones comienza a hacer sentándose al borde de la cama; lo que desea es poder andar. Le advierto que de ello no se preocupe, que todo irá bien y que permanezca tranquilo; él no tiene necesidad de moverse para nada. Le digo esto sin ninguna esperanza de que me haga caso, porque observo persiste en las pruebas y da algunos pasos.

Entonces me fijo en un detalle que me ha pasado desapercibido: hay sobre una silla algunos trozos de gasa y algodón. ¿De dónde ha salido aquello? Ha

sido una verdadera suerte. De uno de los aeroplanos ha caído un saquete con material de curación. Bien preparados entre los algodones, que pesan muy poco, había frascos de tintura de yodo y cloroformo.

La oportunidad no pudo ser mayor para los últimos heridos, pues ha permitido curarles en forma, especialmente al capitán Sánchez Monje, a quien se ha amputado la pierna.

No estoy tranquilo; llevo ya algunos minutos de visita y no sé lo que puede pasar en la explanada. Pido permiso para retirarme y dejo solo al general. Al pasar frente a la puerta de la enfermería, presencio un cuadro de lo más tétrico y macabro. Junto al mismo barracón, al lado de uno de los improvisados cementerios, fosas que tenemos que pisar o saltar porque ya no hay lugar para la indispensable circulación, hay sobre charcos de sangre, un enorme montón de cadáveres. Su número no bajará de 30 o 40 y están apilados para dejar paso; no caben allí de otro modo. Inmediato, pegado casi a la pila, veo un soldado agonizando. Herido mortalmente en la cabeza se debate en las últimas convulsiones. A su lado, en una camilla, está el cadáver del teniente Viñé.

Vuelvo la vista dolido de tanto estrago; de tantas vidas destrozadas; de nuestra impotencia que me irrita y avergüenza; de aquel sacrificio que, empiezo a creer, va a resultar estéril. ¡Patria!, ¿dónde estás? A muy pocos pasos, hallo tres o cuatro soldados asando carne. Cerca, otros dos desarman un huesarrón. Algo más allá, ocho o diez oficiales de Ceriñola, sentados en la acera, apoyados en el muro del barracón, comentan el estado de cosas. Entre ellos está el teniente coronel Marina, casi ciego hace días. De paso les saludo con una frase humorística. Tengo que disimular mi hondo disgusto.

En mi zona sigue todo igual; afortunadamente es más el ruido que nada. Todo el daño que podemos recibir llega por el frente de artillería. De aquel lado vienen las piedras y las granadas de mano, los cartuchos de dinamita y los tiros de los pacos, pero, estando atentos, puede sortearse el peligro.

Un tirador enemigo, a quien deben sobrar las municiones, se ha propuesto demoler a tiros de fusil la bóveda de una garita. Es la cubierta de panderete de ladrillo y estos van saltando a cada disparo hasta desaparecer por completo.

En ocasión de formar la compañía que ha de constituir aquella noche la reserva, me doy cuenta del excesivo número de zanjas que la tropa ha construido. Son tantas que, entre ellas y los montones de tierra y piedras que las circundan, hacen dificilísimo el acceso a los parapetos. Si a tales accidentes se suman los palos, cuerdas y mantas que los soldados han puesto alrededor para procurarse sombra, puede decirse que el remedio es peor que la

enfermedad y muy peligroso en caso de asalto durante la noche. Es preferible cegar aquellos escondrijos, la mayoría al menos, en cuanto el sol se ponga.

No falta mucho para el ocaso cuando la pieza situada hacia oriente reanuda el cañoneo. Uno de sus proyectiles, el primero, queda corto; los demás pasan silbando por encima de los parapetos y van a reventar sobre los tejados de los barracones. Milagro será que no hayan causado bajas.

Con la puesta del sol, suspenden los moros el fuego de cañón, y poco después cesa toda agresión.

Momentos antes, ha subido al reducto el capitán La Orden, que mandaba la compañía destacada. Viene herido levemente en un muslo y desea que le curen.

A causa de este incidente y de mi propósito de cegar las zanjas, voy de nuevo a entrevistarme con el general, al que no encuentro ya en donde estaba.

El cuarto y la sala de operaciones están abandonados; el botiquín en completo desorden y su suelo lleno, al parecer, de gasas y algodones ensangrentados que pegajosamente se adhieren a las suelas de mis botas. Cuando voy a salir de esta última habitación, veo a la puerta un soldado a quien pregunto por el general. «Ha salido», me dice, «antes de caer la granada». «¿Qué granada?», interrogo. «La que ha estallado aquí en el botiquín y ha matado a tres sanitarios. Está usted pisando tripas». Ha sido funesto el día siete.

* * *

En la mañana siguiente, antes que el enemigo nos hostilice, han debido de iniciarse negociaciones, pues tenemos orden de mantenerlo a raya y no hacerle fuego mientras él no lo abra. Se nos ha ordenado también improvisar camillas. Cada unidad, aprovechando las viguetas de maderas que hay en la techumbre de los desmantelados barracones, alambres, cuerdas, tablas, mantas, lo que pueda utilizar, deberá construir las necesarias para sus heridos, pues parece que una de las condiciones esenciales de la capitulación ha de ser la de conducirles a Melilla.

Algunos soldados, satisfechos del giro que toman las cosas, han montado sus talleres en el centro de la explanada, en cualquier parte, y, con no poco ardor, van confeccionando los artefactos con más o menos ingenio y habilidad.

El comandante Villar, de la Policía, ha salido a conferenciar con los jefes moros, pero todavía no ha vuelto ni sabemos, por consiguiente, cómo marchan las negociaciones, asunto exclusivo del Cuartel General o en el que,

al menos, yo no intervengo ni me gustaría ni querría intervenir porque desconozco la política de los moros, que sólo desconfianza me inspira. Durante este armisticio, varios indígenas aislados que llevan un palo con una bandera blanca, se destacan de los grupos enemigos y se acercan a los parapetos ofreciendo tabaco a los soldados. Unos lo venden carísimo, otros lo regalan afectuosísimos.

Me es necesario intervenir para evitar «conversaciones» que pueden tornarse excesivamente familiares y para que los que de fuera las sostienen no vayan insensiblemente creciendo en número, pues ya algunos grupos moros van acortando la distancia al reducto y no debemos olvidar la intentona pasada.

A petición nuestra, los mismos que llevan las banderitas, que por lo visto, son jefecillos, mantienen a raya a los grupos.

Los que suben de la aguada no se acercan a menos de 150 metros de nuestros parapetos y no parecen muy interesados en vendernos nada; sus idas y sus venidas a distancia bien se comprende a lo que obedecen. Buscan fusiles y registran las ropas de nuestros muertos. A veces disputan por la presa y vienen a las manos.

Por la corta chilaba que visten y por su característica cartera, sabernos que aquellos moros que defienden la aguada son beniurriagueles.

Mientras tanto, ni sube del poblado el comandante Villar ni nada se ha resuelto sobre las negociaciones. Creo que este ha enviado un escrito al general, pero no sé de lo que en él se trata. El armisticio se prolonga sin resultado y no hay medio de conseguir el agua sin romperlo, pues es imposible ponerse de acuerdo con un enemigo astuto y perverso que conoce las ventajas de tal situación. Sabe este que todo aplazamiento es un dogal que se nos pone al cuello… y aprietan.

Por lo que pudiera ocurrir, van los beniurriagueles aumentando sus defensas al paso que su efectivo.

La sed es peor consejera que el hambre, y los consejos que en ocasión semejante puede dar a los soldados son asaz peligrosos, teniendo en cuenta que ya he visto dos o tres de estos sin armas que, saltando el parapeto, no se por dónde han pasado sin contratiempo alguno junto a los merodeadores moros, han hablado un momento con ellos y han proseguido tranquilamente hacia la aguada.

Es, por consiguiente, de absoluta necesidad para conjurar el peligro el distribuir agua a la tropa, siquiera sea poca y se consuma casi en su totalidad.

Muévenme además a solicitar permiso para ello las constantes peticiones de los heridos y el habérseme traído dos soldados verdaderamente muertos de sed, hasta el extremo de no poder ya pasar el líquido por sus fauces ni aun sostenerse de pie. No sabiendo hacer otra cosa con ellos, se les mojó la cabeza y la boca a estos infelices y se les envió al médico provistos de agua en abundancia. Concedida la autorización para repartirla, se reproducen en breve las dolorosas escenas de siempre y los asaltos a los depósitos, la desesperada lucha por lo que entonces es la vida en aquellos abrasadores días.

Al terminar el día 8 de agosto no puede ser más crítica la situación. Según datos facilitados con posterioridad por el ayudante de la posición guarnecían esta a raíz de llegada la columna las fuerzas siguientes:

Regto. San Fernando	670 individuos tropa
Ídem Ceriñola	315
Ídem África	210
Ídem Melilla	130
De los escuadrones de Alcantara	88
Fuerzas de Artillería	450
Ídem de Zapadores	350
Ídem de Intendencia	12
	___________
Total	2225
De San Fernando	33 Jefes y Oficiales
De otros cuerpos	77
	___________
Total general	2335 combatientes

De este total general de combatientes quedan actualmente 1675, pues hay que deducir 660 bajas —258 muertos y 402 heridos— que se nos han hecho durante el asedio y un elevado tanto por ciento de enfermos y gente agotada, pues el estado sanitario no puede ser bueno con aquellos calores, el continuo esfuerzo que se pide, la escasa y mala alimentación y el agua salada y corrompida que en mezquinas cantidades se suministra.

La gangrena se extiende entre los heridos; cualquier rasguño, el más leve, puede ser mortal.

No tenemos material de curación.

Los muertos van siendo tantos que ya no hay medio de enterrar los cadáveres en aquel estrecho recinto y quedan en montones, inmediato a la

tropa a todas horas, descomponiéndose por momentos.

De municiones estamos muy mal. Disponemos únicamente de tres o cuatro cargadores por plaza. Si no los gastamos, no podremos hacer la aguada; si los empleamos en ella, nos quedaremos sin cartuchos.

La rabiosa sed, nunca apagada, empieza a causarnos bajas y no queda aquella noche en los depósitos agua suficiente para que todos los heridos puedan siquiera mojarse los labios.

Antes que nada, en primer lugar, nuestra necesidad imperiosísima es beber. Sin beber, no siendo para beber, no se moverán aquellos desgraciados.

Hacer una salida es locura. ¿Cómo podríamos recorrer 26 kilómetros para abrirnos paso hasta la restinga, con sólo 15 o 20 cartuchos, entre un enemigo numeroso cuya moral es superior y agobiados con la carga de 400 heridos y enfermos? Sólo para el transporte nos faltarían brazos. Ni permitiéndosenos libremente salir lo intentaría nadie ante la seguridad de dejar regada la gente en aquellas abrasadoras llanuras.

Para el remedio supremo, para aceptar la tremenda responsabilidad, para pensar en lo que me hizo saltar el corazón cuando fue herido nuestro general, para sacrificar los heridos graves antes que rendirse, es ya muy tarde.

Por esperar órdenes, nos han aniquilado sin combatir.

* * *

Hace más de dos horas que ha amanecido y, sin embargo, no ha cambiado nuestra situación si no es para empeorar por momentos. Sigue el armisticio, que es nuestro suicidio.

Los moros saben perfectamente que el tiempo es su mejor aliado y no tienen prisa en terminar las negociaciones.

Dícese que el general gestiona hacer la aguada mientras tanto, pero que el enemigo se opone por no haber acuerdo con los beniurriagueles; nos prometen que beberemos en el río cuando salgamos del reducto.

Pasan lentas las horas de aquella agonía moral en la que comienzan a darse casos de desaliento que en vano pretendo contener. Aquello es ya demasiado, pero la dejación del mando sería la inmediata perdición de todos.

De la enfermería, piden agua para los heridos. Al sacarla de los depósitos acuden los que, menos graves, los circundan constantemente por si pueden conseguir alguna. Luego vienen de todas partes creyendo que la distribución es general.

Hay muy poca. Extraída escasamente la mitad, revuelto el fango, sale tal olor de las petrolinas que muchos desisten de tomarla en las vasijas y ceden el

puesto.

La noticia de que hay poca y mala, de que algunos no la quieren, estimula a los más sedientos, a los que desean aprovechar las últimas gotas, y una masa considerable de soldados asaltan locos los envases, haciéndolos rodar, volcándolos, y derramando el líquido apestoso que contienen. Uno de los soldados ha saltado al interior de una petrolina en la que desaparece por completo. Dentro, con el barro hasta los tobillos, hecho un ovillo, sorbe con deleite el negruzco y hediondo limo. Entre tanto, otros soldados le golpean para que salga y deje beber a los demás. Aquel envase concluye también por rodar.

Se ha terminado el agua; todo el mundo sabe que no queda una gota. El ardiente sol seca todo vestigio de humedad.

No tardamos en tocar las consecuencias de aquella circunstancia. Aisladamente, algunos soldados saltan el parapeto y se dirigen a la aguada. Al principio se les llama a voces, se les grita y aun se detiene a alguno amenazándoles con disparar; luego, al ver que la deserción cunde, en previsión de una desbandada, se tira a todo el que se aventura a salir. Es preciso que los oficiales, armados de fusil, permanezcan constantemente vigilando los parapetos.

Cada vez toma peor sesgo la actitud de la tropa que desea beber a toda costa, que sabe no lo ha de conseguir sin salir del reducto, que no puede esperar más, que murmura en corrillos, fruncido el ceño, proponiendo sabe Dios qué determinación.

De pronto, tres o cuatro soldados pretenden saltar por cerca del portillo medio derruido. Un oficial detiene a uno de ellos; los demás consiguen echarse fuera y huyen. Este mismo oficial les hace fuego sin resultado, porque ha perdido tiempo golpeando al detenido.

Acudo atraído por el suceso, y en aquel momento, a mis espaldas, de un grupo de veinte o treinta soldados sale el grito: «¡A matar los oficiales!». Me vuelvo rápidamente sacando mi revólver y me dirijo al grupo.

No se de que cuerpo son aquellos hombres, pero su aspecto no es de gente decidida a todo. Se pegan medrosamente entre el ángulo que una carricuba forma con el muro. Exijo imperiosamente se me señale el que ha dado la voz y uno de los soldados me designa con el dedo a otro compañero que tiene delante. Entonces, cuando intento sacar de filas al promotor, este se arroja súbitamente sobre mí y, abrazándome, me besa afanosamente llorando con el mayor desconsuelo.

¡Eterna mortificación! Esta vez puedo librarme de tu tormento. Nadie puede obligarme a ser cruel con aquel hombre. «Es un loco», digo, «no sabe lo que hace». Y entre el asombro de los que han presenciado la escena, le entrego a la guardia para que esté allí vigilado en unión de otros soldados que han intentado fugarse, a todos los cuales como él, doy libertad media hora después para no aumentarles las generales angustias.

Tengo noticia por entonces de que acaba de morir el teniente Ganga, herido días antes al desempeñar uno de los servicios de aguada. Otra víctima de la gangrena.

Cuando llega la tarde, nada que yo sepa ha cambiado aún en nuestra situación. Mi atención principal está en los parapetos.

En ocasión de hallarme recorriendo de un lado a otro el recinto, se me presenta un soldado que viene casi sin aliento. Es un emisario que trae un parte del comandante de la compañía destacada.

En una hoja de papel, escrito nerviosamente con lápiz, me dice que los moros de la aguada, sin hacer caso de sus protestas, están levantando parapetos de piedra a diez metros de la casa; que le dicen debe entregar los fusiles y subir todos al campamento y que se teme intenten asaltar el destacamento. Como el oficial no sabe el estado de las negociaciones, me pide urgentemente instrucciones, anunciándome que, si no las recibe pronto, tendrá que romper el fuego.

La consulta no admite dilaciones, ni por su índole soy yo el llamado a resolverla.

Busco al general y no le encuentro en parte alguna. El tiempo apremia. Al fin, no sé quién me dice que acaba de pasar hacia donde está la caballería. Allí vuelvo a preguntar y me entero de que ha salido y está junto al arco de entrada hablando con los jefes moros, que se han negado en absoluto a conferenciar dentro de la posición.

No tardo en hallarme a su lado. Acompañado del capitán Sáinz, habla animadamente con tres o cuatro jefes indígenas. Uno de estos es el famoso Burrahai; acaso sea otro de ellos Ben-Chelal; no conozco a este ni a los demás del grupo. Todos están nerviosos y, cosa rara, los moros me parecen impacientes.

Muy embebidos en la cuestión que tratan, cuéstame trabajo conseguir me presten atención.

Tengo que interrumpir aquella original conversación metiéndome en medio del grupo y cortando la palabra a los moros.

Explico al general mi intervención. Es necesario solucionar rápidamente el contratiempo originado por la extemporánea pretensión de los beniurriagueles y, en el acto, se acuerda que uno de los moros presentes, acompañado de un oficial de Policía, el teniente Gilaberte, sea el encargado de arreglar el asunto.

Antes de retirarme, me informa el general de los términos y condiciones de la capitulación, que dice es un hecho.

La tropa entregará las armas y municiones dentro de la posición al comisionado para este caso, el fakir Ben-Alí, quien, como «notario» moro, tomará nota de todas las que vaya recogiendo. Después, formadas las unidades, saldrán por la puerta principal y, llevando a la cabeza sus heridos, se dirigirán al zoco. Allí se estudiará la manera de proseguir a la plaza organizando un convoy para estos y los enfermos. Los jefes y oficiales conservarán sus pistolas y gemelos.

San Fernando, me advierte, debe ser el primero que entregue las armas y salga, y esto ha de ser enseguida. «Vaya usted ahora mismo», me ordena el general, «ya puede usted empezar». Cumpliendo sus órdenes, entro en la posición para dar las mías a mi fuerza y dejo al general en nueva conversación con los jefes moros, con los que probablemente, ultima algún detalle referente a la capitulación.

XI
LA TRAICIÓN

La noticia se ha extendido con rapidez y pronto es conocida por todos; alguien la había ya comunicado y el movimiento que ha originado entre la tropa es extraordinario.

Como elemental medida de prudencia, recomiendo a la oficialidad continúe vigilando los parapetos y que nadie comience el desarme hasta que le corresponda después de haberlo efectuado San Fernando. Reunidos los capitanes de las cuatro compañías que tengo organizadas en el reducto y los comandantes del Tren y Sección de explosivos, reciben mis instrucciones. Son estas las de formar inmediatamente en la explanada todos los hombres, una vez relevados por la fuerza de Ceriñola los que cubren el parapeto, que dispongan sus unidades en línea frente a mi alojamiento y que reúnan detrás de cada una las camillas que tengan construidas. Al parecer del fakir, un moro alto, delgado, vestido de blanco, a quien acompaña otro moro en calidad de intérprete, ya está todo dispuesto.

Sucesivamente van las compañías abriendo las filas y poniendo en tierra sus armas y correajes, avanzan unos pasos y vuelven a cerrarlas. Detrás, con aquellos empolvados fusiles, me parece que dejan el honor de España. Aquel desarrapado enemigo ha vencido. No quiero oír las explicaciones que entre el fakir y los capitanes se cruzan y me retiro avergonzado de aquella escena, de lo que ha sido irremediable.

Pregunto por mi caballo. No me encuentro muy fuerte para la caminata en perspectiva y tengo la esperanza de que los moros me lo respeten; pero no hay lugar a ello porque, según me dicen, es uno de los sacrificados aquella misma mañana.

Ya ha hecho San Fernando entrega de su armamento y sólo espera para desfilar a que acaben de negar todos sus heridos, cuando un soldado viene apuradísimo hacia mí, exclamando: «¡Mi teniente coronel, que se va la

Caballería!». De un salto, me pongo entre esta fuerza. Veo entonces a varios soldados que, gritando no sé qué, trepan sobre los sacos de cebada y, salvado el parapeto, huyen al encontrarse al otro lado. Ni las voces ni las amenazas de algunos oficiales bastan para apaciguar aquel tumulto que puede llevarnos al abandono desordenado del reducto con todas sus gravísimas consecuencias. Sólo poniéndome al otro lado de aquella barricada que ya empieza a desmoronarse y apuntando con un revólver a los que, ya encima, pretenden saltar, puedo conjurar el peligro. Al mismo tiempo que amenazo, les echo en cara su falta de serenidad, del disparate que intentan; el abandono de sus heridos. Estoy fatigadísimo y muerto de sed; casi afónico también de tanto gritar.

No obstante la calma que a la pasada agitación sucede, no me decido a alejarme de aquel sitio y, sin embargo, me obliga a separarme el atender a la organización y salida de mis compañías. Mas pronto caigo en la cuenta de que ambas cosas, cubrir la puerta y preparar la evacuación, no pueden hacerse simultáneamente. Bastará que las unidades desfilen en columna de a cuatro desde la explanada y que se detenga su cabeza bajo el arco. Así dispuestas, esperarán la incorporación de las camillas y podré yo estar al tanto de todo sin moverme un solo momento de donde me hallo. Y como lo he pensado se hace, quedando detenida la columna en el lugar señalado, en perfecta formación y a la cabeza de cada compañía todos sus oficiales. A mi lado se encuentran los dos ayudantes.

Empiezan a llegar las camillas.

Parece que nuestra salida va a hacerse más ordenadamente de lo que se podía esperar.

Dos jefes indígenas han debido conseguir calmar la impaciencia del enemigo, por cuanto son muy pocos, alguno que otro, los moros que vemos próximos. El camino que hemos de seguir, el que, formando ancha pendiente, conduce a la estación, está completamente despejado hasta más allá de unos 200 metros.

A esta distancia, en cambio, se ve una gran masa de moros a la que los jefes contienen recorriendo su frente. Aun cuando se ha hecho un portillo retirando algunos sacos, hay todavía que abrirlo mayor para evitar molestias a los heridos; sobre todo, conviene rebajar un escalón en el que, al pasar, se detienen los camilleros bruscamente encontrando dificultades para salvarlo.

Aquellos armatostes pesan un disparate y la mayor parte de ellos son conducidos por cuatro hombres que no siempre se ponen de acuerdo ante el obstáculo.

Estoy observando a distancia esta operación y abstraído completamente de todo lo que me rodea, cuando un moro se encara conmigo diciéndome con la mayor naturalidad y desfachatez: «Dame dinero». Le miro fijamente, asombrado de tanto cinismo… «Venga, dinero», repite. Creo que es un perturbado y voy a volverle la espalda cuando, rápidamente, se apodera de un trozo de cadena que ha visto entre los botones de mi guerrera, tira brutalmente de ella, me arrebata el reloj y se dirige corriendo hacia el parapeto.

No tengo tiempo ni de seguirle con la vista porque en aquel mismo momento se produce en mí un descompuesto movimiento y siento que alguien tira violentamente de mi revólver.

Quiero defender el arma, pero me veo enseguida medio derribado por los tirones del moro, golpeado al pasar por una turba de indígenas que a pie y a caballo, en veloz carrera, frenéticos, entran como irresistible tromba en el reducto. El estuche de mis prismáticos tienta la codicia de otro moro; noto que las bandoleras se me enredan en el cuello, que me ahogan; al fin me arrancan el correaje y este me lleva la gorra.

Empujado entonces de un lado a otro, entre los empellones de los moros que entran y de los soldados que salen, quedo por último aislado junto a la puerta, atónito ante aquella salvajada y perdida ya toda esperanza en las promesas del enemigo. Mas no es este solamente ladrón y desleal: es traidor y cobarde. Despiadado y cruel, comienza en el acto a saciar sus instintos sanguinarios asesinando a los sorprendidos defensores de la posición, a los desarmados y a los heridos, que en sus mismas camillas remata. ¡Chacales!

XII
EL MILAGRO

Un moro a caballo viene hacia mí y me habla nerviosamente agitando su carabina. No le entiendo, porque se explica en árabe, y me cruzo de brazos; sea lo que Dios quiera.

Y la Providencia me ha enviado a aquel hombre para que me salve, porque insiste en algo premioso, metiéndome el caballo encima materialmente mientras chapurrea: «Sobe, sobe, comandante». «¿Dónde?», le pregunto, comprendiendo ya por sus ademanes lo que desea. «No puedo». «Coge, coge», me dice, soltando uno de los estribos. Con mucha dificultad, consigo subir a la grupa.

No estoy aún colocado cuando el fuego adquiere proporciones espantosas. Al profuso tiroteo suceden irregulares descargas de fusilería; un fuego infernal dentro y fuera de la posición. Su despavorida guarnición es perseguida a tiros al saltar los parapetos huyendo en todas direcciones. Los moros acuden como enjambre; llegan de todas partes, aullando como verdaderas fieras, al olor de la presa, saboreando venganzas.

Antes de aventurarse entre aquel diluvio de balas, ya el indígena que me lleva ha vuelto la mano y la cabeza pidiéndome el *flus*. «No tengo más que esto», le digo, y, trabajosamente, en tanto que su caballo caracolea inquieto, saco mi monedero, que podrá contener seis o siete duros y se lo muestro. Cógelo codicioso e insiste: «Tú tener más». «No tengo más», le digo.

Durante este breve coloquio ha debido tomar el moro su determinación, pues lanza su cabalgadura al trote y se mete resueltamente entre el tejido de trayectorias que parten de todos lados persiguiendo a los fugitivos. No deja sin embardo su repetida cantinela: «Tú tener más, tú tener más». Poco después, me advierte por señas que me agarre bien y pone su caballo al galope para cruzar la zona de fuego que él considera especialmente peligrosa.

Jamás me habían silbado hasta entonces mayor número de proyectiles, ni en mi vida pensé poder yo hacer semejantes esfuerzos para mantenerme en la grupa.

Mi perdición era inminente. Por momentos flaqueaban mis fuerzas y perdía el equilibrio; un dolor insoportable me destrozaba las ingles; cogido desesperadamente al respaldo de la silla moruna, esta me zarandeaba, descomponiéndome, y no podía soltarla ante la seguridad de venir peligrosamente a tierra donde, si no me estrellaba, no tardaría alguno de aquellos salvajes en dar cuenta de mí.

Al par que este peligro, corría el de que una bala tocase a mi secuestrador o a su cabalgadura, lo que en aquella ocasión hubiera sido lo mismo que si a mí me alcanzase.

Astuto el árabe, como todos los de su raza, sale en cuanto puede de aquella zona que atravesamos, y rehuyendo el encuentro con todo grupo de moros, metiéndose a campo traviesa por lugares desenfilados, casi impracticables, quedarnos hiera del lugar de la tragedia.

Conseguidos sus propósitos, se ve obligado después a dar un gran rodeo para dirigirse a su kábila, que me señala en dirección al miar. Cuando, ya al paso la cabalgadura, bordeamos los aledaños de Monte-Arruit, todavía escuchamos un violento tiroteo. ¡Salvajes! ¡Cobardes! A nadie encontramos ya en nuestro camino, pues los alrededores están despoblados; no hay indígena que no haya acudido al saqueo.

Al cruzar el río, me invita el moro a beber agua y echo pie a tierra. A la orilla del pedregoso lecho hay un manantial clarísimo.

Sólo el que haya sufrido intensamente los tormentos de la sed, el que se haya hallado días y días luchando por obtener una mezquina, salada y corrompida ración de agua, el que haya seguido mi odisea y pasado mi último mal rato, podría comprender el afán con que me precipité a la fuente, el alivio y la alegría que sentí. Nunca volveré a beber agua que me parezca tan buena y tan fresca.

Acabo de montar de nuevo, cuando detrás de mí oigo a corta distancia voces y pisadas de caballo. Al volvernos, puedo ver a quince pasos, tres jinetes moros que han alcanzado y rodean a dos pobres soldados desarmados. Les piden imperiosamente el dinero que lleven. La escena es cortísima y cruel: suenan dos tiros y los infelices se desploman como heridos del rayo. No hemos tenido tiempo de movernos del sitio.

Cometida aquella cobardía, uno de los moros, el que parece jefe a juzgar por su atavío y autoritarios modales, pretende robar la presa al que me

conduce y, echándose la carabina a la cara, me intima a apearme.

Mientras el que me acompaña no me lo ordene, no estoy dispuesto a obedecer al jefe de aquellos bandidos; es inútil que repita «Baja del caballo; abajo del caballo». He visto lo que me espera si echo pie a tierra.

Suscítase entre ambos una acalorada discusión durante la cual el jefe se nos echa encima siempre preparada su arma. Ya a mi lado, como elemental precaución, mientras insistentemente me apremia a que le entregue el dinero, le he sujetado la carabina junta a la boca del cañón y, sin gran esfuerzo, se la mantengo en forma que no pueda dispararme.

El brillo de mi estuche de lentes, asomando por uno de mis bolsillos, llámale pronto la atención y al arrebatármelo brutalmente, al propio tiempo que mis cuadernos de notas, los partes, todos mis papeles, me destroza la guerrera.

En aquel momento, sea porque se conforme con el robo o porque han visto sus secuaces, más elevados sobre el río, alguna otra fácil presa en la llanura, parten los tres al galope hacia la carretera de Monte-Arruit y nos dejan tranquilos. Me parece que he escapado de un mal paso.

Seguimos por una vereda y no nos hemos deparado aún un kilómetro del lugar del suceso, cuando el moro me dice por señas que desmonte y, una vez en tierra, que me quite las botas, donde se le ha ocurrido puedo tener escondido el dinero. Pero no llego a hacerlo. Viendo, sin duda, el moro mi indignación porque no me cree, o pensando otra cosa, desiste de su propósito y me ordena que marche a pie delante de su caballo.

Dios sabe los móviles que han impulsado al árabe para ocurrírsele llevarme en aquella forma después de la escena del río y a través de aquellos desiertos campos en los que todavía repercuten los disparos de los cazadores de hombres. Casi tengo la evidencia de que piensa asesinarme. Por esto y porque voy extremadamente fatigado, camino muy despacio.

Mas, con gran sorpresa y no poca satisfacción por mi parte, pronto detiene el moro su cabalgadura y de nuevo me invita a montar. Después me entrega una chilaba para que me la ponga, recomendándome me tape bien, en lo que él mismo me ayuda, y pone su caballo al galope. Tengo entonces un mal pensamiento. Si dispusiera de un arma, de una pequeña pistola, de fuerzas para estrangular al indígena, nadie presenciaría el hecho en aquella solitaria llanura… Luego, a caballo, vestido de moro, con la tercerola, cartera y municiones del muerto, me sería fácil llegar aquella tarde a la restinga. Ha sido mucha imprudencia la del árabe al no registrarme; pero desgraciadamente, no llevo ni un mal cortaplumas; y de fuerzas para luchar a

brazo partido no hay que hablar siquiera; gracias que las conserve para mantenerme a la grupa.

Transcurrido algún tiempo de marcha acelerada, debe el moro suponer que ha pasado toda ocasión de peligro, por cuanto pone al paso al animal y me pide le entregue el disfraz.

Al poco rato de continuar así, oigo galopar detrás de nosotros. Son siete u ocho jinetes los que al aire de carga se aproximan por momentos.

Cuando al llamar al árabe la atención sobre aquello, este se vuelve para observar lo que ocurre, sonríe levemente y dice: «Nada», prosiguiendo tranquilo la marcha. Pues él lo dice, verdad será, pienso, pero no me explico aquella carrera desenfrenada del grupo.

No tardan los caballos en darnos alcance, y al parar casi en seco, a nuestra derecha, una alegre voz exclama: «¡Hola, mi teniente coronel! ¿Qué tal?, ¿tú estar herido?». El que de aquel modo me saluda es un joven policía de semblante risueño y alegres ademanes. Todo el grupo es de gente joven y en él hay otros dos o tres uniformes de los desertores indígenas; ninguno de los moros pasará de los veinte años y a nadie de ellos conozco. Están contentísimos, como si viniesen de una romería.

Continuando la marcha, otro de los policías me ofrece tabaco y luego lumbre. No entiendo lo que ellos comentan, pero comprendo que se muestran admirados de verme sano y salvo. «Suerte Munana», me dicen frecuentemente, «tú tener mucha suerte».

Próximos al zoco de Zeluán, nuestra escolta —como a tal la considero— se despide afablemente y emprende de nuevo, entre gritos y risotadas, la veloz carrera que antes traía. De Monte-Arruit se eleva una negra columna de humo anunciando al territorio entero la victoria de nuestros enemigos, el estruendoso derrumbamiento de nuestro poder. ¿Dónde están, Dios mío, nuestras tropas? ¿Qué pasará en Melilla? Contristado con tan amargos pensamientos, bajo la constante impresión de aquel desastre que me aplana, llegamos a la casa del zoco.

Como todas las de los alrededores de Monte-Arruit, está punto menos que abandonada. Sólo veo al aproximarnos un moro ya entrado en años, alto, palidísimo, cuyo aspecto me indica claramente que la tuberculosis mina su delgado cuerpo. Es el cantinero del zoco y está detrás de un cajón, una especie de tenderete sobre el que tiene sus mercancías: higos secos, dátiles, azúcar, velas, tabaco y otra porción de fruslerías.

Al divisarme viene hacia nosotros con grandes aspavientos y muy enfurecido. Con chillonas voces debe pedir mi cabeza, pues señalando

repetidas veces su gumía y el cuello, hace ademanes de cortarlo.

No obstante su irritación y la marcada insistencia en llevar a cabo tamaña proeza, lo miro desde el caballo con la mayor tranquilidad. Me parece un *clown* de circo; es mucho el ruido que mete para echárselas de valiente. De todos modos, son de agradecer sus intenciones y así se lo doy a entender chapurrando una de las contadas frases que del árabe conozco: «Baracalao fit». El que me acompaña ríe de buena gana y le echa al cajón unas monedas, pidiéndole una pastilla de tabaco, papel y cerillas; al propio tiempo ha debido decirle que no sea ganso, así juzgue al menos, porque cesó de gritar y me entregó lo que para mí se le había pedido.

Sin apearnos, entramos al patio, bebo allí ávidamente un cacharro de agua que un adolescente me ofrece, y por la otra puerta salimos al campo y proseguimos la marcha.

Durante el camino intento averiguar el sitio a que nos dirigimos y pregunto al moro dónde se halla su kábila, si está lejos, si tardaremos mucho en llegar. No sabe contestarme de otro modo que señalándome hacia el mar, diciendo: «Pronto, pronto». Al pasar cerca de unas jaimas, ya en terreno de los Ulad-Setud, diviso junto a ellas dos soldados en pie que me miran asombrados. La distancia a que se encuentran no me permite interrogarles acerca de su procedencia. Sea esta la que quiera, me alegro de verlos en salvo; también ellos, los pobres, han tenido suerte logrando acogerse a kábilas más hospitalarias, no tan feroces, al menos.

Media hora después, próximamente acabado de cruzar un barranco, llegamos a un altozano sobre el que hay levantada una gran jaima de esparto. De ella sale un indígena que viene a saludarnos; luego, cuando hemos desmontado, veo en el interior otros dos que están tomando el *tai*, y al penetrar en la jaima, dos o tres mujeres. Toda esta gente se deshace en cumplidos, recibiéndome cordialísimamente, como a honorable huésped a quien se quiere agasajar. Una de las mujeres, ya anciana, toca mi cabeza y se besa la mano acto seguido.

Pasadas las zalemas y presentaciones de la etiqueta mora, me traen una silla, producto indudable de las recientes racias, y me invitan a tomar té. No me hago rogar mucho ni rechazo tampoco unos huevos cocidos que solícita me ofrece una joven mora sin apartar de mí sus ojos vivísimos y de penetrante mirar. Debe creerme un personaje. ¿Será aquella jaima el término de nuestra jornada? Pronto me convenzo de que no es así, porque apenas ve mi aprehensor que he terminado de comer, se levanta y me indica por señas que hemos de continuar la marcha.

Siguen las despedidas de costumbre, más afectuosas para mí, si cabe, que la presentación y montamos otra vez a caballo. Uno de los moros me ayuda a subir a la grupa, pues estoy casi entumecido por completo.

Al fin, algunos minutos después, hacemos el alto definitivo; hemos llegado a una planicie en la que hay una casa y varias jaimas todas agrupadas.

Por las demostraciones de respeto con que sus moradores acogen al moro que me conduce, comprendo que este es el jefe de aquella gente. Hasta entonces no había parado en él particularmente mi atención. Podrá tener muy poco más de treinta años. Alto, esbelto, trigueño de tez, de correctas líneas, es el tipo perfecto del árabe de nuestros romances. Viste con relativa elegancia y calza altas botas de montar que le dan cierto aspecto guerrero. Su mirada, sin embargo, no tiene nada de arrogante, la encuentro sin expresión, como apagada, y nunca que le miro la sostiene. No creo que este moro sea capaz de un arresto enérgico.

He de someterme allí a la curiosidad de todos los moradores, que como a cosa rara me contemplan. Hombres, mujeres y niños me rodean. Si mi vista se fija en alguno de estos últimos, el chiquillo se retira medroso o llora. Como a nadie entiendo ni parece que indígena alguno sepa tampoco el español, estoy callado aguantando el examen.

No se hacen esperar las presentaciones *sui géneris* y los saludos. También la madre del jefe me pone una de sus manos en la cabeza. Ello será muestra de respeto, todo lo que se quiera, pero la he mirado con recelo porque su corte es el de una bruja de los cuentos.

Me hacen pasar a un cuarto de la casa del jefe, única de aquel poblado y vienen *incontinenti* los preparativos para el indispensable té que hemos de tomar mientras se dispone la comida. Sobre la estera me ponen una manta doblada: es mi asiento.

Cinco o seis moros son los invitados. Entre sorbo y sorbo, debe el jefe contar su hazaña y mi captura porque es extremada la atención de sus oyentes y de cuando en cuando la fijan en mí.

Vuelve a repetírseme lo de la suerte y, con mucha dificultad, consigue uno de aquellos moros preguntarme si tengo miedo, o al menos eso le entiendo. No sé entonces cómo hacerle comprender que su pregunta es de lo más inocente, y salgo del paso con un pequeño repertorio de *árabe vulgar*. «Tú estar tontón de cabeza», le digo, al par que me llevo el índice a uno de los temporales. Han comprendido perfectamente, porque ríen con estrépito. No esperaba yo hacer tanta gracia.

Ya de noche, después de vasos y más vasos de té, que antes que a nadie se me sirven, llega nuestra cena compuesta de cuzcuz, manteca, miel y huevos duros; el pan es de cebada. Para mí hay un plato y una cuchara. Agradezco la atención, pero les doy a entender que del «menú» sólo tomaré los huevos; los demás platos me repugnan y el pan se me resiste.

Nunca había yo asistido a comida alguna entre moros, pero sabía sus costumbres en esta parte.

No me admiró, por consiguiente, verles comer todo con la mano después de lavarse mal la punta de los dedos, ni que sus mujeres no les acompañasen jamás. Estas y los niños comen en segunda mesa, y muchas veces las sobras únicamente, cuando quedan.

Terminada la cena, se van retirando los invitados. Uno de estos parece que no hace intención de marcharse. Debe ser de la casa, porque va de un sitio a otro poniendo las cosas en orden. Pasados algunos minutos de estar solos, tiende a mi lado una manta y me hace señas de que puedo descansar. Él se acomoda junto a mí en forma parecida sobre una vieja chilaba y se prepara a dormir.

Buena falta me hace el reposo. Estoy sin fuerzas, hasta el extremo de andar con gran dificultad, tengo todo mi cuerpo dolorido y los pies y parte inferior de las piernas tan inflamados que ya no presentan forma humana.

La luz —una vela de sebo— queda encendida, alumbrando débilmente la mísera vivienda que la Providencia me ha deparado aquella noche. ¡Qué inescrutables son sus designios! No consigo apartar de la imaginación los horrores de la catástrofe; la suerte que hayan podido correr mis compañeros; el martirio de tanta víctima; la angustia y el llanto que la tragedia ha de llevar a miles de hogares. ¡Dios mío!, se ha vertido mucha sangre, pero queda aún algo más doloroso: las lágrimas que van a derramarse.

Tengo oprimido el corazón; necesito llorar para que no me estalle, y lloro en silencio, reprimiendo mis sollozos para que el moro no se aperciba.

XIII
EN BENI-MUSI

Al despertar, me encuentro solo. No sé el tiempo que he podido dormir ni la hora que es, pero sí que tengo los huesos molidos. La inflamación de mis piernas ha bajado notablemente, mas las agujetas me molestan muchísimo. Más arriba de las rodillas, en la cara interna de los muslos, está la piel como si me hubieran dado con tinta; son dos extensos y negros cardenales. Casi no puedo tenerme en pie.

La puerta de aquella especie de cuadra se halla entornada, pero por el claro que deja y por una aspillera abierta en el muro entra bastante luz.

Nótase fuera un ruido especial de ligera trepidación semejante al de un molino en movimiento. Probablemente él me habrá despertado.

Desde entonces es mi único pensamiento hacer llegar a mi casa de Melilla la noticia de mi situación: una carta, una simple nota de mi puño y letra que dé a los míos relativa tranquilidad acerca de mi suerte; que les evite las torturas de la terrible incertidumbre. Y para esto necesito urgentemente ver al jete de la kábila, exponerle mis deseos, entenderme con él por medio de algún intérprete. La impaciencia que en este asunto siento no puede ser mayor.

Al cabo, entra en la casa mi compañero de noche.

Después de saludarme, me hace entender que voy a recibir una visita dentro de breves momentos.

Como lo que más me interesa por entonces es hablar con el jefe, procuro enterar al mozo de cuáles son mis deseos. Me parece que los comprende, porque me dice «Sí, sí, gente jefe», y comienza a poner todo en orden y a limpiar deprisa y de mala manera el suelo, sobre el que tiende una gruesa alfombra.

Una mora —su mujer, según supe después—, le trae una bandeja de latón con varios vasitos de cristal de dudosa limpieza; luego una tetera de metal.

Entre los dos buscan por la habitación el té, el azúcar de pilón y un pequeño martillo, todo lo cual queda preparado en el centro de la alfombra.

El ladrido de un perro me comunica poco después la llegada de personas ajenas al poblado. Algunos caballos se sienten enseguida, se suceden voces que se aproximan y se abre la puerta de par en par. Es la anunciada visita: el jefe y otros moros de la misma edad, poco más o menos.

De mediana talla, color blanco, cerrada barba negra, de viva e inteligente mirada, este indígena me inspira desde que le veo más confianza que todos los de la kábila. Paréceme que hace tiempo le conozco, pero mi más agradable impresión la recibo al oírle hablar casi en correcto castellano.

Mientras tomamos el té, sostiene con el jefe, con el otro moro, conmigo, con todo el que se acerca, la más animada conversación; todo lo explica y de todo desea que nos enteremos. Es un moro verdaderamente listo; el hombre que me hacía falta.

Su nombre es Mohamed Mohatar-Ben-Becher, nacido en Mezquita, al lado de Melilla, donde vivía antes de la insurrección, pero, no encontrando ahora seguridad allí ni protección de la plaza, ha tenido que trasladarse con su familia a las inmediaciones de la kábila en que actualmente nos encontramos, que es la de Beni-Musi, una fracción de la de Ulad-Setud.

El jefe de esta fracción es el allí presente, mi aprehensor, Mohamed Alí Barraba, y dispone de unos veinte o veintidós fusiles —hombres armados— casi todos de su familia.

Lo de Monte-Arruit ha sido un horror. La guarnición fue asesinada, puede decirse que en su totalidad, pues son muy pocos los que se han salvado. Ben-Chelal ha recogido al general y siete u ocho oficiales; así se dice. Él, por su parte, me asegura por «Dios grande» que no ha intervenido en los sucesos ni ha disparado un tiro contra los cristianos. Lo hecho por los moros le parece una cobardía.

Todas estas referencias me las da prudentemente, poco a poco, en el curso de la general conversación, pues no quiere, dice, que los demás se enteren.

Cree que mi situación cambiará pronto; cuestión de tres o cuatro días, pues se trata de canjearme por algunos policías presos en Melilla. De eso vamos a tratar, agrega.

Mi impaciencia es extraordinaria y le pido como especial favor que diga al jefe no le conviene retrasar el asunto; que la mejor manera de hacerlo será escribiendo yo una carta al coronel de mi regimiento, para lo cual sólo necesito concrete lo que desea.

Sobreviene entonces entre los moros una animada conversación en la que oigo barajar varios nombres. El hermano de Barraba entra y sale frecuentemente con recados que lleva y trae de las jaimas inmediatas a la casa. Desde la puerta, dos o tres mujeres parecen dirigir súplicas al jefe, quien a todo asiente con movimientos ele cabeza. Es indudable que va subiendo el precio de mi rescate.

Tengo la sensación de que ya están de acuerdo, y, sin embargo, Barraba medita largamente en el silencio que se sucede. Su irresolución me tiene sobre ascuas.

Mohatar y él se miran fijamente y entre los dos se entabla un diálogo de frases cortas y terminantes, cuya finalidad creo adivinar; poner el cascabel al gato. ¿Quién se comprometerá a hacerlo? El de Maquita tiene al fin el arranque: llevará mi carta. Así me lo dice, advirtiéndome que no le guía otro interés que el de humanidad. Barraba parece satisfecho y agradecido del ofrecimiento. Entonces me traduce el intérprete las pretensiones de la kábila. A cambio de mi libertad, quieren la de un sargento de la Policía y cinco indígenas más presos en Melilla, todos ellos de aquel poblado.

Respecto a las garantías para el canje, bastaría mi palabra una vez aceptado y yo en la plaza, pues bien comprenden que no puede hacerse de otro modo.

Respondo que no tendrán que arrepentirse de su confianza y que no tengo inconveniente en proponer el cambio, que espero se ha de admitir. Sólo hace falta me proporcionen un lápiz y una hoja de papel. Poco después están ambas en mi poder.

En pocas líneas, explico al coronel Salcedo mi situación y las proposiciones del moro Barraba; le indico los medios de que podrían valerse en la plaza para hacer el canje y le ruego hagan llegar aquella carta a mi familia, recomendándole la mayor actividad en todo.

Traducida la carta, con la que Barraba se muestra conforme, me insinúa el intérprete una observación del jefe que me aconseja atienda. No es condición, pero… no estará de más que pida algún dinero, poca cosa, para hacer una pequeña fiesta entre aquella gente. «¿Mil pesetas?», pregunto. «Con menos quedaría contento», observa mi interlocutor, «pero… bueno, mejor», dice, y a continuación habla de los doscientos duros al jefe, quien sonríe reconocido.

Prométeme Mohatar no demorar la entrega de la carta que me asegura llegará a su destino antes de veinticuatro horas. No puede ser más pronto porque tiene que cruzar de noche las líneas moras. Algunos rifeños están ya en Nador y registran a todo el que pasa, pero él se las arreglará.

Resulta para mí la cuestión principal, la de que mi familia sepa que he salido sano y salvo de Monte-Arruit; convencido de la buena fe de aquel moro, a quien desde entonces miro como a un protector y amigo, quedo ya tranquilo y paso a ocuparme de otro asunto también interesante.

Siento una extremada debilidad. Puede decirse que desde mi llegada estoy a dicta de té y, no obstante lo adelantado de la mañana, no veo preparativo alguno de comida.

Cuento al moro lo que me ocurre y este toma pronto sus medidas. Ya sabe él lo que a mí ha de gustarme y sale un momento de la casa. Cuando vuelve, me trae dos huevos duros y me dice que ha encargado nos pongan una gallina asada.

Apenas se ha ausentado Ali-Barraba manifestándome su creencia de que mi marcha a Melilla será cuestión de cuatro días, cuando empiezan a llegar otras visitas. La noticia de mi estancia en el poblado ha despertado la curiosidad general y, para satisfacerla, acuden de los alrededores.

Abd-el-Kader, sargento que fue de Regulares hasta hace muy pocos días, es el primero que viene a saludarme. Moro fuerte, simpático, de mirada franca y aire desenvuelto, que entre los suyos ha tenido siempre fama de valiente.

Entra resueltamente y, tendiéndome la mano antes que a los demás, se sienta a mi lado sin soltar la carabina de que viene armado. Enseguida me pide noticias de lo ocurrido el día anterior pues, me dice, hace varios que no se ha movido de su casa que está hacia el monte, como a tres kilómetros de donde nos encontramos.

Según le voy refiriendo lo sucedido, va creciendo su interés. Está asombrado de tanto estrago y sufrimiento. «Malo, malo», repite infinidad de veces, intercalando frecuentemente la peculiar y malsonante interjección que entre los Regulares les caracteriza. «Malo, malo; y ahora, ¿qué hacer Gobierno?». «Todo, todo perdido». Y al decir esto parece que se contrista, que siente honda preocupación. Sin recatarse después de ninguno de los presentes, me explica su difícil situación. Se encontraba contento en el Grupo y tuvo que abandonarlo porque todos desertaban, y si él no lo hacía le raciarían y quemarían la casa. En ella vive ahora sin saber qué hacer, sin recursos y en guardia constantemente contra sus muchos enemigos, pues tiene deudas de sangre y ha de dormir con los ojos abiertos. Ni siquiera dispone de cartuchos, los seis o siete cargadores que lleva en su cartera. Le aconsejo que se presente en Melilla, si viene conmigo yo me encargaré de conseguir su perdón. Observo que por un momento queda perplejo, pero luego se niega resueltamente. Él sabrá por qué, y no insisto en la proposición.

No puede entretenerse más tiempo con nosotros, dice, necesita cuidar su casa de los desmanes de los rifeños; ya hay algunos en el Zoco-El-Arbaa y no se fía de que se les ocurra hacer cualquier incursión. Promete verme antes de que me vaya y me felicita por la suerte que he tenido. A poco de marcharse llegan a visitarme cinco o seis moros también armados que Mohatar me advierte son de la kábila. Reconozco entre ellos a alguno de los que el día anterior nos dieron escolta hasta el zoco de Zeluán. Parece que aún les dura el buen humor de entonces, porque bromean con todo el mundo.

Uno de ellos se coloca a mi lado dispuesto a sostener conmigo particular conversación. Me ofrece amablemente tabaco «Toma», me dice entregándome una pastilla, «no vale nada; haber mucho en Nador». No dudo que han saqueado los almacenes de Jorro.

Según me cuenta, este moro ha sido capataz en trabajos de carretera y estaba bien pagado, pero se halla más contento ahora porque, como dice, «terreno de moro, carretera también de moro». Ellos se harán las que necesiten.

Con particular interés, me encarga no deje de saludar de parte de Masod, cuando vaya a Melilla a los tenientes coroneles de Ingenieros Ugarte y Susana, de los que parece estar agradecido.

Entusiasmado con el «nuevo régimen» que la general insurrección ha traído al territorio, se me figura, sin embargo, que este «patriota» enciende, como vulgarmente suele decirse, una vela a San Miguel y otra al diablo, pues se interesa aparentemente por mí hasta el extremo de ofrecerme un par de calcetines y una botella de cognac que asegura me traerá mañana.

Otro de los indígenas, exaltadísimo, charla por los codos y parece un fanático a pesar de su corta edad. Mohatar se encarga de traducirme lo que en su discurso expone a sus embobados oyentes y que, poco más o menos, puede sintetizarse como sigue: España ha sido vencida por el moro, a quien Munana —Dios— protege y a ella castiga por quitarles las tierras y poner contribuciones. Ellos no necesitan gobierno ninguno de los cristianos. Estarán mejor con república, sin que nadie les mande.

Dice que en España se ha hecho una revolución muy grande; que han matado al Rey y que tenemos que irnos de Melilla, que también es de los moros. Al llegar a este punto, agrega mi intérprete, a modo de comentario: «Está chalao». Habla también el charlatán de otras mil cosas a cual más extravagante, como de que asaltarán la plaza si no soltamos a Muley Hafid, que dice tenemos preso en Madrid, y que no le importan nuestras granadas porque al estallar hace Munana que se conviertan en agua inofensiva.

Un crecido grupo de mujeres y chicos, apelotonado en la puerta, escucha, admirado y haciendo aspavientos de entusiasmo, toda esta sarta de disparates.

Deseo contestar al fogoso orador, decirle únicamente: «Que te crees tú eso, pero… no te fíes de Munana», mas el prudente Mohatar no quiere traducir la frase. «Déjale, está chalao», repite.

Afortunadamente, aquel futuro santón y sus compañeros pasaban de camino al Zoco-El-Arbaa y debe de hacérseles tarde. Van a engrosar la harca que allí empieza a formarse y al cabo nos dejan en paz. Vayan con Munana los «jóvenes turcos».

Poco después nos traen la comida. En una cazuela de barro, casi llena de grasa, viene la gallina. Del pan, que es una ancha torta de cebada, me hacen un plato y en él me ponen más de la mitad del ave. Los dos moros que me acompañan dan pronto fin de las tajadas sobrantes y de la salsa en la que untan sendos trozos de pan.

Concluida la comida, muestra Mohatar deseos de marcharse. Antes de llevar mi carta a Melilla, tiene que ir a su casa. Cuando se despide, me asegura que pasado mañana, si no tiene contratiempo, estará de regreso cumplido mi encargo.

Caída la tarde, después de recibir otra infinidad de visitas que me marcan, el moro que habita la casa me invita a salir para pasear y tomar el aire. Acepto el ofrecimiento, pero no pasan diez minutos cuando ya me encuentro cansado.

Sentado en una piedra a espalda de mi alojamiento, puedo entonces formarme idea del lugar en el que se encuentra aquel pequeño poblado.

Levantado en un terreno suavemente ondulado, descúbrense desde él el mar y la restinga.

A fuerza de preguntas que a mi acompañante dirijo procurando darme a entender, consigo saber que estamos, próximamente, a seis kilómetros de la costa y a cinco del Zoco-El-Arbaa, donde hay una harca de cien hombres para vigilar Mar Chica y la playa.

Añade, después, sin que yo se lo pregunte, valiéndose de un pastorcillo que acaba de llegar y sabe algo del castellano, que los alrededores están tranquilos, pero que no conviene me separe mucho de la casa, pues correría peligro de recibir un tiro de cualquier moro que, viéndome solo, me crea un fugitivo.

De todo lo que veo y se me dice, saco en consecuencia que los rifeños no han llegado aún a aquella parte; que el mar no está muy vigilado, como tampoco el camino a la zona francesa, y que tiene el moro recelo de que yo me escape. ¡Bueno estoy para ello! No vuelvo a ver a Barraba en todo aquel

día ni durante la noche, que paso en la misma forma que la anterior, con solo una particularidad: se ha consumido pronto el cabo de vela y me han molestado las chinches que desde el techo se dejan caer a montones.

Muy de madrugada estoy ya despierto, esperando alguna noticia favorable a mi espíritu. En la plaza se habrán ya sabido los horrores de la tragedia y la indignación acaso precipite el avance o el desembarco. De ocurrir esto último, no tardaría en darme cuenta, porque es inmejorable mi punto de observación.

Aisa, la mujer de mi carcelero, me trae dos huevos, indicándome por señas si deseo que los ponga a cocer; más como estoy cansado de comerlos siempre así y no quiero esperar ni molestarla, me los tomo crudos, pinchándolos con un imperdible. Estos huevos, vacíos, causan asombro y son el juguete de un arrapiezo de cinco o seis años que no se aparta de mí en toda la mañana, y al cual tengo no poca prevención, pues el chiquillo, casi desnudo, está completamente plagado de sarna.

Yo tampoco ando muy bien en cuestión de higiene y limpieza. No me he mudado, ni lavado quiera, desde hace diecinueve días y siento una extraña comezón por todo el cuerpo.

Quisiera asearme como buenamente pueda y pido algo para hacerlo valiéndome del lenguaje universal.

Mi sorpresa es grande poco después. Otra mora que llaman Maimona y es una de las mujeres del jefe, llega con una palangana, jabón de lechuga, un espejo y una toalla sin estrenar siquiera y pone todos estos efectos a mi disposición.

Quedo estupefacto al mirarme en el azoga del cristal. Ya no me extraña que los niños indígenas hayan huido y llorado al verme: causo espanto. Mi larga y enmarañada cabellera; mi crecida y descuidada barba, mi curtido y sucio rostro, mi destrozada ropa, me dan el aspecto de un verdadero salvaje que acaba de cazarse a lazo.

Aseado un poco, me propongo hacer algún ejercicio y salgo de la casa con ánimo de pasear un rato por las inmediaciones y, más que nada, para observar el movimiento que pueda haber en el campo.

La calma, contra lo que yo pensaba, es manifiesta; no se oye un tiro. Mi guardián, una mujer y un viejo indígena están dedicados a sus tareas agrícolas, aventando cebada. Otras mujeres salen y entran en las jaimas atendiendo a los diversos menesteres ele su mísera condición, tres o cuatro muchachotes vestidos de harapos corretean por las eras revoleándose entre la paja y arrojando piedras a unos perros. Cerca de mí, mientras da vueltas al

casero molino, Maimona canturrea una lánguida y monótona canción. Al verme, sonríe bonachonamente haciéndome señas de algo que no comprendo.

Mirando hacia la restinga, me parece distinguir un punto negro en el mar. Como no tengo mis lentes no sé ciertamente si aquello es un barco de guerra, aunque me inclino a creerlo, porque me ha parecido ver destellos en su dirección. Largo tiempo está mi atención reconcentrada en aquella parte de la costa. Es que aún no he perdido la esperanza de mi soñado desembarco, operación que creo se impone ahora para envolver al enemigo y descongestionar el camino a Nador. ¡Cuánto tardan! ¿Habrá algo de verdad en lo de la revolución? ¿Abandonamos Marruecos declarándonos impotentes contra aquellas tribus? ¿Será Francia al fin la que asuma todo el protectorado? Meditar tristemente lo que ocurriría si, engreídos los moros de nuestro territorio, llevasen su insurrección al otro lado del Muluya. ¿No sería esto suficiente para que los franceses ocupasen el Zaio? Paso el día impaciente y preocupado. Barraba me dicen que está fuera y nadie se acuerda de darme de comer.

Allá, sobre las tres de la tarde, me conduce Maimona a una de las jaimas del poblado, donde un moro joven, que chapurrea algo el español, y dos mujeres me esperan para tomar huevos cocidos y té.

Se me recibe muy bien; ya tengo preparado mi sitio y mi asiento, un saco de cebada sobre el que han puesto una manta doblada; los demás están sentados en las esteras.

Aquella gente es familia de uno de los policías por quienes se pretende canjearme. El indígena me recomienda interés y celeridad en enviarles pronto a su hermano, y una de las moras quiere que, cuando me vaya, lleve a mi casa, como regalo, un cabritillo que, atado allí cerca, ha llamado mi atención.

Estoy más de dos horas en la jaima, durante las cuales no se deja de tomar té un solo momento, pues con motivo de una boda que ha de celebrarse por aquellos días, todas las muchachas del contorno andan pidiendo de poblado en poblado y no son pocos los grupos de estas que, ataviadas con sus mejores galas, han acudido allí al tener noticia de mi presencia. Naturalmente, hay que obsequiarlas y presentarme.

Cuando regreso a la casa ya estoy aburrido de té y de moras y deseando que llegue el siguiente día para saber del comisionado enviado a Melilla. El niño sarnoso sale en aquel momento de un cuarto cubriéndose la cabeza con mi toalla.

Durante la noche he permanecido un rato fuera tomando el fresco en compañía de mi guardián y he visto una luz que hacía signos morse en

dirección a la restinga. El moro me ha dicho que era un barco que llevaba allí algunos días.

También al siguiente continúan las visitas, y para que nada falte, me comunican la próxima llegada de un fraile moro de quien hablan con mucho respeto. Me van a enseñar a todo Ulad-Setud y sospecho que tanta exhibición ha de serme perjudicial si no anda listo el jefe de los de Beni-Musi.

Aquel día debe de estar en turno para convidarme la madre de Barraba; al menos allí se me llama para tomar en su compañía y en la de Fatma, otra de sus mujeres, el consabido té y los dos huevos reglamentarios. No tengo por qué quejarme de las deferencias de la bruja, con la que forma contraste su joven nuera, una de las pocas y verdaderas bellezas árabes, acaso la única, que yo he visto.

Como estamos solos los tres y ni ellas saben una palabra de castellano ni yo de su idioma, es singularísima la escena, toda de mímica para mí, que parezco un mudo. Valiéndome de ello, he de preguntar por Barraba y satisfacer la curiosidad de las dos moras, quienes desean saber nuestras costumbres, los hijos que tengo, el número tic mis mujeres y si es grande «mi kábila».

Cuando, pasando no pocos apuros, les doy algunas ideas aproximadas referentes a nuestra manera de vivir, no consigo saber si me entienden. Únicamente lo conozco cuando, poniendo mis manos una enfrente de otra y figurando que se arañan, les explico el porqué de no tener más que una sola mujer, y sé entonces que me han comprendido, porque ríen largo rato.

He de reconciliarme con la bruja, porque antes de marcharme a mi habitación me regala una vieja chichia de policía y unos calcetines azules.

Al pasar por la explanada, tocado con aquel alto gorro encarnado, me ladran los perros y corren asustadas las gallinas. No me descuido tampoco en aprovechar los calcetines. Cuando me quito los que llevo me parece que, con ellos, voy a arrancarme la piel. Estoy solo en mi cuarto; ha llegado el fraile, y todos los hombres de la kábila, hasta mi guardián, dicen, se hallan con él en una jaima inmediata.

Mientras tanto, para que el tiempo se me haga más corto, me tiendo en la manta y procuro dormir. Hace un calor sofocante que, añadido a mi sueño por haber pasado en vela parte de la noche, me sume pronto en estado de semiinconsciencia. A falta de cigarras, oigo lejano el cansino y monótono canturreo de las cuadrillas de muchachos.

Pero está visto que no he de conseguir la tranquilidad ni un solo momento. Los cánticos suenan cada vez más cerca, hasta que los siento junto a la casa, y

sólo cesan para producirse una gran algazara entre aquella alegre gente.

Momentos después asoma por la entornada puerta el picaresco y burlón semblante de Maimona; luego una cabecita curiosa de una joven, casi una niña, que la retira prontamente dando un grito; luego otra. Es inútil que finja dormir y me incorporo resignado a aguantar lo que venga. Entonces se abre la puerta y puedo contemplar cómo un grupo de muchachas la obstruyen para verme. Sus fisonomías revelan la impresión de quien se acerca a algo raro; las caras de los muchachos que rodean al húngaro y al oso. Tengo la seguridad de que si en aquel momento me pusiese rápidamente en pie, aquellas vírgenes salvajes huirían despavoridas.

Mas no en balde está allí la traviesa Maimona. Ella las convence pronto de que soy inofensivo y, aunque con recelo al principio, concluyen por invadir mi cuarto. Se han propuesto las niñas «tomarme el pelo». A propósito de la boda que celebran, me proponen elija entre ellas una novia para mí, la que más me guste; hasta puedo tomar tres, si quiero. La confianza y libertades que van adquiriendo son excesivas. Hago como que no las entiendo, pues no tengo ganas de bromas. Han perdido completamente el miedo y parte de la vergüenza. Eso debe de creer mi guardián al sorprenderlas in fraganti en el jolgorio, por cuanto las despide de mala manera y me ofrece sus excusas: «Estar tontonas».

Y al atardecer llega, al fin, Barraba, que viene solícito a saludarme y traerme tabaco. Casi al mismo tiempo veo también a Mohatar montado en un cargadísimo mulo. Ambos parecen rebosar de satisfacción. El segundo me dice que todo está hecho y que me trae cartas y un encargo. Mi alegría corre pareja con mi impaciencia.

Mientras Mohatar descarga el mulo, me va explicando su gestión, los apuros que ha pasado. No ha visto al coronel, pero sí al capitán Ortoneda, de la Policía. Me habla de la situación de la plaza, donde dice hay más tropas que moscas; de las dificultades para entrar y salir de ella.

Las cartas, me advierte, vienen en el fondo del serón, entre buenos montones de paja; el dinero lo trae en la cartera y quiere que yo presencie cómo rinde al jefe cuentas de las mil pesetas, pues le trae azúcar, jabón, velas, té y una porción de otras muchas cosas.

Al poco rato, Barraba y Mohatar se encuentran conversando reservadamente en un sitio apartado de curiosos, mientras yo, a su lado, leo ávidamente una de las cartas que he recibido, completamente empapada en aceite. Se ha roto una de las botellas que el moro traía y, como los papeles estaban debajo, se han puesto perdidos.

Reconozco que una de las misivas es de mi familia, pero no puedo enterarme sino del membrete y la primera línea, cuya letra es de uno de mis hijos. La tinta del resto de la escritura se ha disuelto en la grasa, hasta el extremo de aparecer en blanco el transparente papel. Ni al trasluz se ve trozo alguno.

Muy contrariado, he abierto la segunda carta; es de mi coronel. Me expresa en ella su inmensa alegría al saber que me había salvado, y me expone sus activas gestiones para mi rescate. Díceme que lo mismo el comandante general que el alto comisario le han dado todo género de facilidades y me pide le señale urgentemente fecha y hora de la noche, lugar de la costa y señal que hemos de hacer para que una gasolinera, en la que irán el conocido moro «El Gato» y el capitán Ortoneda, se acerque a tierra para recogerme. Al final me manifiesta que ha entregado a mi emisario el dinero que yo pedía.

El aceite no ha hecho desaparecer del todo este escrito que, mas bien que leído, he adivinado. Se conoce que es tinta menos soluble en él.

Como remate de la secreta conversación que entre Barraba y Mohatar se ha sostenido, entrega éste al primero siete billetes de cien pesetas, de los cuales se apodera el jefe codicioso y, brillándole los ojos de alegría, nos da las gracias. Entonces el otro moro me advierte que el resto, salvo unas pequeñas cosas que ha comprado para él, es el importe de las mercancías que ha traído.

Tiene particular empeño en que yo vea que no se ha quedado ni con un céntimo, cumpliendo así lo prometido al capitán de la Policía, quien le prometió ochenta duros de regalo si entregaba las mil pesetas.

Terminadas las cuentas, falta tratar lo esencial, para lo que requiero toda la atención del intérprete y su mejor voluntad, a quien leo y explico la carta que acaba de traerme.

Traducido al jefe el asunto en cuestión, no quedo muy bien impresionado de la cara que pone. Más insólito que para tomar el dinero, queda perplejo y sólo contesta con monosílabos.

Interrogo a Mohatar sobre lo acordado y me manifiesta que dice lo tiene que pensar, pero que le parece mejor llevarme a Melilla por la zona francesa.

Presumo que va a dilatarse mi rescate. Menos mal que he conseguido lo que más me interesaba por el momento: dar a mi familia fe de mi existencia.

He recibido con las cartas una cajita de galletas inglesas que ha despertado la curiosidad de las mujeres y niños que va empiezan a rodearnos, pues Barraba se ha despedido hasta la noche. Tengo que abrirla y dar algunas a los importunos y, como la noticia del reparto se extiende rápidamente, es

pronto legión la que acude a la golosina. Para quitarme de encima a aquella gente, doy la caja a Maimona, allí presente, y le hago señas de que la distribuya entre los pequeños salvajes.

Llegando está la noche cuando a Mohatar y a mí nos avisan que se nos espera para tomar té en una jaima inmediata a la casa. Han retirado de ella una porción de trastos, hasta dejarla completamente despejada, y ha quedado ancho espacio para congregarse allí como unos quince hombres, que vienen a ser los que ya encontramos reunidos atentos a la palabra del fraile, un anciano ya achacoso y no muy limpio que usa antiparras.

Pasadas las presentaciones de rúbrica se suceden las rondas de vasitos de té, durante las cuales lee el viejo, con el mayor énfasis y gravedad, no sé qué pasajes de un voluminoso y mugriento libro que, envuelto entre sucios trapos, ha sacado de su cartera.

Presumiendo que aquel tipo sea una especie de notario y relacionando su actuación con la boda que se celebra, supongo que aquella lectura, a la que tanta atención se presea, será el contrato matrimonial o algo del Koran pertinente al mismo.

Suenan próximos algunos disparos de fusil seguidos de gritos de júbilo, mezclados con los cánticos de siempre, con el ruido de una pandereta. El propio Mohatar se cree en el deber de contribuir de alguna manera al esplendor de la fiesta y, preparando su carabina, me advierte que, con mi permiso, va a disparar dos tiros en honor de la novia.

Alejase el cortejo de muchachas que acaba de pasar. No se dónde van ni veo que nadie de los presentes les haga caso. Se divierten solas.

En breve llega nuestra cena: cuzcuz, manteca, miel, borrego asado y huevos. Toda aquella gente devora como fieras.

Cuando termina el festín, presencio una escena curiosísima. Uno de los moros va presentando a los demás los regalos de boda, consistentes en telas de colores chillones, camisas, un par de babuchas, una faja de seda encarnada y verde, una bandeja, una tetera, brazaletes y collares de monedas de plata, una cartera muy historiada y otra porción de baratijas.

Estos objetos parece que son sometidos a la consideración de uno o dos tasadores, porque oigo hablar de cantidades a medida que los examinan y apartan. Es muy posible que, sumando los precios, se busque alguna relación entre su importe total y los cien o doscientos duros que al novio haya costado la *mujera*.

El fraile saca de nuevo su libreta, se cala las antiparras y otra vez comienza su enfática y lenta lectura.

Intrigado con lo que están haciendo, pregunto a Mohatar qué es lo que el moro lee: «Cuentos», me contesta. «¿Cuentos?», digo admirado. «Sí, hombre, historias», me replica, «cosas que han pasado, mentiras. A mí no me gustan las historias, mejor es saber lo que pasa ahora. Vámonos si usted quiere; estaremos allí tomando fresco». Por lo que veo, el que yo creía notario, es un pobre diablo que vive a salto de mata, acudiendo donde hay algo que comer y explotando su libro de cuentos, sus consejos y su extraordinaria cultura entre moros, pues sabe leer a tropezones. Y no digamos que escribir porque le he prestado mi lápiz y no acababa nunca de hacer cuatro garabatos.

Disuelta al fin la reunión, nos quedamos en la jaima únicamente Mohatar, mi carcelero y yo, y, como la noche es calurosa en demasía, acuerdan que la pasemos allí.

Al igual que aquel a quien se le quemó la casa, me alegro por las chinches. Es ya de día cuando me despierto. Me encuentro solo.

Al dirigirme a mi habitación, veo al hermano del jefe que está sobando el sebo que ha sacado de una vela «Todo moro zoco», me dice, «todos marchar harca». «¿Y Mohatar?», pregunto. «Todos marchar». No es posible, pienso, que no se ocupen de mi asunto. Por la noche vendrán y quedaremos en algo concreto. Yo no puedo estar así.

Paso todo aquel día con humor pésimo, tendido en mi manta o sentado al lado de la puerta.

Fatma está cerca de mí confeccionando tortas, y Maimona dando vueltas a la piedra del molino acompañando su labor con su cántico de siempre.

No cuesta mucho trabajo transformar en alimento de aquella gente lo que momentos antes lo era de caballos y gallinas. La cebada sirve para todos.

Previa una molienda de pocos minutos y un cribado no muy escrupuloso, hacen la masa que, extendida en el fondo de una sartén, se tuesta con espinos secos hasta que toma color. Todo es cuestión de una hora escasa.

Habiendo, sin duda, observado Fatma que, en ocasión de invitarme el día anterior, sólo tomaba los bordes del pan, pellizca las orillas de toda una torta hecha recientemente y me los ofrece en unión de dos huevos crudos. Agradezco doblemente su acción, por su buena voluntad y porque mi estómago se halla vacío. Es la comida que tomo aquel día.

Veo llegar la noche sin noticia alguna de los expedicionarios. ¿Cuándo regresará Barraba? No sabe decírmelo su hermano, a cuya custodia estoy hace días confiado.

Este en aquel momento se encuentra muy ocupado en una extraña labor. Ya sé para qué manipulaba la plasta de sebo.

Con ella ha hecho un hueco y estrecho cilindro en cuyo interior, a manera de mecha, ha puesto una tira de trapo que asoma por uno de los extremos. Aquello, según puedo comprender después, es para curar el dolor de oídos. Pronto veo de qué modo.

El moro de la kábila que ha solicitado los servicios del curandero se tiende de costado en el suelo y permanece inmóvil, mientras que el operador le introduce en el oído enfermo y como bujía en candelera aquello que parece una antorcha a juzgar por el humo que despide.

Indudablemente es aquel un procedimiento complicado y de suma paciencia para el doliente, cuya inmovilidad tiene que ser absoluta mientras el sebo derretido, los gases, o lo que sea le hacen el efecto apetecido. Al menor descuido, se cae aquel cirio y se apaga llenándole la cara de pavesas encendidas.

En una de estas ocasiones ha pretendido el practicante encenderlo con otra vela después de colocado y el enfermo ha hecho una violenta sacudida porque le han caído a la oreja gotas demasiado calientes.

No sé si el moro ha tenido alivio, pero me parece que sale del cuarto poco convencido de las excelencias del sistema. Lleva muy mala cara.

Hace tanto calor en la habitación que mi guardián, no contento con salirse de ella, trepa al terrado de la casucha buscando algún soplo de brisa. Yo me siento junto a la puerta, desde donde miro con envidia las luces de la restinga.

Sumido en su contemplación, absorto en mis pensamientos, no he reparado en que otro moro ha subido también sobre la casa y que varias mujeres, desde abajo, les acosan a preguntas, mientras ellos discuten sin apartar la vista en dirección a Nador o a la plaza.

«Candela Melilla», me contesta uno de los moros cuando inquiero la causa de lo que me parece inquietud entre aquella gente.

No puedo creer lo que el indígena me ha dicho, ni él tampoco me parece está muy seguro de lo que afirma; pero, sin embargo, la frase me ha impresionado desagradablemente, porque observo que consideran el incendio en cuestión como cosa probable y la más natural del mundo.

Quiero convencer de lo contrario a aquellos salvajes y sólo lo consigo cuando el lejano resplandor va extinguiéndose y desaparece como una hora después.

Por Mohatar supe en los pasados días que los rifeños habían quemado unos montones de esparto almacenado cerca de la plaza en el camino de Nador.

Al día siguiente llega Barraba y, valiéndose como intérprete del ex-sargento de Regulares Abd-el-Kader, del cazador de pacos en Batel, que también ha venido a verme, hablamos de mi canje.

Me dice que Mohatar no se atreve a volver a Melilla; que lo mejor será llevarme por el Muluya; pero, en resumidas cuentas, no quedamos en nada definitivo.

Siempre irresoluto el moro, presumo no se decide a resolver mi asunto por miedo a que los rifeños le exijan responsabilidades por mi entrega. Me anuncia que tiene que ausentarse por dos o tres días y que a la vuelta se arreglará todo.

Al marcharse quedo preocupadísimo y de un humor endiablado. Casi no atiendo a las lamentaciones que de su situación vuelve a entregarse Abd-el-Kader. Presiento que la mía va a ser naturalizarme en la kábila.

Aquel día como en compañía de un regular que se encuentra enfermo en una de las jaimas del poblado. El pobre hombre me convida a lo que puede: a huevos y té.

La familia está obsequiosa en grado sumo, procurando consolarme y lamentando lo poco que se me atiende en la kábila y la irresolución del jefe.

Cuando al día siguiente llega Mohatar me encuentra de malísimo temple: «No hemos hecho nada», le digo, «sino regalar a Barraba unas pesetas. El dice ahora que tú no te atreves a llevar una segunda carta, y, si no vas, van a creer en Melilla que les has engañado y todo estará perdido». «¡Por Dios!», me replica, «mira, usted no sabe que yo no poder pasar más porque cortar cabeza, pero Barraba tiene miedo llevar usted en barca y adelantar así nada con carta. Mucho mejor; marchar por Muluya. Mira, ¡por Dios!, si Barraba quiere yo llevar a usted esta noche mismo poniendo chilaba. Seguro no hay en el camino ni un pájaro». Mil razones más me da y todo género de disculpas, conviniendo conmigo en que retrasar mi marcha es perjudicial para el éxito.

Con ánimo de distraer mi preocupación, el bueno de Mohatar se aviene a pasar la tarde a mi lado, pues dice que ya ha pagado cinco duros por no asistir aquel día al Zoco-El-Arbaa, multa que imponen al que falta.

Luego, a la caída de la tarde, sabiendo que sólo he tomado un huevo crudo, se muestra apenado y manda nos preparen una gallina. A comerla nos acompaña el guardián.

Realmente, no tengo derecho a exigir tanta consideración por parte de aquel hombre, a quien ni siquiera conocía y que ningún favor me debe. Hasta ha llegado a ofrecerme dinero, cuarenta o cincuenta duros, que es lo único —

dice— que tiene disponible. Claro es que no acepto, pero le hago presente mi reconocimiento y le prometo no olvidar su conducta.

De sobremesa, hablan largamente los dos moros. Sin entender lo que dicen, comprendo que se ocupan de mí. Mohatar me traduce lo que el otro indígena, el hermano del jefe, mi fiel guardián, le propone: que si le doy algún dinero, no mucho, aquella misma noche, en el mulo de Mohatar, cubriéndome con una chilaba y llevando un viejo fusil Remington, se compromete a dejarme en el primer puesto de la zona francesa.

La proposición no puede ser más tentadora; ni siquiera existe dificultad por no tener a mano la cantidad: el moro se conforma con un simple escrito en que prometa pagarla al portador a mi llegada a Melilla.

Medito algunos momentos y digo resueltamente que no puedo aceptarla. Al expresarlo así, creo notar algo en los ojos de Mohatar, clavados en mí durante mi corta vacilación. Sospecho que se alegra de mi negativa y que en ella he andado acertado.

Explico mi determinación diciendo que no me parece bien traicionar y comprometer a Barraba, a quien al cabo debo la vida, y me callo el recelo que me inspira pensar que en ambas cosas no tiene el mismo reparo aquel hermano suyo a quien me tiene confiado.

Los dos indígenas comprenden y alaban entonces aquel rasgo, y no se vuelve a hablar del asunto si no es para dar las gracias al «carcelero». Transcurren varios días y pasa sobradamente el plazo que se me había fijado sin que el jefe regrese, no obstante las promesas de su hermano. Sus embustes me tienen desesperado. Pienso en lo que puede creer mi familia no teniendo noticias posteriores a mi única carta.

Ando por la kábila como alma en pena, mal alimentado, casi sin comer y sufriendo las impertinencias de una partida de chiquillos que han tomado por suya mi habitación.

El niño sarnoso, especialmente, me crispa los nervios y casi me causa espanto. No sé de qué poblado le han proporcionado a su padre, mi guardián, un unto oscuro que ha traído en una botella. Con él ha dado al chico tal mano por todo el cuerpo que le ha dejado como si se hubiera caído en una caldera de alquitrán. Tan negro y pegajoso está el angelito.

Recogiendo, desnudo, polvo, moscas, paja, pelos de saco, pringándolo todo; destrozada la piel a fuerza de rascarse, preveo que la barbaridad que con él han hecho no va a tener arreglo.

Mi vida entre aquella gente se desliza de la manera más miserable y monótona. Sucio, derrotado y sin hablar con nadie; sentado a la sombra o

paseando por los alrededores del poblado cuando el sol cae; tomando, cuando más, cuatro huevos duros, dos o tres generalmente, uno solo a veces cada día; debilitándome por momentos; devorado por la impaciencia, busco en mi mente cualquier solución que cambie mi situación, ya insostenible. En algunas ocasiones, suele acercárseme un adolescente cojo que cuida un rebaño de cabras y ovejas. En una de estas ocasiones me ha ofrecido requesón, y, con este motivo, le he preguntado si podía regalarme todos los días un vaso de leche, pretensión que él ha estimado como cosa sencillísima y sin importancia.

Desde entonces, tengo mi desayuno. La primera labor que mi carcelero hace al amanecer es hervir una tetera llena de leche con azúcar, que, incontinente, casi abrasando, me sirve en un vasito de té. Está riquísima.

El primer día, casi la tomo entera; queda muy poca que el moro consume. Al siguiente la da este a probar al niño embetunado, y esto es mi perdición.

Ya, en cuanto el chico ve a su padre preparándome el desayuno se pega a su lado como una lapa, tocando el azúcar, manejando los vasos y escurriendo la leche que queda en ellos.

Todas las mañanas, desde mi «cama», le veo cómo junto a la lumbre chupa los cacharros y rebaña con los dedos el azúcar pegado al fondo. Luego ayuda a su padre y me trae los mugrientos vasos. ¿Hay estómago que soporte aquello? Frecuentemente, con gran regocijo por su parte, pretexto cualquier motivo para rechazar el desayuno; alguna vez he rogado al moro me traiga un poco de agua para lavar el vasito, o no he tomado sino uno solo, como si fuese repulsiva medicina. Aquel niño es mi castigo.

Casi he perdido la esperanza de volver a ver a Barraba, cuando este se presenta en el poblado. Con auxilio de un ex-policía que con él ha llegado, me dice que viene a resolver la cuestión ele mi canje, que no puede hacer sin permiso de Abd-el-Krim, prometiéndome solemnemente que al día siguiente iría a Nador para entrevistarse con el cabecilla, a quien desde la niñez conoce y que no le negaría el favor.

Muy contento con la promesa, le aseguro que si es así y se da prisa en libertarme, le enviaré otras mil pesetas al verificarse el canjeo.

Agradecido del ofrecimiento, pide a Fatma unos leguis sin estrenar que, producto de una racia, guardaba en un arca y me los regala.

Mas se conoce que Abd-el-Krim, quien jamás se aventuró a acercarse al alcance de nuestras granadas, no ha llegado a Nador cuando se le esperaba y se ha quedado en Beni-Said, porque Barraba no se mueve de su kábila en todo el día siguiente y me advierte que es al Mauro donde ha de ir a buscarle.

Pero, cuando, al llevarme el consabido desayuno en la inmediata mañana, pregunto por él a su hermano, estoy a punto de echar a rodar indignado todo lo que el moro me trae. No es para menos la noticia: «Jefe marchar por fuñas… lejos, a Francia». Siempre hipócrita, siempre embustero, otra vez me ha engañado Barraba. Ya no le creo capaz de iniciativa ni resolución de ninguna especie. Me tendrá en la kábila indefinidamente. Yo he tomado mi determinación. Sé que Mohatar tiene cerca su jaima y pido que se le avise. Quiero hablar con él.

Mi plan consiste en aprovechar la crítica situación de Abd-el-Kader, quien últimamente me invita a visitar su casa, y poner en relación a estos dos hombres, bueno el uno y leal y valeroso el otro. Si logro convencer a este último de que puedo proporcionarle dinero y tranquilidad para él y los suyos al otro lado del Muluya y luego el perdón y su perdido empleo cuando nuestras tropas ocupen de nuevo Ulad-Setud, tendré la seguridad de verme pronto en libertad.

Ante este convencimiento, insisto repetidamente en que deseo ver a Mohatar, y, como no se me hace caso crece mi mal humor e irritación hasta el punto de amenazar al guardián con dejarme morir de hambre si no se me complace.

Varias veces he rechazado ya los huevos que Aisa, Maimona, Fatma y la madre del jefe me ofrecen preocupadas con mi negativa a probar bocado, cuando, al fin, una tarde, después de dos días que llevo sin comer, veo preparar un borrico y montar en él al complaciente cojo. «Visor Mohatar», me dice al emprender la marcha.

Disimulo mi alegría y no acepto todavía ningún alimento, aunque apenas puedo tenerme en pie.

«Cuando venga», digo.

A la caída de la tarde llega el que bien puedo llamar mi amigo. Le cuento indignado el extraño proceder de Barraba y le ruego vea cómo ha de arreglarse para que, lo antes posible, podamos hablar los dos con Abd-el-Kader.

Ya sabía él que el jefe había sido comisionado para ir por reses a la zona francesa.

Respecto a mis deseos, hará lo que pueda. Si Abd-el-Kader está en su casa o sabe dónde se halla, le irá a ver al día siguiente. Lo primero, me aconseja, es comer. No ha traído dinero, pero cree que ya le fiarán un pollo para mí.

Le ofrezco el botón que tengo en el cuello de la camisa. Es de oro, le advierto, y vale más; pero él me dice que lo guarde, que aquella gente no

entiende de esas cosas, y sale en busca del ave. Con no pocas dificultades consigue le fíen un gallo, por el que le han pedido cinco pesetas. Como él no ha de cenar, pues no tiene apetito y supone que no me lo he de comer de una vez, manda que me guisen algo más de la mitad y reserva lo que sobra para el día siguiente. Allí lo cuelga de un clavo.

Pronto doy buena cuenta de todo lo que me sirven. Está durísimo, pero el hambre que tengo no repara en obstáculos y sólo dejo la salsa porque no tomo pan. Mi carcelero y su chico untan en ella casi una torta de cebada.

Después de la cena me encuentro casi optimista y, cigarro tras cigarro, hablamos de mil cosas, entre ellas de la imbecilidad de aquella gente que se hace la ilusión de poderse gobernar como los países civilizados y la de oponerse con éxito a toda injerencia.

Verdad es que nuestra pasividad de entonces, nuestra desorganización, nuestra impotencia, o lo que sea, puede envalentonar hasta a los pacíficos Ulad-Setud.

Ha amanecido cuando deja mi compañía el bondadoso Mohatar, prometiéndome antes de partir ser lo más activo posible en cumplir mi encargo. Hacia las ocho veo a mi guardián arreglar la habitación como es costumbre cuando se quiere ofrecer el té a alguien que llega a la casa. Hay una visita para mí, según me dice. Cosa rara: *para mí*.

Efectivamente, no tardan en presentarse dos indígenas que, según parece, vienen de Nador. No son de la kábila en que nos encontramos y tengo entendido que han traído una *papela* para su jefe. Algo reservados o preocupados, acaso dándose importancia o porque el otro moro se la da, no se qué encuentro en ellos de extraño.

Uno de los visitantes habla regularmente el español y, mientras tomamos el té, me manifiesta que el general y los oficiales que estaban en casa de Ben-Chelal han ido ya a Alhucemas, donde embarcarán para Melilla, y que lo mismo ha ocurrido con los que había en el Mauro y algunos más que se hallaban en Annual. Que Abd-el-Krim quería entregarlos todos juntos a cambio de moros presos en la plaza, y que allí reunidos recibían muy buen trato y tenían libertad para ir donde querían.

Le escucho como quien oye llover, creyendo que el moro se haría eco de las muchas patrañas y fantasías que en aquellos días circulaban entre los indígenas.

Cuando, terminado de tomar el té, hace ademán de marcharse, celebro que me dejen solo porque no me han sido simpáticos; pero mi asombro raya en estupefacción al oírles decir que he de ir con ellos en aquel mismo instante.

«¿Dónde?», pregunto. «Por Nador», me contesta uno de los emisarios. «No puedo andar tanto». «Tener aquí caballo». Ciertamente; sin que yo me hubiera dado cuenta se me había preparado una escuálida cabalgadura, y medio poblado contemplaba los preparativos de lo que parecía mi secuestro.

No había que dudar ni vacilar. Allí estaba mi guardián con cara mustia conservando entre sus manos la *papela*, que no era otra cosa que una orden terminante del cabecilla rebelde.

Sucedió lo que yo esperaba. Me exhibieron demasiado y anduvieron torpes y cobardes en mi canje.

Antes de montar, me despido apresuradamente de aquellos indígenas entre los que había hallado hospitalidad en mis más críticos momentos; pobre hospitalidad, realmente, pero hospitalidad al cabo, y en no pocos, conmiseración y respeto.

Fatma y Aisa parecen muy contristadas; la misma Maimona ha perdido su habitual alegría y aire burlón.

¡Adiós, Beni-Musi, la kábila que yo quería proteger!

La indecisión de tu jefe, al entregarme a los Beniurriaguel, ha encadenado conmigo a varios de tus hermanos y te ha condenado al destierro y la miseria.

XIV
VIA CRUCIS

Nos alejamos al paso de nuestras cabalgaduras sin encontrar alma viviente hasta media hora después, en que llegamos a una kábila a la que pertenecen los que me conducen. Hace tiempo que suenan disparos sueltos en aquella dirección. Cuando damos vista al poblado comprendo por qué nos hemos separado algún tanto del camino a Nador. Se celebra una boda y mi escolta se propone aprovechar la fiesta que, a juzgar por la numerosa concurrencia, debe de ser un acontecimiento.

Bien pronto sé que quien se casa es el hijo del jete de aquella kábila. Este, presente allí entonces, se muestra conmigo tan solícito y amable como si fuese su más querido amigo. Varios indígenas de los que ya están en pleno festín no son menos atentos.

Nadie creería que aquella gente que así me recibía pudiese ser la misma que días antes había cometido los crímenes de Zeluán y Monte-Arruit. ¡Extraña psicología del moro! Sólo es explicable negándole en absoluto toda idea de sentido moral.

Se me atiende con preferencia y se me ofrece silla y mesa para comer en plato aparte el tradicional borrego asado. También me traen pan de trigo, todavía caliente, y un gran vaso de té.

Concluida la comida, tienen empeño en que conozca el baile de sus mujeres, danza que yo no había hasta entonces presenciado y es muy original. Puestas en dos filas, una frente a otra y casi en contacto, pues no queda apenas espacio para que por aquel estrechísimo callejón pase algún gracioso haciendo extravagancias o disparando su fusil, saltan todas ellas, jóvenes y viejas, sobre uno de sus pies como si tuviesen empeño de pisar, al compás acelerado de las panderetas, algún bicho que hubiese en el suelo.

Las he visto así, incansables, sofocadísimas bajo aquel sol abrasador, sudando copiosamente sin parar un momento y en medio de apretados corros

de indígenas que disparan sus armas para alegrar la fiesta, unos ahora, otros después, cuando les parece, haciéndolo alguno junto al mismo oído de aquellas locas.

Quedo convencido de que las bayaderas del Rif no son otra cosa que osos amaestrados. Naturalmente, no comunico mi opinión a los que me invitaran a ver aquello. Únicamente les digo que deben tener cuidado de un muchacho de unos catorce años que, provisto de un Winchester, dispara en tal forma que va a llevarse por delante el cerebro de alguno.

Del baile pasamos a otro espectáculo de pura fantasía. Media docena de jinetes van a correr la pólvora.

No encuentro habilidad alguna en aquel ejercicio. Pienso que los que galopan para disparar luego al aire los tiros de sus carabinas acompañándose de atiplados gritos de guerra, son acaso los mismos que persiguieron a los indefensos fugitivos de Monte-Arruit, los que, más que entonces, hubieran corrido en los llanos de Ulad-Setud y Beni-Buyahi ante un solo amago de carga de nuestros húsares. ¡País de la fantasía! Mas al parecer no ha sido posible, no digo vencer ni castigar siquiera a aquellas tribus, sino preocuparlas un tanto por nuestra revancha.

Ven los indígenas que pasadas cerca de dos lunas desde su insurrección, más de una desde el asedio a Monte-Arruit y Zeluán, no dan nuestras tropas señal alguna de responder a sus retos y desmanes; que están acorraladas en la plaza, y esto ha levantado su fanfarronería hasta tal extremo que nos tienen lástima. No entran en Melilla —dicen— por los *cónsules*, porque Francia, Inglaterra y las demás naciones reclamarían, que si no…

Nos dejarán en Melilla —agregan— si sólo ocupamos la antigua ciudad; al menos no tenemos que pasar del Río Oro. Todo lo demás es del moro.

¿Soñarán ellos, o soñaré yo? ¿Qué hacen nuestras tropas? ¿Qué hace el mando? ¿Qué ocurre, Dios mío, en España? ¿Es posible que el libro de tu brillante historia militar haya caído en manos de tal enemigo? Es hora ya de continuar nuestra interrumpida marcha. El descanso ha sido largo, el sol está muy bajo y hemos de llegar a Nador, del que nos separan más de quince kilómetros.

Al ir de nuevo a montar, reparo en que la kábila tiene allí muestra de su botín de guerra. Junto a una jaima, llena completamente de agua que me acaban de servir, veo una carricuba que debía estar sin estrenar; tal me parece por su estado actual. Comprendo que les prestará un buen servicio y me admiro de que no lo hayan destrozado, como otras tantas cosas, sólo por el placer de destruir.

Camino de Nador, hemos de cruzar el río que pasa tocando a la alcazaba de Zeluán. Con el fin de dar agua a los caballos, lo rebasamos por el zoco, donde hay una fuente y también un pilón para el ganado.

Allí está el cantinero moro que tenía tanto empeño en cortarme la cabeza. Al verme, me reconoce y viene a saludarme como antiguo conocido. Se le ha pasado la furia.

Más adelante tropezamos de cuando en cuando con parejas de rifeños que hacen el servicio de caminos y carreteras. Algunas de estas parejas deben de poner inconvenientes a nuestro paso, pero lo ceden franco en cuanto mi escolta les enseña la *papela*, que se limitan a mirar por encima porque sería rarísimo que supiesen leer. Quieren parodiar a la Guardia Civil.

A no ser por los cadáveres que frecuentemente hallamos, restos en descomposición y macabros testigos de la pasada tragedia, a no impedírmelo el dolor y la vergüenza de la impunidad, me hubiera hecho reír aquella bufonada.

Próximos a Nador, oímos luego de fusilería que me parece sonar dentro del poblado. Dícenme mis acompañantes que es la harca que se ejercita en el tiro al blanco; que hasta hace poco todo era barullo, pero que ahora ya está organizada, como veré con mis propios ojos. Me cuentan que hasta tienen música.

Antes de penetrar en sus primeras calles, échanse de ver la devastación y el saqueo. Las huertas están arrasadas y han sido incendiados todos los inmuebles, destrozadas las norias y las máquinas agrícolas.

En el pueblo es muy rara la casa que se ha librado de la general destrucción. Hundidos sus tejados, arrancadas sus puertas y ventanas, ennegrecidas por el humo sus paredes, derribados en algunas sus muros, llenas de escombros, revela el odio largo tiempo reprimido, la barbarie de la hipócrita raza, el salvajismo del moro.

Grupos numerosos de indígenas deambulan por las calles; otros forman corrillos en la entrada de las casas, donde han encendido hogueras para guisar sus comidas, rompiendo con grandes piedras el mobiliario que se ha salvado de la guerra.

En este campamento de fieras, que tal parecen aquellos hombres por su aspecto y rústicas maneras, reina el más completo desorden, la república por ellos soñada.

Advertidos los moros de mi presencia, acuden a verme. Hemos desmontado y mi escolta me conduce abriéndose paso a través de los curiosos, guardándome la espalda en previsión de cualquier atentado que

deben creer posible, pues llevo detrás una corte de más de cien rifeños que gritan y gesticulan, y no será seguramente para pedir mi libertad.

Al llegar frente a la iglesia, en la que hay encerrados un centenar de soldados, encontramos al *morabo*, general de aquellas tropas y gobernador militar de Nador y sus contornos. Este es un moro de unos cincuenta y cinco años, alto y fuerte, de blanca y larga barba. Viste alba chilaba y gorro en cucurucho del mismo color.

Está rodeado de cinco o seis indígenas a los que parece dar órdenes referentes a algo relacionados con los prisioneros. No debe de serle el mando muy fácil, a juzgar por sus ademanes y mal humor, porque vocea descompasadamente.

Viéndome, modera sus formas previo un par de gritos que lanza a mi curioso acompañamiento, que en el acto se disuelve como si hubiera recibido una carga. «Vamos», pienso, «aún hay autoridad». El morabo, cuyo nombre he olvidado, habla perfectamente nuestro idioma, y, muy reposadamente, adoptando la actitud que estima propia de su «elevado» cargo, inquiere mi nombre, empleo y procedencia.

Confirmados estos extremos, de los que parece estaba ya al tanto, me advierte que he de reunirme en breve con los demás jefes y oficiales prisioneros, y, haciéndome el saludo militar, ordena me conduzcan a la cárcel.

No me explico por qué experimento una tentación de risa cuando, al acercarme al edificio, veo en su fachada el enorme rótulo «Cárcel pública». ¡Cómo había de figurarme tan triste fin! A la cárcel como un ratero.

Ateniéndome a lo que el morabo me ha manifestado, sospecho que al día siguiente se me conducirá hacia Alhucemas. Nunca, pues, más oportuno recordar aquello de *una noche en la cárcel se pasa*.

Están preparándome una celda obscura y no me gusta nada la manera de recibirme ni el barullo de la guardia, cuando aparece uno de los ayudantes del morabo. Este, que también habla el español —creo que ha sido oficial moro en Regulares— me saluda afectuosamente y dispone se me coloque en otra habitación amplia, clara y bien ventilada, pues tiene una alta ventana a la calle de la que, si han respetado la fuerte reja, no han dejado un solo cristal sano. Tampoco tiene puerta.

A los pocos momentos, me amueblan el cuarto con una cama de hierro, un *sommier*, una manta de tropa, una mesa, una silla y una jarra de agua. Aquello es ya ponerse en razón.

Haciéndome aún estas operaciones, comienzan a visitarme algunos soldados. Vienen los pobres muchachos por si pueden serme útiles en algo.

Uno que lleva por único vestido larga camisa moruna, me dice que es de mi regimiento y me ruega le reclame como asistente, dándome la seguridad de que me complacerán y atenderán mi petición.

Enterado de que se me va a llevar con los demás oficiales, ve en su destino la única manera de salir de Nador, donde se les trata muy mal y sólo se les da un tercio de torta de cebada para todo el día. Desde entonces este soldado no se separa de mí y duerme en mi cuarto, que prefiere al inmediato donde hay tres o cuatro prisioneros más.

Hay otros que, prestando determinados servicios a jefes moros, gozan de relativa libertad, pudiendo andar por el poblado. Dos de estos, sabiendo que no tengo tabaco, me traen un gran saco de cajetillas y cigarros puros que han recogido entre las ruinas de los almacenes de Jorro. Todo está deshecho y quemado en parte, pero me eligen de lo que se puede aprovechar.

Otro soldado, que sirve de cocinero a los ayudantes del morabo, promete prepararme para la noche un par de huevos fritos con pimientos y patatas.

No bien estoy instalado, vuelve a verme el ex-oficial moro. Tiene este grandes deseos de demostrarme la importancia de su cargo y explicarme la organización del ejército al que pertenece. «Ya no están los moros como antes», dice el infatuado. «Se han formado compañías y batallones con sargentos y cabos, a los que se obedece. La disciplina es grande y se castiga severamente a quien comete faltas. Ayer mismo se fusiló a un soldado moro por ladrón. (?) Todos los días se hace instrucción al mando de los oficiales, y no tardaremos en tener un ejército como cualquier nación. Pronto se les dotará de uniforme». No cabe duda de que aquel iluso piensa escalar en breve el generalato.

Quiero cambiar su insulsa conversación y le pregunto si le sería posible hacer llegar una carta a mi familia. Entonces me dice que estima difícil complacerme, pero que no tardaré en poder escribir por Alhucemas.

Volviendo terco a su tema, me explica la forma en que han de apoderarse del Atalayón. Se acercarán durante la noche a las faldas de dicha posición y, una vez allí, construirán trincheras que resultarán desenfiladas de sus parapetos, corriéndose, luego, hacia Mar Chica para estorbar desde ella los convoyes por la vía marítima. No tiene duda de que así tendrán que entregarse como Zeluán y Monte-Arruit. Luego harían la paz.

«El plan no es malo», le digo. «Lo malo es si la guarnición hace lo indicado en este caso, que es ocupar la orilla al apercibirse de vuestras intenciones o coparos allí». Me mira desconcertado. «No podréis tomar el Atalayón», agrego.

Mi asistente, que debe de estar muerto de hambre, consigue cortar la discusión que se propone entablar el moro y, yéndose derecho al bulto en el asunto que más le importa, le pregunta si tardarán mucho en darme de comer, porque dice que estoy desfallecido.

«Inmediatamente», contesta, «no faltaba más».

El morabo tiene ordenado que se me trate con toda consideración y él tiene mucho gusto en ello.

Y va a dar las órdenes oportunas, advirtiéndome que si algo más necesito no tengo que hacer sino pedirlo. Veremos.

Llega la noche mientras el soldado me informa de la situación de los prisioneros y de los sucesos de actualidad. La tropa sale en grupos, obligados a construir trincheras y baterías en Mauro, apaleando los moros al que se resiste o trabaja de mala gana. En alguna ocasión, hallándose en estos trabajos, ha habido soldados muertos o heridos por nuestras granadas. Se le da por único alimento una torta pequeña de cebada cada tres. Las enfermedades acaban con muchos. La batería del Atalayón, aunque tira a los alrededores, no dispara sobre el poblado.

La oficiosidad de mi asistente, o el hambre que tiene, mejor dicho, es tanta que ha conseguido adelantar mi cena buscándola entre los jefes de guardia.

Se me sirve un guisado de cordero, patatas y pimientos, buen pan y un gran vaso de té. El plato es abundante y más de la mitad queda para el «comisionista», quien, con todo el pan, lo hace desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. He temido se comiese también la cazuela. Durante nuestra cena tenemos concierto que dura largo rato: una algarabía ensordecedora e infernal de cornetas, gaitas, trompetas y tambores acompañada de gritos y verdaderos aullidos. Es lo de todas las noches: la retreta del ejército regular del Rif.

Acabo de tomar el té, cuando se me trae la comida que el moro fanfarrón me había prometido: un enorme trozo de pierna de carnero y otro de hígado. Al ir a rechazarlo, interviene mi asistente diplomáticamente y queda el asado sobre la mesa. Apenas el carcelero se retira, da fin de todo aquello y casi del pan. Sospecho que va a reventar.

Duermo muy mal porque he puesto la maleta como colchoneta, y paso frío, pues mi cama está en la corriente entre la entrada al cuarto y la ventana sin cristales. El soldado se ha acurrucado en uno de los ángulos de la habitación.

De nuevo sentimos la destemplada música de cornetas y tambores. Despiertan las fieras al toque de diana y pronto comienza el tiroteo de sus ejercicios al blanco.

Frente a mi ventana deben de estar haciendo instrucción, porque oigo marchar al compás del *un, dos, un, dos*… ¡Monos! Sobre las ocho de la mañana traen a nuestra celda una mujer que entra indignadísima y promoviendo escándalo. Es una de las cantineras de Monte-Arruit, María Gómez Gil, que allí fue herida. Está excitadísima porque dice que los moros no tienen formalidad, que va a reclamar al morabo. Me cuesta trabajo calmarla.

Conseguido a medias, me cuenta su odisea, que es bien dolorosa. Salvada milagrosamente de la matanza, equivocó el camino y tomó el de Batel en vez del de Melilla. Todo estaba lleno de cadáveres. Unas mujeres moras la apedrearon y cayó sin sentido en una cuneta. Cuando volvió en sí, se encontró recogida en una kábila donde le curaron sus herirlas.

Me dice luego que hace unos días estuvo en Nador y que el morabo la confió a un moro para que la llevase a Melilla, pero que este, lejos de hacerlo así, la había llevado engañada a su casa, donde la trataban muy mal y no la dejaban salir, en vista de lo cual venía a reclamar.

Recomiendo a esta pobre mujer, casi una anciana, que modere sus nervios y tenga en cuenta entre la gente que ha caído y que no está en ninguna comisaría de Policía. Creo que, más que nada, lo que hará es estorbar al morabo y este tendrá interés en deshacerse de ella en la primera oportunidad y entonces la enviará a la plaza. No he terminado aún de convencerla cuando traen una segunda prisionera, la que en Zeluán se conocía por *La Catalana*. ¿Qué va a ser aquello? ¡Ni en Alcalá de Henares! El calvario de esta otra mujer, que viene muerta de hambre y herida de bala junto al tobillo, no es menos doloroso que el de la cantinera. Después de beber agua y comer un trozo de pan, nos refiere sus sufrimientos.

De ellos recuerdo únicamente que ha presenciado los crímenes y horrores de Zeluán, que vivía secuestrada por una familia mora que exigía dinero por su rescate, que ha padecido hambre y sed, recibido muchos golpes y que ha sido robada. Pero lo más extraordinario de su historia no es todo esto. Es la inconcebible habilidad que ha desplegado para defender su dinero de la rapacidad y malicia de los indígenas que, en ocasiones, la han dejado medio desnuda para registrar sus ropas, pues esta mujer guarda aún entre ellas ¡miles de pesetas en billetes! Es necesario ser muy avisada.

Pensando estoy en la difícil situación de aquellas desgraciadas cuando recibo aviso de que he de presentarme al morabo.

Le encuentro donde la primera vez, tan atosigado como entonces, y no bien me ve cuando me advierte que he de marchar inmediatamente a Nador; mas al hacerle presente que todavía no se me ha dado de comer, consiente en esperar hasta que almuerce, lo que haré en su casa, según me dice.

El avispado ordenanza, que me ha seguido como sombra al cuerpo, me toca con el codo. Comprendo.

Se trata de que pida permiso para llevarle conmigo. «No importa», me dice, «que sepan soy sargento; para ellos es igual porque nos tratan como a los soldados». Quedo admirado: ¡sargento! Vienen las explicaciones. Me lo dijo al presentárseme, pero se conoce que no paré atención en el empleo, por cuanto se me ofreció como asistente. No le conozco porque no hace mucho llegó de la Península y ha estado siempre en las oficinas de Mayoría, de donde salió poco antes de los sucesos. Su nombre es José Alegría Tello.

Conseguido lo que este pretendía, nos conduce el morabo a su alojamiento, una casa que las llamas han respetado. A su puerta esperan al *general* varios indígenas que en nada se diferencian de la guardia que allí tienen montada y a la cual comunica órdenes un moro alto, delgadísimo, también con gorro manga de color café como su luenga barba.

Lleva este moro un sable desenvainado cuyo puño mantiene constantemente a la altura de sus hombros, conservándolo vertical y punta arriba, pero lo que más llama mi atención no es la rara y continua posición del arma, sino una porción de papeles blancos y azules arrollados al tercio más fuerte de la hoja y sujetos con una cuerda.

Me figuro que aquel tipo que va y viene de un lado a otro con una movilidad que marea, ha de ser el *Jefe de Estado Mayor* del *Cuartel General*, y que aquellos papeles son partes recibidos, órdenes o cosa así; una fantasía. Mas no hay tal moda. Ridiculez por ridiculez, viene a ser lo mismo. Visto de cerca, puede observarse que lo que yo estimaba órdenes son simplemente trozos de periódicos y de las azules envolturas de los paquetes de velas, atados para preservar la hoja del polvo y la humedad.

Mientras almorzamos, pues también S. E. ordena se sirva al sargento, despacha el morabo unos cuantos asuntos y, sin dejar su enfática pose, me explica las virtudes y sencillez de los indígenas, su sobriedad, su resistencia y otra serie de bellas condiciones que no sé por qué trae a colación.

A tener asegurada mi piel, le hubiera hecho entonces la apología del moro, diciéndole lo que me callaba: que era un gorila que hablaba, de

excelentes palabras y pésimos hechos, hipócrita, ladrón y embustero por esencia y potencia y capaz de vender a su padre por una peseta. Le recordaría que en cierta ocasión, enterado un indígena de que otros dos se habían confabulado para matar y robar a su padre, no halló mejor modo de evitar el crimen que adelantándose en todo a los bandidos, quitando él mismo la vida y la bolsa al autor de sus días. ¡Paciencia para aguantar tanto cinismo! Cuando terminamos de almorzar ya tengo a la puerta mi caballo, parece fuerte. El morabo me advierte que es exclusivamente para mí hasta que lleguemos a Alhucemas. Los guías, añade, que son hombres formales de su confianza y hablan bastante el español, irán a pie porque, aunque viejos, los moros son fuertes, recalca.

Llegado el momento de la partida, monto a caballo y seguimos a los dos beniurnagueles que han de escoltarnos. El morabo les acompaña hasta la salida del pueblo, hablando reservadamente con uno y otro. ¿A quién tratará de engañar? Al salir nos despide militarmente. Son, próximamente, las dos de la tarde del 28 de agosto.

Alcanzada la carretera a Segangan, veo un grupo de moros que, con grandes barras de hierro, está destrozando un cambio de vía cerca de la estación. La línea telefónica aparece destruida; los postes han sido cortados y el hilo, partido a trozos, se encuentra aquí y allí a lo largo de las cunetas.

No tardarnos en percibir ráfagas de insoportable hedor cuya causa nos es bien conocida. A derecha e izquierda del camino hallamos frecuentemente cadáveres que llevan más de un mes pudriéndose al sol sin que, por higiene siquiera, las «autoridades» de la rifeña república hayan pensado sepultar.

Del pueblo de Segangan puede decirse que no ha quedado piedra sobre piedra. De sus proximidades salen a nuestro encuentro cinco o seis muchachitas indígenas que, fuera del camino, marchan a nuestra altura, corriendo a veces para adelantarse e indicarnos por señas que al llegar a determinado punto nos cortarán el cuello. Van gozosísimas a presenciar nuestra ejecución y nos siguen cerca de tres kilómetros, hasta que se cansan.

¡Odio eterno de la raza! De suceder lo que esperaban, aquellas niñas, ninguna de las cuales alcanza los once años, arrojarían sobre nuestras cabezas los pedruscos mayores que sus débiles fuerzas pudiesen levantar.

Seguimos a buen paso por el camino de Ishafen. De vez en cuando, hallamos grupos de indígenas que van a la harca o regresan de ella. En algunos lugares de la carretera hay cubas con agua cubiertas de ramaje. Se me dice que es una medida tomada por su gobierno. Las kábilas inmediatas tienen

obligación de surtir aquellos depósitos para que beban los caminantes. Estará buena.

Frente a Ras-Medua, dejamos la carretera para tomar el atajo que conduce al poblado de Trebla. No nos habremos separado aún 200 metros, cuando presenciamos un cuadro horrible. Casi tenemos que pisar los cadáveres descompuestos de dos soldados. Sus cráneos están machucados y en derredor de aquellos restos se ven grandes piedras manchadas de sangre. ¡Pobres mártires! ¿Serán vengados? Uno de los moros me pregunta si no me es molesto ir tanto tiempo a caballo; respondo que no y me dice que es mejor ir un rato andando para estirar las piernas. Me doy cuenta de lo que desea y echo pie a tierra. Efectivamente, no acabo de hacerlo cuando monta él, y así llegamos a Trebla, distante unos tres kilómetros de empinada cuesta.

Allí me entero de que este poblado va a ser nuestro primer punto de etapa, pues es ya tarde para proseguir la marcha. La continuaremos al día siguiente al romper el alba.

Cenamos y pasamos la noche en casa del jefe, que me trata bastante bien, pero no puedo dormir debido al excesivo número de pulgas que hay en la habitación. No ha amanecido aún y ya estamos de nuevo en marcha hacia Ishafen. Otro de nuestros guías ha cogido mi caballo y tengo que seguir a pie. Se conoce que la cabalgadura es para los tres. Gracias a que me encuentro descansado.

Pasamos al sur de la posición y a bastante distancia de ella. Cuando empezamos a descender al río, un muchacho adolescente que cuida unas ovejas me sale al encuentro y me ofrece compasivo un trozo de pan.

Admirado de hallar un niño que no nos aborrezca, quiero indagar la causa y le pregunto si sabe el castellano, pero no me entiende e insiste en que le tome el pan, que, a instancia de uno ele los de mi escolta, acepto conmovido. Cuando le doy las gracias y observo el triste mirar del muchacho, me vuelvo apresuradamente para que no vea asomar mis lágrimas.

Poco antes de llegar a orillas del Kert, me ceden el caballo. Los moros y el sargento vadean el río descalzos. Al otro lado descansamos un momento al pie de una frondosa higuera.

El dueño de la huerta nos invita a tomar unos higos, y al poco rato se nos sirven en un orinal. Lo habrán recogido en alguno de los saqueos y creerán que hacía oficio de cazuela o frutero.

Mi estómago se halla en un conflicto entre la debilidad y la repugnancia. Le salvo de él eligiendo los higos que no tocan al «frutero», que, por cierto, está bien deteriorado.

Un niño de unos doce años, provisto de un viejo fusil Remington atado con alambre, nos contempla a distancia. Sorprendido de ver un arma así en sus manos, pregunto para qué la quiere. Me dicen que es el guarda de aquella huerta y que la vigila durante noche. Si observa el más leve indicio de que alguien quiere penetrar en ella, dispara el arma y previene al dueño. Resulta un perro muy original.

No bien queda vacío el adminículo, comenzamos a escalar las alturas del Mauro, cuyas cumbres rebasamos para internarnos en pleno Beni-Said, por donde caminamos algunas horas hasta llegar al arenoso lecho de un río, seco por entonces.

El sol quema y buscamos la sombra de uno de los taludes casi cortado a pico, al pie del cual descansamos unos veinte minutos.

Al reanudar la marcha, monta unos de los guías y tengo que continuarla a pie, con la agravante circunstancia de que todo el camino lo hacemos cuesta arriba y el calor aprieta más cada vez.

Hemos encontrado un grupo de indígenas que vuelven de la siega en Argelia y nos acompañan largo rato charlando con nuestra escolta. Todos van sin arma y llevan bastones con agudas conteras de hierro. Uno de estos moros que habla algo el castellano, me ofrece el suyo para que me apoye al subir las empinadas cuestas.

La marcha es acelerada, como suele hacerlo aquella gente que tiene piernas de acero, y comprendo que no podré sostenerla por mucho tiempo, pues ya sigo con los últimos, fatigadísimo y lleno de agujetas. Tengo secas las fauces y me duelen horriblemente las rodillas y las caderas. No sé cuántos kilómetros he recorrido así; me parece que muchos, cuando, a punto de caer agotado, me devuelven el caballo.

Recorriendo una pequeña meseta cuajada de espinos, encontramos un «moro» ocupado en amontonar algunas de estas plantas, ya secas. A nuestro paso, nos contempla atónito y cuando le miro, se cuadra inconsciente. Como me figuré, es tan moro como yo, y sólo tiene de indígena la vieja camisa que lleva puesta y un pañuelo liado a la cabeza. Resulta ser un soldado al servicio de un beni-said, que lo ha recogido para explotarlo como esclavo. Sin embargo, nos dice que está bien tratado. En atención a que la pareja que nos conduce puede entender algo, sólo me es permitido hacer al muchacho alguna insinuación para que, aprovechando el disfraz, gane la plaza en la primera oportunidad.

A juzgar por el paisaje y por el tiempo que llevamos de marcha, creo que al detenernos para beber en un enorme aljibe construido en una meseta,

hemos ya entrado en tierra de Beni-Ulixes. Desde entonces caminamos por abruptas montañas en las que vemos algunos pinos regularmente desarrollados. Puede decirse que no recorremos ni un solo tramo de terreno que sea horizontal. Salvando constantemente hondos barrancos, llega el atardecer y, a esta hora, el término de nuestra jornada. Nos alojamos en una casa de piedra inmediata a un torrente y rodeada de arbolado. Es de un jefecillo que nos recibe bastante bien.

Antes del tradicional té y mientras nos preparan la comida, que buena falta nos hace pues no hemos tomado nada en todo el día, descansamos tendidos a pocos pasos de nuestro alojamiento. El sitio es pintoresco y me recuerda rincones agradables de las montañas de Guipúzcoa. ¡Lástima que los naturales no sepan aprovecharlos sino como guaridas! Un niño, hijo del jefe, curiosea los números de mi uniforme, la hebilla brillante de mi cinturón y un lapicero que asoma por mi bolsillo que por fuera toca preguntándome si tengo dinero. Su impertinencia para que le muestre cuanto llevo es tanta y de tal manera soba mi guerrera, que su padre tiene que quitármelo de encima, avergonzado de la «precocidad» del chico.

Mi comida aquella noche se reduce a té y dos huevos duros con una corteza de pan. El sargento come de todo, a pesar de estar rendido de fatiga. No sé cómo el pobre hombre ha podido soportar la caminata, sin gorro y medio descalzo. Es más fuerte que los peatones moros.

Las esteras de la habitación son nuestra cama. El niño se ha colocado cerca de mí y debe soñar que me registra, porque al poco tiempo de apagada la luz noto su manecita enredando mis bolsillos. Tengo que cambiar de sitio huyendo de aquel aprendiz de ladrón.

Antes de amanecer, continuamos la marcha hacia Annual, que, según nos anuncian los guías, alcanzaremos en menos de dos horas. Como aún no se ve bien y el piso está resbaladizo, pues ha llovido durante la noche y aún chispea amenazando tormenta, tenernos que andar con sumo cuidado para no rodar por los vericuetos en que nos aventuramos.

En repetidas ocasiones ha estado mi caballo a punto de caer por los acantilados. Comienza a llover seriamente y el peligro aumenta con ello, pero tan cansado voy, que prefiero correrlo a trepar por aquellos escarpados.

Desde las crestas de uno de los montes se me señala al fin el lugar en que se encuentra Annual. «Ahora todo bajar», me dicen los guías, «faltar poquito».

Al aproximarnos al campamento, tropezamos por todas partes con el macabro espectáculo de los insepultos cadáveres. Por el camino que traemos

no se ha retirado fuerza alguna y, no obstante, son muchos los que hallamos. Cada vez que pasamos junto a alguno observo que los guías se tapan boca y narices y apresuran el paso huyendo de la pestilencia.

Fuera del campamento hay una casa a la que derechamente nos dirigimos. Es, me dicen, donde se aloja el jefe de las fuerzas de Annual encargadas de la custodia de los prisioneros y del material de guerra.

Frente a la casita, veo perfectamente alineadas ocho piezas de artillería con sus carros correspondientes y, junto a sus muros, un montón muy grande de vainas de cartuchos de cañón. Inmediato a la puerta hay un *side-car* que no parece muy averiado.

La tormenta ronda aquella zona amagando descargar de un momento a otro, en vista de lo cual acuerda nuestra escolta hacer allí un largo descanso mientras pasa el turbión y, como consecuencia de la determinación, penetramos en la casa.

Nos reciben un soldado de los prisioneros y un esclavo moro cocinero del jefe. Este, que se halla en el campamento que han levantado cerca del río, no tarda en subir y enterarse de mi llegada. Es poco comunicativo, acaso por darse importancia, y hace muy poco caso de nosotros, pero no se niega a cuanto el sargento le pide, dándole carta blanca para que disponga del soldado y nos proporcione comida. Bien mala es la que se puede conseguir: una lata de chorizos de las que se salvaron de la quema del depósito de Intendencia. Es imposible comerlos; es decir, para mí, porque el sargento Alegría no repara en escrúpulos.

Pasada la tormenta, que más ha traído ruido que otra cosa, se me llama al campamento sin que luego haya podido averiguar para qué, pues al ir a penetrar en una tienda cónica donde supongo al jefe, me lo impide un joven indígena, titulado ayudante, que habla muy bien el español porque ha sido intérprete a sueldo en nuestras oficinas de Policía y que arrastra petulante un sable con puño dorado. Entre las mil tonterías que dice, asegura muy formal que no volverá a Melilla, pues hará mejor carrera en el ejército del Rif.

Estoy al lado de este hombre, en pie, junto a la tienda, esperando saber lo que se desea de mí, observado a distancia por varios soldados y sargentos que me miran con curiosidad.

Cuando me apercibo de ello, les saludo desde lejos, y la pobre gente me demuestra entonces su natural simpatía.

Como nada se quiere de mí ni nada se me dice, manifiesto mi deseo de acercarme a la tropa, y lo que el flamante oficial no se atreve a autorizar lo resuelve de plano uno de mis guías, diciéndome que sí, que puedo esperar en

la tienda de sargentos y comer si quiero, pues hemos de tardar más de media hora en salir para Aydir.

Aprovecho gozoso aquel permiso para estrechar la mano de tanto compañero de desgracia; para saludar al sargento Arenzana, a Basallo, a Navarro, a muchos más que no conocía; para hablar con todos.

El sargento Alegría es reconocido y se le facilitan algunas viejas prendas de vestir. Todos los de su empleo están alojados en una tienda doble cañonera cuyo piso se halla abundantemente cubierto de paja; es la cama general.

Los soldados, cuyo número, según se me dicen, asciende actualmente a 413, están en barracas que ellos se han construido con ramaje, bajo los árboles, como Dios quiere. La estación les ha permitido vivir así.

Verdad es que las enfermedades, la falta de elementos de cura, el estar haciéndose lentamente la concentración, su salida del campamento en partidas para transportar material, cambia todos los días este número de prisioneros.

Por entonces no ha empezado a organizarse aún aquella heterogénea fuerza cuya disciplina es casi nula, pues los moros no consienten a las clases ascendientes ni autoridad de ninguna especie. En una palabra, se hace vida poco menos quede rebaño, y digo poco menos porque a iniciativa de Basallo y algunos otros sargentos se ha empezado por la tropa a identificar y dar sepultura a no pocos cadáveres.

Come la gente lo que se ha salvado del depósito de Intendencia y no han querido los indígenas, algo de pan que las kábilas facilitan y alguna fruta que se «proporcionan» o se les da a cambio de servicios.

He preguntado por el estado de las piezas que he visto al llegar, y me dicen que cuatro de ellas no tienen cierre y que los soldados no perdonan ocasión de quitarles disimuladamente piececitas y tornillos siempre que las llevan de un punto a otro. También han inutilizado el *side-car*.

No tengo tiempo de adquirir muchos informes. De todo lo apuntado, que pienso hacer presente al general, me entero mientras con el mayor interés y voluntad se desviven los sargentos por atenderme y ofrecerme lo que tienen; mientras tomo un par de huevos fritos y un gran vaso de café que no sé de dónde ha salido.

Estoy terminando de tomarlo, cuando recibo aviso de que me espera la pareja. Debernos continuar la marcha y, muy agradecido a las atenciones de todos, me despido.

Serán próximamente las dos de la tarde y, por consiguiente, tendremos que hacer noche en alguna kábila de Tensaman, pues de Annual a Aydir cuentan cuarenta y tantos kilómetros.

El camino es al principio llano y fácilmente practicable. Seguimos una ancha vereda que nos conduce salvando suave divisoria, hasta el río grande o Guadalquivir, de anchísimo y pintoresco cauce bordeado de huertas y extensos sembrados de maíz.

Por su orilla derecha he visto un canalito por el que corre abundante caudal de agua tomada para el riego. El río no lleva mucha agua entonces y puede vadearse por cualquier sitio sin mojarse apenas los tobillos. Lo verificamos nosotros casi al pie de la tristemente célebre posición de Abarrán, elevada y áspera montaña de rápidas pendientes al Guadalquivir.

A la simple inspección del terreno comprendo las causas que impidieron volver a ocupar aquella posición. Lo que no puedo explicarme es por qué se colocó allí, pues, por su distancia a Annual, su alejada y difícil aguada y sus condiciones tácticas y de tiro, estaba vendida completamente.

Y esto no es una opinión mía simplemente, es la de todo el que ha pasado por allí, y lo será en su día del turista que se aventure en aquella zona, ya que tengo la esperanza de que no se siga semejante camino para llegar a Alhucemas.

Seguimos largo tiempo por el mismo cauce del río antes de escalar los montes de Tensaman, cuya ascensión emprendemos al cabo por intrincadas sendas que entre las rocas de sus laderas serpentean.

A veces marchamos por caminos que parecen de herradura; otras por el fondo seco de torrenteras, pero siempre encajonados y sin horizonte; constantemente dominados a derecha e izquierda. De cuando en cuando, se ven algunas casas rodeadas de arbolado. Gente, encontramos muy poca. Un santón, morabo o lo que sea, montado en un mulo y seguido de otros dos moros se reúne durante la marcha. Casi de noche, llegamos todos a una pequeña planicie donde hay una casa bastante grande próxima a un lugar lleno de higueras. Me dicen que allí habita un morabo de importancia. Por la hora, presumo que aquel día hemos terminado la jornada.

Después de hacérsenos esperar un buen rato, se nos permite entrar al inmueble por una puerta como jamás había visto ni en las películas policíacas. No tiene cincuenta centímetros de anchura ni más de un metro de alta.

Parece mentira que por tan pequeño agujero puedan pasar animales tan grandes y con dos o tres chilabas puestas. No obstante mi agilidad y escasa humanidad, me cuesta trabajo penetrar por aquella especie de alcantarilla, que tal parece, pues a la puerta sigue un angosto pasillo de unos dos metros de longitud, en cuyo fondo, y en el muro izquierdo, hay otra abertura de las

mismas dimensiones que la anterior, por la que, sin duda, ha desaparecido la comitiva que nos ha precedido.

Cuando pretendo seguirla, un esclavo, negro como el azabache, me intercepta el paso haciéndonos señas de que no debemos entrar. Y allí quedamos el sargento y yo como metidos en una ratonera, pues el negro atranca acto seguido la maciza «puerta principal» con un trozo de viga que encaja en dos hendiduras del espeso muro y desaparece por la otra.

Poco después, vuelve con dos sacos viejos, nos los echa a los pies como pudiera hacerlo tratándose de perros, enciende un cabo de vela que pega a la pared y, sentándose a lo moro, se prepara a fumar el *kis* en una diminuta pipa de largo tubo.

Ya presiento el plan y la hospitalidad de aquel fanático y salvaje morabo, al que en la inmediata pieza oigo rezar en compañía de sus cofrades. Tendremos que pasar la noche en el estrecho portal, vigilados por el esclavo.

Malhumorado, doy un puntapié al saco y me siento en el santo suelo. «Para poca salud, más vale morirse». Me mira el negro pintándose el asombro en sus ojos desmesuradamente abiertos, y sigue fumando. Acaso se haya figurado que estoy loco.

Pasada una hora, próximamente, durante la cual ha entrado varias veces el esclavo a la contigua habitación, sale trayendo media torta de cebada y no sé qué otra comida que en una cazuela me ofrece. Entonces lo miro fijamente, todo lo serio que puedo, y, para darle a entender que su amo es un grosero y que nada quiero de él, le digo señalando con los dedos las estrellas de mi bocamanga: «¡Gualo macla, gualo!». Muy asombrado, casi atónito al ver mis ademanes, acaba por encogerse de hombros y presentar la cazuela al sargento, quien, en su perpetuo apetito, la acepta no menos admirado de mi proceder.

Siéntase el negro y, en tanto que mi compañero despacha la pitanza, saca la pipa, la prepara cachazudamente, la enciende, aspira con deleite la primera bocanada de humo y, echándome receloso una mirada de reojo, sigue impasible saboreando el *kis*, bien seguro de que estoy rematado.

No tendré que esforzarme mucho para convencer a cualquiera de que he pasado la noche en vela y de que estoy deseando abandonar aquella casa.

La dejamos al amanecer, haciendo nuestra escolta y el sargento una verdadera recolección de higos cuando pasamos junto a los frutales. Jamás he comido tantos.

Prosiguiendo nuestra marcha por veredas apenas perceptibles, subiendo siempre, salvando difíciles pasos y quebraduras en las que mi caballo no se atreve a aventurar, vamos trabajosamente escalando cumbre tras cumbre hasta

llegar al cabo de tres horas a una elevadísima meseta cubierta de pinos enanos, retorcidos arbustos, espinos y monte bajo.

No hay en esta desierta meseta vestigio alguno de senda ni señal de paso, ni parece que en ella pueda vivir ser humano. Invadida por espesa niebla que cala nuestros ligeros vestidos, yo, que voy a caballo, estoy transido de frío. Tan densa es la bruma y oscuro el verde de aquella vegetación del rayo, que no se ve materialmente. El efecto óptico es sorprendente: todo, hasta la misma nube, parece negro, como si caminásemos entre carbones apagados que aún despidiesen vapores mezclados con humo.

Los guías han debido de extraviarse, porque frecuentemente les veo vacilar y detenerse breves instantes; la marcha es penosa y difícil; por muchos sitios no se puede pasar.

¿Es posible que alguien haya pensado en caer sobre la bahía de Alhucemas siguiendo aquel camino que es sin duda el más practicable a lo largo de la costa? Yo aseguro que *en plan de guerra, no se seguirá nunca*.

Salimos al fin a una parte de la meseta en la que los pedruscos y pizarras van substituyendo poco a poco a la áspera vegetación. Luego comienza a acentuarse una suave pendiente y al terminar la cual hallamos una barrera de enormes y puntiagudas rocas, especie de pretil natural de un profundo acantilado.

Bruscamente cambiamos entonces de dirección marchando hacia nuestra izquierda y, bordeando el obstáculo, bajamos por una torrentera hasta dar con una vereda pésima, de pronunciada pendiente.

Siguiendo sus continuadas revueltas, descendiendo siempre, salimos de la niebla que dejamos arriba envolviendo los cubiertos picachos. Estos parecen incendiados al recibir entre girones de nubes algunos rayos de sol.

Abajo, a lo lejos, se divisa el mar y la extensa bahía de Alhucemas inundada de luz.

¡El mar! ¡Nunca me ha parecido tan hermoso! Sólo quien haya caído en poder de esta gente salvaje puede envidiar como yo aquella extensión de agua que es camino luminoso de libertad. En él espero terminará mi pesado *vía crucis*.

Antes de llegar al llano, hacemos alto en una loma en que hay viñas. Vamos a descansar un rato y aprovechamos la ocasión para comer algunos racimos, o más bien, quiere la pareja comer uvas y descansar de paso, pues creo que el sitio estaba previsto y elegido.

Al emprender de nuevo la marcha, voy a pie. No me importa que uno de los guías haya tomado mi caballo, porque descendemos el lecho de un arroyo

por verdaderas escaleras difíciles de bajar y peligrosas para un jinete.

La empinada ladera es una mina de hierro. El mineral, en bloques, grandes trozos, piedra y polvo, está en la superficie, allí no hay tierra. He tomado al azar un pedrusco y, por su estructura, peso y color me parece de una riqueza insuperable. La otra vertiente al arroyo, formada por una mayor elevación de terreno creo que también contiene el mismo metal.

Ya en el lecho del riachuelo, el camino es llano y fácil, y habremos por él recorrido dos o tres kilómetros, cuando salimos a la bahía junto a un pequeño grupo de árboles seculares. En sus inmediaciones es donde semanalmente se celebra uno ele los zocos de los beniurriagueles.

Una hora después cruzamos el Nekor, río principal de esta zona y que puede vadearse por cualquier parte, y luego el Guis, de menos importancia y caudal que el anterior, pero muy aprovechado por los indígenas para los riegos de aquella vega cuya anchura estimo en diez o doce kilómetros. Siguiendo en nuestra ruta bastante separados del mar, no he podido aún ver la isla de Alhucemas, cuando, atravesada toda la vega, subimos a las lomas de Aydir. Allí, detrás de las tapias de una casa aislada, asoman dos tiendas cónicas; en la puerta del patio veo uniformes. Son compañeros de armas a quienes sorprende la llegada de otro prisionero.

Al fin he llegado y estrecho gozoso las manos de muchos amigos que me reciben con manifiesta alegría, agobiándome a preguntas, felicitándose de volverme a ver, ofreciéndome cuanto tienen.

Mi incorporación el 31 de agosto, a la una de la tarde, no ha podido ser más oportuna; vamos a comer «formalmente», cosa que yo no había hecho desde el 18 de julio. Mi cubierto está listo, hay mesa, sillas, vajilla y cocina a la europea. Ha cambiado el régimen. El general ríe viéndome hacer honor a los platos.

XV
LOS PRISIONEROS DE GUERRA

Concluido de tomar café, satisfago la natural curiosidad de mis compañeros contando mi odisea. Ellos, por su parte, me informan también del trato que reciben, de las condiciones en que viven, de sus esperanzas y, poco a poco, en distintos días, de las vicisitudes que les han colocado en la actual situación.

Hay en la casa 43 oficiales, y, además, un intérprete y un paisano. He tomado sus nombres y procedencias:

De Monte-Arruit

General, Excmo. Sr. D. Felipe Navarro y Ceballos Escalera, Barón de Casa Davalillos.

Teniente coronel Infantería San Fernando, D. Eduardo Pérez Ortiz.

Comandante Caballería Alcántara, D. José Gómez Zaragoza.

Ídem Policía, D. Jesús Villar Alvarado.

Capitán E. M., D. Sigifredo Sáinz Gutiérrez.

Ídem Ingenieros, D. Jesús Aguirre Ortiz de Zárate.

Ídem Artillería, D. Alfredo Correa Ruiz.

Ídem Infantería África, D. Francisco Hernández Pérez.

Teniente Artillería, D. Antonio Enrile López.

Ídem Infantería África, D. Francisco Arévalo Nicolás.

Ídem (E. R.) Policía, D. Esteban Gilaberte Aza.

De Igueriben

Teniente infantería Ceriñola, D. Luis Casado y Escudero.

De Zeluán

De Zeluán

Teniente Caballería Regulares, D. Enrique Dalias Cuena.
Ídem ídem Alcántara, D. Julián Troncoso Sagredo.
Ídem Infantería (E. R.) Policía, D. Manuel Cibantos Navas.

Casa Aviación Zeluán

Teniente infantería S. Aviación, D. Manuel Martínez Vivancos.
Alférez complemento Alcántara, D. Juan Maroto Pérez del Pulgar.

Tunguntz

Teniente Infantería San Fernando, D. Manuel Camacho Jáudenes.
Ídem ídem (E. R.) San Fernando, D. Baltasar Gómez Moreno.

Buirneyan

Capitán Infantería Ceriñola, D. Ricardo Sánchez Canaluche.
Ídem ídem ídem, D. José del Rey Riberón.
Ídem ídem Policía, don Luis Saltos Rodríguez.
Teniente infantería Policía, don Martín Elviro Berdeguer.
Ídem Artillería ídem, D. José Villegas Silva.
Ídem médico ídem, D. Antonio Vázquez Bernabeu.

Mehayast

Teniente Infantería Brigada Disciplinaria, D. Francisco Núñez Cabaleiro.

Dar Quebdani

Coronel Infantería Melilla, D. Silverio Araujo Torres.
Teniente coronel ídem, D. Manuel López Gómez.
Comandante ídem, D. Rafael Sanz Gracia.
Capitán ídem ídem, D. Antonio de la Rocha Sauvalle.
Ídem ídem ídem, D. Juan de Ozaeta Guerra.
Ídem ídem ídem, D. Macario Báscones Hidalgo.
Teniente ídem ídem, D. Manuel Zara zaga Fernández.
Ídem ídem ídem, D. Luís Ayuso Sánchez Molero.

Ídem ídem ídem, D. Humberto Padura Seguí.
Ídem ídem ídem, D. José Arjona Monzó.
Ídem médico ídem, D. Fernando Serrano Torres.
Ídem Intendencia, D. Ricardo Martín López.

Alcazaba Roja

Capitán infantería Melilla, D. Narciso Sánchez Aparicio.
Teniente ídem ídem, D. Juan Garrigorta Ampudia.
Ídem ídem, ídem, D. José González Arirmendi.

Imarujen

Teniente Infantería (E. R.) Melilla, D. Manuel Ibarrondo Olivares.

El intérprete es D. Antonio Rueda, y el paisano, D. Fernando Jiménez Pajarero, ambos apresados en Zeluán.

Además están en la casa el sargento Alegría, el cantinero de Afrau, Antonio Molina y cinco o seis soldados cuyos nombres no he tomado.

Nuestro alojamiento no es muy cómodo, como pronto puedo ver. Se reduce a un patio de elevados muros en el que hay colocadas dos tiendas cónicas. En el lienzo de pared que está frente a la entrada tenemos un corredor con dos puertas que conducen a otras tantas habitaciones de 6 × 2,5 metros aproximadamente, sin ventanas de ninguna especie y con piso de tierra.

El mobiliario consiste en tres camas, varias sillas y tres mesas, todo cogido en las posiciones, y dos butacones de mimbre que, con algunos enseres de comer y guisar, han enviado de la isla. También ha mandado esta jergones, cabezales, sábanas y mantas de tropa, más alguna ropa blanca y uniformes de almacén.

Cada cual tiene su petate, que durante el día coloca sobre las tapias y tiende en el suelo por la noche.

En una de las camas, situada en un ángulo del corredor, duerme vestido el general. Las otras dos están en una de las habitaciones. Una de ellas es ocupada por el coronel Araujo y el teniente coronel López Gómez; la otra, por el capitán Canaluche, que se encuentra enfermo. En esta me acomodo sin desnudarme la primera noche, pues no hay otra para mí y no acepto las que otros compañeros me ofrecen. Después, por mi repugnancia a dormir en el suelo sobre aquellas sucias ropas, lo hago muchas noches en el corredor, sentado en una butaca y puestos los pies en una silla.

El plan de vida hasta entonces ha sido bastante bueno, pero ha venido empeorando a medida que aumentaba nuestro número con la concentración. Ya no se dan gallinas ni sandías ni uvas. Los moros, poco frecuentes en todo, se limitan ya únicamente a proveernos de huevos, patatas y leña. Lo demás viene de la isla, con la que los beniurriagueles conservan la mejor armonía.

A cualquier hora del día podemos los prisioneros salir de la casa, siempre que no nos alejemos más de cien pasos. Parece que la guardia, que consta de cinco o seis moros, no tiene otra misión que prohibir la aproximación de otros ajenos a la confianza de Abd-el-Krim y servirnos poco menos que de ordenanzas. No se nos molesta en absoluto. Para comer nos reunimos en una mesa el general y los jefes, y en otra todos los capitanes. La gente joven come en la tercera mesa, en cajones, donde puede. A todos se sirve lo mismo, pero luego en cada grupo, se mejoran los platos con lo que cada cual quiere pedir a la plaza de Alhucemas. De cigarros andamos perfectamente.

Nos desayunamos con café con leche, pan que diariamente llega de la isla, manteca y galletas.

Algunos oficiales aficionados intervienen directamente en la confección de nuestras comidas, pues la organización de tan importante labor, así como la administración de víveres, es cosa espontánea y milagrosa en aquella casucha. No tenemos útiles apropiados y se guisa a la intemperie, en un rincón del patio lleno siempre de moscas. La limpieza es bastante deficiente porque el agua escasea, no sobrando mucha para lavarnos, que hacemos con agua salada que trabajosamente en bombonas se sube del río que pasa por un profundo barranco situado a unos 400 metros de la casa.

El barco que hace el correo de la isla llega de Melilla con regularidad, y podemos escribir y telegrafiar a la plaza sujetándonos a la censura del cabecilla insurgente. Lo único que no se nos consiente recibir —no sé si por la isla o por quién— es la prensa: no se ha visto un periódico.

Todo esto es lo que se me dice y lo que yo voy viendo. Es nuestra situación del día, de la que esperamos salir pronto gracias a las gestiones entabladas para el rescate.

De nuestra liberación se ocupa con interés el moro Idris-ben-Said, a quien entonces saludo por primera vez y que tanto ha intervenido en el complicado asunto de los prisioneros.

La buena opinión que de este musulmán formamos no la hemos cambiado nunca. No conozco entre los indígenas otro caballero. ¡Parece mentira que tenga amigos entre aquella gentuza! Uno de estos es el recadero que va a la isla, Mohamed-ben-Mohamed Asarcán (Pajarito). De melifluo decir y suaves

maneras, incondicional admirador adicto del jefe rebelde, sabiendo mucho de gramática parda, con pretensiones de diplomático a pesar de su baja condición y empleo, queriendo conservar las mejores relaciones con amigos y enemigos, presumo que este moro es tuno redomado.

Siempre que nos trae el correo, nos cuenta algo de lo que pasa en el mundo, pues, enfáticamente presume de estar enterado de muchas cosas secretas, teniendo buen cuidado de ocultar lo que le conviene. Este moro nos acaba de asegurar que los franceses —esta es la palabra— habían ofrecido su apoyo a Abd-el-Krim y que este lo había rechazado por no querer nada de ellos y bastarse solo.

La llegada del correo con los telegramas y cartas de Melilla es siempre para nosotros un importante acontecimiento. Yo, que he puesto ya un despacho y he escrito a mi familia, espero con ansia la contestación.

Estoy lleno de miseria sin embargo de habérseme dado un traje, una muda de la ropa que han enviado de la isla. Los repugnantes parásitos andan por todas partes; los jergones y las mantas están plagados.

Pocos días después de mi llegada soy agradablemente sorprendido con una carta del capitán Soler, de la Policía de Alhucemas, antiguo compañero mío en el Regimiento San Fernando. En sentidas frases, se felicita por verme salvado del desastre y, ofreciéndoseme de corazón, me envía algunos efectos de aseo y un paquete de cigarros puros.

Poco vale el regalo, pero aquella atención no tiene precio para mí. La emoción que siento es intensa; es un abrazo espiritual, que me parece viene de la Patria porque es el primer saludo y la primera muestra de cariño que llega de allí.

Prescindiré de explicar la impresión que en mi ánimo produce la anhelada carta de mi familia, como en la crónica de nuestro largo cautiverio dejaré siempre al margen lo que me sea personalísimo y no afecte a la general exposición de los hechos. Mi propósito no tiene otro objeto que dar una idea aproximada de las situaciones que vamos atravesando.

Por aquellos días, mientras esperamos el rescate, se empiezan a recibir algunos donativos: el primero que llega a nuestras manos es enviado por el diario «El Sol»; es espléndido. Con lo recibido se organiza una tómbola, que es condición española no perder del todo el buen humor.

A causa de estos donativos, los convoyes que nos manda la isla y los encargos particulares, deben los indígenas pensar que nada nos falta y caen en la cuenta de que harán bien en reducir sus gastos, porque ya es bien poco lo que ellos nos suministran. Mejor creo que se quedan con mucho de lo nuestro,

pues nos administran el pan, el aceite, el arroz, el azúcar, el café, las velas, la sal y otra porción de cosas.

Hemos conseguido que se nos autorice para bañarnos en el río y lavar en él nuestras ropas. Todos los prisioneros bajamos la barrancada y, como el agua que aquel arroyo lleva es poca, tenemos que buscar los escasos lugares en que está embalsada.

Nunca me había yo figurado lo difícil que es lavar; todos lo reconocemos. El que mejor lo hace es el capitán La Rocha, pero lo hace mal también. No hay más diferencia que él no se desuella los nudillos como nosotros. La ropa se nos seca en el acto, que no es para menos aquel sol y el aire caliente que corre por el barranco.

Los guardianes nos vigilan desde las alturas sentados en las rocas, siempre con el fusil en la mano, haciendo punterías, disparando alguno sobre cualquier sitio. Para ellos todo el campo es polígono de tiro. Además, ¡están baratos los cartuchos!: a doce pesetas el ciento; más que en fábrica.

He aprendido ya el nombre de alguno de estos moros. El jefe de ellos es Amegar o Amogar, y tiene a sus órdenes al que llaman Si-Mohan y nosotros *Pistolilla*, porque constantemente lleva empuñada una pistola automática; a Ben-Aluch, hijo de un moro pensionado por la Comandancia, y a Si-Hosain, el perro fiel de *El Cojo*. Hay además otros dos guardianes cuyos nombres no recuerdo y que deben de ser de menor categoría, atendida su indumentaria.

Como nuestra situación nada tiene de entretenida, para distraernos y hacer algún ejercicio se nos ha ocurrido ensanchar una senda que desde nuestro alojamiento conduce al de Abd-el-Krim, y aunque sólo disponemos de un zapapico, una pala y una bala esférica de cañón para partir las piedras, siendo varios los que con estos útiles enredamos, pronto echamos de ver que, jugando, hemos hecho un verdadero camino que, limpio de yerbas y pedruscos, nos sirve para pasear. Luego lo vamos perfeccionando levantando asientos a uno y otro lado y hasta plantando chumberas en uno de sus bordes.

Mientras tanto, van trascurriendo los días en espera de nuestra ansiada libertad y nada sabemos de las negociaciones.

Nuestra guardia debe de empezar a cansarse, porque no anda de muy buen humor. De su continuo trato con nosotros ha ido adquiriendo confianzas y alguno se toma la de apropiarse lo que no le pertenece. Son moros al fin y comienzan los hurtos; con estos, las reclamaciones y, como consecuencia, la tirantez de relaciones.

Uno de aquellos días se fuga el médico Vázquez aprovechando la mayor libertad que por sus servicios en las kábilas se le permite, conocedor del

terreno por haber bajado en alguna ocasión a la playa, desaparece poco antes de anochecer y se presenta en Alhucemas. Debe de nadar muy bien, porque ha tenido que salvar los ochocientos metros o más que separan la isla de la costa.

A consecuencia de esta fuga cambia mucho el plano en que se nos tenía colocados.

Desde entonces se pasa lista al oscurecer y no permiten salir del patio sino con permiso y por causa bien justificada. De estas listas y de tal prohibición sólo se nos ha exceptuado al general, al coronel y a los dos tenientes coroneles.

La guardia está de peor humor y comienza a crecerse, a mandar y a dedicarse abiertamente a los hurtos de ropa, de huevos, de pan, de azúcar, de todo lo que pilla. Han confiscado también todas las ropas y efectos del fugitivo.

La salud de algunos de los prisioneros empieza a resentirse. Tenemos varios enfermos. El capitán Hernández, especialmente, a quien asistía el médico Vázquez, está de mucho cuidado. Él y el capitán Aguirre padecen fiebres tifoideas. El otro médico, el teniente Serrano, no descansa y ha reclamado medicamentos, pero ya no se nos atiende y no quieren traerlos.

Una tarde se nos incorporan los tenientes de Infantería D. Julio Nieto y D. Ángel Rucoba. El primero pertenece al regimiento Melilla y se hallaba en la posición de Bu-Sbáa; el segundo es de la Policía y fue herido y capturado al salir de Isen-Lasen, cuya posición se ordenó abandonar.

Idris-ben-Said regresa de la plaza con buenas noticias. Con el llegan Si-Mehamed, a quien llamamos Abd-el-Krim el Chico, por ser hermano Mohamed Abd-el-Krim, y otro moro llamado Tag-Tag, que dice es el jefe de Aduanas.

El hermano del cabecilla es un joven bastante culto, de cuerpo desmedrado y aspecto enfermizo, y lleva lentes constantemente porque es corto de vista. Ha estado una temporada en Madrid estudiando para ingeniero; pero no creo que sepa mucho de las primeras asignaturas del preparatorio. No obstante, como ha viajado mucho y conoce las costumbres europeas, resulta tratable y simpático hasta cierto punto, pues, como todos los moros, es reservado.

Parece que va bien nuestro asunto y que seremos libertados en breve. Mehamed, que ha de marchar con una harca a la zona occidental para llevar allí la insurrección, no cree volvernos a ver y viene a despedirse.

Hablamos un largo rato mientras los moros toman té y algunas golosinas. Tag-Tag me explica la importancia de su cargo. Los huevos son la principal

fuente de ingresos en la aduana de Alhucemas, pues su exportación produce muchos miles de pesetas.

El general aprovecha la ocasión para solicitar de Mehamed se envíe a la plaza de Alhucemas al capitán Hernández, que se encuentra gravísimo. Duda el moro que su hermano consienta en ello, porque le molestó mucho, dice, que cuando libertó al intérprete Alcaide y a unas cuantas mujeres, no le dieran las gracias las autoridades españolas, pero de todos modos nos asegura que, encontrando muy en su lugar la petición, pondrá toda su influencia hasta conseguir el permiso, siquiera por humanidad.

Estamos hacinados porque los guardianes no nos permiten dormir fuera de la habitaciones y el corredor. La soberbia de Pistolilla, jefe interino de la guardia, es tanta que sería insoportable si se tratase de una persona y no de un pequeño gorila al que ni siquiera se entiende. Llegado el crepúsculo, este celoso carcelero no nos permite pasear por el patio.

Muchas veces ha reclamado el general por los salvajes modales del morito, pero ha sido en balde. El comandante Sanz cree firmemente que la ha tomado con él, y, entre los dos, ocurren escenas desagradables que alguna vez han podido originar serias consecuencias.

Dos prisioneros más han llegado aquellos días: el sargento Ortega, de la Policía, y el soldado Salvador Ramírez, del regimiento San Fernando, escapado de una casa de Tensaman en la que se hallaba trabajando. Nos anuncian que al día siguiente traerán dos oficiales, pero no es así. El capitán Hernández se muere por momentos, los moros nada resuelven. El general insiste, se desespera y lucha lo indecible contra la calma de aquella gente que no tiene prisa para nada, aun después de acordado el traslado del enfermo.

Por fin, en la tarde del 30 de septiembre, es conducido a la playa en una camilla que llevan cuatro soldados. La despedida es muy triste; va, puede decirse, moribundo, tanto, que días después supimos había fallecido en la isla aquella misma noche. Primera víctima en Aydir de las dificultades de nuestro rescate.

Sabemos que el coronel Paxot ha llegado a Alhucemas en compañía de un moro de Tánger y que Abd-el-Krim no quiere negociar con él nuestro asunto ni proseguir en él si no es en Idris-ben-Said. Ni siquiera irán a la isla mientras esté allí la comisión.

A los pocos días, en cambio, se muestran los jefes moros optimistas y dan por hecho el canje. Nos dicen que, como deseaban, se han retirado aquellos comisionados y que antes de quince días estaremos en nuestras casas.

Concebimos grandes esperanzas de que sea así, porque llega un cañonero por Sidi-Dris y este se despide de nosotros hasta que vuelva con los moros del canje. Hemos estado cinco días sin correo de la isla, ignoro por qué. Cuando nos lo entregan, nos dan también otro donativo: varios cajones con botellas de agua mineral. Falta nos hacía, tanto por las enfermedades como por la escasez de la que normalmente bebemos.

Transcurren los días sin que Idris vuelva. ¿Habrá otro nuevo entorpecimiento? Para matar el tiempo entretenidos y no pensar todo el día en lo mismo, el general y yo hemos «acordado» limpiar de pedruscos, piedras y piedrecitas un rastro que hay al lado del camino construido: «hacer parque».

En aquella labor toman parte después algunos oficiales y el cantinero de Afrau. Es pretexto para que se les deje salir del patio y hacer ejercicio, pero ni son ni pueden ser estos tan consecuentes como nosotros que, entusiasmados en arrancar y quemar yerbajos y arrojar las piedras fuera de la zona que nos hemos propuesto limpiar, parece que trabajamos a destajo, pues todo el día no lo pasamos ocupadísimos. Los moros nos miran asombrados. «¿Por qué cansar, por qué?», nos dicen. El 13 de octubre llegan los oficiales cuya venida estaba hace días comunicada. Son el teniente de África, Gracia y el de San Fernando, Sánchez Ocaña, mi eficacísimo auxiliar de Monte-Arruit, al que ya no pensaba ver. Nos abrazamos gozosísimos. Viene muy desmejorado; ha sufrido mucho. Más tarde me cuenta su odisea.

Cuando los moros, dice, asaltaron Monte-Arruit se vio separado de mí y, poco después, dirigiéndose hacia la estación con el capitán Hernando recibió este un balazo en un brazo y dos él en una pierna y en la cintura. Que habiéndole desnudado y dejado por muerto, cuando volvió en sí, anduvo errante y desnudo toda la noche hasta que la falta de fuerzas y la sed le obligaron a presentarse a unos indígenas que le recogieron y cuidaron procurando curarle las heridas. Que no pudo conseguir su rescate ni aun después de ocupado Nador, y que tuvieron que esconderlo en Adaten hasta que pasó a la cárcel de Segangan, desde donde se le llevó a Annual, sufriendo en todo este tiempo toda clase de privaciones y un fuerte paludismo.

Del desdichado capitán Hernando nada ha vuelto a saber.

Durante su permanencia en Annual, donde ha estado varios días, ha sabido una cosa curiosísima: un mecánico o chófer, que habla francés y arregla los autos, se valía de un cabo prisionero para escribir cartas en español que nadie sabe a quién iban dirigidas, pues le despedía para poner los sobres. En algunas de estas se decía que el botín que los moros nos habían cogido consistía en 422 cañones —seis de marina— (?), 25 ametralladoras, 14 000

fusiles, 8 autos, 10 camiones, 62 motos, 3000 mulos, 2300 caballos y 2 aeroplanos, y que nos habían hecho 16 500 muertos y 1500 prisioneros.

¿Para quién serán estas noticias en idioma castellano? Es rarísimo el caso.

Creo que es al día siguiente, 14, cuando se fuga en las primeras horas de la madrugada el comandante Sanz Gracia. Como no sabe nadar, suponemos que ha comprado su libertad y achacamos entre nosotros a Ben-Aluch la complicidad en la huida.

A consecuencia de esta fuga, empeora el trato que nos dan los guardianes, suspendiéndonos además toda comunicación con la isla.

Nos enteramos el mismo día de que se han roto las negociaciones. Los moros dicen que la causa es debida a que el general Berenguer les impone como condición para tratar que los beniuriagueles se retiren de la harca.

En esta situación, el 23 abren otra vez los indígenas las comunicaciones con la isla y nos traen algunos encargos. Estamos desorientados.

Entre los envíos recibimos un cajón de libros con dos cartas. Las copio a continuación:

> *«12 de octubre 1921.*
>
> *Al general Navarro y demás prisioneros compañeros de cautiverio van dirigidas estas líneas adjuntas con unos libros, una caja de caramelos, para endulzar las horas tan amargas que, lejos de su Patria, supongo estarán pasando.*
>
> *Yo, niña, que desde que estáis prisioneros no he dejado un momento de pensar en vuestras penas y que diariamente rezo para que la Virgen os devuelva la felicidad perdida, sería mi deseo mandaros muchas cosas, pero como a mí cuando estoy muy triste y aburrida me gusta mucho leer, no teniendo otra cosa, os mando esos libros que mi deseo es que os distraigan y alivien vuestro ánimo aunque solo sea un cuarto de hora.*
>
> *Que pronto sepamos todos vuestro regreso y desde el general hasta el último soldado recibid los consuelos de esta niña que os manda sus saludos cariñosos*
>
> *Piedad…»*

La segunda decía:

> *Amigos míos: os deseo de todo corazón que estos libros que os mando os sirvan de distracción y consuelo en vuestro cautiverio, y si un día, que espero será muy pronto, recobráis la libertad deseada por*

toda España, acordaos siempre de que hubo un alma que no se olvida ni un día de rezar por vosotros.

Carmen 12-10-1921.

¡Carmen!… ¡Piedad!… ¡Dios os bendiga! Nos habéis hecho mucho bien. Ya no nos importa tanto que los amigos y los compañeros nos abandonen. ¡Qué lección anónima para aquellos de quienes esperábamos un simple saludo! ¿Será la censura la que les impide escribirnos, o se nos considerará indignos? No comprendo semejante proceder.

¿Qué mano férrea les prohíbe tal obra de caridad? Como el pensamiento busca sus causas… pienso muy mal, tanto que no me atrevo a apuntar aquí las ideas; sobre todo lo que se me ocurre de los que están en la plaza. Aquello no tiene nombre.

Abd-el-Krim y Kaddur-Amar, el jefe de los benisaid, llegan el día 15. Inmediatamente, bajo pretexto de que parecen chilabas, ordena el cabecilla nos quiten los capotes-mantas que acaban de enviársenos, y nos dejan sin paseo. También le pide el bastón al general con el exclusivo objeto de mortificarle, y no sé con qué otra idea que la de robarnos, hurtan los relojes a quienes los tienen, las máquinas fotográficas, las linternas eléctricas, los espejos, los cortaplumas, los útiles de peluquería, las tijeras de uñas, las plumas estilográficas, los cuchillos, todo lo que se nos ha ido mandando, con la amenaza de que el que oculte algo lo pasará muy mal. Además no nos dan de comer, mientras que la guardia tiene carne en abundancia.

Un cañonero que llega en la madrugada del 18 trae al moro Idris. Este nos dice que se piden cuatro millones y el canje, pero que no quieren rescatamos porque exigen como condición la garantía de que el dinero no ha de servir para armamento. Sin comentarios.

Seguimos incomunicados y sin comida. Es inútil que se reclame, porque la guardia se niega a toda conversación y relación nuestra con los jefes moros. Estamos abandonados.

XVI
EL CAUTIVERIO

En la tercera decena de octubre, a los dos meses próximamente de nuestra concentración, se nos advierte que el general y coronel y parte de los prisioneros han de cambiar de alojamiento y trasladarse a la casa de Abd-el-Krim, situada a unos 150 metros del que actualmente ocupamos. El pretexto es el temporal de lluvias y la llegada del invierno, pero el fin perseguido no puede ser otro que prevenir todo intento de fuga y encerrarnos.

Con los prisioneros que han de permanecer donde estábamos debe quedar un jefe, y el general dispone sea este el teniente coronel López Gómez.

Acordado por el jefe de la guardia los que han de ir a la otra casa, uno de aquellos días no transporta la tropa los míseros petates y, conduciendo personalmente nuestro reducido equipaje y las botellas ele agua, desfilamos hacia el nuevo alojamiento el general, el coronel, los comandantes Zaragoza y Villar, los capitanes Sáinz, Aguirre, Saltos, La Rocha y Ozaeta, los tenientes Casado, Dalias, Elviro, Cabaleiro, Zaragoza y Arjona, el intérprete Rueda y el jefe que escribe esta crónica. Diecisiete en total, con lo cual quedan algo más holgados en las dos habitaciones los restantes prisioneros.

En el patio mayor de la casa de Abd-el-Krim hay también otros dos locales. En uno de estos alojan al general y al coronel. Han respetado la cama del general, pero el coronel tiene que improvisarla con unos cajones.

En el segundo de los locales, una vieja cuadra sucia y húmeda, recién cubierta de techo y cuyo suelo se ha secado poniendo un poco de tierra, se nos coloca a los demás. Es esta cuadra tan reducida que, tendidos los 15 jergones, queda el pavimento completamente cubierto. No tiene más luz que la que entra por una puerta abierta en uno de sus lados mayores, y la ventilación, cuando esta se cierra, sólo tiene lugar por el mal ajuste de la puerta y los agujeros que, en sitios donde falta el endurecido barro, hay en la pared, muro de un metro de espesor reforzado interiormente con otro en seco mucho más

espeso. De esta insana mazmorra se nos saca diariamente de once a doce de la mañana para hacer una sola comida con los demás compañeros, y se nos vuelve a encerrar apenas acabamos de comer.

El jefe de nuestra guardia es Pistolilla, el arrebatado y fanático, quien tiene a sus órdenes a uno de sus hermanos y otro moro que acaba de sumarse a aquella guardia pretoriana.

Llevamos dos o tres días disgustadísimos con este nuevo plan, cuando una noche, sobre las ocho, hora en que nos encontramos acostados, abren la puerta y llaman al capitán Saltos, por quien dicen pregunta Amegar. Vístese el capitán y sale a la conferencia.

Suponemos que la entrevista le originaría un disgusto, porque el tal moro ya ha tenido con él algún altercado a causa de un reloj que se empeña le dé y que el oficial no puede entregarle porque lo mandó a su familia con Idris-ben-Said no hace muchos días. Y esto no lo cree el indígena y quiere la alhaja a toda costa, sin que haya manera de convencerle.

A medida que el tiempo pasa y Saltos no vuelve, nos tornamos más impacientes y pesimistas, pues creemos capaz a Amegar de cualquier cosa, del maltrato de obra, inclusive.

Transcurrida la noche sin que el capitán regrese, hasta llegamos a sospechar que lo tengan atado en la tienda de la guardia.

En esta incertidumbre, de la que esperarnos salir cuando nos saquen para comer, llegamos donde está el resto de los compañeros, todavía encerrados. Allí, en el patio, no hay más un soldado que al aparecer el general, le mira con ojos de espanto y medroso, quedamente, pronuncia: «Han dado cuatro tiros al capitán Saltos y lo hemos enterrado esta mañana».

Quedamos sobrecogidos y pálidos de indignación.

¿Qué gente es aquella? ¿Quién es el culpable de aquel crimen? La guardia nos vigila prevenida a todo evento, sin acercarse a los grupos, desde el terrado de la casa, encima de las altas tapias, armada hasta los dientes. Tiene miedo.

Las órdenes que aquella gente ha recibido deben ser severísimas, con harta complacencia suya. Comprendemos que aquel asesinato será el primero de una serie y que Amegar ha sido el asesino. Bien lo revela su ceñudo semblante, su inquieto y atravesado mirar. Aquel hombre nos odia.

El general le interroga sobre lo ocurrido, y el moro quiere eludir la respuesta y contesta con evasivas, hasta que, bruscamente, confiesa que lo ha tenido que matar porque intentó escaparse.

Pero, embustero por condición de raza, no nos ha dicho la verdad, que no tardamos en saber a los pocos días. Él y otro moro de la guardia llevaron

engañado hacia la casa del primero al infeliz capitán y, en el camino y por la espalda, le asesinaron cobardemente. De allí, de cerca de la casa de Amegar, lo recogieron los soldados.

El motivo del crimen no puede ser cuestión personal porque la guardia no se hubiera atrevido a tanto; política tampoco. Es —Abd-el-Krim nos lo dijo en cierta ocasión— una represalia; un procedimiento para acelerar nuestro rescate, para que no se duerma el Gobierno. ¡Salvaje! Hemos comenzado la época del terror.

Cada día se nos trata con peores modos. Quienes conocen algo el idioma de los indígenas, advierten que se nos insulta entre ellos y que se prometen saciar sus instintos sanguinarios; no pierden ocasión de mortificarnos.

No obstante, como la base de todo es proporcionarse dinero, nos ofrecen los mismos de la guardia llevar secretamente nuestras cartas a la isla si por cada una se les da un vale de cinco duros que allí cobrarían.

En esta situación y negándonos hasta la leña para guisar, que hemos de comprar sumamente cara, termina el mes de noviembre.

Y no comienza mejor el siguiente. Pistolilla, el jefe de nuestra guardia, nos habla mal de Idris-ben-Said, del que dice ha hecho a su señor una jugarreta. ¿Habremos perdido a nuestro único amigo? No hay manera de que el general se ponga al habla con Abd-el-Krim y le pida explicaciones sobre el cambio de régimen. La altivez del primero y la soberbia del segundo les hacen incompatibles para todo trato mutuo. En la última entrevista que ambos tuvieron, como el jete rebelde intentase demostrarle sabían los rifeños lo del derecho de gentes y trato de prisioneros, le afeó el general la traición de Monte-Arruit y la falta a lo pactado. Y esto no se lo perdonó jamás Abd-el-Krim.

Debido a ello, nuestras relaciones con los moros se sostienen por mediación de los capitanes Ozaeta y Canaluche, a quienes hemos dado el irónico nombre de jefes políticos. Su flexibilidad de carácter y su especial diplomacia y temperamento han debido de agradar a los indígenas y de ellos se valen y nos valemos nosotros como intermediarios en toda gestión.

Algunas veces interviene también como tal el capitán Aguirre, a quien los moros guardan siempre particular consideración por estar muy recomendado al hermano del cabecilla.

Este capitán y once soldados de Ingenieros tienen preparado su rescate por la suma de 30 000 duros, que nos dicen paga el Cuerpo, y con tal motivo se celebra el 4 de diciembre una conferencia con Abd-el-Krim en la que este le manifiesta que antes de hacer este rescate particular quiere esperar dos o tres

días para ver cómo se presenta el de todos nosotros, pues espera a Idris de un momento a otro.

Aprovechando esta oportunidad, se le pide el correo, que formalmente nos promete y que recibimos pocos días después con grandes esperanzas de rescate por parte de nuestros familiares. Al día siguiente, dice Abd-el-Krim al capitán Ozaeta que cuando escribamos a nuestras casas contemos «todo» lo que nos sucede.

Recibimos algunos encargos, gracias a los cuales comemos algo, porque el plan de alimentación a que nos somete no puede ser más sencillo: cien huevos y unos diez o doce kilogramos de patatas para 75 hombres. Esto es lo que nos compran con las 1580 pesetas que sabemos han mandado de la isla.

Los torpederos o cañoneros vienen con frecuencia, y en uno de ellos llega Idris-ben-Said, quien nos dice que las cosas van muy bien y que pronto nos veremos en Melilla.

El 12 de diciembre nos trae el vapor-correo donativos de agua mineral, vino y cigarros y en este mismo día recibe el general una carta del alto comisario. En ella le comunica que la Cruz Roja se ocupa de nuestro rescate, y nos participa que el Sr. Fernández Almeida, delegado de esta institución, se encuentra en la isla gestionando y cuidándose de nuestra correspondencia y envíos. Dícele también que España entera está interesada en nuestro retorno a la Patria, que espera, Dios querrá, será pronto.

Esta carta, la primera al cabo de cuatro meses de estar prisioneros, es comentada por muchos que encuentran en ella bastante frialdad.

Por entonces llama Abd-el-Krim a tres o cuatro oficiales, a quienes entrega cartas de su familia que él ha leído, y con referencia a su contenido les dice que no pide sino «los cuatro millones y los prisioneros moros».

El Regimiento de Melilla ha enviado como regalo un paquete de víveres por oficial. San Fernando ya lo había mandado el primero, pero ni entonces ni luego durante nuestro largo cautiverio hemos recibido una sola letra de nuestros amigos y compañeros de cuerpo. No me explico el porqué de no contestarme siquiera, ni he querido nunca preguntarlo. Ellos sabrán el motivo de semejante proceder. Yo sólo puedo decir que no sería por nuestro mal comportamiento, y prueba de ello es que ninguno de los prisioneros del Regimiento ha sido después procesado.

Llega a nuestro poder *El Telegrama del Rif* del día 7 de diciembre. Por él sabemos que el Gobierno se resiste a hacer el rescate por no admitir determinadas condiciones, siendo nuestra sensación la de que el asunto va muy lentamente. Hoy han quedado en la cuadra dos oficiales que se

encuentran enfermos. Estamos allí muy mal. El temporal no nos ha dejado dormir a causa de las goteras.

Recibimos un cuarto de ternera. Se pidió ayer y se nos exigió lo solicitásemos por carta. De esta manera, cada vez que pedíamos carne cargaban a la isla la res entera, cosa que luego supimos.

Andamos muy mal de agua, y, como el pretexto es la falta de envases, solicitamos de Alhucemas ocho cubas para el transporte, sin que por esto mejore el servicio para nosotros.

Se nos han enviado varios donativos y hemos recibido medicamentos. Entre los efectos que se nos mandan vienen mesas, perchas y faroles y varias banquetas, envío que nos causa mala impresión, pues no se compagina con lo que Idris nos ha dicho reservadamente: que el rescate es cuestión de cinco o seis días y que todo está arreglado.

No obstante estas buenas noticias, no mejoran los modales de nuestros guardianes, quienes, de orden superior, nos han cacheado, amenazando con castigar duramente al que se reserve cualquier objeto que sea arma o clavo.

El moro Idris-ben-Said rehuye entrevistarse con nosotros y no sabemos a qué atenernos. ¡Es tan fácil engañarnos! Estamos completamente desorientados.

Nochebuena no lo es para nosotros. Por si el sufrimiento moral no nos bastaba, sabedores de que los cristianos celebramos fiesta, nos han negado la vela con un pretexto infantil y con el solo objeto de mortificarnos. Por este motivo, al quedarnos sin luz, tenemos que hacer apresuradamente las «camas» y acostarnos al oscurecer después de improvisar nuestra cena, consistente en un poco de jamón, pan y agua. Y, para completar la noche, nos dicen los guardianes que lo nuestro se pone mal y que nos tratarán peor.

No lo pasamos mejor el día 25. Nos sacan del calabozo a las dos o tres de la farde y nos encierran poco después; no han hecho comida, ni fuego siquiera. Tomamos únicamente pan mojado en el café del desayuno.

Antes de salir nos han pedido pongamos nuestros nombres, de nuestro puño y letra, en un pliego de papel de barba que nos presentan. Como sería inútil preguntar a la guardia el objeto dicha pretensión para averiguar sus propósitos, tenemos la precaución de empezar nuestras firmas en borde superior de la hoja.

Pocos días después recibimos un grande y surtido donativo de la Cruz Roja, encargos particulares y correo, con lo cual, puede decirse, nadamos en la abundancia.

Amegar, a quien ha debido decírsele no nos robe, está de pésimo humor y brutales maneras. Su cinismo llega al extremo de molestarse porque creamos que sus subordinados, más ladrones que Caco, se quedan con algo nuestro.

Idris interesa del general le firmemos dos cartas dirigidas a Fernández Almeida. En una de ellas desea hagamos constar lo que Abd-el-Krim nos ha dicho referente a sus condiciones para el rescate: los cuatro millones y todos los musulmanes presos. En la otra las atenciones y favores que Idris-ben-Said nos ha concedido durante nuestra concentración y cautiverio. Como ambas cosas son verdad, se escriben y firman las cartas.

Se nos dice que Almeida marchará hoy 2 a Melilla con objeto de traer el dinero; que durante la última noche debió de desembarcar allí el señor La Cierva, y que S. M. la Reina llegará a dicha plaza el 12 del próximo enero. ¿Será verdad? Para ser así, precisaría que fuese casi un hecho nuestro rescate. Puede ser porque Idris me manifiesta alegremente que ahora va la cosa de veras. Por otra parte, se nota tolerancia de nuestro trato y nos dejan pasear hasta la caída de la tarde.

Durante la noche ha intentado Amegar darnos un timo. Dijo el carcelero que como nuestras tropas habían avanzado mucho, tenía Abd-el-Krim *rabia por cabeza* y vendría a ponernos cadenas, lo que él podría evitar si le dábamos vales de veinte duros por cada uno de nosotros. Nos negamos resueltamente a regalarle las 5000 pesetas, no obstante sus no muy veladas amenazas.

Al siguiente día, Idris y Abselam (el tío de Abd-el-Krim) nos confirman las buenas noticias. Tenemos agua para lavarnos y recibimos 200 cajas individuales enviadas por la marquesa de Barbera, conteniendo, cada una, una botella de Jerez, otra pequeña de cognac, un bote de leche, una lata de carne, un paquete de galletas, una cajetilla de cigarrillos, un pequeño jamón y un escapulario. En cada cajita viene una postal para acuse de recibo. El regalo no puede ser más apropiado y espléndido.

Como por el número de cajas comprendemos que el envío es para todos, interesa el general que se repartan también entre la tropa prisionera que se halla en la playa. Amegar, nuestro ángel malo, reclama siete cajas para otros tantos desertores de la legión extranjera llegados de la zona francesa y nos pide también en el acto los vales de cincuenta pesetas —ha rebajado la mitad — y una carta para que le entreguen el dinero en la isla. Tenemos que hacerlo así para salir del compromiso, pero, al final del escrito decimos en signos morse que no hagan caso de semejante petición ni vales.

El 31 de diciembre pasamos sed, pues, en la cuestión del agua, como en todo, se nos tiene abandonados al capricho de un niño que es el que la sube cuando quiere.

El coronel de la Policía ha tenido la caridad y atención de ponernos un telegrama deseándonos libertad y prosperidades para el año próximo. Nadie más de la plaza ni de la Península se ha acordado de nosotros.

Empezamos el año sin sensible variación en nuestro trato; comemos mal y carecemos frecuentemente de agua para beber; salimos un rato del encierro, el indispensable a nuestra comida y perentorias necesidades, y se nos torna al calabozo inmediatamente. Nuestra higiene es nula; no podemos lavarnos y estamos llenos de miseria.

Los correos y los pequeños barcos de guerra hacen sus viajes a la isla, pero nuestra correspondencia se nos da tarde y por entregas con pretexto de la censura indígena. Por si no bastaba la de Melilla, tenemos esta otra; al cabo es más racional.

Hemos recibido algunos donativos y encargos; seguramente los que los jefes moros han querido entregarnos.

Leemos en un trozo de periódico que SS. MM. vendrán al territorio antes del 23 para, entre otros actos, recibir a los prisioneros. Todo parece indicar que nuestro rescate marcha por buen camino. Almeida dice que van bien las negociaciones, y el mismo Abselam nos ha participado que todo está hecho y que el asunto se presenta «demasiado bien» para nosotros. Es chocante la frase.

El día 10 de enero nos enteramos de un hecho inexplicable y sumamente grave por todos conceptos y que constará en los diarios de mis compañeros de cautiverio: Idris-ben-Said ha dicho al capitán Canaluche, para que así nos lo comunicase, que al principio de nuestro cautiverio se pensó en abandonarnos a nuestra suerte para que el general y comandante Villar no contasen secretos que sabían, por lo cual el Gobierno y el alto comisario pretextaban que los moros pedían imposibles por nuestro rescate; proyecto que no pudo llevarse a cabo por haber desmentido nosotros la especie y haberse encontrado ciertos documentos en Comandancia. No hago comentarios; sólo cuento la imprudencia tal como se nos dijo. Nos hemos enterado de que ha llegado Abd-el-Krim con propósito de conferenciar hoy o mañana con Fernández Almeida.

Al día siguiente de recibir estas noticias observamos en la guardia un brusco cambio de modales. Amegar se atreve a hacer lo que hasta entonces no

se había permitido: a tratar despóticamente y en destempladas y groseras formas a nuestro general.

Desde este día se nos ha aislado de los otros compañeros y comemos en nuestra prisión a la que conducen también al general y al coronel Araujo, que, como nosotros, han de dormir en el suelo después de estrecharnos hasta lo inverosímil. El 12 de enero comete Abd-del-Krim el segundo crimen, y hasta para esto se sirven los moros del engaño: se nos abre el encierro a las doce y se nos dice que debemos salir uno a uno para hacer nuestras necesidades en el acostumbrado barranco, al que suelen acompañarnos uno o dos de los guardianes. He salido el segundo y he visto en el camino algún indígena que me ha parecido no ser de Aydir. También en el cuarto inmediato al nuestro hay gente extraña que, al regreso, me mira con marcada curiosidad. Cuando con el número dieciséis sale el comandante Villar, sentimos al poco rato carreras de los de la guardia y, al querer atisbar lo que ocurre desde la entornada puerta, se nos cierra esta con candado apresuradamente y se nos incomunica, hasta el extremo de no permitir hablarnos a los soldados que nos traen la comida, quienes llevan en el semblante la impresión de algo trágico. Comprendemos que el desgraciado compañero ha sido víctima de un salvaje atentado y, muy contristados, oramos por su alma después del rosario que desde hace tres días rezamos todas las noches, pues hemos ya puesto en la Providencia todas nuestras esperanzas.

Del trágico fin de Villar sólo conseguimos saber más adelante que se le asesinó traidoramente con una descarga estando ya en el barranco.

La causa del crimen la explicó el mismo Abd-el-Krim al capitán Ozaeta al día siguiente del suceso. Le llamó para decirle que las duras represalias tomadas y las que seguiría tomando obedecían a que nuestras tropas habían fusilado algunos prisioneros hechos al ocupar Drius, operación que se llevó a cabo sin suspenderla siquiera unos días, mientras se hacía el rescate, y que por tal causa rompía las negociaciones. Igualmente le hizo presente nos dijese contásemos esto al Sr. Almeida y así se hace. También el tío, Abselam, se comunica con nosotros enviándonos uno de los guardias, quien refiere al intérprete lo dolido que aquel está por nuestra situación y últimos sucesos, pues siempre ha sido caritativo y atento; que mañana, dice, nos dará una buena noticia recibida en Melilla; que el general y el coronel volverán a su antiguo alojamiento, y que comeremos juntos como antes. Añade además que Almeida fue ayer a la plaza, muy incomodado por el proceder del Gobierno, quien echó a perder la labor y dio lugar al fusilamiento, y, finalmente, que ya nada malo había de ocurrirnos hasta que fuésemos a nuestras casas.

No entiendo lo que sucede, pero sé que Dios tiene medios de sacarnos de entre aquellos gorilas, pase lo que quiera, y confío en que querrá libertarnos.

Hace cinco días que no hemos visto a los compañeros de la otra casa. Los guardianes nos asedian para sacarnos dinero y nos racian la cuadra cuando salimos al barranco. Yo he de llevar mis memorias en el bolsillo para que no me las quiten en uno de estos registros, pues ya me han robado la maleta con todo lo que contenía. No hacía mucho que se me había enviado de casa.

Por unas cartas que reservadamente nos entrega un soldado, sabemos que antes del 13 ha habido crisis total en el Gobierno. ¿Variará con ella nuestra angustiosa situación? Un día en que substituyen a nuestros habituales guardianes otros moros llegados de la playa, ocurre una cosa extraña que pone nuestros nervios en tensión. Uno de los centinelas, que sabe el español regularmente y que, de tapadillo, nos ha regalado cigarros, en la hora de su cuarto, sobre las doce de la noche, se ha puesto junto a la puerta de nuestro encierro y ha cantado que no desesperemos, que una de aquellas noches vendrán moros amigos, matarán al jefe y a la guardia y nos llevarán a la isla. Terminado el cuarto y la rara canción nos ha dicho adiós con la mayor naturalidad. Aquello es capaz de acabar con todos los sistemas nerviosos.

Al montar de nuevo la guardia los antiguos carceleros, nos pide Pistolilla vales de cincuenta pesetas, prometiéndonos mejor trato, vales que, al fin, le damos para que no lo empeore y porque sabemos que el «caritativo» Abselam lleva parte en el negocio.

Sabemos el día 22 que la crisis se ha resuelto, continuando el mismo Gobierno. Nuestro gozo en un pozo. Todo seguirá igual, que es lo peor que nos podía ocurrir.

Si-Mohaman, como algunos llaman a Pistolilla, ha dado al intérprete una noticia que, por lo que observamos, preocupa a este hondamente y que acaba por comunicarnos: hay el propósito de continuar los crímenes.

Fingiendo interés, o acaso agradecido a los regalos de cincuenta pesetas, recomienda el moro al capitán Sainz y al teniente Dalias que no salgan si viniesen a llamarles. Debe suponerse la impresión que nos causa el recado, particularmente a los que parecen condenados. Creo que escriben algo referente a su próximo fin. Los demás meditamos y cambiamos impresiones sobre lo que sería conveniente hacer si llegara el caso. Preveo escenas gravísimas, desesperadas y sangrientas. Puede ser que convenga acabar de una vez.

El tal guardián ha tenido después una conferencia aparte con el capitán Aguirre y el intérprete, a quienes ha dicho que el asunto está muy mal para

nosotros y que debemos soportar la situación con entereza por ser cosa de Dios.

No sé con qué objeto les ha enseñado una relación de los condenados a muerte. De los que estamos allí encerrados, figuramos nueve en la lista negra, encontrándome yo en tercer lugar. Dice Pistolilla que no hay más señalados porque somos pocos, y que en la otra casa hay más.

El proyecto de la «escabechina» no puede ser más amplio. Su misma extensión me hace creer que aquello es un cuento para algo.

Efectivamente, en realidad estamos secuestrados, pues no tardan en exigirnos a cada uno 2500 pesetas, que hemos de pedir a nuestras familias bajo la amenaza de ir matando prisioneros si no lo hacemos así.

Las cartas deben escribirse por tandas y las primeras que salgan serán las del general y los tenientes Sánchez Ocaña y Casado.

El negarse a ello sería una temeridad, porque son los jefes tan bárbaros que llegarían a sacrificar alguno para hacernos presión y la conciencia nos remordería de lo que entonces sería irremediable.

Por si hubiera duda respecto a tales intenciones, Abd-el-Krim llama al capitán Ozaeta para decirle que estamos abandonados; que nuestro Gobierno ha faltado a lo pactado, que fue suspender los avances al llegar al Kert; que con lo ocurrido todo ha cambiado; que ya lo de menos son los millones y los prisioneros; que hasta entonces nos había tratado con consideración, pero que ya no respondía de nuestras vidas y que contásemos todo esto a nuestras familias. También le dice que Almeida estaba en Madrid.

Cuando entregamos las cartas, en las que cada uno escribe lo que le parece, se nos devuelven porque no satisfacen al cabecilla. Este pretende nada menos que aconsejemos al Gobierno que abandone Marruecos. Por conducto del intérprete le replicamos que no podemos hacer tal cosa.

En el mismo sentido se explica Abselam con el ya comandante Canaluche y con igual resultado en su pretensión.

Hoy, 31 de enero, vemos subir del barranco a los compañeros de la otra casa y no se nos permite hablar con ellos. Su estado nos produce muy mala impresión.

El sargento Basallo, encargado de la administración de los prisioneros de Annual, viene el día 2 de marzo y dice al general que actualmente se hallan en Yebel-Kámara, a donde habían llevado todo el material de artillería y tiendas, siendo penoso el traslado por tener que transportar también 56 camillas con enfermos, uno de los cuales murió a la llegada.

Al día siguiente se nos baja al río para que nos aseemos y lavemos nuestra ropa.

Abselam sigue con la cantinela de siempre: que no quieren libertarnos y que la isla no manda nada para nosotros.

El correo llega a nuestras manos en remesas caprichosas y siempre con retraso, e igual ocurre con los envíos y encargos.

El día 13 nos dice Pistolilla que se han escapado desde Yebel-Kámara ocho soldados en compañía de dos moros que los llevaron embarcados a la isla, y que todos los prisioneros, tropa y paisanos, se concentrarán en la playa.

Sabemos que han llegado a Alhucemas varios jefes y oficiales, y por estos días se nos da el correo. Yo tengo la alegría de recibir una carta de mi hijo en la que me dice está en la isla para abrazarme el primero si el canje se hace pronto y, en todo caso, para cuidarse de que me lleguen los envíos y encargos.

El guardián Pistola no ha cobrado, sin duda, los vales de cincuenta pesetas y quiere que preguntemos por ellos al capitán Aguilar, de la Policía de Alhucemas, al mismo tiempo que inquirimos por qué no han llegado a su destino las cartas de 26 de enero en las que se pedían las 7500 pesetas, que, por lo visto, deben hacer mucha falta a Abselam porque ordena se vuelva a escribir reiterando la petición.

Nos entregan un envío general, gracias al cual cenamos, lo que hacía ya un mes no habíamos verificado.

Nuestro carcelero nos entera de que el moro *Pajarito* ha estado en París y nos dice que ha comprado allí aeroplanos; que España solicitó de Francia entregase a la comisión de que formaba parte y que esta última nación se había negado a la pretensión. Por todo —añade— no volverá Pajarito a la isla, pues cree le prenderán. ¡Naturalmente! No he visto cinismo igual al de esta gente.

Otro caso de cinismo es el de pedir a Alhucemas una tonelada de cemento para un aljibe que el capitán Aguirre les está construyendo inmediato a la casa de Abd-el-Krim.

Nuestros compañeros del otro alojamiento han salido a cavar en un camino.

Es curiosísimo lo que el fanático Pistolilla, el portavoz del cabecilla rebelde, nos cuenta. Según él, la culpa de que no se nos rescate la tiene Berenguer, que es malo —dice— como lo era Silvestre. Aizpuru, a su juicio, era bueno, y Jordana conocía al moro, pero era soberbio. Según su opinión, Silvestre tuvo la responsabilidad del desastre, pues cuando vino a la isla a conferenciar con los jefes, les dijo que entonces les saludaba por mar, pero

que después lo haría por tierra montado en un caballo, de grado o por fuerza, porque los bcniurriagueles eran todos mujeres. Que también les advirtió que España no les daría ni un céntimo; que él había recibido ya veintidós heridas; mas, así y todo, que con un hombre muerto cogido por el pelo, mataría a otro.

La conversación de este moro con el intérprete es larga y cordial, pues aún le manifiesta tiene grandes esperanzas de que Almeida tenga todo arreglado y esto se acabe, si bien tiene la seguridad de que no seremos los últimos prisioneros, pues caerán más posiciones.

Nos aconseja que no intentemos escaparnos porque ya nos falta poco para obtener la libertad, dice que no se explica cómo España tolera tener aquí tanto tiempo a cerca de cincuenta oficiales. Se intenta convencerle de que nada significamos, ya que a nuestro país les sobran jefes y oficiales.

También nos informa de que Mehamed, el hermano de Abd-el-Krim, está vigilando la playa, donde tienen establecidas seis líneas de trincheras desde Quilates al poblado, guarnecidas por los moros de estas kábilas, pues ya sabían que pretendían nuestras tropas hacer un desembarco. Sin embargo —dijo—, el Gobierno había escrito a su jefe anunciándole suspendía las operaciones para tratar del rescate.

El médico Serrano, a quien se ha hecho bajar a la playa, nos refiere que hay allí entre la tropa algunos enfermos graves.

Mehamed conferencia con el capitán Aguirre respecto al rescate particular de los ingenieros y le dice en esta ocasión que él no está conforme con los duros procedimientos de su hermano, que supone nuestro asunto arreglado y que espera una conferencia con el capitán Aguilar a fin de ultimar detalles y tener todo dispuesto para cuando llegue Almeida, de tres a cuatro días. Como Abd-el-Krim, asegura que el Gobierno no quiere entender a los moros.

Otra vez nos visita el sargento Basallo, que informa al general de que han traído más cerca los prisioneros de Yebel-Kámara, pero que están muy mal alojados. Entre ellos —dice— hay muchos enfermos y no pocos han muerto.

Abd-el-Krim ha hablado con el comandante Canaluche, manifestándole que había venido para nuestro rescate y que se le envió una carta amenazadora por la que estuvo tentado de hacer una barbaridad, pero que, considerando que nosotros no teníamos la culpa y que él está fatigado y quiere descansar, escribió diciendo que viniese Almeida para terminar de una vez. La carta —no dice quien la firmaba— le amenazaba con desembarcar y arrasar la kábila, no obstante hallarnos aquí nosotros, si no se avenía al rescate. Le habla también respecto a las pasadas represalias y se disculpa del asesinato de Saltos y Villar, diciendo que le obligaron.

El día primero de marzo dan a nuestro general una carta de Almeida, fecha 27 de febrero, en la que le dice tiene muy buenas impresiones sobre nuestro rescate.

El cinco por la tarde llama Mehamed al general y al coronel y, al regresar estos, nos dicen que han leído una carta de Almeida en la que este reitera a Abd-el-Krim el ofrecimiento del Gobierno: 243 moros, dándole cuarenta y ocho horas para contestar, pues tiene que hacerse cargo de su nuevo destino en Tetuán, por lo cual cesaba en la presentación de la Cruz Roja. Nada decía del rescate.

Nos disgusta en extremo tanta precipitación en abandonarnos y la inoportuna salida en tan críticas circunstancias.

Mehamed ha hecho al general la observación de que no figura en las listas ni uno solo de los beniurriagueles presos y que pedía explicaciones sobre esto antes de resolver.

Abselam solicita del capitán Ozaeta le escriba una carta para Aguilar, pidiéndole siga enviando dinero para darnos de comer, ya que nuestra estancia se prolonga.

Hoy, día 6, llegarán a la playa, según nos dice el médico, los últimos prisioneros.

Al siguiente día, llama Abd-el-Krim al capitán Ozaeta y le participa que nos va a trasladar al interior y que, por consiguiente, debemos pedir víveres y medicinas para seis meses, por lo menos; que las negociaciones se van a romper porque España no da más de lo que ha dicho y ellos no pueden aceptarlo. Que se ha dado perfecta cuenta de la estratagema del Gobierno, quien quiere que los moros hagan una matanza para que nosotros no volvamos y conseguir así su fin; pero que estemos tranquilos porque, aparte causa de enfermedades que puedan presentarse, él responde de nosotros. Que el traslado lo hace porque el primer cañonazo será para su casa y que su familia se irá durante la noche. Nos da unos recortes de periódicos en los se dice va a empezarse el bloqueo de estas costas y más tarde se hará el desembarco. Por pura fórmula, escribe Ozaeta a la isla pidiendo víveres y despidiéndonos hasta que Dios quiera.

Sabemos por Pistolilla —así al menos él lo asegura— que Abd-el-Krim ha escrito también a la isla previniéndola que cañoneará a todo barco de guerra que se acerque y que respetará únicamente los mercantes.

Siendo casi seguro que se nos va a internar inmediatamente, preparamos nuestro pequeño equipaje, que reducimos todo lo posible ante el

convencimiento de que hemos de cargar con él. Parte de la noche la pasamos en esta labor.

A la mañana siguiente entra en nuestro encierro el fakir Hamed, a quien por sus delgadísimas pantorrillas llamamos *Canillitas*, y nos dice gozoso este piadoso moro que hay muy buenas noticias. Decididamente, esto no es para cardiacos.

Celébrase en este día una entrevista entre el general, Mehamed y Abd-el-Krim. Este, sin sus acostumbradas arrogancias, manifiesta que quiere al pueblo español contra el que sólo simpatías siente —hay que advertir que el moro es el ser de las mejores palabras y peores hechos— pero no así al Gobierno. Que él tiene el mando absoluto de todas las kábilas y que responde de nuestras vidas. Dice que escribirá a la isla, atendiendo las indicaciones del capitán Aguilar, para pedir a este algunos beniurriagueles, pero no parece tomar este asunto con mucho calor porque ya ha recibido dos cartas de Almeida: en la primera rompe las negociaciones, y en la segunda se le advierte que él y su familia responderán de lo que ocurra.

Coincide con lo manifestado por Abd-el-Krim el contenido de una carta que Aguilar envía a Ozaeta. Dice en ella el capitán de la Policía, que el Gobierno ha transigido más de lo que debía pasando por muchas cosas, y que él había escrito a Abd-el-Krim diciéndole le señalase qué beniurriagueles quería para pedírselos al Gobierno, lo que creía había de conseguir, pero que no se le contestó a esta carta.

Para nosotros es bien asombroso lo ocurrido en esta ocasión. Parece indudable que las negociaciones se rompieron y fracasó el rescate a causa de no incluir en las listas a ningún beniurriaguel, y nos preguntarnos si el ofrecimiento del capitán Aguilar fue únicamente un buen deseo del compañero o un regateo del Gobierno en una cuestión tan seria. Nuestra sensación es que se nos abandona.

Al subir el médico, que ha ido a la playa, nos dice que han muerto ya once enfermos, que han llegado los prisioneros que estuvieron en Yebel-Kámara y que mañana vendrán los enfermos que quedaron allí.

El día 15 de marzo sabemos que han llevado a Ain-Kámara, poblado situado a unos diez kilómetros de Aydir, a todos los prisioneros, tropa y paisanos, que habían concentrado en la playa.

El día 17 pregunta Abd-el-Krim al capitán Ozaeta si, sabiendo la isla que nosotros estábamos en su casa, la cañonearían, y, naturalmente, no puede darle una respuesta categórica. Lo que sí observa es que se muestra indeciso sobre nuestro internamiento.

Al amanecer del siguiente día oímos que la isla se cañonea con el campo y nos vestimos apresuradamente suponiendo se nos llevará al interior. Pistolilla nos dice «muy emocionado» —este soldado de la guardia pretoriana tiene miedo— que hay *baro*, y Abselam entra precipitadamente en nuestro alojamiento y nos mete prisa para que salgamos, llevándonos a un barranco por una puerta excusada y desenfilada de la isla, pues cree que en la casa no estamos seguros. Allí encontramos a nuestros compañeros y pasamos casi todo el día cavando a ratos en un camino, pues no hay útiles para todos los oficiales.

El cañoneo atrae a muchos moros que vemos llegar de la montaña. Un grupo de unos 20, que más parecen fieras que hombres, trae fusiles Remington casi en su totalidad.

Cuando, por la tarde, al cesar el fuego, regresamos a nuestro encierro, vemos al barco correo *Juan de Juanes* sumergido, dejando sólo al descubierto los palos, la chimenea y parte del puente. Ha recibido varios impactos y, según dicen, tiene en la popa un boquete enorme. Está el barco al E. de la plaza, como a media milla de esta. Lo cañonearon al fondear y durante su maniobra para escapar, pues quedó con rumbo a Melilla. Se conoce que desde el castillo viejo situado en la playa le han fusilado materialmente, tirándole a placer. ¿Cómo es posible que hayamos dado lugar a tanta desgracia? ¿Que imprevisión ha sido aquella? Considero tristemente la impresión que el suceso causará en España y lo que él habrá elevado la moral de nuestros enemigos. ¡Qué vergüenza tan grande! Pistolilla nos dice que ayer avisó Abd-el-Krim a la isla advirtiéndole que si venía el barco le haría fuego, pues sabía que traía material de guerra. Si esto fuese cierto, no tendría perdón de Dios el culpable.

Se dice que las baterías de la isla han desmontado dos piezas a los moros durante las seis horas que se sostuvo el cañoneo.

Al alba del siguiente día, se reanuda el fuego de cañón y, luego, durante la tarde, sentimos el de la fusilería y ametralladoras.

Nadie se ocupa de nuestra comida ni del agua y nos dan únicamente media torta de pan moruno.

A la caída de la tarde se ve venir por Quilates un barco de guerra, y Pistolilla nos dice que van a poner por la noche sacos terreros en botes para salirle al encuentro y que no pueda acercarse a la isla. Tan crecidos están como todo eso. No nos faltaba más sino que fuese eficaz el bloqueo.

Después se nos dice que en Tugunt nos han cogido tres tanques. El portador de la noticia trae una gorra de mecánico, una banderola y un tarjetón del carro con instrucciones. Son las pruebas del hecho.

En la playa han aparecido dos cadáveres de la tripulación del correo.

Durante la noche oímos algunos cañonazos disparados por los moros, quienes habían dejado apuntadas las piezas.

Al amanecer del día 20 nos llevan precipitadamente al mismo lugar desenfilado del 18. Cuando salimos del cuarto, vemos a Abd-el-Krim sobre uno de los tejados mirando a dos grandes barcos que están como a dos millas de la playa y que parecen el *Carlos V* y el *España* o *Alfonso*. ¡Gracias a Dios, pensamos, se va responder seriamente a la agresión! Nos consideramos internados porque esperamos deshagan el poblado.

Al poco tiempo empieza el bombardeo. Este dura tres o cuatro horas, tirando la isla y los barcos sobre el «Morro» y las piezas de la playa, pero se ve claramente que respetan las casas moras. Sin embargo, continúan internándose las familias indígenas, pues observamos cómo huyen del alcance de los cañones las características caravanas de mujeres, niños y bestias con su mísero ajuar.

No tenemos noticia de novedad alguna como resultado de este duelo de artillería que se repite en días sucesivos y que va perdiendo intensidad e importancia, hasta tal extremo que, presentes aún los acorazados, regresan ya casi todas las familias que hace tres días se marcharon.

La hecatombe que esperábamos ha sido el parto de los montes, tanto, que, en su propia casa, al lado de nuestro calabozo, permanece Abd-el-Krim todo el día 24 y parte de su noche en eterna junta con varios jefes moros.

La tropa ha subido un cañón al «Morro».

Nuestro régimen en estos movidos días ha empeorado, porque al pan de la isla ha substituido la media torta moruna y hemos tenido que comer unas durísimas judías que conservamos como reserva. Para suministrarnos el agua se envía a los soldados con nuestras botellas. Cada uno sube cuatro o seis pendientes de una cuerda. La isla, que hace días tira con ametralladoras a todo moro que ve a su alcance, respeta a la tropa, entre la que van algunos de la guardia como escolta. En atmósfera respirable hemos ganado, pues, no se por que, y a menos que los moros tengan junta, se nos deja todo el día abiertas las puertas de nuestro encierro.

Soldados que el 26 fueron a Ain-Kámara arrastrando un cañón para ser desde allí conducidos frente al Peñón, nos cuentan al regreso que entre los allí concentrados hay muchos enfermos, seis de ellos graves y que uno murió aquel mismo día.

También nos refieren un hecho salvaje que más tarde resultó comprobado y que da idea de lo que puede esperarse de la «autocivilización» de estas

kábilas y de la autoridad de su jefe. Cuatro soldados que, algo rezagados del convoy de prisioneros conducían a un enfermo cuando aquel iba a Ain-Kámara, fueron vilmente asesinados en unión del que transportaban en una camilla, quitándoles cuarenta pesetas que llevaban. Enterado Abd-el-Krim del suceso, encargó al sargento Basallo que no dijera de él nada a nadie y le manifestó que impondría multa a los asesinos. Dos beneficios para el cabecilla.

El famoso Pistolilla, a quien le gusta sobremanera informarnos de todo como persona principal enterada de los altos secretos de Estado, viene frecuentemente a contarnos infinidad de tonterías. De su conversación deducimos que no quieren mantenernos y pretenden que lo haga aún la isla, con la que se han roto las comunicaciones y a la que han enviado un recado, a nado, en este sentido. Es extraordinario el atrevimiento y cinismo de esta gente. Si hubieran sabido —nos dice— que el Gobierno nos iba a abandonar, nos habrían matado a todos antes de traernos a Aydir.

Mejora notablemente nuestra situación porque nos dejan salir al patio durante el día y, aunque escasa, se regulariza un tanto nuestra única comida, consistente en arroz con muestras de patatas.

Las ametralladoras de la plaza juegan frecuentemente en todo el mes de abril, y de tiempo en tiempo cruza la isla con el campo algún que otro disparo de cañón. Los barcos suelen visitarnos y tiran alguna vez sobre grupos y zocos. Hacia el Peñón, se ha venido sintiendo intenso cañoneo. Nos dicen los moros que han ocupado parte de él y un cañón de grueso calibre.

Varios soldados que han llevado otra pieza a Ain-Kámara nos cuentan que han muerto allí seis soldados más y que, en ocasión de subir al Morro, han visto en él un cañón desmontado y sangre por el suelo. El médico Serrano, que también ha regresado de aquel poblado, nos refiere que son 17 las bajas allí ocurridas desde la llegada de los prisioneros, y que en Ain-Kámara se sabe que han desembarcado refuerzos en el Peñón y que han echado de él a unos cuarenta moros que habían ocupado la isleta.

Nos han permitido bajar al río. Fuera de la sarna —no tenemos ni jabón— mi salud es excelente.

Los aviones pasan frecuentemente de Oriente a Occidente y viceversa y se oyen grandes explosiones hacia Bocoya.

En la tarde del 9 de abril, observamos inusitado movimiento entre los moros; los emisarios van y vienen con pliegos y se dice que Mehamed —al que llamamos *Krim chico*— regresa del Peñón. Además, Pistolilla tiene un

humor pésimo y nos dice que no debemos alegrarnos de nuestros éxitos porque nos empeoran la situación. Buena señal.

Por Beni-Said también debe de haber algo desagradable.

Renace nuestra alegría.

El hambre ha venido ya a visitarnos. El «menú» de mis comidas ha sido el siguiente: desayuno, un cuarto de torta, como unos 25 gramos; comida, un huevo duro —dan dos en la kábila por cinco céntimos, pero ya pasarán la cuenta—; cena, otro cuarto de torta manchado con dos gotas de aceite. Con este plan no podemos durar mucho: no va a ser necesario el rescate y él solucionará el problema a nuestro Gobierno.

Para no dar de comer a diez o doce extranjeros desertores de la Legión, les entregan salvoconductos para que se presenten en el primer puesto español. Al soldado Aparicio, que intentó fugarse saliendo con ellos, le han dado cien palos que le dejaron medio muerto, habiendo sido necesario ponerle una inyección.

Hoy, 17 de abril, sólo nos dan una cucharada de patatas sin grasa y la media torta de costumbre, y, como han retrasado la entrega del pan, he pasado 24 horas sin probar bocado. Todos tenemos hambre.

Pajarito viene a saludarnos y a decirnos que el Gobierno tiene la culpa de nuestra precaria situación, pues no nos rescata, pero que de todos modos mejorarán nuestra comida.

Efectivamente, al día siguiente no recibimos pan.

El panadero, a quien seguramente no pagan, ha debido de cansarse y no se ha presentado con los cestos de tortas. Resuelven el conflicto dándonos un serón de higos secos.

No obstante lo prometido por el hipócrita Pajarito, no mejoran los moros nuestra comida. Las reclamaciones pidiendo pan, higos, cualquier cosa que se coma, conmueven al piadoso Canillitas, que de vez en cuando nos saca algunas tortas o puñados de higos que repartimos escrupulosamente. También este echa la culpa al Gobierno por no enviarnos el convoy que dice han pedido ya por tercera vez. El primero de mayo tenemos un extraordinario. Con una rancia manteca que había en una lata de chorizos desechados hace tiempo, se han hervido las vainas de unas habas que ha comido nuestra guardia y las hemos devorado con fruición. No hay mejor cocinero que el hambre.

Canillitas nos ha dado una naranja a cada uno. ¿Será necesario decir que nos comemos la corteza? El 9 nos informa Pajarito de que el general Berenguer ha presentado la dimisión; que ha tenido que acompañar a

Millerand en su viaje a Fez, pero que será substituido de un día a otro. Que de nuestro asunto se preocupan y trabajan extraordinariamente nuestras familias y en él interviene la Cruz Roja Internacional, creyéndose que será nuestro rescate de lo que primero se ocupe el nuevo comisario y el Gobierno. Nos dice también que las operaciones están paralizadas.

Como anillo al dedo viene aquí el hacer una advertencia, al que haya tenido paciencia para leer estas páginas: la fuerza principal del cabecilla rebelde estriba exclusivamente en el conocimiento que él tiene de nuestra política. Confiado en sus continuos cambios y procedimientos, en nuestras divisiones de partidos y puntos de vista respecto a nuestra situación en Marruecos, este mismo jefe de tribu cuenta con las vacilaciones y falta de unidad y perseverancia, con el miedo a las bajas, con nuestras contemplaciones y hasta con nuestra inocencia. No se necesita ser muy avisado para conocer que su cartel de hombre terrible, su fama militar, su papel de *Coco*, que debe avergonzar a un país civilizado, se lo hemos dado nosotros mismos, parte de la prensa que él lee y estudia diariamente porque tiene en Melilla los espías que quiere. Tres avances decididos de nuestras tropas hechos sucesivamente en una misma semana, algo que revelase perseverancia, daría en tierra estruendosamente con este guerrero de barro que ni por su influencia ni por su historia de crímenes merece beligerancia. De otro modo, pudiera suceder que se realizase su sueño dorado: nuestra revuelta interior y la repetición del desastre. Pero temo salirme de mi propósito y continuaré la crónica.

Sobre las siete de la tarde del día 10 observamos alarma en los guardianes y, poco después, oímos ocho o diez tiros próximos a la casa, señales convenidas en la kábila para indicar la evasión de algún prisionero. Lo ocurrido ha sido que, al pasar lista a los oficiales presos en la otra casa, se han apercibido de la fuga de dos oficiales, los tenientes Villegas y Vivancos, quienes, aprovechando un descuido de la guardia y la circunstancia de hallarse en el patio, hace tiempo que han escapado.

Nuestro general habla de este asunto con Mehamed, quien ha sido de los primeros en echarse fuera de la casa con su fusil, y este le promete acceder a sus deseos de piedad y no tomar con los fugados duras medidas mientras él esté presente, caso de que sean capturados. El general, que conoce la doblez de los moros, insiste en que «no se vaya» estos días.

Al siguiente sabemos que han sido capturados los fugitivos y traídos a presencia de Mehamed, quien les ha tratado con todo género de consideraciones, enviándoles de nuevo a la casa después de someterles a un

interrogatorio, resultado del cual toma un acuerdo que nos llena de asombro: considerando que desde una excesiva dureza ha pasado la guardia al abandono más completo por no haber interpretado debidamente sus órdenes, ha providenciado el relevo del jefe y guardianes de la otra casa y les ha puesto presos. La nueva guardia trata a nuestros compañeros con consideración.

Ha llegado Abd-el-Krim y, como siempre, ha habido junta. Ignoro si en ella se ha tratado de la intentada fuga de los oficiales, pero sobre el hecho se ha tomado acuerdo. Se les ha condenado a cien palos, de cuyo castigo sólo podrían librarse dando palabra de honor de no intentar evadirse de nuevo, y, como es natural, no quieren darla… ni los moros castigarles así.

El cuñado del jefe rebelde, un indígena muy atildado y de voz atiplada y meliflua, presenta al general los oficiales condenados para que les convenza. A elegir: ¡cien palos o palabra de honor! Completamente de opereta.

Nuestro general, ante semejante «dilema», les dice que no deben tener reparo en prometerle simplemente a él lo que niegan a los moros, y los oficiales salen así del paso. En esta ocasión han querido los moros dejarse engañar.

Mejoran de momento nuestras comidas. A la cucharada de patatas añaden dos huevos para cada uno y nos entregan entera la pequeña torta. Por espacio de dos días llegan a darnos una tísica pierna de carnero que casi no probamos.

Doscientos soldados de los de Ain-Kámara son empleados en levantar una grande casa en Meriaten, entre el río Guis y el Nekor, a unos diez kilómetros al S. E. de Aydir. El proyecto, encomendado al capitán Aguirre, a quien con el intérprete Rueda trasladan a aquel lugar, es construir una zanja de 40 por 40 metros. Este edificio servirá —dicen— de vivienda al morabo; de local para juntas y de «universidad». No hago comentarios por no desbarrar.

Estos soldados han estado varios días con un cuarto de torta de cebada y un jarrillo de vino —cogieron unos bocoyes del *Juan de Juanes*— como único alimento, comiendo a veces palas de chumbera cocidas, por no darles ni pan. Actualmente reciben una torta y el vino nada más, pero, como trabajan, se debilitan rápidamente no obstante comerse cuantas tortugas o galápagos caen en sus manos.

Nosotros ya hemos cambiado prendas de vestir por huevos o tortas.

Mientras el hambre va minando nuestra naturaleza, Pajarito sigue pretendiendo el convoy, para lo cual —dice— ellos habían hecho saber que podía la Cruz Roja traer con bandera blanca víveres, tortas y dinero para nosotros, pues los moros no disponían de recursos para mantenernos. Instado el general para que escribiésemos en este sentido, se negó rotundamente,

haciéndole presente que nuestro papel de prisioneros era el de la más absoluta pasividad. Otras varias cosas nos cuenta el pájaro, de las que sacamos la consecuencia que nos dicen lo que quieren y nos ocultan lo que les conviene.

Cinco desertores del Tercio, procedentes ele la zona occidental, dicen que ni en Ceuta ni en Larache ha habido operaciones desde el día 10 de enero.

A lo que parece, no nos han engañado en lo de la suspensión de operaciones. Por lo visto, sólo entre la playa y la isla hay guerra, pues raro, muy raro es el día que no suena la ametralladora y prosigue el paqueo.

El 26 de mayo llega Abd-el-Krim y llama al capitán Ozaeta para decirle que ha conferenciado con el P. Revilla, quien le habló de los rescates particulares, a los que él se negó, pues quiere el rescate general con ciertas condiciones. Que el fraile, persona muy razonable y discreta, aceptó en principio su proposición y que le pidió relacionarnos de nuevo con nuestras familias, creyendo que, por tal causa, habría convoyes muy en breve, tanto más cuanto parecía se quería entrar en nuestros procedimientos, cuyo resultado sería nuestra liberación.

Termina mayo con un síntoma que nos hace presumir acabarán los moros por salirse con la suya. Unos indígenas de Beni-Said llegan conduciendo tres mulos y se nos asegura que es un convoy de tropas y que también trae cartas para nosotros. Más tarde, el moro Berkán, que ha venido con el convoy, comprueba lo que se nos ha comunicado, trae también medicamentos y nos dice ser verdad lo expuesto por Abd-el-Krim, quien ha exigido la paralización del avance y los consabidos millones, amenazando —el moro dice que lo cree — con sacrificarnos si se avanzaba. Este moro, que tiene fama de bandido entre los indígenas y que tal me ha parecido desde un principio, se muestra asombrado del mal trato que recibimos, de nuestra habitación y de nuestras comidas.

Del convoy venido por tierra sólo llegan a nuestro poder 21 pastillitas de jabón para los 45 oficiales. Los guardianes se enamoran de ellas y tenemos que darles algunas. Más hay, dicen, pero han quedado en la casa del jefe.

Toda la noche del primero de junio la paso en vela porque llueve muchísimo y las goteras tienen medio inundado el piso, y esto continúa durante tres días.

En la noche del día 3, han empleado a la tropa hasta las doce en sacar haces de cebada de una charca cercana a la playa. Con agua a media pierna y tiritando de trío, esta labor para naturaleza empobrecida tiene por fuerza que aumentar nuestra enfermería.

A excepción de dos días en que la isla ha suspendido el fuego, continúa el de ametralladoras, los cañoneos, no obstante el continuado anuncio del convoy que los moros se prometen para fecha próxima.

Por cartas oficiales que recibe el sargento Basallo, sabemos que el comandante general y el jefe de la Policía se ocupan de nuestra angustiosa situación. El capitán Aguilar nos escribe también sobre probable desembarco de víveres entre las desembocaduras del Guis y el Nekor en el poblado de Suani, donde podríamos acaso embarcar, dice.

Nos mantenemos con tres cuartos de torta únicamente. El plan no es para resistir mucho. Un día nos reparten el pan ocho horas más tarde que ele ordinario y lo han reducido a media torta. He pasado un mal rato teniendo que desayunarme a las cuatro de la tarde. Aquello es otra nueva infamia para gente hambrienta.

El 12 de junio nos dicen que están desembarcando un convoy; todo es alegría entre los moros. La isla no tira y se ve un barco a distancia, del que sale una gasolinera y se dirige a la playa, donde hay un bote con bandera blanca. Pero el convoy y el correo no se nos entregan hasta el 14. Se han quedado con casi todo, pero comemos y nos sobran durante una temporada huevos y chorizos con manteca.

En este último día piden al general una carta para el coronel de la Policía, en la que se le dice que, según cuentas de los moros, los gastos de nuestra manutención desde que estamos sin comunicación con la isla —tres meses escasos— ascienden a 22 000 pesetas y a 6500 los del trasporte del convoy. Más que el robo, me extraña el descaro. La factura se pasa en nombre de Abdu-ben-alí-el-Maalem, a quien, después, por su intervención en estos convoyes marítimos, nombran ministro de Marina.

Este día 14 ha muerto de fiebres tifoideas el sargento Ortega.

Al siguiente, llegan a Aydir dos aviadores hechos prisioneros por aterrizaje obligado entre Drius y Cheif. Son estos el capitán D. José García Peña y el teniente D. José Florencio Parera, ambos de Infantería, quienes quedan incomunicados en casa de Amegar.

Nos dan una muda, un traje kaki de almacén, unos zapatos de tropa y una toalla. También nos reparten envíos particulares, más o menos mermados, y prometen dar mañana un ordenanza al general y otro al coronel Araujo, síntoma tanto más favorable por cuanto hasta entonces se había prohibido a la tropa que nos saludase.

Algunos soldados albañiles están ocupados en subir un piso en la casa de Abd-el-Krim. Hay que aprovecharse por si nos vamos.

El 19 de junio, de siete a ocho de la mañana, llega un aeroplano y, a menos altura de 500 metros, da tres vueltas alrededor de la casa, saludando a los que nos encontramos en el patio. Los moros le disparan bastante, si bien en la última vuelta entendemos que ha dicho Canillitas que no se le tire más por llevar bandera blanca, el pañuelo con que nos saludaban. Nuestra emoción es grande; temo que un tiro certero le haga caer.

Razonando fríamente, no puedo comprender el objeto de semejante visita que, aparte de ser una temeridad que acaso corran por saludar a los aviadores aquí prisioneros, es actualmente anti-política en el estado de nuestras negociación. Y, prueba de ello, de que sienta mal, es que nos encierran con candado, pues Amegar ha creído hacíamos señas al aparato. Menos mal que vuelven a sacarnos después de comer. El general y el coronel ya tienen sus ordenanzas.

En este día fallece de tifoideas, la enfermedad reinante, el soldado Granados.

Se ha visto a varios indígenas llevándose conservas y galletas y hasta un negrito esclavo que sirve a Mehamed anda a vueltas siempre con bolas de golosinas.

Los soldados contaminados de tifoideas están abandonados en una casucha aislada en la que ni siquiera hay guardia. Para que dejen al médico visitarles, se necesita librar una batalla contra la holgazanería y mal corazón de los guardianes.

Hay tres enfermos gravísimos a quienes atiende un legionario. El día 22, un moro de Tánger, autorizado por Abd-el-Krim, entrega a nuestro general una carta del marqués de Cabra en la que después de saludarle nos ofrece su concurso para hacer llegar noticias nuestras a las familias. Dice en su carta fecha 3 de julio que «iba» a la zona francesa por asunto nuestro. Parece por consiguiente, que «no ha ido» por alguna causa o por no ser ya necesario.

Como se nos ha dicho que en Melilla se ocupan de nuestro rescate, no comprendemos lo que el marqués puede estar gestionando y conjeturamos si será la garantía para la entrega del dinero.

Nos van varias botellas de vino, galletas de Intendencia y algunas latas de carne y chorizo; lo que los moros no aprovechan. Pasamos muchísimo calor y sed y nos recogen las cartas que hemos escrito para ser enviadas por Tánger.

El 27 fallece el soldado Aureliano y se nos dice que en este día ha salido Abd-el-Krim con unos mil hombres y una batería para castigar y reducir a no sé qué kábila que quiere someterse.

El último día del mes se recibe una carta del comandante general en la que nos da grandes esperanzas de un pronto rescate y dice tiene en esto puesta toda su voluntad. Esta carta tiene fecha 8 de junio, la misma que la del marqués de Cabra.

Durante el mes de julio, nuestras comidas continúan siendo soportables, no obstante el desorden en las horas a causa del retraso del agua. Como los días 5 y 25 llegan convoyes y envíos particulares, no carecemos de alimentos.

Aun cuando la isla no tiene comunicación alguna con el campo, ambos parecen guardar tácitamente una tregua, sólo interrumpida los días 10, 12 y 14 a causa de haber los moros abierto durante las noches del primero y segundo de estos días fuego de cañón contra un barco que abastecía la isla.

Sólo una vez se nos consiente bajar al río y se nos da para ello un trozo de jabón del tamaño de una pastilla ordinaria de chocolate.

Los enfermos son cada vez más numerosos. Sobre este particular escribe nuestro general a Mehamed interesando se ocupe de esta epidemia peligrosa colocando a los enfermos en lugar apropiado, facilitando medicamentos, alimentación conveniente a los convalecientes, la asistencia médica sin trabas y tolerando los enfermeros, pues todos están abandonados. De todo ello sólo se consigue que se les dé diariamente un bote de leche para cada uno.

Entre los oficiales hay también varios enfermos. En nuestra cuadra tenemos tres, y en la otra casa sabemos lo está el médico.

El día 9 fallece el legionario portugués Jorge Betancourt, y el 12 y 15, respectivamente, los soldados Salvador Ramírez y José Serenti, ordenanzas del general y el coronel y, seguramente, los dos mejores muchachos que había entre la tropa. El coronel de la Policía, que ha estado cerca de la playa, dice en una carta a nuestro general que ha entregado al Maalem —el Ministro de Marina— y a petición de este, 3000 pesetas para las necesidades de jefes y oficiales, y este ladronzuelo nos explica que reserva el dinero para comprarnos tabaco, huevos, fruta y lo que necesitemos. Con él nos compra al fin cebollas, peras y cerillas para los de Aydir, en lo que calculo habrá empleado escasamente sus buenas cincuenta pesetas.

El 16 se llevan al general y al coronel Araujo junto a los aviadores.

Como el médico sigue gravísimo, se trata de traer de la isla unos inyectables que él mismo ha solicitado y para ello se recurre al guardián Benaluch, cuyo padre, que es el que suele llevar y traer a nado recados de espía a dos caras, pide por el servicio 1000 pesetas. Conformes, se le ha recomendado vaya pronto.

Sin recibir el medicamento, fallece el médico Serrano en la tarde del 18, no pudiendo el general conseguir que sea el cadáver llevado a Alhucemas. ¡Otra víctima de su deber que debe ir sobre la conciencia de alguno! Las pulgas, los piojos, la sarna, las moscas y el malsano ambiente de la cuadra no me dejan descansar hace tres días.

En los últimos del mes, notamos inusitado movimiento en la casa; esta y sus proximidades se limpian por la tropa; se habla de próximas visitas y se nos dice por la guardia que en la playa hay una gasolinera en la que han venido un general y un coronel que están conferenciando con Mehamed; luego aseguran que la entrevista es entre Idris y el Maalem.

El 1.º de agosto se nos conduce al río para que nos aseemos y lavemos nuestra ropa, y, al día siguiente nos mandan levantar al amanecer, bajar otra vez al río y que nos vistamos con lo mejor que tengamos, conminándonos con un duro castigo si no lo hacemos así. Parece que se trata de una revista y esto nos tiene de mal humor.

Más tarde, todos los prisioneros presentes en Aydir salimos a la explanada inmediata y en ella se nos hace formar en una fila para que nos vean las personas que han desembarcado; don Luis Oteiza, director de *La Libertad*, y los señores Alfonso y Díaz, dos jóvenes reporteros artísticos de la prensa.

El recibimiento que les dispensamos no es muy caluroso, predisponiéndonos en contra la comedia que se representa, el estar condicionados y venir ellos en compañía de moros que entienden el castellano, la desilusión por la misión que traen y acaso, nuestro endurecido corazón.

Nos cuentan que han luchado lo indecible hasta salirse con sus propósitos, que España procura nuestra libertad, que ahora, sin Berenguer, se conseguirá pronto, y que el P. Revilla y un médico llegarán aquella misma noche, lo que corrobora el moro apodado *Quijote*. El Pajarito, Amegar, Benaluch y cuantos moros conocemos allí que hablan el español, están al quite atendiendo a las conversaciones.

Los osados expedicionarios, a quienes al cabo se puede informar de algo de lo que ocurre, tiran varias placas, nos confortan en cuanto pueden y poco después, son separados de nosotros con una precipitación como la que tiene quien va a perder el tren. Luego sabemos que al anochecer regresan a Melilla en una gasolinera.

Abd-el-Krim llama aquella noche al capitán Ozaeta y tiene con este una corta conversación, cuyo fin parece ser recibir nuestra impresión sobre la visita y calcular la importancia que para su burda política pueda tener el acto.

En esta entrevista le dice que cree nos iremos pronto, pues ya se ha ido el general Berenguer. El 9 de agosto empieza para nosotros otra mala temporada de sobresalto y encontradas impresiones. No sabemos qué ha podido ocurrir, pero es lo cierto es que el trato es peor y se nos tiene encerrados todo el día. El cañón de la isla vuelve a sonar y los barcos de guerra y los aeroplanos bombardean las baterías enemigas. Se nos dice que están rotas las negociaciones. Bien pudiera ser.

Rueda y el capitán Aguirre regresan de Imeraten y nos dicen que también han vuelto a Ain-Kámara, suspendiendo las obras, los soldados que allí se encontraban trabajando.

El calor es insufrible. Dentro de nuestra reducida prisión sudamos copiosamente, como botijos porosos. Ya no nos molestan las moscas; estas huyen de la cuadra como pudieran hacerlo de un horno encendido.

Nuestros compañeros de la otra casa, también encerrados, no deben pasarlo mejor, por cuanto el coronel López Gómez ha escrito una carta a nuestro general diciéndole que en el actual plan se hace allí la vida imposible; carta que ha caído en manos de Abd-el-Krim, quien ha llamado al coronel y atendido la reclamación, permitiéndosenos tener abierta la puerta del calabozo. Le dice, lo de siempre, que el Gobierno tiene la culpa de todo, y le enseña una hoja de papel escrita en árabe, cuyo texto le explica manifestándole que en ella ofrece el Gobierno 50 000 pesetas a quien mate al general y otras dos o tres cantidades inferiores para el que haga lo mismo con otros tres determinados oficiales, y que dichas hojas han sido arrojadas por los aeroplanos.

El coronel que, no conociendo el árabe, sólo lee las cifras, no puede creerlo y protesta de lo imposible, mientras Abd-el-Krim le dice que se avecinan grandes combates y que no puede responder de nuestra suerte.

El Maalem nos descubre al día siguiente el enigma de las proclamas que nos explica los encierros, el mal humor y las concentraciones de todos los prisioneros que estaban trabajando en diferentes lugares, pues ha dicho a nuestros compañeros que no estaba bien que el general Burguete ofreciese 50 000 pesetas por el general, 20 000 por cada oficial y 5000 para los soldados o paisanos. ¿Qué fin perseguiría Abd-el-Krim al queremos engañar tan burdamente? Ha llegado a nuestro poder una de las famosas hojas. El papel, tamaño cuartilla, dice:

Bando

Hacemos llegar a manos de los kabileños por mediación de los aeroplanos, el presente bando, en el que hago saber que todo el que consiga la libertad de algún prisionero de los que están en manos del enemigo, será gratificado con las cantidades siguientes: General, pesetas 50 000. Por cada jefe u oficial, 20 000, y por cada soldado o civil, 5000.

La tropa ha construido un horno para hacer pan y al segundo día lo comemos ya muy bueno, pero se nos da muy poco porque la harina de los convoyes sirve principalmente para los moros y también muchos de los raquíticos panecillos que se confeccionan por el cantinero Molina y el soldado maestro de pala, a quienes han ofrecido un premio de cien palos si algunos de los trozos de masa pesa más que una piedrecita que les han dado de plantilla.

Por aquellos días suena la noticia de que los moros han matado entre Batel y Drius al coronel de la Policía y a un capitán.

Lo de las proclamas ha debido de sentar muy mal al cabecilla rebelde, pues ordena se nos distribuya papel y tinta para que escribamos a nuestras familias, pero con la condición de decir que nos tienen encerrados a causa de las proclamas del general Burguete. De otro modo no cursará nuestras cartas. Lo hacemos así.

Sobre las nueve del día 22, llega un barco con el convoy, el que no empieza a subir hasta el día siguiente, pues ha llovido y están las avenidas imposibles.

Como el teniente Arjona, que hace días se halla enfermo, ha ido empeorando hasta el extremo de inspirarnos serio cuidado, escribe el general a Abd-el-Krim poniéndole al corriente de la situación del oficial y haciéndole ver la conveniencia de llevarle a la isla, pero el jefe moro no se digna siquiera contestar.

La tropa nos dice que ha visto quemar muchas cartas. Según comprobamos después, son las que se nos vienen enviando en los convoyes, pues con dilaciones, embustes y pretextos nos niegan el correo.

De lo que el convoy haya traído, nada sabemos, y casi nos sucede lo propio con los envíos particulares, los que no nos entregan o nos los dan escandalosamente robados.

Habiendo empeorado el teniente Arjona, escribo por la noche a Abd-el-Krim, rogándole, por correr peligro la vida del enfermo, quien no puede respirar en tal ambiente, autorice nos dejen hasta el amanecer la puerta abierta, prometiéndole todos bajo palabra de honor no aprovechar el permiso

para intentar la fuga aun cuando suprimiese la guardia. Mas nada conmueve al ogro, quien da la callada por respuesta. Afortunadamente, sea que la higiene resulte un mito o que la Providencia así lo quiera, el enfermo está mejor al día siguiente. Se conoce que la enfermedad ha hecho crisis dentro del horno.

Los días 25 y 26, isla, barcos y aviones bombardean las baterías enemigas haciendo cuatro bajas en el Morro. Una de las granadas de grueso calibre cae a 200 metros de nosotros en ocasión de nuestra diaria salida al barranco, pero no estalla.

No obstante este fuego, se nos trata en aquellos días con amabilidad inclusive y se nos permite estar en el patio hasta las diez de la noche. «Cuando tú querer, entrar todos», me dice el jefe de la guardia. Estos cambios son para alterar los nervios del más linfático.

El día 28 abren muy temprano nuestro encierro y nos llevan a construir un camino al pie del cerro más elevado que se halla camino de la playa: operación que se repite al siguiente día y que, sin duda alguna, obedece a represalias por algo, pues ya esto es un sistema. Los dos coroneles están dispensados siempre de trabajar. El objeto es molestar a nuestro general, cosa que este sabe de sobra sin que se altere demasiado por ello, pues, cuerdamente, toma las cosas según de quien vienen y creo que, como yo, ha echado la cuenta de que estamos abandonados en poder de aquellos gorilas. Uno de estos dice que, cansado Abd-el-Krim de tanta ruptura en nuestro asunto, ha decidido quedarse con nosotros como esclavos. Me parece que, vendidos como tales, haría el comprador un mal negocio; conmigo sobre todo.

Debemos dar poco rendimiento y tener ellos mucha prisa, porque nos releva la tropa al tercer día, quedando el camino bajo la dirección del capitán Aguirre, y a nosotros se nos emplea en transportar piedras al O. de la casa. Vamos por ellas a una ladera situada a 400 metros y hacemos durante la mañana trece viajes, lo que supone un recorrido de 10 kilómetros y medio, cinco de ellos con una carga aproximada de seis kilogramos. Terminada esta labor, transportamos un montón de piedras a distancia de 100 metros, para lo cual necesitamos hacer ocho o diez viajes. Estando en el primero de estos trabajos ha llegado Mehamed —el Krim Chico—, quien al vernos desde lejos se ha desviado del camino para no tropezarse con nosotros. Menos mal si le da vergüenza.

Por la tarde sólo hacemos tres viajes, al cabo de los cuales nos retiran precipitadamente, y lo mismo nos ocurre a la mañana siguiente.

Hemos entrado en el mes de septiembre. Se nos dice que Mohamed ha conseguido que no trabajemos.

Una barca de la isla ha comunicado con tierra durante la mañana. Los guardias nos aseguran que va a haber convoy.

No tenemos yodo ni aparecen los medicamentos traídos últimamente, pero, en cambio, vemos a los guardianes enredando con instrumentos de cirugía.

La tranquilidad que en este mes hemos empezado a disfrutar es tan grande que, dándonos la sensación del abandono, nos agobia. No se oye un tiro ni se ve a nadie. Hasta la misma naturaleza parece dormida. Dicen los moros que ni los barcos ni la isla quieren hacer daño y que el 12 llegará el convoy.

Corren rumores de que nuestras tropas avanzan hacia Ain-Sora y que se ha tomado Nador de Beni-Ulises y, sin embargo, hay secreteo entre el campo y Alhucemas. A juicio de los indígenas, nada tiene que ver el convoy con las operaciones. Ya no nos dan café ni pan, pues ayer, día 7, no hubo harina para nosotros. En cambio, siguen haciendo de ella pan moruno blanquísimo, que, no sólo se da a la numerosa familia del jefe rebelde, sino a toda la guardia y a las visitas, que son legión. Comemos galletas.

Ha llegado un correo de Tánger con una carta de nuestro plenipotenciario en la que saluda al general y demás cautivos. El moro enviado desea que se conteste a la misiva —busca el acuse de recibo para cobrar el servicio— y nuestro general devuelve el saludo.

El día 10 pasan tres barcos frente a Alhucemas. Uno de ellos se acerca a la playa y cruza ocho o diez disparos con las baterías indígenas. La isla y el Morro, tan amigos. Ocurren cosas muy raras.

Cae en nuestro poder un periódico del día 25 de agosto y sabemos por él que nuestras familias no han recibido las últimas cartas, pues, según dice, no llegaron a tiempo al convoy. Intervenciones del Maalem para hacerles seguir el mismo camino de las que llegan de Melilla. ¡Siempre el engaño! Han desaparecido seis soldados convalecientes de los doce enfermos que pernoctaban en la casa aislada que hace de enfermería. Suponemos fundadamente que se los han llevado para sacar otros tantos miles de duros, y quien sabe si en ello andará la mano de Abd-el-Krim.

Se nos dice que el rescate ha de precipitarse porque así lo quieren los jefes de las distintas kábilas, ya que nuestras tropas vienen apretando. Esto lo cuenta al general uno de los guardias, otro nos advierte que no debemos cometer ninguna imprudencia porque nuestra marcha está próxima.

Llegan soldados de Ain-Kámara conduciendo madera para cubrir el nuevo piso levantado en la casa. Un carpintero moro emplea como herramientas del oficio algunos instrumentos de cirugía.

Continúa la desesperante calma. Sólo se tiene actividad para cubrir la casa.

La guardia, a quien hace muchos meses no paga Abd-el-Krim, se va cansando, y varios de estos moros no quieren continuar en el servicio y presentan la dimisión. Sea por reducir su número o por lo que quiera, traen de nuevo con nosotros al general y al coronel y llevan a la otra casa a los aviadores.

Dice la tropa que han visto salir hacia Tensaman, conducidos en mulos, varios artículos de nuestros convoyes. No es difícil creerlo. Nosotros estamos cansados de ver moros con los espejitos y tijeras de las bolsas de aseo; todo les gusta y con todo se quedan.

Nos enteramos con la natural sorpresa de que el día 16 ha llegado el convoy que, en más de cien acémilas, se sube de la playa. Nos entregan algunos envíos particulares previamente raciados, pero no el correo, que saben es lo que más nos importa.

Por un recorte de periódico que ha servido de envoltura —queremos leerlos hasta de canto— nos enteramos de que muchos creen no se nos ha rescatado por oposición de una personalidad. ¿Es posible que se tolere la verdad o la mentira de esta aseveración? Y, por si esto no nos disgusta bastante, sabemos por una carta que a un compañero acaban de traer a mano, que el Maalem ha contado en el barco que no llevaba nuestro correo porque estábamos indignados del largo cautiverio y no queríamos ya escribir a nuestras familias. ¡Qué infames! De entre un mazo de arrugados diarios sacamos otras noticias, todas desconsoladoras, y entre ellos una circular del infatigable Sr. Cerezo, quien, sin otros medios que su firme voluntad y su vergüenza de verdadero patriota, ha puesto en nuestro rescate su noble espíritu de raza, aventurando en lo que luego supimos fue verdadera lucha, su libertad y su reputación.

Dice en la circular fecha 6 de septiembre que, cuando ya estaba todo preparado para el rescate sobre la base de los cuatro millones y los presos moros —lo que al fin dimos— y sólo se esperaba el barco para el canje, se le prohibió continuar su gestión, de la que se encargaba con mejor derecho y aptitudes el alto comisario. En este manifiesto se nota claramente honda amargura y no poca ironía. Tenía razón: lo mejor siempre ha sido enemigo de lo bueno.

Un diario del día 2 de septiembre confirma lo de la circular y nos explica lo del acarreo de piedras. Me refiero a la interviú del Sr. Mariscal de Gante con el general Burguete, en la que este dice que Abd-el-Krim ofreció

entregarnos cuando se quisiera, pero que él le contestó que no daba más que lo prometido en su bando y que, en cuanto a los prisioneros moros, los vendería si se los pagaba o los regalaría a sus familias. Cuenta también la interviú que dicho general no quería intermediarios y que en lo sucesivo sólo con él podría tratar Abd-el-Krim de este asunto. De que vendría él sacarnos de grado o por fuerza también estábamos enterados y he de confesar me entusiasmó su arrogancia y que tenía en él ciega confianza.

Según una nota que he tomado de un diario, tenía Abd-el-Krim en octubre de 1921 hasta 450 soldados prisioneros y en septiembre de 1922 únicamente 375, siendo la diferencia el número de fugados, asesinados o fallecidos en el cautiverio.

El 22 de septiembre, después de ver volar sobre la bahía dos o tres aparatos, quedamos agradablemente sorprendidos al distinguir un dirigible que de la parte del mar avanza hacia nosotros lenta y majestuosamente. Sospecho que viene de destruir la batería del Morro y que se nos va a encerrar inmediatamente, mas el globo, que llega altísimo, se limita a dar una vuelta alrededor de la bahía y a permanecer largo tiempo sobre ella acompañado de una corte de aviones que parecen sus satélites. Dícese que los moros tienen la orden de no disparar al globo ni a los aparatos mientras ellos no rompan el fuego.

Lo mismo ocurre al día siguiente, en el que los aviones vuelan tan bajos que parece van aterrizar en la playa.

Suponemos sea el *Dédalo*, un buque que hace tiempo se mantiene a distancia como en observación y que de él habrán partido los hidroaviones que, según los indígenas, tienen «carabos por patas». La guardia nos trata con suma amabilidad y nos dicen que pronto estaremos en libertad, pero esta consideración no se guarda por entonces a nuestros compañeros de la otra prisión, donde al día siguiente ocurre un suceso en extremo desagradable capaz de encender la sangre. Viendo un oficial que estaban apaleando a dos soldados que habían intentado fugarse, protestó en alta voz de la salvajada, y por este motivo fue traidoramente apaleado también por orden de Amegar el asesino, que nos odia extraordinariamente.

La escena dicen que fue inevitable y que quisieron los moros no llegase a conocimiento del general, pero el teniente Troncoso, que, desde la muerte del desgraciado Serrano, es nuestro médico nos lo cuenta pocos días después cuando de nuevo le permiten venir a visitar los enfermos.

Es completamente inútil toda reclamación entre aquellos cafres; o no la cursan o mienten cínicamente.

Estamos completamente a merced de sus iras y caprichos.

El trato que en comidas se nos da consiste en mal rancho único de arroz con algunas alubias durísimas siempre por falta de combustible y, frecuentemente, sin sal, dos galletas o un panecillo cuando no la media torta moruna. De cuando en cuando, nos reparten vino y algunas latas de carne o salmón que a ellos no les gusta. Gracias a que disponemos de abundantes embutidos de todas clases y de lo que de los envíos particulares quieren dejarnos.

De cama andamos ya muy mal, pues la paja, casi polvo, y la misma tela de los jergones, se ha podrido hace tiempo sobre aquel húmedo suelo de la cuadra lleno de bichitos y arañas. Y no todos son bichitos: también hay bichas, como los andaluces llaman a las serpientes. El teniente Zaragoza halló una junto a su almohada. Despertados algunos de sus compañeros, la mataron. Según dijeron tenía metro y medio de longitud.

El día 29 de septiembre sabemos que Abselam distribuye dinero a algunos indígenas que parten para la harca. Es posible que la plata haya salido de la famosa fuga de los seis soldados por la que a nadie se ha exigido responsabilidad.

El 30, los rifeños pescan tranquilos a tiro de fusil de la isla.

Se conoce que ha habido un reparto general de zapatos y alpargatas, porque son muchos los moros que llevan este calzado.

Sabemos que ha subido el precio ele los cartuchos; cuestan ya a 35 pesetas el ciento.

Han llegado de Ain-Kámara 25 soldados conduciendo vigas, con lo que se economiza Abd-el-Krim el alquiler de los mulos. Vienen rendidos.

Estoy de un humor insoportable, como nuestra situación. Ya todos tenemos ganas de salir de ella ele un modo u otro. Si encuentro ocasión favorable correré el riesgo de una evasión por tierra. Aunque débil, espero ganar en cuatro o cinco noches los cuarenta y tantos kilómetros que nos separan de nuestras posiciones avanzadas. Lo difícil en este caso es salvar los doce o catorce primeros kilómetros de la llanura y que la guardia no se aperciba de momento.

Nótanse malas caras y se dice que el hermano de Abd-el-Krim, que ha salido hacia la zona occidental, pide refuerzos. Se nos encierra a mediodía porque el Morro va a disparar contra la islas, lo que al fin no verifica porque reciben la noticia de que mañana llega el convoy.

El bandido Burrahai ha llegado con otros jefes de M’Talza y quince caballos. No sabemos el objeto de su viaje; sí, únicamente, que marchan todos

al siguiente día de su llegada.

El 6 de octubre llega el convoy, y, mientras se sube, se cruzan entre el campo y la isla algunos disparos de fusil y ametralladoras. Los robos en este convoy son escandalosos; se han quitado los moros la careta y todo el mundo, menos nosotros, dispone de latas de sardinas, galletas finas, ropa y cigarros. Se nos dan algunos cajones particulares y algunas cajas de leche condensada, cigarros y botellas de vino y anís, pero se quedan con el correo, según costumbre. En cambio, Benaluch nos propone llevar reservadamente nuestras cartas a la isla, cosa que no aceptamos, pues no creemos en semejante reserva, sino que aquello es un medio de sacarnos dinero en combinación con Abselam.

Por la noche, cuando todo el convoy se ha retirado de la playa, rompen los moros el fuego de cañón contra la isla desde una batería que acaban de establecer junto al camino de la playa. En una hora se cruzaron unos cien disparos.

Por algunas envolturas de nuestros encargos, envolturas que siempre son trozos de periódicos, sabemos al fin algo de la situación en el territorio. El alto comisario procura hacer conocimiento con los jefes de varias kábilas rebeldes para aislar políticamente a Abd-el-Krim y que este tenga que someterse viendo mermarse su prestigio y el avance de las tropas.

Se nos dice que el cabecilla ha salido en dirección a Marnisa, kábila situada al S. de la de Bocoya, y que no están lejos de someterse algunos jefes de esta última.

El día 13 a las cuatro de la tarde rompe la isla un violento fuego de cañón contra las baterías enemigas, las casas y el ganado. Ahí le duele en las casas. Parece que ahora se van a intensificar las operaciones porque hacia los dos frentes se siente fuego todos los días y los moros se muestran inquietos, notándose discordia entre esta kábila y la de Gomara y Bocoya, de las cuales hablan muy mal. Los de Tensaman piden refuerzos: en dos ocasiones hemos visto sus hogueras. También corre la voz de que nuestras tropas han desembarcado más allá del Peñón y luego se nos asegura que en Bocoya. Todo lo creo porque el cabecilla rebelde va y viene constantemente y me parece que decae la moral de esta gente, quien nos echa en cara que España, según dicen, da dinero a Amar Hamido, con el cual están ahora en guerra.

Casi todos los días se emplea a la tropa como de bestias de carga, haciéndola subir de la playa y siguiendo una vereda desenfilada de la isla, toda la arena que necesitan para el aljibe en construcción. Sólo hacen un viaje

al día, pero suben de 14 a 15 kilogramos con un recorrido de cuatro kilómetros.

Estos soldados o los que trabajan en el aljibe han encontrado entre chumberas una carta, fechada el 5, dirigida al coronel Araujo y un retrato de la hija de nuestro general. Creo haber dicho que estamos entre gorilas.

Sabemos que han llevado al frente occidental seis sacos de harina, algunas cajas de galletas y otras provisiones. No hace aún muchos días que llevaron al otro frente un convoy parecido.

El día 27 de octubre vemos el dirigible sobre Tensaman y Quilates y tres buques frente a este cabo, lo que nos hace creer en un desembarco por Sidi-Dris. Los guardianes tienen cara de vinagre. Termina este día de muy mala manera para nosotros. Habiendo oído el intérprete que un moro de baja estofa, amigo de los de la guardia, nos insultaba en árabe, hubo de replicarle afeándole su conducta. El *piernas* comenzó entonces a molestarle tirándole algunas piedras sin levantarse del sitio en que se hallaba sentado, y Rueda, en vista de esto, ya incomodado, le dijo que no se atrevería a hacer aquello si ambos estuviesen solos y él en libertad. Esto bastó para que el moro se quejase y el salvaje Abd-el-Krim condenase al prisionero sin más averiguaciones a 150 palos que recibió en el patio de la otra casa, donde se le llamó al día siguiente. Viendo que al azotarle, tendido y atado, no pudieron arrancarle un lamento siquiera, se cebó en él la guardia dándole patadas en la cabeza e insultándole groseramente.

El estado en que a nuestro encierro traen al intérprete no puede ser más lastimoso; además viene todavía atado y nos dicen que no le soltemos, pues sin duda los cobardes tienen miedo de que les acometa en un momento de furor. Claro es que no hacemos caso y le quitamos la gruesa cuerda de esparto que le destrozaba las muñecas atadas a la espalda, procediendo acto seguido a curarle como se puede.

No obstante ser este muchacho extraordinariamente fuerte, estuvo unos días sin poderse mover.

¿Será posible que después de tanto martirio y asesinato se conceda algún día beligerancia al cabecilla rebelde, se trate con él de potencia a potencia y al cabo le veamos en Melilla paseando en automóvil? Por esta temporada es cuando su hermano Mehamed desaparece de escena sin que sepamos su paradero. Unos dicen que está herido, otros que le ha encerrado Abd-el-Krim descontento de su política, quién que se ha presentado y se encuentra en España, quién que ha ido a Londres.

El *Hijo de su Padre*, como llamarnos a Benaluch, nos asegura que no se nos internará si las tropas avanzan y que entonces «el Cojo tendrá que andar por casa con una chilaba vieja». Por lo visto, no está el ídolo muy seguro en su pedestal.

En los dos últimos días de octubre y tres primeros de noviembre abre la isla el fuego contra el campo y, como represalia, se nos encierra durante todos ellos. El 31 fallece el soldado Pijuán, del Regimiento de Melilla, y el 1.º de noviembre el del mismo cuerpo Celestino González.

«Pronto, pronto», síguesenos diciendo. Sí, pronto: pronto no quedaremos uno.

En todo este mes se oyen diariamente explosiones hacia los dos frentes y son muchos los días que permanecemos encerrados, menos mal que el tiempo es desagradable, pues el N. O. sopla insistentemente trayéndonos chubascos.

El sargento Arenzana y unos cuarenta soldados llegan de Ain-Kámara cargados con sacos de cal. Como esta es viva, ha lloviznado y han sudado también la larga caminata, los vestidos y la piel de algunos han resultado quemados. El objeto es sacar el jugo a los prisioneros.

Hemos agotado nuestro depósito particular de víveres y empezamos de nuevo a sufrir las torturas del hambre, la que, por lo visto, quieren que sintamos para que nos quejemos y nos rescaten antes y porque no falta quien crea hemos escrito para que no envíen el convoy.

Nuestra actual comida consiste en el café de la mañana y un rancho único de garbanzos tan agujereados como las cuentas de un rosario, duros siempre y sin sal ni grasa de ninguna especie. De pan sólo nos dan media torta, algunas veces canecida, o dos galletas de Intendencia, las que escatiman cuanto pueden. A mí me es imposible pasar aquellos garbanzos y cedo mi ración a los necesitados. A no ser por el pan, única cosa que muchos días como, hubiera muerto de hambre.

Uno de los guardias, llamado Mehamed, y a quien nosotros apodamos *Setolaza*, por haber sido recadista en la compañía de este nombre, donde, según confesión propia, se le trató admirablemente, es de los que más nos mortifican. Constantemente tiene con nosotros desplantes y descaros; dicen que nos llama «perros» en árabe y maltrata de obra a los soldados por la más leve cosa. En dos ocasiones se ha acercado a la cerrada puerta de nuestro encierro y ha llamado granuja al general. Yo creo que ha hecho tal hombrada para darse tono cuando había moros forasteros. Puede ser que este valiente sea también perdonado, porque ninguno de aquella guardia es de suponer haya muerto en los combates de Tizzi-Asa.

Este joven gorila, que acaso aspire a un elevado cargo en el gobierno del Rif, viste ya una guerrera de Estado Mayor raciada al capitán Sainz y es uno de los que, durante su cuarto de centinela, pisan más fuerte en nuestro tejado para llenarnos de tierra y nos cantan más veces y con más intención el *arnarusén,* la gansada que, traducida al castellano, dice:

¡Oh Dios!, oramos a ti y al Profeta.
Dios bendiga al Profeta Mohamed.
Dios maldiga a los cristianos y hebreos.
Dios proteja a los defensores de la religión.
Oremos a nuestro señor el Profeta.

Terminado lo cual, previa doble repetición del primer renglón, para que nos empapemos bien de lo que a grito pelado cantan, despertándonos generalmente, cada cual se arranca con otra preciosa canción de su cosecha, y se quedan tan satisfechos.

Uno de los días, al regresar de nuestra excursión al barranco, he visto que me habían quitado los leguis, dos pares de calcetines y la única toalla que tenía. Otro día echo de menos el jarrillo de porcelana. Afortunadamente ya no pueden robarme nada, porque no me queda nada más que lo puesto y el miserable petate.

Y en medio de estas raterías y continuados insultos, se nos sigue diciendo que falta poco; poco, ¿para qué? Sabemos que cinco soldados se han fugado de Ain-Kámara, y luego trece más. Les es fácil huir porque salen al trabajo y circulan por la kábila. De ellos cogen a ocho y les dan cincuenta palos a cada uno.

Los jefes se reúnen con Abselam para tratar de nuestra situación y acuerdan mantenernos. Si no ha habido unanimidad, sería curioso saber lo que opinaron las minorías.

El 26 de noviembre, en el que todo el día permanecemos encerrados, abren de pronto la puerta y meten en nuestro cuarto al sargento Basallo, cogido en una casa cerca del mar con otros tres sargentos y dos soldados. Todos estos prisioneros y dos sargentos más, que, perdidos durante la evasión, regresaron a la kábila, se fugaron de Ain-Kámara en la noche del 24 conducidos por tres de sus propios guardianes; pero como el mar estaba muy malo y el bote dio la vuelta al embarcar, tuvieron que refugiarse en la casa al ser de día y el dueño de esta les vendió.

Dice Basallo que también en Ain-Kámara han sentido el hambre, hasta el punto de haber algunos soldados matado y comido varios perros, a causa de lo cual recibieron cincuenta palos, pues tales animales eran los vigilantes de la kábila. Cuando el Pajarito viene a visitar a Basallo, que no las tiene todas

consigo y espera se le castigue, cosa que afortunadamente no ocurre por intervención de aquel, con el que parece conservar amistosas relaciones, el general echa en cara al primero el infame trato que se nos da y el abandono en que se nos tiene, pero todo es inútil; el pájaro sale del compromiso prometiendo sin ánimo de cumplir. Ya conocemos el sistema.

El día 28 recibimos la triste noticia de que acaba de morir el teniente Arévalo. Otro Padrenuestro que añadimos después del Rosario a los cuatro que ya rezábamos por los otros compañeros que salieron al fin del cautiverio, pues, como ya únicamente confiamos en la Providencia, a ella hemos acudido en nuestro desamparo. Nuestra ciega fe, acrecentada en la larga temporada en que nos hemos visto en capilla para ser asesinados, es un consuelo del que disfrutamos y el que, con la esperanza, nos hace soportar estoicamente tan dura situación. Mucho más padeció Aquel que, nacido en un lugar semejante, hemos entronizado en nuestra cuadra. Gran cosa es la fe, porque con ella nada tememos.

Todavía sueñan los moros con el convoy y nos dicen que lo del canje va perfectamente.

El último día de mes nos quedamos sin café porqué falta el agua y la leña. Además, nos advierte el cocinero que la comida no podrá estar hasta las cuatro o las cinco. Se comprenderá la importancia que entre gente muerta de hambre tiene esta noticia y el placer que sentiremos sabiendo que el «ministro del Interior» pasa a España la cuenta de la leña que entre las raíces buscan los soldados y el importe del acarreo del agua que las tropas nos suben. ¡Ladrones! Condolido del régimen a que se nos tiene sometidos, continúa el fakir Hamed —Canillitas— aprovechando toda ocasión para ejercer con nosotros sus piadosas obras. Cuando a escondidas de la guardia no nos facilita grandes cabos de vela para que no estemos a obscuras tanto tiempo o nos saca las sobras de sus «señores», que siempre aprovechan alguno de los prisioneros, nos da un puñado de higos o trozos de pan, sal o cigarrillos.

El hombre es verdaderamente bueno y se compadece especialmente del general y el coronel, a quienes suele regalar de vez en cuando tortas enteras y latas de pescado.

La tropa ha venido al cuarto pidiendo de orden de Amegar las tablas y cajones que tengamos si es que queremos comer, pues no hay otro combustible. Poco a poco nos vamos quedando materialmente en el suelo al sacar las tablas que defienden a los jergones de la humedad del piso.

Por datos que el sargento Basallo me facilita, sé que el número actual de cautivos es 320; el de fugados 75, y 119 de fallecidos desde el 14 de octubre

de 1921.

Dícese, no sé con qué fundamento, que Abd-el-Krim ha manifestado en una junta de jefes que prefiere dos y medio millones entregados por el elemento civil a los cuatro que le puedan dar los militares.

El hambre y la falta de tabaco nos tienen a todos de muy mal humor.

Corren rumores de haberse fugado y hallarse en Alhucemas el sargento Alegría, quien en unión de tres soldados actuaba de albañil en una de las casas del poblado. Así lo creemos porque la isla ha empezado a cañonear las de los «notables», eligiendo para blanco, precisamente, aquellas en que el sargento había trabajado y que suponemos señala a la artillería.

El 11 de diciembre, antes de salir el sol, disparan los indígenas tres cañonazos contra la isla y esta contesta a los diez minutos con un violento cañoneo que sostiene hasta mediodía, tirando contra una casa próxima a la nuestra en la que hieren a una mujer. Entonces se nos saca del encierro y se nos coloca frente a la casa, donde, en pie, formados en una fila, permanecemos más de una hora.

En esta ocasión se nos acerca Pajarito y nos explica el motivo de habernos colocado allí. Es para que en la isla sepan dónde estamos y no nos maten casualmente tirando a la casa. Demasiado sabemos que se nos emplea como escudos.

Cuando, al suspender el fuego la isla, regresamos a nuestra habitación, nos da, a título de compensación sin duda, una lata de atún a cada uno y nos dice que Idris-ben-Said estaba ahora comisionado para el rescate y que este podría hacerse ya, si se quería, en cuestión de 24 horas.

Lo de emplear a los cautivos como escudos para las casas del «cuartel general» es ya un sistema que deben de conocer en la isla, porque suspenden el fuego en cuanto se nos coloca y lo reanudan contra el mismo blanco al menor descuido de los indígenas. Pero se han debido de proponer en Alhucemas dar donde más duele y convencer a los moros de que nuestra artillería puede ocasionarles un serio disgusto sin que les sirvan sus argucias, por cuanto se ha decidido a tirar a pesar del recursillo.

Esta vez han tomado como blanco dos casas que no distan más de 80 metros de nuestro encierro, y, aunque al comenzar el fuego han colocado a la tropa a unos 40 metros de ellas, lo ha continuado la isla y ha puesto dos granadas en una de las casas de la servidumbre de Abd-el-Krim y otra en la de Amegar, destruyéndole a este parte de los robos que allí tenía almacenados.

Asustados los moros por aquella insistencia y extraordinaria puntería, nos forman a todos los prisioneros, disponiéndonos de tal modo que ya la isla no

puede tirar sin tener casi la certeza de tocarnos. Y así, de plantón más de una hora, suspendida nuestra comida, pasamos un mal rato de frío porque lo hace en extremo para gente que, como nosotros, está medio desnuda y casi sin alimentar.

No obstante, nos retoza la alegría por el cuerpo porque vemos a los moros andar de cabeza y estamos encantados de los tiros de nuestras baterías, las que sabernos pueden destruir la casa de Abd-el-Krim y todo el poblado en cuanto quieran. Para dar idea de semejante puntería, bastará decir que tiran a unos 2000 metros con la absoluta seguridad de no desviarse a tal distancia diez metros del plano de tiro elegido ni cuatro en alcance del punto apuntado. De otro modo, aquellos proyectiles de a quince nos hubieran dado qué sentir.

Amegar se halla irritadísimo. «¿Dónde está el brigante del general?», dice. «Me la tiene que pagar».

A mediodía del 13 se repite la función contra la casa del bondadoso Canillitas. Creen los moros al principio que tiran contra la parte de nuestra casa en que tiene sus habitaciones el cabecilla, y nos sacan precipitadamente para colocarnos al pie de sus muros, donde se nos sirven los consabidos garbanzos y nos helamos de frío. Mas, como el fuego de la artillería continúa, pasándonos las granadas por encima —el blanco está a unos 250 metros detrás de nosotros y un poco más elevado— pronto se aperciben de su error y tienen que disponer una segunda línea de prisioneros junto al punto apuntado. Y allí va presuroso Setolaza, con un grupo de soldados para que «les vean» y suspendan el fuego contra la casa, como así sucede.

Se nos hacen desear tanto aquellas comidas tan malas y escasas, que el hambre llega a ser entre nosotros una verdadera enfermedad; un garbanzo caído al suelo es recogido inmediatamente del sucio piso. En este punto no exagero lo más mínimo. Vive afortunadamente el capitán Aguirre, que en una ocasión me echó en cara el «derroche» y se comió el garbanzo no obstante advertirle que estaba malo. Aquella vez tenían sal y pude comerlos.

Entre los ciento y tantos prisioneros no sobra para mantener al viejo *Chivani*, amigo nuestro, y como el perro ni siquiera puede tenerse en pie, es sacrificado por los moros.

Sin embargo, sabemos por varios soldados que han estado en casa del jefe rebelde desgranando maíz que allí hay muchas cajas de latas con conservas, tabaco, vino y algún jamón. Lo que se hace con nosotros no tiene perdón.

Creemos en este depósito porque en el mismo día hemos visto sacar de la casa ¡36 serones! de higos, de ocho arrobas cada uno que, en unión de varias cajas de los convoyes, llevaban trabajosamente los soldados a la casa de la

enfermería, ya suprimida. Estimo inútil advertir de las artimañas de que la tropa se vale para hurtar todos los higos que puede.

No obstante el susto que el bueno de Canillitas ha llevado cuando «la tomaron» con su casa, continúa con sus bellos sentimientos, pues, a los cuatro días del suceso, regala al coronel un pan y dos latas de atún en conserva. Es bueno, verdaderamente.

El día 18 llama Pajarito al capitán Aguirre y le dice que tiene que escribir a la isla y pedir el convoy o comida, pues no podemos continuar así, y lo mismo ordena al sargento Basallo respecto a la gente de Ain-Kámara. Obligado el capitán, escribe la carta, haciendo constar la imposición y que, de no cambiar inmediatamente nuestra situación, pereceremos de inanición. Un indígena parte hacia la playa con la carta y, como premio a nuestra «condescendencia», se nos da una torta de pan a cada uno y un trozo de azúcar de pilón para todos. También recibimos algunos medicamentos y se nos deja la puerta abierta todo el día.

Sabemos que el jefe rebelde ha fusilado a los tres indígenas que auxiliaron el último intento de fuga en Ain-Kámara.

Pajarito viene a ver a nuestro general y le dice que hace algunos días han subido los liberales al poder, que la isla no había aún contestado a la carta y que en el término de dos o tres días podría contarnos algo referente a nuestro rescate. Se ha enterado, nos dice, de que sólo comemos garbanzos en remojo y nos promete un poco de sal y ver si queda alguna conserva de pescado. Naturalmente, ha encontrado algunas latas; justamente el mismo número que el de oficiales. Qué casualidad… y qué cinismo.

Al pedirle el general mejor comida para la tropa, que, no obstante trabajar todo el día, sólo recibe medio pan, replica que él no puede dar más a los soldados; que el único modo de conseguirlo sería que pidiésemos el convoy, cosa a la que se niega el general, procurando, como otras veces, convencerle de que no puede hacerlo.

El 23 de diciembre es para nosotros un día a prueba de cardiacos. Pajarito, que ha venido temprano para que nos abran la puerta, hace salir al general, al coronel y al capitán Aguirre y les entrega tres cartas. Una de ellas es del comandante militar de la isla; otra, de Idris-ben-Said. En la primera se nos pregunta qué es lo que podemos más urgentemente necesitar en estos días, tanto en alimentos como en ropas. En la segunda, nos saluda Idris y nos manifiesta que se encuentra en la isla para ocuparse de nuestro asunto principal y que nuestras respectivas familias de Melilla continúan sin novedad. Al capitán Aguirre le envía 200 pesetas el comandante Alzugaray.

Nos recomienda Pajarito no digamos que las cartas vienen de la isla, sino que, por el contrario, hagamos creer a todos, indígenas y tropa, que el correo ha llegado por Tafersit. Lo de mentir es en ellos cosa corriente, sin lo que no podrían vivir. Ayer mismo dieron a muchos indígenas panes y latas de sardinas, de las que nos dijeron el día antes no tenían ni una.

Estamos llenos de esperanza y, para completar el día, sólo nos faltaba mitigar con algo el hambre que nos ha llegado a ser habitual. ¡Si nos diesen un poco de pan o unos higos…! Nos lo han prometido al encerrarnos al obscurecer.

No hace aún una hora que ha cerrado la noche cuando notamos que vienen a abrir la puerta. ¡Los higos! —exclamamos todos— y el mismo general, que tiene su petate frente a la entrada, acude a recibirlos. Mas cuál no sería su asombro y el de los prisioneros inmediatos al ver junto al umbral, en vez del saco de higos esperados, un montón de largas y pesadas cadenas que, a la luz de la bujía que la guardia trae, dan la sensación de una pesadilla bajo la que creo encontrarme cuando el guardia Setolaza, haciendo sonar los hierros, dice al general que aquellas cadenas son para él y el sargento Basallo. ¿La causa? No la sabe, dice; él cumple con su obligación y nada más.

La escena es terrible y de alta emoción para todos, soportándola nuestro jefe con entereza y resignación. Sabe que estamos entre una gente capaz de todo y no le extrañaría un disparate o una represalia mayor. Basallo no puede ser aquella noche encadenado porque uno de los candados no entra en los agujeros del ancho collarón de hierro. Una vez aherrojado el general, atado por el cuello como a res que al ir a sacrificarse temen se defienda, pasan el extremo de la pesada cadena —debe de ser la de carga de algún barco— por una pequeña abertura que hay sobre la puerta y cierran esta sin otra explicación.

Con aquel martirio, es de todo punto imposible que descanse nuestro general. Moralmente, nos consideramos todos encadenados y no dormimos en toda la noche haciendo suposiciones nada halagüeñas respecto a la situación. Lo que desde luego nos parece evidente es que, como otras veces, se han roto las negociaciones a última hora. ¡Dios tenga misericordia de nuestros pobres corazones! Sea lo que Él quiera.

Muy temprano, al siguiente día, recibimos otra sorpresa, pero esta es de alegría. Entra el guardián de turno y quita la cadena al general, apareciendo seguidamente en escena el truhán de Pajarito, que viene a explicar la broma diciendo que todo es una pura comedia para despistar a algunos jefes de kábila y que nuestro cautiverio toca a su fin. Ya podía el bárbaro haberlo

dicho antes. Yo sí que despistaría de veras a todos ellos; como que no sabrían dónde tenían la cabeza.

Aquel día —acaso sea también para despistar— nos dan a leer una cuartilla de papel que luego clavan en una tablilla colgada en el corredor de nuestra prisión y que dice textualmente:

Orden y abeso

Para los presioneros:
el que sala de noche será Foselado enmediatarnente.

El segundo jefe de estado mayor del ejecito Refeño.
Amar-Ben-Abd-eslam

Mal escrito y lacónico, pero se entiende.

Realmente, vamos de sorpresa en sorpresa, porque se nos da al poco rato un bote de salmón para cada seis, otro de carne para dos, una botella de vino para dos, una de anís para seis, y media libra de tabaco para todos.

Antes de anochecer, entra Amegar para encadenar a los dos prisioneros. Cuando por la argolla va pasando la cadena que pende del cuello del general tengo la visión de que aquellos eslabones son los del Toisón y recuerdo el asedio de Monte-Arruit.

Ha llovido durante la noche, y hoy, 25, está el día muy desapacible. Nuestra comida es la misma de todos los días. Únicamente al general le hacen un regalo al quitarle las cadenas por la mañana; le dan un pan y un bote de salmón, en cuya ocasión le cuenta Pajarito otra historia: que lo atan por la noche porque tenían confidencias de que se intentaba libertarle haciendo un agujero en el muro de nuestra prisión. ¡Qué tontería! Cuando, al obscurecer, entra Amegar para colocar la cadena a los dos cautivos, mientras la pone, el general silba burlonamente la Marcha Real.

No puedo dormir. Setolaza se ha dedicado a cantar junto a nuestra puerta. Como si la sarna, la miseria, las pulgas, las goteras y el hambre no bastasen a desvelarnos, tenemos la mala intención del centinela.

El moro Pajarito sigue visitándonos con frecuencia y siempre nos trae alguna nueva, con vistas al convoy generalmente. Esta vez nos cuenta que Villanueva ha sido nombrado alto comisario y que este ha dicho que será su primera labor la liberación de los prisioneros. También nos dicc que se le han enviado desde la isla algunas cartas para nosotros y que el comandante militar desea se le informe si han llegado. Accede el general, contestando

afirmativamente, manifestando en su carta que todos los oficiales continuamos buenos, y pide comida porque «tenemos hambre». Esta es su frase. Pajarito, por su parte, asegura que ha escrito a Idris para que se nos mande el convoy.

El 30 de diciembre sólo recibimos un cuarto de torta, lo que es materialmente un bocado de pan. Acto seguido llega Pajarito y dice al general que pida el convoy. Estamos verdaderamente sitiados por hambre y se ponen dos renglones al comandante militar, diciéndole que sería conveniente enviarnos el convoy con el *Gandía* u otro barco mercante porque estábamos hambrientos y desnudos. Agrega el pájaro que en la tarde de hoy o mañana vendrá un barco para tratar de nuestro rescate, y que nos permite escribir a nuestras familias unas líneas para que pidamos víveres, vestidos o dinero que él nos administrará. ¡Qué vale Sierra Morena! Poco después de marcharse, nos traen dos tortas y unos ocho kilogramos de higos para los diez y ocho del cuarto.

Terminamos el año bien tristemente, pues no se nos da sino un cuarto de torta por persona. Aquello es ya insoportable. Se conoce que los jefes indígenas están resueltos a que muramos de hambre caso de no llegar el convoy.

Nuestra situación es de las más miserables. Hambrientos siempre en grado extremo, sucios y derrotados como el más harapiento mendigo, hemos llegado al límite de nuestra resistencia.

Para dar mejor idea de las emociones y sobresaltos que todavía debemos sufrir, considero sería preferible copiar de mi diario los días que nos restan de cautiverio. Suprimiré lo necesario para no fatigar mucho al lector.

1 de enero de 1923.-

El centinela, al ser relevado, se ha llevado la llave del candado y el indígena no aparece. El general permanece por lo tanto encadenado —Basallo ya no lo está— hasta mediodía, a cuya hora se deciden a romper el candado. Se nos da media torta y una lata de carne para cada uno, y más tarde, dos botellas de anís.

Se envía a la isla por medicamentos.

Al oscurecer ponen la cadena al general.

2 de enero.-

Cuando salimos al barranco, oímos algunas bombas hacia Beni-Tusín y, poco después vemos un aparato que llega y da una vuelta alrededor de las casas del Cojo, partiendo después en dirección E. Los moros le hacen cinco o seis disparos. Explosiones al S. E. durante toda la mañana.

Tenemos hambre y se nos dice que el convoy vendrá hoy o mañana. Mandan a la tropa por arena, para lo cual se les despoja de cuantos sacos tienen de cama. Setolaza derriba en tierra de un puñetazo a un soldado enfermo. ¡Cobarde! Como de costumbre, no olvidan la cadena.

3 de enero.-

Hace un día espléndido. Pajarito pide al general otra carta para el comandante militar de Alhucemas. Se trata de que envíe algún dinero para nuestra comida, y el general accede. Entonces le dice que Abd-el-Krim vendrá por la tarde y que le hablará para que le quite las cadenas. Le participa también que en breve llegarán de Ain-Kámara todos los prisioneros.

Basallo, que ha regresado de la mencionada kábila, donde ha ido para curar a dos indígenas, nos refiere que Abd-Selám le ha dicho, a consecuencia de una carta recientemente recibida, que Echevarrieta había telegrafiado a Idris manifestándole que era necesario que Abd-el-Krim, Abd-Selám y cinco jefes de prestigio en la kábila firmasen los cuatro ejemplares de las condiciones que se les habían enviado el 24 de diciembre, dándoles para ello un plazo de cinco días, pasado el cual, de no haberlos firmado, daría por terminadas las negociaciones. Estas condiciones ofrecidas o señaladas por España, eran, según nos dijo el sargento, las siguientes:

1.ª) La entrega de los cuatro millones.

2.ª) La de los musulmanes presos en Melilla, Ceuta, Tetuán y Larache.

3.ª) Que se fijase el día del canje. Decía también Ben-Said que el convoy no llegaría hasta que los papeles estuviesen firmados, y, como Abd-Selám aseguró después que aquel se recibiría inmediatamente, sacamos la consecuencia de que, si los documentos no se han firmado ya, lo serán de un momento a otro.

Sabemos que los indígenas han subido a Ain-Kámara una carga de conservas de pescado y melocotón y dos cajas de chocolate. A nosotros se nos dan tres botes de pescado y un gorro de higos. Hambre y cadena como siempre.

4 de enero.-

A mediodía, el general y el coronel son invitados a comer en el centro del patio un plato de gallina guisada con patatas y después se les sirve té. Este extraordinario y raro suceso nos llena de alegría, pues conjeturamos que la cosa marcha maravillosamente.

Recibimos una lata de carne, un poco de café y muchísimas promesas.

Continúa el general con la cadena.

5 de enero.-

Regalan un pan al general. Comemos como de ordinario, pero yo me tomo una tortilla francesa de un huevo y sin grasa de ninguna especie, plato que confecciona admirablemente el teniente Casado, que es el cocinero de la república que con el general y el coronel hemos formado. Los huevos han salido de 25 pesetas que este último ha entregado a Pajarito. Sin embargo de tal extraordinario, tengo hambre, porque lo que necesitarnos es pan, más pan. Abd-el-Selám dice a Basallo, a quien ha mandado llamar, que el protocolo (?) ha sido firmado hoy por los cinco jefes, que mañana vendrá un convoy de la isla y que desde entonces comeremos bien. Se quejan los jefes indígenas de que España les haya dado un plazo tan corto para resolver.

No obstante estas noticias, sigue el martirio de la cadena.

6 de enero.-

Nos regalan una botella de anís.

Pajarito promete al general quitarle hoy mismo la cadena y darnos algunas cosas, que no recibimos.

Cuentan que Abd-Selam quiere que le paguen 28 000 pesetas por la construcción fingida de un barracón, ropa, lavado y postres para los prisioneros, que él estima una locura, pero sería mejor esperar el convoy y, después, a los dos o tres días, tratar del asunto. Nos parece que ambos jefes pretenden pisarse mutuamente el terreno.

Seguimos padeciendo de hambre y la isla nada nos manda.

El teniente Florencio, de aviación, está muy enfermo y es posible que muera por consunción. Le asiste el teniente Troncoso, quien desde la muerte del médico Serrano es su substituto infatigable. Tiene

aficiones y conocimientos de medicinas y a él debe seguramente la vida el teniente Arjona.

En Ain-Kámara, han muerto dos soldados atacados de esta misma enfermedad, que no es otra cosa que hambre.

A pesar de la promesa de Pajarito, se pone al general la cadena. Dice el guardia que es orden de Amegar.

7 de enero.-

Explosiones hacia el S. E. El general pregunta a Pajarito si el oficial enfermo se puede llevar a la isla y se le contesta que no. Se nos dice hoy que nuestro asunto va muy bien; que Echevarrieta vendrá a la isla, donde ya están los cuatro millones; que esta tarde o mañana temprano nos enviará la isla el convoy, y que luego llegará el de Melilla. Promete Pajarito darnos lo que encuentre por casa para calmarnos el hambre, pero únicamente recibimos un saco de higos podridos que la generalidad de los prisioneros comen.

No falta el castigo de la cadena. ¡Canallas!

8 de enero.-

Explosiones al E. o S. E. No sabemos nada del convoy. Sólo, sí, que el Cojo ha llegado acompañado de varios jefes.

A las cuatro no hemos comido aún porque no hay leña. Tengo un hambre espantosa, pues no he probado bocado desde las nueve de la mañana del día anterior, en que de una sola sentada me he comido mi media torta; y dicen que no las darán hasta que nos traigan los garbanzos.

Hay junta en el cuarto inmediato. Esta es alegre, pero mientras tanto se nos cierra la puerta y permanecemos casi a obscuras. Continúa la cotidiana escena de la cadena.

9 de enero.-

Un buen día. Se nos da carne, arroz y aceite, y se envía al capitán Aguirre, acaso por ser ingeniero, para que cuide en la cocina del condimento de estos artículos. ¿Que puede suceder para este cambio favorable? Por fin podemos comer y cenar un rancho de garbanzos, arroz y carne, el que encontramos exquisito.

Aquello confronta, como dice burlonamente uno de nosotros.

El Cojo ha dicho a algunos soldados que dentro de ocho días estarán en España.

Para colmo de satisfacción, aquella noche, cuando el general acaba de ser encadenado, entra de nuevo el centinela y le quita la cadena. ¡Que alegría! Han sitio 18 noches las que ha tenido puesta la argolla.

10 de enero.-

Explosiones hacia las montañas de Tensaman. El coronel recibe una caja de puros regalo de Ben-Said y además un bote de salmón y dos huevos, presente que le hace Canillitas. Nosotros tenemos solamente la acostumbrada mala comida de siempre. ¿Qué es esto?

11 de enero.-

La miserable bazofia de todos los días: garbanzos en remojo. Hay quien dice que mañana se nos traerán víveres del zoco a donde han ido cuatro mulas.

12 de enero.-

Pajarito nos dice, poco más o menos, lo siguiente: Podemos todos considerarnos como amigos, porque el asunto marcha perfectamente. El mal estado del mar ha dificultado la cosa, pero confío que antes de dos días podré entrevistarme con el representante de España y terminar todo, pues los jefes de las kábilas han dicho a Abd-el-Krim que es necesario libertar a los prisioneros inmediatamente.

Promete darnos algunos higos y entrega las tortas que por medio tic vales, cobrados ya en la isla, compran algunos. Yo tengo tal debilidad que me pregunto si no haré mal en seguir el ejemplo, a trueque de abrir a los indígenas una nueva puerta para el robo.

Casi todos estos llevan zapatos de tropa mientras muchos de los soldados caminan descalzos.

Hay niebla y el día está muy frío.

Pajarito nos da un saco terrero lleno de higos, una libra de tabaco y cuatro mantas.

Muchos indígenas se reúnen en junta en el cuarto inmediato.

13 de enero.-

Otra junta. Algunos de los concurrentes a ella dicen a la tropa que pronto estarán libres. Sigo hambriento, pues no he comido en todo el día sino media torta. Como el tiempo es frío, me acuesto a las dos de la tarde.

14 de enero.-

Algunos prisioneros reciben panes por dinero o recomendaciones de la isla, donde los habrán pagado sus deudos o amigos.

Por la misma causa que el día anterior, me acuesto también por la tarde.

Dice Pajarito que el asunto de nuestra comida y rescate ofrece pequeñas dificultades que él se propone vencer fácilmente por ser de pura fórmula. No sabemos si lo que él llama formulismos es lo que nos dicen: que la comisión pro rescate se ha ido; que el Cojo desea cinco millones y que por esto se creía todo perdido, pero que los restantes jefes moros habían obligado al cabecilla a conformarse con los cuatro y que esperaban de nuevo a la comisión, a quien se había llamado otra *vez*.

Nos dan algunos higos estropeados que sólo nosotros somos capaces de comer.

15 de enero.-

El tiempo es frío y el mar está alborotado.

Al cabo, recibimos el correo. Estoy muy contento porque he recibido un telegrama y una carta en la que se me dice que mi familia continúa bien de salud.

Con arreglo a una relación, se da el pan a los de los vales. El general, el coronel y el capitán Aguirre reciben a cuenta algunos huevos, que distribuyen, y se nos da también una botella de anís. Como la situación de los cautivos en Ain-Kámara es muy crítica, el general escribe a la isla sobre este particular y comunica al Comandante Militar que, según propone Pajarito, pueden mandarles víveres si de allí hacen, como antes, la señal convenida para desembarcarlos. Este día presenciamos una escena curiosa. Treinta o cuarenta indígenas, llevando una bandera blanca, hacen evoluciones marchando al compás dedos cornetas por la explanada que hay frente a la casa de Abd-el-

Krim. ¿Qué querrán aquellos moros imitar? Se nos dice que el teniente Garrigorta está gravísimo, con fiebre tifoidea.

16 de enero.-

Garrigorta continúa lo mismo y nos inspira serios temores. Pajarito nos participa que, puesto que nuestra comida es tan mala, quiere invitar a comer a algunos de nosotros y designa a jefes y oficiales de ambas casas y cinco más que nosotros señalaremos para que lo verifiquen en nuestro patio, donde se les está poniendo una mesa.

Los favorecidos son: el general, el coronel Araujo, el ya también coronel López Gómez, el comandante Canaluche, los capitanes Aguirre, Ozaeta y Sainz y los tenientes Rucoba, Nieto y Casado.

La comida se compone exclusivamente de borrego asado y melocotones en conserva, pero sobre la mesa se les han puesto dos tortas blandas a cada mío con opción a pedir más si lo necesitan, cinco botellas de vino, tres de anís y cuatro de ojén. Afortunadamente, comen lo que pueden, pero reservan las botellas.

Frecuentemente, se levanta de la mesa algún comensal y viene al cuarto con regalos que trae escondidos. Cuando termina aquel raro banquete, todos están hinchados por dentro y por fuera, pues son tortas enteras las que se guardan en los bolsillos, en el pecho, en cualquier parte. Hay que ser previsores.

El capitán Sainz me trae un trozo de carne y media torta y el general otro medio pan que me había prometido. Luego nos dan a todos nueve panes, higos, aceite, tabaco y cuatro botellas de anís. Ignoro a qué obedece semejante desprendimiento y por qué están tan amables y condescendientes con nosotros, pero comprendo que aquello es un buen síntoma.

Pajarito dice que Abd-el-Krim se conforma con los cuatro millones, pero que no quiere dar en el acto las gracias al Jalifa sino al Rey de España. Explosiones al E., que nos parecen ser de un barco que dispara más allá del Cabo Quilates.

17 de enero.—

Aparecen cubiertas de nieve las montañas del S.

Hace tiempo que fumamos papel sánico del que el general tiene un enorme *stock*, por cuya causa le hacemos sacar el rollo frecuentemente.

También fumamos forros de sobres, viéndose cigarrillos de subidos colores en morado, rojo, verde y azul que nos tiñen los labios y la lengua, papeles de periódicos, de libros, etc.; pero el sánico es sin disputa tan bueno para nosotros como el *Nikola*. La tropa nos ha dicho que un bote ha estado yendo y viniendo entre la playa y la isla y que por la tarde han desembarcado cinco botes con convoy.

18 de enero.-

Ha desembarcado el convoy.

Como todos los días, tiene lugar la distribución de las tortas al general, coronel y pensionados. Además trae Canillitas seis huevos para los prisioneros.

Al regresar del barranco, encuentro junto a la puerta de nuestro patio al moro Alí-Barrabá, que ha deseado saludarme. Me dice que se encuentra en la kábila hace tres días, que ha estado en Argelia, que no se ha sometido y que no puede volver a Beni-Musí. Viene sin fusil y trae en su rostro las huellas de pasados sufrimientos. Quiero demostrarle lo desacertado que estuvo conmigo, mas no bien le he dicho que se halla equivocado si piensa sacar un céntimo tic Abd-el-Krim, nos corta el guardia la conversación, haciéndole retirar y recordándome la prohibición de hablar con moros extraños a los que nos custodian.

No tarda Pajarito en darnos parte de los efectos del convoy. Los soldados traen a la puerta de nuestro cuarto una gran cantidad de embutidos de todas clases. Vienen sobrasadas, salchichones lomos, morcillas y tres enormes sacos de chorizos, siete latas grandes de mortadela, veinte también grandes, con más chorizos y un surtido de latas de conservas finas.

Pasamos desde la miseria a un sueño fantástico de abundancia. Colgamos de las vigas los embutidos; debajo de las camas hay latas; sacos de chorizos en los rincones; no podemos movernos. Nos han prometido además los envíos particulares, de los que solo al general han dado un cajón. ¿Dónde los colocaremos si nos los entregan? También vienen cajas para la fuerza del Regimiento Melilla, pero nada de legumbres, aceite ni harina. Hacen bien. No sabemos si habrán subido algo a Ain-Kámara.

19 de enero.-

Idris-ben-Said, que nos dicen está con Abd-Selam, nos envía a los oficiales 75 paquetes de cigarrillos.

Pajarito explica al general que nuestra libertad es ya cuestión de 6 o 7 días porque no hay en el asunto dificultad alguna, y que Echevarrieta vendrá mañana o pasado.

20 de enero.-

Recibimos una cariñosa carta del comandante de artillería de Alhucemas, lecha 17, en la que nos dicc es grande su alegría porque cree que Dios ha iluminado esta vez a moros y cristianos y que recobraremos en breve nuestra libertad. He pasado una mala noche con síntomas de cólico hepático y no he dormido nada.

No nos han traído los encargos particulares y me temo que nos sean robados.

Al ponerse el sol, nos da Pajarito a leer el siguiente telegrama:

> *«Urgente — A Idris-ben-Said — Alhucemas — Madrid 20, a las 13:45— Recibido su satisfactorio telegrama. Todos muy satisfechos sus gestiones esto. Conviene haga presente señores del campo mi contento asunto entrega, confiando que relaciones comenzadas terminen en un acuerdo definitivo, finalizando hecho y entrando periodo de paz y trabajo, deseándoles riqueza y bienestar para ese país en íntima lógica y cordial relación con España. Tan pronto como reciba aviso Estado saldré para esa —Afectos a todos. — Echevarrieta».*

Sin comentarios de la alegría que el despacho nos produjo, inmediatamente se nos facilitó papel para que escribiésemos acto seguido a nuestras familias, cartas que uno de los dos barcos que en la bahía aparecieron debía llevar; se nos proveyó de velas en abundancia y se nos atendió en cuanto pedimos, prometiéndosenos los envíos particulares para la siguiente mañana.

21 de enero.-

Suben y nos entregan más efectos del convoy; tocino, patas de cerdo saladas, aceite, chorizos, leche condensada, azúcar, sal, etc.; pero nuestros cajones no aparecen y dicen que no han llegado aún a la casa. Sin embargo, hoy comemos bien.

Viene de Ain-Kámara y alojan en nuestro cuarto al practicante Cánovas, empleado cuando los sucesos en las minas *La Alicantina*, quien, durante el cautiverio, dicen ha prestado entre los prisioneros

muchos y buenos servicios y que es recomendado de Idris. Como no hay sitio bastante para que pueda hacerse el petate por mucho que nos estrechemos, lo pasa muy mal durante la noche, pues, como Basallo, tiene que dormir puesto de canto. Nos refiere las penalidades sin cuento que han sufrido en todas las kábilas, tanto la tropa como el elemento civil y en particular las familias cautivas, y nos dice que en Ain-Kámara han muerto de hambre 14 soldados.

El teniente Casado, que había hecho un vale de cien pesetas para que se le incluyese en la «relación de tortas», recibe las dos primeras, y yo, que me he llamado a la parte, obtengo la mía. En lo sucesivo, con este suplemento y el que muchos días me da el general —quien, por disponer ordinariamente de dos panes y medio, reparte uno o más entre los necesitados—, marcho perfectamente. El tiempo continúa frío y mi costado me molesta bastante.

Sabemos que Ben-Said celebra esta noche una entrevista con el tío y el sobrino.

22 de enero.-

Como el dolor no me dejaba dormir, he pedido a Basallo me pusiera una inyección de morfina. No se lo que tengo ni se ponen en ello de acuerdo el sargento y Cánovas. El cólico puede ser nefrítico, hepático o lo que quiera, pero es bien inoportuno. A veces pienso que acaso sea simplemente un ataque agudo de reuma muscular, pues todo es posible para un artrítico entre aquellas humedades.

Se dice que mañana vendrá el señor Echevarrieta y que Abd-el-Krim ha sido proclamado Sultán de Beniurraguel en el zoco del día 18. ¡Cosa más ridícula! Al caer la tarde llegan muchos indígenas disparando sus fusiles en plan de fiesta y luego se reúnen en *jonta*.

23 de enero.-

Los indígenas continúan su fiesta y algunos corren la pólvora.

El moro Hamud, un malvado que administra a los prisioneros en Ain-Kámara, que martiriza a la tropa y que abofetea a las mujeres cautivas, llama al sargento Basallo para que le firme las «cuentas» de la comida hasta el día 27 del corriente mes.

Un soldado viene a que se le cure una herida de piedra que un moro le ha hecho en la cabeza. Es necesario darles seis puntos de sutura.

Recibo mi segunda torta de pago y nos dicen que mañana subirán los envíos particulares.

Se nos permite salir de la cuadra y circular por el patio en la seguridad de que ya no intentaremos la fuga.

A las diez de la mañana nos ha visitado Idris, comunicándonos que el barco había salido de Melilla y que en él venían algunas personas de nuestras familias, pero que creía que no podríamos embarcar nosotros hasta mañana. Le rogamos haga lo posible para que lo efectuemos cuanto antes; aquella noche, si puede ser.

Desde poco después de mediodía, se encuentran concentrados, a pocos metros de nuestra casa, todos los prisioneros ele Ain-Kámara. ¡Cuánto tarda el barco! El pobre Garrigorta no tiene salvación.

24 de enero.-

Cuando salimos al barranco, vemos un buque mercante junto a la isla, y al poco tiempo recibe el general una carta de don Horacio Echevarrieta, en la que, después de saludarnos a todos, nos participa su creencia de que muy en breve nos veremos libertados, pues trae, dice, amplios poderes del Gobierno. El general le contesta haciéndole presente nuestro más profundo reconocimiento.

Los guardianes de la otra casa quitan a un soldado dos botes de leche condensada que habíamos enviado para un oficial enfermo. ¡Siempre lo mismo! En la pasada noche he tenido que recurrir otra vez a la morfina, pero hoy he salido mejor.

Acaban de llegar, no sé de dónde, como un centenar de indígenas tocando tambores y dulzainas y al objeto de rendir pleito homenaje al sultán cojo.

Poco antes de anochecer, viene Pajarito y, con toda la pose de que puede revestirse, entrega al general una carta que dice:

> *«Excmo. Sr. General D. Felipe Navarro.*
>
> *Mi distinguido amigo: salgo esta tarde para Melilla a fin de recoger a los prisioneros moros y regresaré mañana para terminar definitivamente, y espero que con completo éxito las gestiones que llevo realizando. Ruego a V. que tenga la bondad de asegurarse que todos los prisioneros españoles están dispuestos y completos para el rescate. V, mi General, no acierto a expresar a V. y a todos sus compañeros la sincera emoción con que les envío mi saludo más afectuoso, con la esperanza de poderles abrazar muy pronto.*
>
> *Suyo afmo. amigo, H. Echevarrieta.*
>
> *A bordo del Antonio López, 24 Enero 1923».*

Nuestra alegría es inmensa.

Abd-el-Krim ha dado orden de que durante la noche, casi toda la cual la pasamos de charla y haciendo proyectos, se nos deje abierta la habitación hasta la hora que nos parezca. Nos creemos bajo la influencia de un hermoso sueño.

25 de enero.-

A las 8:45 ha muerto el teniente Garrigorta, dicen que de peritonitis. El pobre muchacho ha rendido su alma cuando apenas su fatigada materia había vislumbrado el paraíso de la libertad.

No puede nuestro general conseguir que se transporte su cadáver a la isla, y allí queda con los otros mártires de Aydir, todos reunidos al pie de una pequeña cortadura.

Aquel improvisado cementerio en el que cada fosa, rodeada de piedras y secos espinos, símbolos del sufrimiento, clama justicia, y junto al cual hemos orado descubiertos cada vez que la tierra se abría para recibir los restos de un compañero de cautiverio, me daba compasión y coraje al propio tiempo. Hoy, cuando escribo estas líneas, me da también vergüenza.

La gente que ayer vino de Ain-Kámara ha partido a mediodía con sus instrumentos de música. No habrá costado mucho al sultán el convidarles.

Uno de aquellos indígenas ha entrado antes en nuestra habitación y ha preguntado al intérprete si podíamos proporcionarle unas gafas para un moro de 57 años. ¡Si serán brutos! Verdad es que nos creen capaces de resolverles todos los problemas, porque no hace mucho tiempo que otro moro vino muy apurado en busca de un biberón y consiguió lo que deseaba: hice un agujero al cuentagotas de mi estilográfica y le entregué la goma para el chiquitín.

El mar está muy picado y temo que este retrase la llegada del suspirado barco.

Por la tarde pido a Pajarito los envíos particulares y una caja de leche. Se disculpa burdamente de no habérnoslos podido dar y me promete la caja, pero, equivocadamente, nos saca un envío para el teniente Vivancos, y, al hacerle notar el error y querer mandar el cajón a su dueño, se niega a ello, apartando únicamente para el teniente seis o siete libras de chocolate y dos quesos que saca allí, en el patio,

llevándose descaradamente en propias manos, que por lo que parece suele tener bastante sucias, el equivocado cajón con el resto de su contenido. No nos quedaba más que ver. Me despido de mi envío.

Durante la noche llama Abd-el-Krim a nuestro general y le habla de nuestra próxima liberación, diciéndole que cuando los aeroplanos arrojaron las proclamas se quiso que él matase a cuatro prisioneros, uno de los cuales debía ser el general. Luego nos envían anís y velas en abundancia.

Estamos contentísimos esperando de un momento a otro al *Antonio López*, y casi no dormimos.

26 de enero.-

Nos sacan al patio un montón de mudas, gorros, sombreros, zapatos y trajes kaki de almacén, de lo que elegimos lo que necesitamos.

Nuestro surtido de depósito de conservas y embutidos no ha de quedar allí y se reparte entre los prisioneros llegados de Ain-Kámara.

El estado del mar no es para inquietarnos, y, como se nos ha dicho que embarcaremos mañana seguramente, ya durante la noche tenemos preparadas nuestras mejores «galas», nuestros papeles y nuestros recuerdos de cautiverio.

XVII
EL RESCATE

No olvidaremos los que fuimos cautivos el día 27 de enero de 1923: es el día de nuestras más fuertes emociones. Se van estas a suceder tan intensas y continuas que tenemos miedo nos mate la alegría. ¡Es tan hermosa la resurrección a la libertad! Ante el brusco cambio que se nos prepara, el pasar del «no ser» al «ser», comprendemos la imperiosa necesidad de frenar todos nuestros impulsos, nuestra impaciencia. Nuestra prudencia especialmente ha de ser una virtud en aquellos momentos para no despertar la dormida fierecilla que todos llevamos dentro.

Ya al amanecer hemos entrado en un periodo de extraordinaria actividad. La alegría se retrata en todos los semblantes. Ya no se discute agriamente por cualquier cosa; todos estamos de acuerdo y los espíritus tienden a la concordia y a la caridad cristiana. El mismo La Rocha, el ogro de violentísimo genio y más bueno que el pan, es el primero que se afana por regalar a nuestros guardianes todo aquello que les puede aprovechar. Ya no piensa, como prometía, en romper las botellas, agujerear los botes de leche, desparramar el azúcar, tijeretear la ropa y envenenar algo. Muchos, y él mismo, reímos de aquellos proyectos. Bastante desgracia tienen con ser gorilas.

Hay que preparar camillas para los enfermos y tenemos que improvisarlas. En nuestro cuarto hay un oficial como baldado. Es el teniente Sánchez Ocaña, que creemos padece una ciática y no tiene otra cosa que un fuerte entumecimiento en las piernas. El problema de su transporte ya está resuelto: entre cuatro soldados se le bajará sobre un somier abandonado hace tiempo en el corredor.

Se nos permite salir al patio, ir a la otra casa, andar por todas partes, hablar con todo el mundo. Cuando, como todos los días, salimos al barranco, aprovechamos la ocasión para acercarnos por última vez al lugar en que

descansan los restos de nuestros infortunados compañeros. No todo ha de ser alegría.

Los alrededores de la casa están llenos de indígenas de baja condición. Algunos de estos entran en el patio y a nuestra cuadra mezclados con los de la guardia, buscando algo aprovechable, que se disputan. Primero ha entrado uno, luego tres; por último, lo invaden todo y comienzan el desorden y la racia. No cabemos allí, nos molestan y tenemos que abandonar el local.

El teniente Sánchez Ocaña que, próximo a la entrada, presencia aquel tumulto, aleccionado por la experiencia y sin darse cuenta exacta de la situación, se lleva un verdadero mal rato, creyendo que pueden repetirse las escenas de Monte-Arruit y pide a su amigo Dalias que no le abandone. Cuesta algún tiempo serenarle.

Fuera de la casa tampoco reina el orden. Las mujeres y los paisanos empiezan a desfilar de cualquier modo hacia la playa. Con ellos han de ir los enfermos, que serán los primeros en embarcar. A ellos y al elemento civil seguirá la tropa y, en último termino, los oficiales, quienes, todos juntos, salimos a la explanada que hay frente a nuestra casa, ya dispuestos, esperando nuestro turno. Llevamos allí un gran rato y es más de mediodía cuando se nos ordena que entremos de nuevo al patio. No debemos embarcar hasta la tarde. El piadoso Canillitas aparece en aquel momento y le asediamos en el acto. No hemos comido —le decimos—, estamos en ayunas, y, si no hemos de embarcar pronto, necesitamos se nos dé alguna friolera. Con un poco de pan y unas latas de cualquier clase nos conformaríamos.

Comprende el buen hombre que tenemos razón y entra en la casa en busca de lo que se le pide, regresando al poco tiempo con dos o tres tortas y unas cuantas latas de conservas que la gente joven se apresura a abrir previa lectura de sus etiquetas.

Alguno —creo que ha sido el capitán Sáinz— no ha perdido detalle en el «reconocimiento» y me da las gracias a voces. No comprendo el motivo de la broma hasta que se me hace observar que mi nombre está puesto con tinta en todas aquellas etiquetas. Esto y unos dulces que pido a Canillitas busque en el mismo cajón es lo único que nos ha llegado de los envíos particulares y lo último que los prisioneros comemos en Aydir. El sultán nos ha robado lo demás; le quedan golosinas para todo su reinado.

Cuando más entretenidos estamos en la labor, se nos dice que han venido por nosotros y que nos vamos. Salimos del patio como si fuese a estallar allí de un momento a otro un hornillo de mina. Los demás compañeros de la otra casa nos esperaban en la puerta y, todos, sin volver la vista atrás siquiera,

tomamos el camino de la playa, escoltados por los moros de la guardia y algún que otro jefe de la kábila. Parece que una fuerza irresistible nos empuja hacia el mar; no es sólo la de la pendiente. Al llegar a una pronunciada duna que hay corno a 400 metros de la orilla, se nos manda hacer alto y esperar.

El N. E. sopla insistentemente, viene helado y nos molesta. Procuramos defendernos de él echándonos al pie del montón de arena, algo calentada por los rayos del sol que ha brillado a ratos durante la mañana.

Parece que el embarque se hace lentamente, no sabemos si por dificultades materiales o por qué. Lo cierto es que en la playa se ve aún un numeroso grupo de soldados. Otro de indígenas observa la operación desde un cerro que, a tiro de fusil, domina el llano. Lo mismo puede este grupo ser de curiosos que de gente colocada allí de vigilancia.

Hará media hora que esperamos, cuando se nos avisa que debemos continuar la marcha, y avanzamos hasta quedar a cien metros del mar.

Desde este punto, podemos observar la escena. Quedan todavía muchos soldados por embarcar.

Formados estos en dos filas, están los de cabeza desnudos de pie y pierna, esperando que el remolcador venga desde el buque trayendo la barcaza que los ha de conducir. Dios sabe cómo latirá el corazón de aquellos pobres muchachos.

El estado del mar empeora por momentos y es difícil la maniobra, porque el oleaje rompe contra la embarcación embarrancada en la arena a 20 o 30 metros de la orilla. El que trata de ganar aquella y los que trabajan para ponerla a flote van con el agua a la cintura.

Hemos visto a los moros canjeados. A juzgar por su aspecto, no se les ha tratado como a nosotros.

El viento me tiene transido de frío y no hay medio de entrar en calor en aquella larga espera de horas y horas en la que ni pasear podemos porque nuestras energías —la mía, al menos— no están para ello en aquel piso de movediza arena. No teniendo abrigo de ninguna especie, lo busco junto a una mata de espinos.

Terminado al fin el embarque de la tropa, nos vamos aproximando hacia la orilla del mar, quedando frente a una tienda de campaña que los moros han levantado a pocos metros de ella. Allí vemos a Pajarito, Abd-Selam, El-Maalem y otros jefes y allegados de Abd-el-Krim, que nos dicen están dentro contando los cuatro millones del rescate. Los cajones de la plata los hemos visto subir en reatas de mulos convenientemente escoltados y, al poco tiempo, hemos sentidos descargas de fusilería. Deben de estar celebrando su llegada.

El contar los billetes de banco parece ser cosa laboriosa, a juzgar por lo que tardan. Para auxiliarles, han llamado al capitán Aguirre. Cuando este regresa, nos enseña una nota que ha tomado con el número y clase de aquella moneda. ¡Ya están compradas las gallinas! Todos teníamos noticia de la imprudente y desgraciada frase: lo habíamos leído en la prensa. Por mi parte, perdono la ofensa, pero me entristeció tanto al recibirla que peque de pensamiento y soberbia.

El señor Echevarrieta hace rato que ha desembarcado y, después de saludarnos a distancia, se entrevista un momento con nuestro general. También creo que ha saltado a tierra el capitán del *Antonio López*.

Me muero de frío; hasta tal extremo lo siento, que estoy tiritando. Apercibido el general, me envuelve en su pesado capote de montar y quiere tenerme así abrazado, cosa que no puedo consentir, como tampoco que el capitán Sainz, emulando a San Martín, me ceda la mitad de su manta que, muy decidido, se prepara a partir. Pero mis protestas llaman la atención del teniente Cibantos, y no puedo evitar que me ceda la suya que me jura le estorba.

Parece que los moros han contado ya su dinero, y, sin embargo, debe aún quedar algo por resolver, porque siguen los conciliábulos de los jefes moros y los apartes entre el Sr. Echevarrieta, El-Maalem y Abd-Selam. Los semblantes de los indígenas empiezan a inquietarnos y observamos que nuestro redentor está nerviosísimo y contrariado. ¿Que puede ocurrir? Corre el rumor de que falta una pequeña cantidad de dinero y algunos moros de Ceuta; mas luego dicen que un barco de guerra, el que acompañó al trasatlántico, sale en aquel momento por ellos; que el señor Echevarrieta se prestaba a quedar en rehenes si no bastaba su palabra y que, por último, fiados en ella, habían transigido los moros y todo estaba arreglado.

Pudo muy bien ser así, porque, al poco tiempo, cuando se ve llegar el crepúsculo, comienza nuestro embarque.

El remolcador queda lejos debido al poco fondo de la playa; el mar sigue agitado; será menester meterse en el agua hasta la cintura, pero allí están varios marineros del *Antonio López,* que no lo consienten y que, tomándonos sobre sus hombros, nos transportan como plumas, derrochando verdadero cariño y alegría en aquella humanitaria labor en la que parece que, cual antiguos piratas, nos roban de tierra; tal es su actividad y prisa por arrancarnos de aquel lugar de sufrimiento.

Este amor de hermanos es el primer hálito de libertad que de la Patria llega a nosotros; aliento que va ensanchando nuestros pulmones a medida que

nos internamos mar adentro.

Al pasar junto a la isla aquella débil embarcación, ya casi de noche, vemos sobre la crestería de sus acantilados apretados grupos de compatriotas, toda la población seguramente, que sigue con interés y honda emoción el proceso del embarque.

Y cuando, recogido mi espíritu, miro a aquellas rocas como a un altar erigido a nuestra Bandera y me imagino que aquellas obscuras siluetas son las sacerdotisas de la diosa, una potente voz me saca de aquel éxtasis, preguntando: «¿Vienen todos?». «Sí», dicen los marineros. «¿Y el general?». «También». «¡Viva España!», grita entonces estruendosamente la isla. Yo no pude contestar…; me ahogaba… No me había equivocado: era un altar.

Acaba de cerrar la noche cuando el remolcador llega a la escala del trasatlántico. Este tiene todas sus luces encendidas: está de fiesta. Mientras varios oficiales van subiendo a bordo, tengo tiempo de ir frenando mi emoción, y ya, al pisar la cubierta del barco, de lo que es nuestra Patria, al abrazar a uno de mis hijos que allí encuentro, tengo la fortaleza suficiente para contener sus lágrimas de compasión.

Sería punto menos que imposible pretender reflejar aquí la impresión que recibimos al sentir en torno las caricias de la civilización. Uno a uno damos a la prensa nuestros nombres, que ella hará volar en breve anunciando al mundo entero nuestra liberación. El afable trato, la consideración social, aquel cúmulo de atenciones nos desconciertan casi. El confort, las luces, los espejos, el brillo de la vajilla y cristalería del comedor nos deslumbran completamente.

Pobres mendigos hace un momento, tenemos algún reparo en sentarnos a la mesa, ya preparada. «¿Se acuerdan ustedes de este color?» —digo, señalando el mantel a varios compañeros de cautiverio—. «Es blanco». Siguen las bromas y la más franca alegría durante la cena, en la que los deudos y amigos nos acompañan admirados de nuestro apetito. Se dice que dos o tres oficiales *calaveras* han cenado tres veces.

Más tarde, cuando ya en mi litera procuro descansar de las fuertes emociones del día, mientras el barco se aleja de la bahía, no sé si duermo y tengo un hermoso sueño o vivo en la realidad. A veces temo el mal rato que al día siguiente me espera al despertar.

Pero no es ilusión la ventura. Desde el camarote conozco que se ha disminuido la marcha y vamos a fondear. Me visto apresuradamente y subo a cubierta.

¡Estamos en Melilla! Melilla, a la que no me canso de contemplar. No tenía gran confianza en volverla a ver, y no ciertamente porque los moros se la comiesen.

Comienzan a llegar al barco los remolcadores y, con ellos, las primeras visitas, sucediéndose las previstas escenas entre algunos prisioneros y sus familias, los saludos, las presentaciones, las enhorabuenas.

Varios aeroplanos vuelan hace tiempo sobre el trasatlántico. Los reporteros van de un lado a otro, informándose de todo. Se nos ruega que nos agrupemos para tirar las consabidas placas, y la gente se apelotona sobre cubierta.

Son más de las ocho cuando la tropa empieza a ser conducida hacia el muelle para ser acto seguido distribuida entre los hospitales y la Cruz Roja, donde también se recoge al elemento civil que llega enfermo o en la indigencia. Dícese que un pobre soldado ha fallecido a bordo.

En cuanto a la oficialidad, no tengo noticia de cómo ni cuándo ha de desembarcar, ni se que haya venido comisión oficial alguna para saludarnos. Doy mi palabra de que, al menos, no lo recuerdo, y me expreso así porque tengo la sensación de un frío recibimiento. Verdad es que el general, cuya familia está a bordo, me ha presentado a algunos jefes, pero, lo repito, no recuerdo más sobre este particular, sólo sí que se nos dijo estábamos dispensados aquel día de las presentaciones oficiales. Acaso nuestro estado y la consideración de no retardar un momento la vuelta a nuestro hogar hayan aconsejado tales medidas.

Ya ha desembarcado la tropa y la casi totalidad de los oficiales, cuando se acerca a la escala otro remolcador. Desde abajo se nos invita a aprovecharlo. Hace tiempo que mi hijo ha saltado a tierra para comunicar a mi familia toda la posible tranquilidad. El general espera no sé el qué; ha de ir más tarde. Entonces, como la ocasión no es para eternizarse allí, salto a la barcaza que nos espera, en la que ya se encuentra el coronel Araujo y dos o tres oficiales, y, no habiendo nadie más que quiera embarcar, hacernos rumbo al muelle.

La barcaza en que vamos es digna de nuestro miserable estado: sucia, con agua en el fondo, es difícil andar por ella o acomodarse en una tabla que la cruza, dividiéndola en dos partes. Buscando un sitio seco, me traslado a la de proa, donde voy solo en pie, sobre un poco de paja que he visto en el suelo. El muelle aparece repleto de gente. La mayoría ha pasado allí la noche esperando a los prisioneros, y, aunque casi todos han desembarcado, aquel pueblo espera más y sigue con la vista toda embarcación que se acerca. ¡Éramos tantos y han visto pasar a tan pocos…!

A menos distancia ya del muelle, cuando me es permitido distinguir las primeras filas de aquel abigarrado conjunto de hombres, mujeres y niños, no sé por qué deseo pasar desapercibido, y así lo espero fundado en que somos tres o cuatro los que llegamos y no hemos de llamar la atención después de las abarrotadas barcazas que nos han precedido. Pero, por mi culpa, no ocurre lo que presumía. Un grupo de la hasta entonces silenciosa masa que nos ve llegar con la compasión retratada en sus semblantes, agita sus pañuelos y gorras, con insistencia tal que me obliga a descubrirme, estallando en el acto de hacerlo una salva de aplausos que me dan un mal rato.

No me convienen estas emociones cuando voy a recibir la mayor que me espera, para la que hace mucho tiempo vengo preparándome. La fortísima y dulce que poco después experimento al estrechar entre mis brazos a mi pobre mujer y a mis hijas, que sólo aciertan a repetir entre lágrimas y sollozos «¡Papá!, ¡papá!».

* * *

Me encuentro en el seno de mi hogar. Redimido de un duro cautiverio de dieciocho meses, puede decirse que desde un purgatorio terrenal he pasado al Paraíso.

La trinidad P. Revilla-Cerezo-Idris-ben-Said, con su persistente y humanitaria labor, ha debilitado nuestras cadenas, que, al fin, arrancó de cuajo otro hombre de buena voluntad, don Horacio Echevarrieta. A todos ellos debo la vida con la dicha de mi familia. ¡Quién sabe si les deberé también el no haber perdido el honor y la reputación! Pueden probar cuando quieran mi eterno reconocimiento.

XVIII
LA CRUZ DE MONTE-ARRUIT

Han transcurrido dos meses desde lo que puedo llamar mi resurrección. En todo este tiempo me han perseguido aún los dolores de la pasada tragedia, pues mientras convalecía de mi aniquilamiento físico y lentamente reponía mis fuerzas, he tenido la dolorosa tarea de contestar a centenares de cartas en las que se me preguntaba por la suerte de seres queridos, mártires que estuvieron a mis órdenes. En los hospitales he visto los arruinados cuerpos de los más castigados por el cautiverio. No son pocos los que han rendido su espíritu o marchado a sus hogares minados por la enfermedad que jamás perdona.

He terminado la laboriosa ocupación de ordenar mis notas, producir los partes, promover instancias y prestar infinidad de declaraciones ante los jueces de la plaza, que son legión. Ya puedo hacer uso de mi licencia por enfermo. Próximo mi ascenso, no he de regresar al territorio en que dejo tanto recuerdo, pero no debo abandonarlo sin visitar la posición de Monte-Arruit.

Un deseo irresistible de llegar al pie de aquella cruz arrastra conmigo hacia ella a mi mujer y a mis hijos. No quieren que vaya solo.

Así, una mañana, la víspera de nuestra partida, hondamente conmovidos al depositar un ramo de flores de hermosísimas rosas sobre la tumba de aquellos soldados, enorme cruz de tierra amasada con la sangre de sus heridas; al elevar al Cielo una plegaria en nombre las infelices madres de los que la impotencia o excesiva prudencia abandonó, recuerdo contristado todos sus agotados sufrimientos, su resistencia en la desesperada lucha, sus entusiasmos, sus esperanzas en la Patria, su fe en las sinceras promesas de mi error.

¡Pobres mártires! Tiene razón Goy de Silva: no hay templo funerario digno de vosotros ni otra ofrenda que la que él os hace. Sea ella mi oración y el broche de lágrimas que cierre esta dolorosa crónica.

Después de aquella cruz divina del Calvario,
ninguna cruz más santa que esta cruz dolorosa,
trazada con la tierra bendita de esta fosa
donde el alma española tiene su relicario.

No hay en toda la tierra un templo funerario
de mayor emoción que esta tumba gloriosa.
Conmueve más el alma su sencillez hermosa
que las regias pirámides del mundo milenario.

¿Qué ofrenda digna hay de esta cruz consagrada
que no sea ni el lauro, la palma ni la espada,
la oración ni la lágrima, la rosa ni la estrella?

Busquemos entre todas la corona más bella,
aquella que ciñó las sienes más divinas:
la del mártir del Gólgota, ¡la corona de espinas!